LIBRO dot.com

CARA INDIA

HANS ÁNGEL GARCÍA



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

INDICE

PRIMERA PARTE

ANTECEDENTES:

Cuadros de la vida agraria del valle alto de Cochabamba,

ANTES DE 1952:-

1.- Guadalupe
2.- Agusti
3.- Los hijos de Agusti
4.- Llamallackana
5.- Fidel Huari
6.- Conrado y la guerra del Chaco
7.- Chichería
8.- El agua de la vertiente.....

SEGUNDA PARTE

PRINCIPIO:

Del 9 de abril de 1952 al 2 de agosto de 1953:-

1.- Después del 9 de abril
2.- Escaramuza
3.- Informe
4.- Agapito Vallejos
5.- Justicia campesina
6.- El abogado de los campesinos..

ASCENSO:

Librodot

De 1953 a 1955:-

1.- Agitación política

2.- Viaje a Ucureña

3.- El primer juez agrario de Arani

4.- Don Wálter Rodríguez

5.- Molle Molle

6.- Sistema de Ucureña

7.- Don Julio Paz Soldán

8.- Zapata

9.- Don abdías

10.- El turco Manuel.....

RETROCESO:

De 1956 a 1959:-

1.- Elecciones de 1956

2.- La guardia del líder

3.- El murolocko López

4.- Calixto Vargas

5.- Puruma de Santa Ana

6.- La muerte del maestro

7.- La hacienda Tambillo

8.- Céspedes.....

DESCOMPOSICION:

De 1960 a 1964:-

1.- La guerra campesina

2.- Muerte de Velasco

3.- Angustias del cura de Punata

4.- Muerte de Casilla

Librodot

5.- Defensa de Cliza

6.- Muerte de Olmos

7.- Rojas y el partido indio.....

FINAL:

Después de 1964:-

1.- Muerte de Jorge Solís

2.- Transfiguraciones de un dirigente campesino

3.- Los blancos

ULTIMA PAGINA

GUADALUPE

I

Debió tener cien años de edad, cuando la conocí. Alta y seca. Su piel de pergamino oscuro, se cuarteaba en lonjas claras y oscuras alternadas en capas sucesivas o en cuadros pequeños brillosos delineados por tiras estriadas de piel blanca. Ha debido ser bella en su mocedad. Todavía eran agradables y atractivas sus facciones.

Su vida de anciana, transcurría apacible en su huerta de Llamallackana, que no era más que una casa de indios fabricada con adobes y tepes, rodeada de murallas altas de esos mismos materiales. La huerta, apartada por un gramadal del camino real, tenía hacia el norte, una tienda amplia con puerta precisamente sobre ese gramadal; al lado de la tienda, un ambiente llamado sala y luego una despensa y la cocina. Detrás y al fondo de esas construcciones, al sur, había un conjunto de tres pequeñas habitaciones con altillo que ocupaba don Mariano, esposo de la Guadalupe, en total soledad. Fuera del perímetro de la casa, siempre al sud, lucía su espejo una poza superficial de agua en que se bañaban a diario una bandada de patos y algunos gansos; más allá de la poza, estaba un huerto pequeño de dos o tres perales y otro tanto de durazneros, matas voluminosas de rosales, otras plantas de flores y yerbas en abundancia. A continuación, estaban los terrenos de labranza en los que se sembraba con suerte incierta, maíz, trigo y en pocas ocasiones, papa y cebada. Eran tierras secanas y gredosas con escaso humus. Detrás del altillo, al este, estaban los pilones de chala, paja y otros deshechos forrajeros secos.

En este reino indio, "mama" Guadalupe, se desplazaba sin apuro, lúcida, cargando con vigor su vida centenaria. Su esposo, que la temía, en muy pocas ocasiones, se atrevía a cambiar con ella unas pocas palabras. No se reunían ni para comer. Lo hacía cada uno por su cuenta, aunque los alimentos se preparaban en la misma cocina. Cada cuál disponía de sus bienes en sus respectivas habitaciones, respetando con esmero los límites de sus derechos, sin interiorizarse de las cosas del otro, ni en caso de fuerza mayor o ausencia.

Tenían dos hijos. Angela, la mayor, que según decían las gentes, no era hija de Mariano, y Andrés. Angela era de regular estatura, de piel casi blanca. Como su madre, de carácter fuerte y mandona, era sin embargo muy racional en sus decisiones y sus actos. En cambio, su hermano, moreno, ancho de espaldas, panzón, fácil a la risa despreocupada, exageraba el lado alegre de las cosas y los sucesos. Débil a los vicios, sobre todo a la bebida y, entre ellas, a la chicha de maíz.

Librodot

Andrés vivía en Chullpas, donde se casó con una campesina de apellido Montenegro, hija de gente rica y propietaria de extensos terrenos que Andrés y su mujer, bebiendo, los dilapidaron, hasta quedar en la calle.

Hacía años que la Guadalupe nos salía del rancho, en tanto su esposo Mariano, domingo a domingo, asistía a la feria del pueblo. De retorno, se unía a sus amigos de la aldea con los que bebía sus copitas de chicha, aunque no era vicioso o alcohólico como su hijo. En esas ocasiones, a la hora de recogerse a la casa, pasadas las diez de la noche, simulando borrachera, se quedaba de pie en el gramadal a quince o veinte metros de la puerta de la tienda, desde donde, a gritos, la injuriaba incansablemente a su mujer. Algunas veces, la Guadalupe, sintiendo el alboroto que hacía su marido, salía curiosa a la puerta de la tienda y se solazaba, sentada sobre la grama, oyendo la sarta de disparates que su esposo, impunemente, le indilgaba. El viejo zorro, de pié, con los ojos entornados, como si entre las sombras no la viera a su mujer, profería groserías contra ella, hasta que, Guadalupe cansada de las incoherencias del supuesto borracho, volvía a la tienda, cerraba con estrépito la puerta, echando al traste las fechorías alcohólicas de su agresor. Si Mariano tardaba demasiado en recogerse a su altillo, mandaba su mujer en algunas ocasiones a personas allegadas para que lo ayudaran ha hacerlo. Don Mariano, ofendido, solía negarse terminantemente a dar curso a esas insinuaciones de perdón o comprensión de la Guadalupe, quedándose en el gramadal hasta que la soledad, el frío y la indiferencia le obligaban a hacerlo por sí mismo y como pudiera. Fuera de esos incidentes, que algunas veces se repetían semanalmente, no había otro contacto o relación entre ellos. Vivían en la misma casa, pero no convivían. Eso, debió ser de siempre.

Guadalupe era hija de un campesino acaudalado que le dió a su única hija, libertad de hombre, en tiempos en que tal cosa era una herejía. Ella, aprovechando de la condescendencia de su padre, se formó un carácter y voluntad, varoniles. Parece que en su juventud cometió algún error que su padre, en conocimiento de los hechos de su hija, la expulsó sin alharaca de su casa de Chullpas, desterrándola a Llamallackana, donde le compró una casa y terrenos para que viva y trabaje por su cuenta. Para liberarla de los comentarios de los lugareños, la obligó a casarse con Mariano Rodríguez, aimara, que entonces era sólo un allegado de la servidumbre de la casa, sin tomar en cuenta la ausencia de las condiciones que hacen viable el matrimonio. Guadalupe, aceptó sin resentimientos ni resistencias las decisiones de su padre. Casado o nó, desde el día en que llegó a Llamallackana, supo manejar con acierto la explotación de sus bienes rústicos, recogiendo año tras año cosechas que vendidas incrementaban su pequeña fortuna. No era rica, pero la llamaban la "kapaj Guadalupe" (Guadalupe la rica). El matrimonio, no le importó mucho, ni fué lazo que la atara a ninguna clase de obligaciones o deberes. Ignoró a su marido y vivió su vida en libertad, sin

que ello significara pretexto para una vida de libertinaje o inmoralidad. Don Mariano, no tuvo jamás ocasión para intervenir en la vida de su esposa. Desde el momento en que ingresó a la casa de su mujer, vivió sólo y apartado en sus diminutas habitaciones del altillo, ordenando y reordenando los pocos bienes que su esposa le dió, como expresión de su generosidad personal que él aceptó con gratitud. En esa casa, en su larga vida de consorte pero no marido, no le faltó nada, excepto una esposa real.

Guadalupe llegó a ser la persona más importante de la aldea. Los terrenos que poseía no eran extensos, ni era ella de raza blanca o mestiza; pero, ejercía poder, incluso entre sus vecinos hacendados que la respetaban, ignorando su condición de india. No conocía más que unas pocas palabras sueltas de castellano; en cambio, hablaba un quichua muy puro. Con los años, se transformó en la "Mama Guadalupe"

II

Entonces, aparecieron los indios llamados "piqueros". Eran los propietarios de terrenos diminutos en superficie, de muy mala calidad y sin riego. En esos terrenos de una arrobada (3.640 m2.), de media arrobada y hasta más pequeños, se instalaban parias de raza quechua que no pudieron ingresar de colonos en las haciendas por exceso de oferta de mano de obra o porque fueron echados de las haciendas en que estaban asentados, por diversas causas. Esa gente, no podía dedicarse sólo a la agricultura por falta de tierra para trabajar. Por eso, empujados por la necesidad, de forma simultánea y paralela, a tiempo de cultivar sus diminutos terrenos propios, hacían pequeño comercio, artesanías, compra-venta de ganado, chichería, transporte de arrieros y hasta algunas actividades delictivas, conque conseguían sobrevivir malamente. Llamallackana, Santa Lucía, Surimarancho, Chullpas, en parte, eran ranchos o aldeas de esa índole. Verdaderos apéndices de las grandes haciendas de Liquinas, Chullpas, Barja, San Isidro, Toco, La Loma, Mendezmamata; ranchos en los que se concentraba la reserva humana cesante de la agricultura del sistema de propiedad agraria feudal. Esos ranchos, por la insuficiencia de la tierra cultivable, la ineficacia económica de la agricultura y la pobreza general lindante en la miseria, estimularon la capacidad creativa de sus habitantes que, bajo pena de muerte por inanición, debían hallar los modos de vencer su situación, frente a la de los colonos que se embrutecían en el servicio de las haciendas, sin tiempo ni ocasión para mejorar su triste condición.

En Llamallackana, la Guadalupe resultaba el paradigma en que querían retratarse los habitantes de ese pueblo como los que se avencidaban en él por cualquier motivo. En sus cien

Librodot

años de vida, esa mujer, había visto mucho para transmitirles a sus vecinos enseñanzas valiosas de su experiencia. Eso es lo que hacía, estimulando el matrimonio de los jóvenes, la organización de hogares o la dedicación a actividades productivas libres que el malicioso y malintencionado de su marido, que no se atrevía a enfrentarla, decía que ella no era más que una vieja alcahueta que se metía en lo que no le importaba, so pretexto de hacer bienes imaginarios. La Guadalupe, se reía con ganas de los comentarios denigrantes de su marido , que sólo se expresaba a sus espaldas, valiéndose de intermediarios o del pretexto de la bebida, simulando borracheras inexistentes, con que daba curso a las maldades de su lengua, pero jamás de frente o ante el pueblo.

III

¿Quién era Mariano Rodríguez?

Todos los años, bajaban del altiplano a los valles, manadas de llamas cargadas de sal de mina, quinua, haba seca, tejidos de lana de llama, alpaca y vicuña, pito de cañahua y otros productos de tierras frías, conducidas por una veintena o más de hombres y mujeres aimara. Entre otros sitios, hacían pascana en la pampa de Ayoma, frente a la aldea de Llamallackana, donde, descargando sus acémilas, depositaban sus productos en la tierra en círculos delimitados por sus mismas cargas; esos círculos, se constituían por un tiempo, que podía ser de dos a tres semanas como de dos a tres meses, en los hogares provisionales de esos comerciantes buhoneros y trashumantes que por la transferencia de sus productos, sólo aceptaban maíz, en permuta. Pequeños, siempre cubiertos por sus sombreros blancos o casi blancos muy ajados, llevando pantalones de jerga de lana de llama sin un sólo botón pero con largas pretinas que anudadas, una encima de la otra, hacían de cinturón para sujetarles esa prenda en la cintura; chaquetas pequeñas y ponchos adornados de signos tiahuanacotas, siempre en colores oscuros y apagados. A sus mujeres, morenas y secas, de crenchas negrísimas sin peinar, parecía importarles poco su aseo y presentación. Sus ajsus (faldas) negros ceñidos las cubrían desde los tobillos. Encima del ajsu, llevaban el rebozo o una capa de color vivo y caliente sujeto en el cuello con un "topo" de plata o una simple espina natural. Recorrían de la mañana a la tarde, todos los días, las casas, ofreciendo en trueque sal de salinas y otros artículos exigiendo por ellos maíz. Ese comercio se hacía a lo largo de semanas o meses, hasta que la caravana aimara agotara sus existencias. Mientras tanto, en la pampa de Ayoma, las llamas frugales sobrevivían picando con sus belfos probuberantes la diminuta grama que sus dueños reforzaban con forraje adquirido también por el sistema de permuta. Algunas de esas bestias, parían o morían de viejas o enfermas. Entonces, las carneaban y

Librodot

preparaban chalona que al irse del valle se la llevaban. Supuse yo que era por ese hecho que el lugar se llamaba "Llamallackana" o lugar donde se carnean llamas, aunque sus habitantes permanentes de raza quechua no criaban un solo ejemplar de esos animales. ¿Desde cuándo bajaban esos hombres de las alturas con sus productos de tierras frías a los valles templados en busca de maíz? Nunca, nadie hizo averiguaciones al respecto, pero creo que antes debió ser una de las rutas comerciales pre-coloniales de intercambio de los valles con el altiplano. Por ejemplo, la sal de salinas que esos aimara vendían, era mejor que todas las sales corrientes que se expedían en los mercados, porque además de sal, era un saborizante.

Decían que don Mariano, era uno de esos comerciantes del altiplano que se apartó de su caravana y se arrimó a la casa de Leonardo Zurita de Chullpas y que fué Leonardo quién le dió el nombre y el apellido que llevaba, aunque nunca se supo por qué. Tampoco llegamos a conocer su nombre anterior, el nombre conque se dedicaba al comercio de permuta. La Guadalupe decía que la suerte de su esposo cambió a consecuencia de una enfermedad que no le dejó retornar a su tierra y por la actitud compasiva de su padre que lo ayudó a curarse de su mal. El hombre, dijo, recuperada su salud, resolvió quedarse definitivamente en Chullpas al servicio de su benefactor. Ese era el Mariano Rodríguez que servía de esposo a la hija de su patrón quechua, pero no de marido y que vivía retraído y solitario en la casa de su esposa, como un empedernido solterón.

La Guadalupe, casi no salía de su casa. Y no lo hizo más, cuando avanzó su vejez. No es que tuviera prevención contra la vejez o se avergonzara de ella. La verdad es que se sentía sin energías suficientes para salir más allá de su aldea. Para ejercicio, le era suficiente caminar dentro de su huerta y los terrenos. Se desplazaba así de sus habitaciones a los patios, los corrales de sus vacas, bueyes y ovejas, el pequeño lago, la huertita de perales y durazneros y de flores que crecían al otro lado del lago, llenando su tiempo con lo que ella definía como sus deberes del día. La preparación de los forrajes de los animales y el alimento de las aves, la cocina y la recepción de sus visitas que no le faltaban, eran sus otras ocupaciones. La presencia permanente de su hija y sus nietos, los hijos de Angela, dos varones y una mujer, que se sentían a gusto cerca de la anciana que de su parte no perdía ocasión para expresarles su preferencia, era otra de sus preocupaciones diarias. Rodolfo, el menor de sus nietos, decía en broma que su abuela hacía compotas y dulces con las peras verdes que el viento arrancaba prematuramente de los árboles o preparaba alimentos para sus perros, con la leche que se le cortaba o que no admitía que el agua hirviera vacía en el fogón o que la leche se derramara de la olla a las brasas sin que amenazara con el infierno a los culpables de los hechos y para lo que refería que Dios, hace hervir en el agua vacía el alma del negligente hasta que se le ponga a la olla algo a cocer y en el caso de la leche rebalsada al fuego

Librodot

que las ubres de la vaca lechera se ulceran y agrietan haciendo imposible el ordeño con el reflejo consiguiente de los tormentos del animal en el alma del culpable. La abuela, oía los comentarios de su nieto, reiterando con una mirada complacida el tenor de lo referido, manifestando como término que Dios nos dá sus bienes para cuidarlos, usándolos-o-consumiéndolos con sensatez y no para derrocharlos.

En cierta ocasión, contando Guadalupe a sus nietos pasajes de las cosas que vió, se refirió a las famosas maniobras militares del capital del siglo, Mariano Melgarejo, que bajando con su ejército de Tarata a la pampa de Ayoma, quiso demostrar a sus paisanos la extraordinaria preparación militar de su tropa, que aparentemente se frustró por la tormenta que empezó a caer en el preciso momento en que debía iniciarse las maniobras, encapotándose por entero el cielo de nubes negras y bajas, con amenaza de lluvia para el resto del día y la noche. El general presidente, dijo la abuela, indignado con el contratiempo imprevisto, ordenó en el acto el emplazamiento de sus cañones contra el cielo y las nubes y hacer fuego cerrado de obuses y fusilería en tres ataques sucesivos. Ante el asombro de los inocentes campesinos, reunidos en gran número en el lugar, en pocos minutos desapareció la tormenta, se despejaron los cielos, brillando de nuevo la clara luz del sol de esos valles. Entonces, reiteró Guadalupe, el general hizo las maniobras anunciadas hasta el final del día. El general Melgarejo, conocía desde su niñez a los indios del lugar por sus nombres desde la época en que convivió con ellos, durmiendo en la misma cama, comiendo sus alimentos y sufriendo el peso de la autoridad de los mismos padres, los indios que lo criaron, cuando lo abandonó su madre en el momento de restituirse ella de Toco a Tarata, meses después del nacimiento del hijo, que dejó al amparo de esos campesinos, negándose a llevarlo consigo al pueblo, temerosa del escándalo que podía armarle la presencia del niño a la beata-soltera.

IV

En la cosecha de maíz, se separaban las mazorcas de granos de los tallos y hojas secas de las plantas, con el trabajo de los vecinos del rancho, sobre todo de las mujeres jóvenes. Al final de cada jornada, recibían ellos en maíz el pago de su labor. En la cosecha de papa, los hombres que hacían la cava, cobraban el precio de su trabajo, en papa. De ese modo, se repartían entre los habitantes de la aldea, los frutos de la tierra. Incluso la sal, la chalona, el charque y otros productos se adquirían de los aimara del altiplano que visitaban el rancho cada año, permutándolos con maíz. Sólo las artesanías, daban dinero, que se invertía en la compra de herramientas, ganado, aperos agrícolas y algunos pocos alimentos frescos como el pan, la carne, la fruta, la coca y la chicha que

Librodot

se consumían en ocasiones especiales o las fiestas religiosas. El indio era totalmente ajeno a los acontecimientos cívicos nacionales o regionales.

Guadalupe decía con gracia que el indio se inflaba y desinflaba en el curso de un año, con el paso de las estaciones que en esta zona, sólo son dos; una que en quichua se llama "komertiempo" (tiempo verde) que comprende parte de la primavera, el verano y parte del otoño; y la otra, "chiritiempo" (tiempo frío) o el invierno. En el "Tiempo verde", caliente y con lluvias, la tierra se viste de ese color y las chacras se llenan de productos que los hombres, mujeres y niños del campo, sin respetar derechos de nadie, recogían de las sementeras propias y ajenas, los cholos y papas tempraneras y se las comían sin medida, mitigando en parte el hambre acumulada en el invierno del año. Había además en el "tiempo verde", a precios bajos, queso, huevos, carne, fruta, llenándose las huertas de fruta que por su misma abundancia, se vendía a precios bajos o se regalaba. Entonces, el indio recuperaba sus energías, acumulando en su cuerpo a ojos vistas reservas grasosas. Por lo demás, no era el único ser de la naturaleza que recibía del cielo ese beneficio en esta bella época. Las plantas, los animales, los pequeños gusanos, los insectos, los pájaros, todos los seres vivos, con el agua del cielo y el calor de la época, prosperaban y crecían, florecían, frutecían multiplicándose finalmente en esta etapa del bienestar general, regalo de la naturaleza. El hombre, también, acumulaba vitalidad y hasta amaba libremente con más frecuencia en la floresta. Los pájaros colgaban sus nidos de las ramas de las yerbas y los arbustos de que salían piando los polluelos a los maizales y los trigales en flor, las yerbas verdioscuras y las flores blancas y moradas de los papales. En junio, cambiaba el color del campo, el verde se trocaba en amarillo y ocre, que se intensificaba con el transcurso del tiempo. El cielo, frío, se cubría de celajes rojos y anaranjados que se desleían finalmente en amarillos de yema de huevo. Las yerbas, se secaban pintándose de rojo sucio primero y luego en el gris ceniza de la muerte. Se deshacían las hojas y todo tenía aspecto de quemado por el fuego del frío de las heladas, agostándose las sementeras con sus frutos sazonados semisecos. Los hombres llegaban con sus hoces y cortaban el maíz para amontonarlo en "calchas" en que el grano acababa de secar; el trigo, se segaba y se apilaba en las eras calvas, arrumándose en ellas las gavillas amarillas para la trilla. Se cavaba la papa y se echaban sus tallos secos, negros y arrugados, restos fúnebres de la vida que acabó. Los animales hambrientos recorrían el campo buscando las yerbas cada vez más pequeñas y secas. Los animales enflaquecían. También los hombres. El indio, seguía el ritmo de los cambios del tiempo. La Guadalupe tenía pués razón al referirse a esos cambios que se operaban en el cuerpo del campesino con el paso de las estaciones.

Librodot

Viéndola languidecer a su madre, cada vez más débil, resolvió Angela llevarla a la ciudad. De ese modo, la anciana, dejó su tierra y su casa por primera vez en los últimos cuarenta años de su vida. El médico que la vió, le aseguró que no adolecía de nada, pero que estaba muy vieja y en la vejez, todo resulta difícil y molesto. Así entendió también ella, cuando su organismo gastado, dejó de funcionar. Le faltaba apetito y no hubo más actividad en su estómago y los intestinos, aunque sus demás vísceras y los sentidos, trabajaban sin contratiempos, excepto la vista y el oído por las deformaciones acumuladas por los años.

V

Un día Guadalupe pidió la presencia de su esposo y sus hijos, que desde hacía tiempo, preveyendo lo ineluctable, se reunían a sus espaldas. El día de la cita por la mañana, se sentaron todos en el suelo alrededor del lecho de la anciana que los observaba, sin sorpresa, reunidos por primera vez en su vida. Dirigiéndose a su esposo, hizo memoria de la forma de vida que llevaron, recalcando que sus relaciones fueron de principio a fin las de dos buenos amigos.- Así fué, porque lo quise yo dijo. Ahora que debo irme, quisiera que los días de vida que a tí te quedan, los pasaras bien, para eso, te ratifico expresamente ante mis hijos los derechos que te asisten en los bienes que tienes en usufructo. Nadie te disputará esos bienes que están claramente definidos en mi testamento. Espero que los disfrutes con sensatez. De otra manera, quedarás sin ellos. La pobreza en la vejez, es doble pobreza y a eso se debe tratar de no llegar en ningún caso, porque a tu edad, ya no es posible ganarse la vida con el trabajo. Luego, dirigiéndose a su hijo Andrés lo miro de hito en hito, con cierta sonrisa compasiva que se le heló en seguida en la cara.- Diste fin a tu fortuna - le dijo con dureza- incluyendo la que recibiste de mí y la que te dieron tus suegros. ¡Mala cabeza! ¡Mala cabeza! ¿Que será de tí? ¿En que acabarás? Tus tres hijos pasarán por la pobreza y la miseria que traté de evitar en mi vida, alejando de ella a mis hijos. Lo que vas a recibir de mí en esta ocasión, no es mucho. Sin embargo, creo yo que con esos bienes, bien podrías reconstruir por lo menos parte de aquello que un día tuviste, apartándote con responsabilidad de la acción maléfica de tus vicios. Espero que recuperando tu conciencia de padre, no les des a tus hijos la calle y los caminos por hogar y el hambre por plato de alimento de todos los días... A tí, Angela, hija de mi corazón, nada debo reprocharte. Fuiste y eres sensata. Eres mi hija modelo. Dios te recompense con creces por el cariño y los momentos de felicidad que supiste darle a tu vieja madre. Hubo también horas de suma tristeza. Los nietos que me diste, no existen más. Se los llevó Dios por el camino de la guerra. Por qué debió ser Luis el que cayera entre las primeras

Librodot

víctimas de esa guerra? Y Rodolfo, tan joven, casi al día siguiente se fué detrás de su hermano. En esta tierra no es posible tenerlo todo. A tí te fallaron los hijos; se marcharon con inusita prisa. Pero, tal vez sea mejor vivir sóla. Tú, como yo, hoy mismo podemos dejar esta vida, sin pesares de ninguna clase. Nada debemos a nadie. Podemos retirarnos de la vida como de un espectáculo que ha perdido atractivo. Angelita, tú y yo, siempre estuvimos listas para marcharnos de este mundo sin ninguna clase de rencores. Aquellos que nos amaron y los amamos, ya se fueron. Habrá que alcanzarlos en algún punto de su trayecto, de ese trayecto que comienza en el instante de la muerte. Angelita, sé buena con ese viejo de tu padre y préstale ayuda en lo que puedas al mala cabeza de tu hermano. Acabó y guardó silencio, agotada.

Los miró una vez más. Les rogó luego que la dejaran descansar, extendiendo sus piernas debajo del cobertor, acomodó con comedimiento sus almohadas y dispuso con esmero su cuerpo en la cama. Se cubrió con la sábana incluso la cabeza y se durmió con sueño profundo. Por algún tiempo, sentimos el ritmo acompasado de su respiración, que prosiguió sin alteraciones ni interrupciones. ¿En qué momento dejó de existir? Nunca lo supimos. Lo cierto es que sin una exclamación de queja o dolor, sin ninguna expresión de sufrimiento físico, pasó con suavidad del sueño del descanso cotidiano al sueño eterno de la muerte, en un acto simple, tan simple cono el de accionar un interruptor para apagar la luz. El cuerpo que cobijara tanto tiempo esa vida, estaba completamente viejo. Fué la muerte más natural y bella que me tocó espectar...

Librodot

AGUSTIN JARES

I

Agustín Jares, indio quechua de la hacienda Chullpas, a principios de 1917, resolvió dejar la tierra de su origen, mudándose a Llamallackana; aldea miserable de no más de treinta casas de adobe, barro y caña, a legua y media al occidente de Chullpas, sobre el camino carretero de Cliza a Tarata. Agusti, tenía entonces, veinte años.

Librodot

Dos semanas antes de ese hecho, se casó con Guillermina Fernández, hija de una familia de campesinos libres de su nueva tierra, que más que labradores eran pequeños artesanos que vivían malamente de las flacas ganancias del taller que del cultivo de la tierra. El padre de Guillermina, Vicente, era sombrerero.

Agusti, rememoraba ahora con fruición las escenas todavía frescas de los gratos sucesos de su matrimonio.

Aquella mañana, los novios pasada la aburrida e interminable ceremonia religiosa, salvaron con paso lento el largo trayecto del pasillo central de la nave principal del templo, seguidos de su comitiva de padrinos, madrinas, parientes, allegados y vecinos de Llamallackana y Chullpas que les echaron papel picado y pétalos de rosas desmembradas de la cabeza a los pies. Quedaba atrás, el recuerdo del cura que en medio de genuflexiones no acababa nunca de lavar y secar sus trebejos metálicos, bruñidos y brillantes y de guardarlos en el sagrario con cuidado, en tanto que el armonio llenaba desde el coro con sus sones cadenciosos y profundos, casi sin ritmo, el terso ámbito del recinto religioso. Las campanas echadas a vuelo, anunciaban el matrimonio con la loca algarabía de sus repiques. Retumbaban los petardos que con su violento impacto sacudían la atmósfera y las casas desde sus cimientos. Los cohetillos saltones, reventaban en la acera norte de la plaza, como avispas aplastadas de élitros brillosos. La pareja, en los portales, recibió feliz los parabienes y abrazos de su comitiva.

¡Sí! Esa mañana, Agusti llevaba traje de cachinete negro que a los rayos del sol, reverberaba con los colores del arco iris. Pantalón de perneras chupadas, chaleco y chaqueta corta de bordes redondeados, encima de la camisa blanca de basto tocuyo con un botón en el cuello y los puños que rebalsaban de las mangas apretadas de la chaqueta. En los pies, los botines negros de cuero crudo le impedían moverse con la soltura que lo hacía a pié desnudo o con sus abarcas de dura suela cruceña. En él, se destacaba su pequeña cabeza coronada de tiesos y cortos cabellos sin peinar y el blanco ramito de azahares que se lo puso en la solapa diestra de la chaqueta su madrina, esa mañana, antes de entrar al templo.

Guillermina, a su lado, rígida e inexpresiva, era una flor celeste invertida. Jubón calado de cuello cerrado. Cubierta toda ella de un velo blanco, sutil y transparente que, bajando de la cabeza coronada de azahares, le dibujaba nítidamente el contorno del busto y se echaba apenas visible, sobre las polleras brillosas y abombadas por tres o cuatro centros y sobrecentros interiores.

Los mocasines del mismo color de las polleras, eran antenas de los estambres de una flor que tocaba levemente la tierra.

Librodot

Lejos ya de la plaza provincial, los recién casados y su comitiva, tomaron rumbo al mercado de abasto y el occidente por la calle desigual y torcida que salía del pueblo al río de Cliza. La pareja, se descalzó en la orilla y tramontó las aguas, prosiguiendo a pié desnudo por la arena mojada de la playa hacia Llamallackana, bajo el sol calcinante de mediodía que se intensificaba con el paso de las horas, antes de que se levantaran los vientos impetuosos de la tarde. Agusti, muy seguro, echó una mirada profunda al horizonte, sin aprensiones. Todo le parecía armónico y conforme con ese día tan lleno de esperanzas para la etapa de su vida que comenzaba, al parecer bajo los auspicios favorables del destino. Se decía él, el día de mi matrimonio, fué de oro, luminoso y brillante en que solo hubo paz y serenidad, lejos todavía de las horas de tormenta de la tarde, cuando se levantaban los huracanes que barrían el polvo de los predios y los caminos, agitando las copas de los árboles como brochas verdes con que un pintor gigante e invisible pintaba y repintaba el azul desvaído de los cielos. Era de ver los molles cuajados de perlitas rojas, los inhiestos eucaliptos, los abrumados y tristes saucellorones que bordeaban parte del camino. Todo estaba inmóvil. Ni una hoja se agitaba. Todo parecía orar en esa mañana soleada y clara. Sólo de los grupitos de gente que se movía sobre el camino, se elevaba el ronroneo de palabras guturales. Era el habla cortado y monótono de las gentes de la comitiva que espantaban el tedio del camino y el cansancio. Iban del mismo modo, los recién casados, en silencio, rumiando sus pensamientos, sus esperanzas y sus deseos.

Agusti, cabizbajo, rememoraba también sus tratos con el cura, el cantor y el sacristán del templo. Misa cantada de esponsales, dos pesos; aparte, un peso el derecho del cantor. El sacristán le pidió para sí, dos pesos con el argumento irrevatible de que ni el cura ni el cantor hacían lo que él en un matrimonio. Para comenzar dijo que el sacristán ayuda a la celebración de la misa, pero que antes de la misa, prepara el templo para la ceremonia y que no olvidaran que él, sólo él, podía ofrecerles repiques prolongados e insistentes de las campanas reclamando a las gentes que acudieran al templo y admiraran la ceremonia. Sin mí, dijo, no hay camaretas, cohetillos, papeles de colores, flores, las rosas deshojadas y las monedas. Recordaba también que le dijo: Agusti, ante Dios, una sóla vez se casa uno en la vida y para que sea con felicidad, se debe actuar con mucha generosidad y desprendimiento. No es correcto resistir a la voluntad de Dios y de sus santos. ¡Mezquindad y avaricia en un matrimonio!, es una desgracia. ¡Una inmensa desgracia! Una buena manda iluminada por un cirio grande de cebo fino, un matrimonio lleno de flores, papeles de seda y de colores, música, confetis blancos y rojos y monedas sembradas en la tierra para la cosecha y regalo de los niños de la calle y los viejos que se disputan los tostones de las albricias, no sólo que llena el alma de alegría, suaviza el destino de los hombres e intercede ante los dioses por

Librodot

la ventura sin cuento de los que se casan y para que tengan muchos hijos, como debe ser en todo matrimonio de gente honrada y sana, sino que te estimula para tu nueva vida, porque sientes que todo el mundo se interesa por tu felicidad. El muy pícaro terminó por sacarle del bolsillo más dinero que el cura y el cantor juntos. Y no acabó ahí la perorata del sacristán. Muy serio, se guardó el dinero en su faltriquera y le preguntó: ¿Que hace el cura en un matrimonio? Levanta las manos, estirando sus latinajos como elásticos, da dos vueltas con solemnidad, hace tres cruces en el aire en señal de bendición y...gana limpio sus dos pesos. El cantor toca su armonio, una pizquita de música aquí, otro poquito allá, responde al cura sus cantos y ¡zas! tiene su peso ganado, sin otros trámites ni formalidades. En cambio, el sacristán, sale a comprar los fuegos artificiales, las flores, los papeles, debe preparar el templo con gusto y artificio, ayuda en la celebración de la misa, vigila el repique de las campanas, se ocupa de las velas, el vino, los cirios...¡Ah! sin el sacristán, no hay misa ni hay matrimonio. ¡Dos pesos! Vaya, Agustí. Con dos pesos, nadie se casa. Cómo discutía, pidiendo el incremento sin límites de su derecho, pero, él, Agusti, se empecinó en no darle más, aunque creo que acabó por entregarle lo que pedía y más. Estaba seguro que le sacó más, mucho más de lo convenido.

Total, en su matrimonio, se supone que sin contar otros gastos adicionales que tuvo que hacer fuera del templo, sólo los derechos eclesiásticos pasaron de quince pesos. Agusti, hizo un gesto displicente que sorprendió a Guillermina que ignoraba lo que discurría la mente de su flamante esposo, y como si hablara consigo mismo, exclamó: -¡Qué más dá! Al indio todo le cuesta más caro.

II

Los recién casados y el cortejo, avanzaron más de la mitad del trayecto. Salían sobre el camino, gentes curiosas. Los miraban sin proferir palabra y sin demostrar en sus rostros de piedra, sentimientos de ninguna clase. La comitiva, proseguía su andar a paso lento como conviene a todo acto solemne. Agusti, volvió a ensimismarse y perderse en la bruma de sus recuerdos recientes.

En la tarde del día de los esponsables, su padre Ambrosio y su madre Micaela Tenorio, se trasladaron a Llamallackana, a la casa de los padres de Guillermina, con sus parientes y allegados. La pequeña comitiva, como era de rigor, lucía sus mejores atuendos y llevaba panes especiales, quesos secos y frescos, fruta, caramelos baratos y viandas asadas en canastos de mimbre y chicha en ceramios de variadas formas y capacidades. Todo era abundante. En un acontecimiento así, los presentes tienen que ser de buena calidad y abundantes, demostrativos de la solvencia económica y

Librodot

del bienestar de la familia, se decían aprensivos Ambrosia y Micaela. Agusti, fué también parte de la comitiva, aunque iba detrás y a cierta distancia y por otro camino para llegar al mismo lugar pero a otra hora y más tarde.

La comitiva, a su arribo, dió de bruces con las puertas cerradas de la casa de Guillermina. Como era costumbre, en esa situación el padre del futuro novio, tenía que llamar con insistencia golpeando la puerta de la casa con piedra y voceando a cuánto daba su garganta y sus energías, informando de ese modo a los vecinos de la población el motivo de la visita. Como no hubo señales de que alguien estuviese en la casa, Ambrosio se dirigió a las casas vecinas averiguando por las personas que buscaba, protestando al mismo tiempo a diestra y siniestra el motivo de su insistencia. Cuando la aldea se informó de boca del padre del pretendiente de lo que se trataba, se presentaron Vicente Fernández y su mujer Tomasa Calustro, expresando con enojo su alarma por lo que estaba sucediendo. Sin los saludos iniciales de recepción, Vicente increpó a Ambrosio reprochándole la falta de tino y cuidado con que estaba actuando en su rancho con sus llamadas desmedidas a la puerta de su casa y propalando entre sus vecinos sus pretensiones respecto de su hija Guillermina. Calificó de torpeza imperdonable esa actitud irresponsable de Ambrosio para el caso no deseado de que no se formalizara el compromiso o se presentara algún impedimento imprevisto por causa del destino que imposibilitara definitivamente el matrimonio. En esos casos, quedaría manchada la dignidad de su familia y el buen nombre de su hija. Ese descaro en la conducta de Ambrosio, reiteró en tono amargo, no podía tolerarse, olvidando el cuidado de la honra y la integridad de su joven hija.

Ambrosio, con humildad, ofreció los presentes que llevaba y siguiendo la costumbre, dijo: - Vicente hermano. Tomasa hermana, yo y mi esposa Micaela, mis parientes y mis amigos, estamos aquí para pedirles que acepten y consientan el matrimonio de Guillermina con nuestro hijo Agustín. Es cierto que ellos son bastante jóvenes, pero con la edad suficiente para que piensen y se decidan por sí mismo por su matrimonio, como lo han hecho ya. Mi hijo, me dijo en confidencia que tienen el compromiso de unir sus vidas por el amor y el cariño que se tienen. Vengo yo, hermanos a rogarles que ustedes, Vicente y Tomasa, mi esposa Micaela y yo, concertemos ahora el acuerdo por el que nuestros hijos también estén unidos por la voluntad de sus padres y sus familiares. De ese modo, recibiremos todos la bendición de nuestros dioses y de la madre tierra que por igual nos sustenta a ricos y pobres, sin miramientos ni preferencias. Queridos hermanos, no hemos llegado a las puertas de esta casa con las manos vacías y si nuestros hijos emprenden su nueva vida conforme a los resultados de esta visita, tendrán también la mano amiga de sus padres...

Conforme se deshilaban las palabras de Ambrosio, Vicente y Tomasa cambiaban de semblante, trocando su actitud de repulsa inicial por otra de aceptación y complacencia. Cuando Ambrosio dijo sus últimas palabras, Vicente repuso: -Querido hermano Ambrosio, sabes que estás en tu propia casa. Les doy mi bienvenida a tí y Micaela y a los que los acompañan. Comeremos y beberemos con gusto con ustedes en este día en que admito en dar mi consentimiento para que mi hija Guillermina se case con Agustín, hijo de mi hermano Ambrosio. Si es verdad que mi hija corresponde al cariño de Agustín, que sea ella la esposa que Agustín desea y que sea con la bendición del cielo. Mi esposa Tomasa y yo, lo recibiremos en esta casa a Agustín como a otro hijo más de nuestra familia y será parte amada por siempre por todos nosotros. Pasen ustedes a mi morada y que sea en buena hora y bajo los auspicios de los dioses que nos iluminan y nos guían en este acto en que se sella el compromiso de matrimonio de la mayor de mis hijas. Queridos hermanos, no debo ser yo sólo quien dé en esta ocasión su consentimiento y decida de la suerte de mi hija. Esta aquí su madre y ella debe decir también su palabra en el compromiso que se me solicita. Los de la casa y los visitantes cruzaron saludos efusivos, hubo abrazos, llanto, evocaciones e invocaciones a los dioses clamando por la suerte de las dos familias y la de los hijos comprometidos para el matrimonio.

Entonces, Ambrosio formuló su petición de nuevo a tiempo de entregar a Tomasa los presentes que los recibió ella con expresiones cálidas de elogio refiriéndose a su valor simbólico, lo que equivalía a la respuesta favorable de la madre sobre el motivo de la visita. Después, todos, incluyendo a los niños de la casa, comieron de las viandas y bebieron la chicha, dando a la Pachamama una parte generosa. Los dueños de casa exhibieron también sus presentes preparados con tiempo para el acontecimiento. En el intercambio de la comida y la bebida, invocaron de consumo a los dioses y los espíritus de los deudos de ambas familias, diluyendo el frío inicial de la recepción, pasaron todos los presentes a una relación de sincera y franca amistad. Los novios, en la habitación contigua a la de sus mayores, recibían información de la reunión de sus padres y familiares así como de sus decisiones por los hermanos y hermanas de Guillermina que hacían de emisarios saliendo y entrando de uno a otro recinto con la relación al menudo de los sucesos.

A esa altura de los sucesos y cuando la bebida desató las lenguas, Vicente expuso a la concurrencia y a los padres del novio, la historia de su hija, como dijo, para que nadie suponga nada bueno o malo sobre la conducta de su hija, rogándoles que sólo den crédito a ese respecto a las palabras de su padre que nada tiene que ocultar o alterar de la vida de su hija. Manifestó también que como un buen padre, esperaba que el marido de su hija deje de ser colono de hacienda. Rememoró a ese respecto con pesar las vicisitudes por las que tuvo que pasar, abandonando

Librodot

incluso a sus padres que eran colonos para hacerse hombre libre. Narró a los presentes la forma en que edificó su casa y dedicó su vida a la actividad artesanal de fabricar sombreros. No estoy arrepentido de nada, dijo con solemnidad y firmeza y agregó: -Yo quiero que mi yerno sea hombre libre como es ya libre la que ha de ser su esposa. Se extendió largamente en la historia de su vida y la de su mujer Tomasa. Ambrosio que lo oía en silencio, aprobaba de cuando en cuando esas expresiones con gestos confirmantes que denotaban su conocimiento pleno del pasado de su futuro consuegro y compadre. En otro rincón, Tomasa y Micaela, repetían la escena ante la mirada respetuosa de los parientes de ambas familias. Al cabo de unas horas, llamaron a sus hijos comprometidos para informarles de sus decisiones. Hubo de nuevo expresiones de júbilo, abundaron las lágrimas y las libaciones a nombre de la Pachamama, reclamando su bendición y la de los dioses para el próximo matrimonio. Afuera, sobre el camino, se quemaron tonantes cohetillos, anunciando de ese modo a la comunidad de la aldea que la petición de matrimonio fué favorablemente acogida. La Rafaela que vivía con su hija, desde que su marido se fué a la guerra y desapareció en ella, frente a la casa de Vicente, al otro lado del camino, se dió vuelta en su cama, despertando a su hija para anunciarle que los esponsales de Guillermina y agustin fueron acogidos favorablemente y que se aproximaba el día del matrimonio.

Cuando la comitiva se retiró de la casa de Vicente en las primeras horas de la madrugada, las inmensas estrellas parecían desportillos por donde se filtraba la luz blanca y brillante del otro lado de los cielos y la luna, en cuarto menguante, al occidente, lucía sus cuernos amarillos en medio de un mar azul lechoso que se desteñia en ciertas zonas por el enjambre blancuzco de las estrellas amontonadas que titilaban casi sobre las cabezas silentes y tristes de los árboles. Las gentes salían al camino desierto y avanzaban hacia el puente, en el Este, donde termina Llamallackana, como fantasmas borrachos. Cruzando un extremo del gramadal, se internaron por una senda remontando las barbecheras. Entonces, Ambrosio calculó por el trayecto y la posición de las estrellas y las constelaciones, cuanto avanzó la noche y cuánto faltaba para el amanecer.

Estaba ebrio, pero feliz, lo mismo su mujer y la parentela que se desparramó a poco en diversas direcciones a la salida de la casa de Vicente. Micaela, más ebria que su marido, repetía expresiones ininteligibles de reproche dirigidos a su marido, recordándole sus ingratitudes, su mala conducta, sus infidelidades reales o imaginarias, en una letanía monótona a que Ambrosio no daba oído ni importancia. El viejo avanzaba a campo traviesa por en medio de las barbacheras, rumbo a la hacienda Chullpa, a su sayaña, sus hijos, sus animalitos, mirando de soslayo y sólo a ratos a su mujer que seguía repitiendo en un murmullo oscuro sus cargos. Entre sí, satisfecho, sonreía por el éxito que obtuvo en su propósito de asentar el prestigio de su familia en la comunidad. Se detuvo

y sin miramientos, relajó su cintura y abriendo la bragueta, orinó interminablemente, empozando el líquido espumoso en la tierra arada, en tanto se repetía para su propia satisfacción los monsergas rituales que dijo esa noche con reiteración. No es que no creía ni le daba mucho valor a lo que se decía en los desposorios que sólo eran en gran parte palabras tejadas por la costumbre y que se repetían buscando el respeto de los jóvenes y la aceptación de los dioses para los actos de los viejos. Mientras tanto, su mujer, sentada en cuclillas a la vera de la senda, orinaba también copiosamente. De debajo de sus polleras arremangadas, surgía un hilillo de líquido de cauce abundante que se encharcaba en los hoyos del terreno. Prosiguieron luego su camino por en medio de los bloques de los árboles oscuros que parecían dormir sumidos en las sombras de la noche, cuál fantasmas tocados por el hálito denso y frío de las nubes que descendían húmedas hasta sus copas.

Agusti, sólo y feliz, seguía a cierta distancia a sus padres. Cuando no pudieron continuar andando por sí mismos, intervino y los llevó a la casa paterna, satisfecho de los resultados de su noche de esponsales. Una vez más, cerca de la casa de los Fernández en Llamallackana, sonrió complacido de los acontecimientos que habían cambiado últimamente el rumbo de su vida. Los recién casados y su comitiva, llegaron a su destino a media tarde.

En la casa, los esperaban con todo preparado. Se había instalado en el patio, un toldo afirmado en los muros y en soportes de hierro plantados en la tierra y amarrando en estacas sus extremos. Debajo del toldo, se habían arrinconado bancos de madera y unas pocas sillas. En la parte del ingreso y lo alto del toldo, flameaban banderitas de papel de diversos colores. La comitiva, cansada, se acomodó dentro del toldo, recibiendo en el acto, sendos vasos de chicha amarilla y platos repletos de ají de pollo o conejo, lengua de res en ají amarillo, papas blancas cocidas, revuelto de chuño blanco con huevo y abundante salsa de cebolla, tomate y locoto. El condumio sólo interrumpían las risas y las expresiones graciosas de los concurrentes que amenizaban de ese modo el yantar. A la segunda ronda de vasos de chicha sobre la comida, ingresaron al recinto los padrinos para dar a conocer a la flamante pareja de recién casados y los invitados, su regalo de bodas, una vaquilla lechera con cría de un mes. Hubo otros presentes, pero ninguno como el de los padrinos. Poco después, llegó la música (una banda de cuatro instrumentos de metal y un bombo) contratado por Vicente en el pueblo, para que el matrimonio dejara de parecerse a un velorio, según él decía. La fiesta y el baile al son opaco pero intenso del bombo que repercutía con sonidos de trapo suelto en medio de los chillidos estridentes de los instrumentos de cobre, inundó la aldea de inmensa alegría (que los numerosos niños festejaron dichosos emborrachados en la algarabía), se prolongó hasta más allá de la media noche. Al día siguiente, por la tarde, se repitió la fiesta en privado con la música de un armonio y un acordeón en la casa de

Librodot

los padrinos, con menos ruido y concurrencia. Era el homenaje de los ahijados a sus padrinos y sus familiares.

LOS HIJOS DE AGUSTI

I

Librodot

Nació mi primer hijo, estando yo en la chacra. Fué Casilda, hermana menor de mi mujer, quién me dijo, azezando: -Cuándo salí, tu Guillermina estaba con los dolores del parto. Una vecina, nos pidió a gritos desde el camino que acudiéramos a tu casa a auxiliarla a tu esposa. Lo hicimos en el acto, llevándola con nosotros a la Rafaela que entiende de esas cosas. No se hizo rogar, dejando sus actividades, se precipitó al lugar. No bien la vió a Guillermina, echada en el suelo tratando de sobreponerse a sus dolores, ordenó que la lleváramos al poyo de dormir; donde, soltándose la pretina de la pollera de tu mujer, como a las vacas que sufren complicaciones en el nacimiento de sus crías, apartándole la camisa, le propinó duros golpes en las caderas, fijando su mirada en lo hinchado que estaba toda la parte de abajo del cuerpo de Guillermina. Dijo: -Mujer, llegará ahora mismo tu hijo; en tanto le separaba las piernas y manipulando con energía arriba y abajo, le pidió a tu mujer que pujara con todas sus energías y gritara a lo que sus pulmones dieran. Cuando se llenó el cuarto con el primer aullido de tu mujer, me acordé de tí y salí a la carrera en tu busca. A esta hora, ha debido llegar ya tu hijo. No bien terminó de decir su última palabra Casilada, salí corriendo a mi casa, abandonando mi trabajo y las herramientas. No era todavía mediodía, cuando entré al dormitorio y vi a mi suegra, la partera Rafaela y dos de mis cuñadas que conversaban plácidamente sentadas en el suelo. Guillermina, descansaba con los ojos entornados y la cabeza fuertemente amarrada con un trapo-blanco, cubierta de frazada. A su lado, dormitaba un crío rojo oscuro de no más de dos palmos de tamaño, tan chico y tan enjuto como una cría desvalida de oveja.

-Es macho- me dijo la partera y ante mi azoramiento, se rieron todas de buena gana. De mi parte, todavía desconcertado, sólo atiné a sonreír; pués, no sabía lo que un padre debe hacer en tales circunstancias. Entonces, la partera, narró con entusiasmo los detalles del suceso, calificando de fácil el nacimiento, me aseguró que no habrían complicaciones en la salud de la madre y del hijo. Respecto del hijo, se deshizo en elogios, describiendo su vitalidad, su tamaño y peso y el volumen con que estalló su primer grito como el agrado con que tomó su primer baño de agua tibia. También dijo, riendo, que lueguito se durmió como si hubiera llegado cansado a este mundo. Cuando se retiraron todas, festejando las palabras de la Rafaela, me recomendó ésta que mi mujer y el bebé precisaban de reposo.

Estando ya sólo, despertó Guillermina de su modorra. Me miró tranquila y me dijo que llegó el parto cuando menos lo esperaba y se produjo sin los grandes dolores que esperaba sufrir, en un tiempo breve y sin dificultades; terminó tranquilizándome porque según ella no había motivo para preocuparse sobre lo que ya pasó. Sonrió con alegría dolorida. Me acerqué al poyo y le dije que lamentaba de veras no haber estado con ella desde el primer momento pero que era para mí

Librodot

satisfactorio que la Rafaela le hubiera auxiliado superando todo con felicidad. A poco, el crío, comenzó a quejarse y llorar. La madre, le cogió solícita en su regazo y le puso en su diminuta boca el pezón de su abultado seno que el bebé comenzó a succionar con increíble vigor para su edad, en tanto que entraba y salía el aire con embarazo por los orificios de su naricilla, produciendo ruidos de fuelle viejo, hasta que se durmió de nuevo. Yo, olvidando mis trabajos de la chacra, no volví a dejarla sola a mi mujer hasta el anochecer, cuando retornaron a la casa mi suegra y mis cuñadas. Cerca de la puerta del dormitorio, improvisamos asientos con tepes y piedras. Las mujeres se sentaron en el suelo cubierto de cueros trasquilados. Mi suegra, en tanto hilaba en su rueca portátil el vellón de lana que llevaba envuelto en su brazo, me repetía sus instrucciones sobre la forma de vida que debía llevar ahora con Guillermina. Mis cuñadas, despertándola a su hermana, le dieron sopa tibia que trajeron de su casa.

A los tres días, mi mujer estaba de pié y ocupada de nuevo en sus actividades de antes. El crío llenaba con sus lloros y sus gritos la casa. Sus exigencias eran las de un propietario que sólo sabe de derechos e ignora por completo los deberes. Nos sometimos con paciencia a sus caprichos, transformándolo en el centro de nuestras preocupaciones.

Antes de que llegará a sus dos semanas de vida, acudimos Guillermina y yo con el bebé y nuestros recién nombrados compadres, Carmelo Tenorio y su esposa Telésfora Pinto, ante el cura de Cliza. La ceremonia de bautizo tuvo lugar delante de una fuente de piedra labrada en forma de una corola y ante un santo llamado San Juan Bautista, que medio desnudo, con las piernas hundidas en un río, bautizaba a Cristo Jesús echándole agua a la cabeza con un cuenco ante la vista de una paloma blanca, irisada y brillante que observaba el acto desde arriba. El cura tomó de mis manos al bebé. Lo cubrió con un manto, le introdujo en su boca granos de sal, presionándole su frentecita y ungiéndole con un ungüento, murmuraba sus oraciones. Lo entregó luego la criatura al padrino, previniéndole el parentesco espiritual que asumían el y su mujer desde ese momento con nosotros, los padres, en torno del ahijado Asterior Jares Fernández. Nos abrazamos con alborozo. Mi compadre pagó los honorarios del cura, del sacristán y el cantor y nos fuimos de inmediato a una chichería, a la salida de la población, donde comimos y bebimos brindando por la ventura del ahijado y la nuestra. El nombre con el que se lo bautizó a mi hijo, lo sacamos del santoral de un almanaque que nos leyó el sacristán y eligió uno de los tres nombres de santos de la iglesia que había para el día de nacimiento de mi hijo. Al año cumplido, con mis compadres Simón Vega y Tomasa Calustro, hicimos bautizar a mi hija Micaela y en los dos años inmediatos a Luis y Liborio. El último, destruyó mi hogar, matándola a su madre a tiempo de llegar a este mundo con su nacimiento.

Librodot

II

¡Nadie sabe qué pasó en esa ocasión!

Es cierto que Guillermina, con cada parto, perdía vigor y fortaleza y se agotaba en silencio sin proferir una queja. El último embarazo le llegó cuando sus fuerzas estaban visiblemente consumidas. A mi parecer, algún mal desde dentro de su cuerpo se la comía y se agravaba con la llegada anual de otro hijo. Cuando nació Liborio, el flujo sanguíneo del parto la debilitó al extremo que las manos milagrosas de la Rafaela resultaron impotentes para salvarla. La desgracia de la muerte de Guillermina me sumió en la más negra desdicha y dejó al recién nacido en el más completo olvido que, a su vez, sólo se salvó de una muerte cierta en las manos caritativas de mi hija Micaela, que se encargó de atenderlo como si fuera su propia madre.

La noche del día de la muerte, despejamos el poyo de barro del dormitorio de los cueros y frazadas que la cubrían, así como los trapos que colgaban de los clavos y cordeles instalados en las murallas. Armamos sobre el poyo, con varias sábanas blancas de tocuyo un lecho en el que acomodamos el cadáver de mi mujer, en cuanto la vestimos con sus polleras y el jubón de su matrimonio y le cubrimos la cara y el cuerpo con el velo blanco y transparente, como en un fanal de tela, después de lavarla y peinarla cuidadosamente. Sus facciones demacradas y amarillas parecían de cera, y como si nunca por ellas hubiera pasado una gota de sangre. Los parientes, la familia, los amigos y los vecinos, ingresaban a la pequeña habitación y lloraban a gritos repitiendo pasajes de la vida de mi mujer. Su madre, enlutada de la cabeza a los pies y envuelta en mantón negro, gemía con mucho dolor en un rincón, repitiendo obsesivamente el nombre de su hija; más tarde, apartando de su cuerpo el mantón, se mesó con energía sus cabellos, postrándose de rodillas ante el cadáver rodeado de velas resplandecientes que ardían unas más altas y otras, más bajas, echando al techo columnas de humo denso que transminaban el ambiente con el olor acre de la grasa quemada. Llegaron vecinos con ramos de flores del campo, coronas de papel de seda blanca y azul que las dejaron sembradas al pié y el entorno del cadáver. Los hombres, cubiertos de ponchos y sombreros negros, se sentaron en los bancos de madera, poyos de adobe y otros asientos improvisados con tepes y piedras a la salida de la habitación en que yacía el cadáver, en tanto acullicaban coca y llucta y pitaban cigarrillos de hoja de los que estaban echados sobre un aguayo multicolor al centro del patio. Bebían en silencio sorbos de chicha de cuando en cuando y murmuraban expresiones asordinadas que los demás oían pero no entendían. Cuando ingresaban otros vecinos, se ponían de pié y los abrazaban, dándoles al mismo tiempo y en silencio, apretones

Librodot

de mano de condolencia. Todos esos actos eran de solidaridad de los visitantes con los dueños de casa en su desgracia.

En la habitación del velorio, durante el día y la noche, prosiguió la exposición de ofrendas verbales y las lágrimas. Cuando los gallos anunciaron la media noche, se retiraron las mujeres. En cambio, los hombres quedaron en el velorio hasta el amanecer. A media mañana, llegó el ataúd. Era una caja de madera de sauce pintada de negro, con forma aproximada al cuerpo humano. Ancho a la cabeza y angosto a los pies. A poco, ante la mirada atónita de los padres y los hijos, fué el cadáver colocado dentro del ataúd, cubierto de una sábana bendita que de un extremo a otro llevaba pintada una cruz negra. Encima pusieron la tapa del cajón y la clavaron por su entorno. El velorio prosiguió hasta poco después de mediodía. Para entonces, los vecinos, pasaron dos o tres veces delante del cadáver, repitiendo sus oraciones. Para el traslado del ataúd al cementerio, los hombres reforzaron su acullico de coca y lejía. Tenían ahora sus ponchos negros arremangados sobre el hombro izquierdo y esperaban de pié a los costados del féretro amarrado con sábanas retorcidas, arriba y abajo, donde los porteadores se arrimaron con seguridad para que el bulto no se les escapara con el trajín. Cuando trasladaron el ataúd a la puerta de la casa, se produjo un estrépito de gritos, lloros y hasta hubo el mugir lastimoso de los bueyes y la vaca lechera en el patio, como si lamentaran también ellos la partida de Guillermina, que en vida les daba trato de humanos y no de animales o bestias. Dos hombres acomodaron el ataúd en sus hombros en tanto que otros dos, lo hacían del otro lado de igual modo. El cortejo, comenzó su marcha al cementerio por el camino, a paso lento. Se situaron detrás y en desorden, la población entera de la aldea. Avanzaron así, cien metros. A esa altura, colocaron en el suelo una banqueta y el ataúd sobre él, en tanto los porteadores cambiaban su carga bucal de coca y bebían tutumas de chicha diluida alentándose para la siguiente etapa. El cortejo decía de nuevo sus oraciones y las lloronas gemían incansables, expresando la tristeza en que el rancho se sumía con la prematura partida de Guillermina de esta vida. Los porteadores, cambiando de lugares o renovándose por otros, retomaron sus puestos y cargaron el cajón otros cien metros. Proseguía así su marcha el cortejo, llegando en horas al cementerio del pueblo.

Allí, los esperaba el cura del pueblo. Alto, embutido en sotana negra y cubierto de guardapolvo azul claro, sólo resaltaba en él brillo de su cuello blanco y reluciente como argolla de nieve rodeando un cogote moreno y grasiento. Se puso delante del ataúd que reposaba en la banqueta; luego, elevando las puntas de la estola con sus manos, entonó el "Padre Nuestro" que la gente repitió con unción. Hizo lo mismo con el Ave María y trozos de liturgia fúnebre. Cuando terminó esa parte de la ceremonia, se tomó la frente con los dedos pulgar e índice de la mano

Librodot

izquierda, repitiendo una oración de difuntos, en tanto que con el hisopo echaba agua bendita al ataúd y las personas que lo rodeaban. Se postraron hombres y mujeres de hinojos, gimiendo con sinceras lágrimas. El cura calló, en tanto Agustín y sus hijos, aproximándose al religioso, pusieron monedas y billetes de corte menor en sus manos por dos, tres o más responsos para el alma de Guillermina, pidiendo a Dios la amparara en su viaje solitario al otro mundo. Vicente, Ambrosio, los hermanos y las hermanas, los vecinos de Llamallackana y de Chullpas, entregaron sus monedas al cura comprando responsos por el eterno descanso del alma que ese día partía.

Al término de los actos religiosos, elevaron de nuevo el ataúd sobre sus hombros los porteadores, entrando al cementerio hasta el sitio en que el foso abierto esperaba el entierro. Luego de otra breve ceremonia, bajaron el ataúd al foso y lo rellenaron con la tierra removida, levantando con el sobrante un túmulo en cuya cabecera se plantó una cruz negra de madera en que se había escrito con letras blancas: -Guillermina Fernández. Cliza, 6 de marzo de 1921. Q.E.P.D. El cortejo repitió de pié sus últimas oraciones delante de la tumba y se retiró hasta la aldea, acompañando a la familia doliente. Cuando llegaron a la casa y se despidieron en la puerta, quedaron con Agusti unos pocos amigos para acompañarlo, bebiendo chicha y mascando coca, hasta más allá de las diez de la noche. Antes de retirarse, se concertaron para el lavatorio del día siguiente.

En la madrugada, prepararon bultos con la ropa personal y de cama de Guillermina y se fueron en grupo al río más cercano del rancho; donde, entre comilona, bebida y diversos juegos, se hizo el lavado de la ropa de la muerta, liberando a sus cosas de su impronta, en tanto, los hombres echaban sobre el aguayo de colores hojas enteras y selectas de coca, interrogando a los dioses por la suerte de la mujer que dos días antes emprendió viaje al mundo de los muertos.

-Agustí- dijo el hombre que actuaba de yatiri -nada debes temer por tu mujer. Ella era ya en esta vida un ser que ilumina, como las estrellas a los dioses de la noche. Se fué y se fué pronto como se van los seres que sólo nos visitan con brevedad en este mundo, en el viaje largo que hacen a la eternidad. ¿Cómo pedirles que se queden más tiempo con nosotros, si son los dioses los que las llaman desde el otro mundo que es el mundo de ellos? Tus hijos, que tienen en sus cuerpos y sus almas más de tu mujer que de tí, vivirán contigo y harán de tí en la comarca, un padre feliz. Llevan ellos el hálito de bondad de la madre y son buenos porque esa es su naturaleza. Eso dicen las hojas que nos son asequibles para solventar nuestras dudas y preguntas, en momentos como este en que despedimos a nuestros muertos queridos. Tomaron todos las hojas de coca que leía el yatiri y se las acullicaron con la lejía y el humo de los cigarrillos que pitaban, clamando al cielo que las palabras dichas en el lavatorio sean la versión más exacta de lo que dicen las hojas de coca y por su intermedio, los dioses. Los lavadores, se retiraron del río cuando el sol doraba con sus rayos

Librodot

crepusculares las cumbres limpias de los cerros que circundaban el valle, en que Llamallackana es un puntito y cada hombre, un grano invisible de la tierra...

III

Pasado el entierro, Agusti hizo en su pequeña casa de padre y de madre de sus cuatro hijos. Eran pequeños pero no ignoraban que perdieron a su madre. Micaela, de pocos años, prodigaba su atención a su pequeño hermano Liborio, en tanto que Asterio y Luís, se ocupaban del cuidado del rebaño de ovejas, de los bueyes, la vaca lechera, las gallinas, los patos, los conejos y los perros con los que convivían. Agusti estaba más tiempo en la chacra. Sus alimentos los preparaban con sus propias manos el padre y los hijos, tres veces al día, y se regalaban con gachas de maíz amarillo o blanco, trigo quebrado con papas, cebolla verde y grasa de cordero o de res, alguna vez un poco de carne asada o hervida o pollo cocido con habas, papas blancas y ají de locotos con tomate, conejos pelados y cocidos con chuño y ají. Eran las viandas que a diario comían, además de una ración cotidiana de mote de maíz, tostado de trigo o de cebada pelada o de maíz, pito de esos mismos granos en lugar de pan que se probaba sólo dos o tres veces por mes. Los hijos de Agusti, llegaron a tener experiencia en la preparación de esos alimentos, con los que esperaban al padre en la tarde o la noche y lo sorprendían en la madrugada al empezar los trabajos del día. A Micaela, la abuela y sus tías hermanas de su madre, le ayudaban en la crianza de Liborio. El bebé, a falta de leche materna, recibía la de la vaca lechera de la casa de Agusti y de las de Vicente. Los niños sin madre, a pesar del relativo bienestar material de que gozaban, llevaban en sí un dejo de tristeza, soledad y abandono que se expresaba en la sonrisa triste o la alegría medida. El mismo Agusti, permanecía ensimismado y silencioso por tiempos prolongados, como si su alma saliendo de su cuerpo vagara por otros mundos o viviera otras vidas, dejando su cuerpo vacío en la tierra. Era un padre bondadoso que amaba a sus hijos con la sencillez de un hermano mayor, de igual a igual, como si sus hijos fueran hombres y mujeres maduros pero de pocos años de edad. Cuando se transformaron en jóvenes, les impuso Agusti, la obligación de adquirir además de la habilidad de cultivar la tierra que sabían por tradición, un oficio que los liberara en alguna medida de la dependencia de la tierra, de sus propietarios y del arraigo eterno en el rancho. Asterio aprendió el oficio de su abuelo materno Vicente. Se hizo sombrerero. Luís no quiso ser menos, siguiendo los pasos de su hermano mayor, aprendiendo la sombrerería en que trabajaba con él, en tanto que Liborio era tejedor como su padre Agusti. Las obras iniciadas por éste, terminaba el hijo, fabricando telas, ponchos, frazadas, pisos, alfombras y aguayos. Sentado en los maderos del telar,

no obstante su pequeñez, movía con habilidad de experto sus pequeñas manos y sus pies, pasando y repasando en la urdimbre la lanzadera con rapidez. La habilidad con que dibujaba figuras geométricas, perfiles humanos, animales, pájaros, flores, combinaciones de colores, letras, signos, líneas en los tejidos se hizo proverbial. Los tejidos de Liborio llamaban la atención de sus amigos, las personas mayores de Llamallackena y de Cliza, donde su padre, domingo a domingo, los vendía a buenos precios e invertía el dinero en adquirir objetos para su familia o se daban banquetes de buena carne, pollo, quesos y hasta algunas golosinas y sus vasitos o tutumas de buena chicha. Micaela que se hacía jovencita, era cuidadosa y económica. Media con escrúpulo sus recursos y los usaba con racionalidad. Esas vidas estaban condicionadas por la bondad de la tierra. Cuando sus frutos eran insuficientes, se recurría al telar y la sombrerería. Eran trabajos duros y sacrificados que había que afrontar para preservar la libertad y sobrevivir en ese medio tan pobre de recursos.

Alguna vez, Agusti y sus hijos, conversando, se preguntaban el por qué los indios no podían prosperar en la misma medida que los blancos y los mestizos, no obstante del duro trabajo diario que hacían y hasta por más horas del día y de la noche, con enorme sacrificio. En cambio, "los "karas" de los pueblos y de las ciudades, con menos trabajo, con menos esfuerzo, adquieren más dinero y más bienestar que nosotros". Se acordaban entonces que los "karas" presumían de algo que llamaban "inteligencia" y "conocimientos" y que esa inteligencia y conocimientos parecían que les abrían las puertas de una mejor vida que la que llevaban los ignorantes como los indios. Liborio, que tenía la mente más despejada, se preguntaba si no era posible que adquiriera él esos conocimientos para mejorar los ingresos económicos de su casa, por lo menos para que haya en ella más comida. Eso tal vez podía ser, se decía, pero había también que acordarse que cuando se presentaba una situación de más holgura en la casa y la vida del indio, los patrones o sus empleados, exigían de inmediato sin lugar a resistencia, el pago de los derechos de uso de los gramadales y de las pampas en que pastaban las ovejas y las vacas y el diezmo de las aves de corral, los conejos o los patos que criaban en su casa con sacrificio; y todo con el argumento de que las tierras en que se asentaban las viviendas del rancho eran del patrón X o Z que pagaba al Estado los impuestos con mucho dinero. Cuando esas charlas familiares avanzaban a otros campos, Agusti, solía cortarlas, sonriendo con tristeza y diciendo: -Mejor, no pensemos más en eso. Tal vez es mejor que no engordemos como cerdos para no terminar en el matadero. Dicen que los gordos son más propensos a morir, reforzaba Liborio con socarronería el argumento de su padre. Sin embargo, el chico afirmaba con decisión, "cuando sea grande seré rico". Quiero comer las cosas que come el nieto de doña Angelina que ahora sólo puedo probar de lo que le sobra. Ese "joverito" que anda detrás de nosotros como cordero sin madre, perdido en la tropa, buscando amigos con

Librodot

quiénes jugar. Su abuela dice que sin hacer nada, se siente sólo y se aburre. El otro día, me llamó la abuela y me previno que cuando salga de su casa su nieto, ni yo, ni los otros chicos del rancho, debemos darle ocasión para que nos distraiga de nuestras ocupaciones y menos recibirle los quesos, panes o fruta que le roba y lo regala a los chicos de la aldea como sebo para que se queden con él. Amenazó que si la cosa sigue por ese camino, llamará a los padres de los chicos que se aprovechan de la mala cabeza de su nieto, para que los castiguen. Agusti y los hermanos de Liborio, se mataban de risa de esos cuentos y de las ocurrencias del joverito. Micaela, con inocencia, le preguntó a su padre que cómo era que la mama Guadalupe tenía en su familia, siendo india como todos los del rancho, un nieto joverito. Eso no se pregunta, respondió Agusti, Mucho se habló antes de ahora de eso. Parece que cuando la mama Guadalupe vivía en Chullpas, tuvo de soltera a su hija Angelina y que ese hecho motivó para que su padre, Leonardo Zurita, además de casarla obligadamente con uno de sus criados, le compró las tierras de la huerta de Llamallackana en que vive ahora como desterrada. Ese puede ser el origen de la tracalada de joveritos que a la mama Guadalupe la rodean ahora, si ese cuento tiene algo de verdad y no es sólo el producto de la imaginación mal intencionada de algún malentretenido que no repara en hablar mal de sus semejantes, y le achaca a la Guadalupe un mal paso en su juventud. Ahora, esos comentarios no tienen importancia. Lo cierto y evidente es que la mama Guadalupe tiene una hija blanca y pecosa como las mujeres de los "karas" y nietos joveritos. Ese joverito que ahora la enloquece regalando sus alimentos al hijo cojo de Matías en pago de su amistad y porque le fabrica aviones con el corazón blanco y blando de las cañas de maíz y las tiras duras y flexibles de la corteza de esas cañas. El joverito le dá a Serapio por cada objeto fabricado, una parte de sus provisiones de pan, queso o frutas o lo que tenga de comer a mano. Como es de suponer, en poco tiempo lo invierte todo lo que tiene; entonces, corre a la casa de su abuela y se provee de nuevas partidas de alimentos para comprar los objetos que según él son bellos y según su abuela, sólo pretextos de que se valen los chicos para asaltarle sus alimentos a su nieto. Padre, dijo Liborio, tú que trabajas en los terrenos de la mama Guadalupe, debes saber si paga ella el diezmo del catastro que nosotros pagamos por los animales que pastan en la pampa de Ayoma y de las gallinas, patos, conejos que criamos en la casa, a los patrones que dicen ser los dueños de la pampa y de los terrenos en que están nuestras viviendas. No paga, respondió Agusti. Ella, por el contrario, cobra ese diezmo del catastro de mi parte de la cosecha que recogemos en sus terrenos, ella como propietaria y yo, como aparcero. No toma parte en el cobro del diezmo de los animales de la casa. ¿Por qué, me preguntas? Padre, la mama Guadalupe es india como nosotros. Sin embargo, ella recibe otro trato en el disfrute de sus bienes. Nosotros tenemos cargas más pesadas y severas. Agusti, a

manera de respuesta, dijo: -Esos joveritos que parecen sonsos y se hacen robar y que a tí te merecen burla, son los que no permiten que a su abuela la traten como a una india cualquiera. Los hacendados pasan por alto, haciéndose los que no ven, lo que hace la vieja, aunque ella use más agua de riego que los patrones o que tenga más animales que nosotros pastando en Ayoma. Las cosas son así. Así fueron en el pasado y seguirán siendo así en el porvenir, hasta que todos los indios nos acabemos en este mundo que lamentablemente no es nuestro.

Eso que dices no creo, padre, replicó Liborio. Los indios somos necesarios para trabajar. La tierra sin nosotros, no vale nada. Ellos, arriba; nosotros, abajo. ¿Cómo podrían sostenerse ellos arriba, si nosotros no estamos abajo para sostenerlos? No es verdad padre que sin cimientos de piedra debajo de la tierra, no es posible edificar una casa grande y sólida, arriba?

-Bueno, anda y teje los ponchos y frazadas que puedas. Debemos comprar otro buey y cambiar la lechera. Ha de ser bueno este año. Las nevadas llegaron a su tiempo. Habrá forraje para cebar y vender esos animales, después de las siembras próximas.

IV

¡Fué una desgracia!

Liborio contrajo unas fiebres que terminaron con su vida, en pocos días. Se fué de ese modo aquella criatura que al nacer tronchó la vida de su madre. La desgracia familiar pasaba por segunda vez por la casa de Agusti, llevándose la vida del más joven de sus hijos, de ese hijo que casi de niño tuvo conciencia dela postergación material del indio y de la imposibilidad de superarla sin el designio previo de la forma de hacerla. Su muerte prematura, como la de su madre, se encargó de suprimir esa posibilidad para Agusti y su familia. Lo enterraron en el cementerio del pueblo.

A poco tiempo de esa muerte, se casó Asterio con María Inturias, Luís se fué de la aldea a la ciudad y el cuartel del ejército para el servicio militar obligatorio. La casa, medio vacía, quedó en manos de Mica y el viejo Agusti , cuya vida proseguía como antes entre el cultivo de la tierra, el cuidado de los animales y las obligaciones del rancho.

A casi un año de la muerte de su hijo, Agusti, tenía un alma que esperar en Todosantos. El alma de Liborio. Con este motivo, había que pensar en el altar de difuntos que debía armarse en la casa para recibir la visita de las almas de la familia y de modo especial, a las almas nuevas que según la tradición de esa fiesta volvían del seno de la tierra a la superficie o el mundo de los vivos y a su casa, por un día, donde sus familiares debían esperarlas con sus alimentos favoritos y las

Librodot

bebidas y las golosinas que en vida consumían con más agrado. Mica, para celebrar la visita de su hermano, se esmeró en adquirir con tiempo una arroba de harina de trigo, otra de maíz, huevos, quesos secos y contrató la provisión de un cántaro de chica morada o de Todosantos. Una semana antes de la fiesta, en la feria de Cliza, compró coronas de papel, velas finas de estearina, confetis, animalitos de azúcar y de almidón pintados de diversos colores. La siguiente semana se ocupó con diligencia de armar el altar y de llenarlo con los alimentos y bebidas que eran del aprecio y preferencia de su hermano. Con la harina, Mica y su cuñada María, fabricaron muñecos de numerosas formas y tamaños, patos, pollos, vacas, ovejas, hombrecitos, bebés, estrellas, lunas, soles y cuánto se les ocurrió como novedad, cociéndolos en el horno que todo el rancho calentó en una sola casa.

Cuando estaba todo preparado, Agusti les dió su ayuda, instalando con adobes un altar que cubrieron primero con paja, luego con trapos y finalmente, con una sábana bien planchada. En la muralla del fondo que servía de apoyo al altar, instalaron una cruz negra y las efigies de los santos que pudieron adquirir en préstamo, a los costados de la cruz. Debajo de la cruz y los santos, estaba la mesa de frituras, los objetos de azúcar y de almidón y los jarros de chicha morada. A los lados, más allá de la sábana y de las frazadas que rodeaban el altar, instalaron las velas que debían iluminar la noche de las almas en visita y a los hombres, las mujeres y los niños que debían rezar y cantar sus oraciones y sus coplas de Todosantos a nombre y beneficio del alma de Liborio.

V

En la mañana del día de Todosantos, Agusti con su mejor traje, Mica emperifollada de luto estricto y un mantón que le cubría la cabeza y el busto, María del mismo modo y Asterio y Luís, que retornó al rancho del cuartel para la fiesta, fueron al templo del pueblo a la misa de difuntos y el cementerio, de visita a los muertos. El túmulo de Liborio estaba limpio y adornado con esmero desde el día anterior. En la cruz que la coronaba se leía: -Liborio Jarés. Cliza 10 de marzo de 1936. debajo de la cruz había un pequeño promontorio de tierra y sobre el promontorio, en vasijas de barro, flores naturales frescas y artificiales de papel. En la cruz había colgadas hasta tres coronas fúnebres de papel negro, azul y blanco. La visita, se recogió en un momento de meditación y rememoranza del muerto. Mica lloraba en silencio y gemía con dolor. Los demás, oraban. Fueron después a la tumba de Guillermina, donde se repitió la ceremonia pero sin muchas expresiones de dolor por ser alma antigua. Sólo Agusti, temblaba de emoción como en el día del entierro de su mujer, aunque eran muchos los años que pasaron desde ese día infausto. Mientras

Librodot

tanto, su hija y la nuera, echaron los trastos rotos y las flores secas cambiándolas con otros nuevos y flores frescas.

A mediodía disminuyó el afán de las visitas. Era menos la gente del campo que se movía en ese cementerio de tantas tumbas de gente pobre e indios, sobre todo. Las tumbas resplandecían con sus cruces limpias y las coronas y las flores exhalando humedad; pasada la fiesta, durante el año, sólo quedaría en ese cementerio, la ausencia, el silencio y el ulular de lo vientos desbocados hasta la próxima fiesta de todosantos.

Cerca a la entrada del cementerio, se hallaban las tumbas, los nichos y los mausoleos de los muertos del pueblo. También sus deudos se hallaban embargados por el mismo afán de limpiar los vidrios de las lápidas de metal o yeso y de llenar mazos de flores en floreros de cristal, cerámica o metal, asegurándolas con candados y chapas. A mediodía, retornaron a Llamallackana.

Por la tarde comenzó la visita de los altares familiares de los muertos en el año. Las gentes enlutadas, recorrían las casas, permaneciendo no más de media hora en cada una. Eran agazagadas con platos de comida y vasos de chicha morada. Oraban ensimismadas un rato a nombre y beneficio del alma de la casa que llegó ese mediodía. A las almas se las recibía con los altares llenos de alimentos y las oraciones de los hombres y las mujeres visitantes que iban de casa en casa de las almas que llegaban ese mediodía. Por eso, todos, sentados alrededor del altar, en silencio, esperaban que el alma descansara de su largo viaje, en tanto sólo los niños repetían sus oraciones o cantaban sus coplas y recibían presentes de panes, muñecos o animalitos de azúcar o almidón.

Si la oración era bien cantada y los asistentes la festejaban, el premio de masa se trocaba en chicha morada que los niños la bebían de un recipiente de orificios ocultos que sólo podían usar bien los que conocían su secreto. Los niños, en vez de beber, se derramaban el líquido en la cara y la ropa, provocando la risa de los asistentes. Se suponía que el alma de visita, compartía de buena gana de esa alegría incitada por los niños. A poco, se reponía el silencio. Las almas, retornarían al día siguiente al mundo de los muertos, satisfechas o no con la recepción preparada por sus familiares y parientes o tristes y amargadas, si no hubo nada para ellas por la pobreza o el olvido, el altar y las oraciones y los cantos de los niños de Todosantos. Almas solitarias y abandonadas que no tenían en este mundo de los seres vivos, allegados que las lleven en sus mentes y sus corazones como recuerdo, a pesar de la muerte.

De madrugada, se fueron los amigos y parientes de la casa de Agusti. Sus hijos, cansados, dormían en la habitación vecina. En las paredes, seguían ardiendo, alumbrando y echando denso humo, las velas. En el altar, quedaba poco de comer y beber. La cruz negra, se perfilaba más oscura en la penumbra que la rodeaba, resaltando más las letras blancas que decían: -Liborio Jares.

Librodot

Cliza 4 de septiembre de 1922. Q.E.P.D. Agusti, no entendía esos signos para él cabalísticos pero sabía que se referían a su hijo muerto. Repasó en la mente las extrañas palabras de las oraciones al Padre y a la Virgen; se acordó también de las que se repetían a la Pachamama y las huacas que moraban junto a él en su dormitorio, en la tierra que trabajaba o en sus bolsillos, donde las tenía. Idolillos con cuya presencia se protegía de la mala suerte, el mal de ojo, las fiebres, los contagios, las brujerías y los malos espíritus que se presentaban con malicia en esa tierra.

¿Estaría realmente su hijo en el altar?, observando cómo él las velas que se consumían o comiendo las viandas que las manos amorosas de Micaela prepararon para él y de las que había ahora tan poco. Le parecía que sí. Sentía el eco alegre de su risa insolente y sin medida, que se proyectaba del altar al sitio en que él estaba parado. -Liborio- -dijo muy quedo, casi un susurro- no querías tú que esta tierra alimentara más a los enemigos del indio. Buscabas afanoso la explicación de lo secretos de que se valían ellos para apoderarse de lo mejor de los frutos de nuestro trabajo, dejando para el indio, la basura. No calculaste que sus dioses son más poderosos que los nuestros y en el primero de tus descuidos, te eliminaron. Esa es nuestra suerte. En el duro trance de sobrevivir llevamos sin duda, nosotros los indios, la peor parte. Ellos son los señores. Nosotros, los esclavos. Ellos los hombres, los humanos, los superiores. Nosotros, los sirvientes, los animales, los inferiores, las bestias a las que se las esquilma.

¿Como era antes? Dicen que esto que nos pasa, no era siempre así. Que una vez fuimos señores de nuestro destino. No quiero seguir pensando en lo que fué ni en lo que es ahora. Dime, tú, libre de esta vida que a mí todavía me abruma, más allá de los sufrimientos y los dolores que sobrellevamos...es agradable estar más allá de la vida? No sé, ciertamente, si estás presente junto a mí. Eso no importa. Tu voz, está acá en mi oído. Siento que me dices espera, espera. Claro que esperaré que el sol sea de nuevo el Dios de nuestro pueblo. Hijo, vuelve en paz al fondo de la tierra donde moran las almas que un tiempo pasaron sobre la cara arrugada de esta tierra. Guardó silencio; luego, levantando su vaso de chicha morada, derramó la mitad de su contenido en diversos lugares del piso de tierra y se bebió el resto, como hace el sacerdote con el vino de la misa, brindando por su hijo presente, antes de que se vaya después de su visita del día de Todosantos.

Los gallos cantaban anunciando la madrugada. Los perros lanzaban aullidos prolongados hacia las estrellas que estaban a punto de desaparecer en la aurora que se aproximaba. Eran las almas rezagadas que a esa hora retornaban a su morada en algún lugar de la conciencia humana que se expande más allá de los límites de los mundos y de la vida y la muerte, que sin nuestra visión, no existirían.

LLAMALLACKA

Librodot

Tierra flaca, gredosa y seca. Las lluvias de verano, en Llamallackana, caían con violencia, sólo por una o dos horas. El agua corría de inmediato, viva y undosa, en diversas direcciones, sobre la cara porosa de la pampa llena de salitre, transformándola en una sucesión de charcos amarillos y lodosos, sin profundidad, que se escurrían a los bajíos en poco tiempo, evaporándose a breve con el calor multiplicado del sol, que pasada la alocada tormenta tropical, refulgía con más intensidad que antes. Lamentablemente, la arcilla concentrada que dormía debajo del humus miserable, aislaba la acción vivificante de las aguas que quedaban retenidas a pocos centímetros de la superficie de la tierra. Además, cuando desaparecía la lluvia, volvían los vientos, levantando tolvaneras de polvo y de basura que se paseaban en fila en el horizonte como torres de tierra dando vueltas. En esos terrenos, brotaba año redondo capas blanquecinas de salitre con bordes marrones y cuando, los terrenos se secaban por completo, se resquebrajaban y cuarteaban, cubriéndose de cascos y platos cóncavos, como techos de casas chinas, hechos de arcilla delicadamente pulida, ¡obra perfecta de algún ceramista invisible de habilidad consumada! que se divertía llenando la pampa con esas obras de su ingenio.

Al norte y al este, se extendía el gramadal de Ayoma. Un terreno estéril inmenso cubierto de un pastillo verde que apenas se elevaba unos centímetros del nivel del suelo que los vecinos de Llamallackana lo aprovechaban como aprisco común de pastoreo de toda clase de bestias, donde pasaban los sufridos animales, días de hambre, tratando de arrancar de raíz la miseria de grama. Las cabras y las ovejas, alcanzaban algún resultado, en tanto que los asnos, mulas, caballos, vacas y bueyes, se dedicaban más a lamer incansablemente con sus lenguas negras y ásperas, la tierra salitrosa que el indio llama "collpa". Por el centro del gramadal y el fondo del barranco profundo que lo corta de sud a norte, se escurría un hilillo de agua clara, primero de sur a norte y luego, a partir de la línea del ferrocarril, al noroeste, hasta dar con las aldeas de indios agricultores de San Juan de Liquinas, Achamoco, San Isidro, Barja y La Angostura; a veces, esa corriente líquida insignificante que se vislumbraba apenas cotidianamente, en época de lluvias, se convertía en monstruo turbulento de aguas lodosas que ensanchando con brío sus riveras, se llevaba la tierra y las sementeras de los terrenos del contorno del gramadal. La poca tierra de labranza de Llamallackana, estaba al sur y al oeste y se extendía hasta las faldas de la serranía de Suycuni y los eriales de Mamata y Mamanaka.

Esos terrenos, los indios piqueros o minifundistas, los aprovechaban cultivándolos con esmero de jardineros. En agosto, con la nevada de Los Angeles (2 de agosto) se sembraba maíz patillo, amarillo y concebideño de período vegetativo largo. La papa miska (tempranera) sólo en las parcelas con riego. Las otras tierras, recibían en esa época, la primera pasada del arado que tenía por fin, volcar la superficie húmeda del terreno para enterrarla y preservarla de ese modo de la evaporación y desecamiento prematuros. Pasadas las lluvias de agosto y septiembre, se araba la segunda reja y cuando el terreno se desecaba hasta cierto grado, se lo molía a golpes de mazo con la sóla energía de los brazos humanos y sí la superficie era grande, con el peso de un tronco arrastrado por bueyes. La

Librodot

tierra quedaba mullida y vaporosa, lista para echarle la semilla de papa o maíz. El cultivo de la tierra, era ardua y sacrificada; obra de todos los días. Desde la siembra, los ojos de la familia pasaban pendientes de la sementera, cuidándola de los ataques aéreos de las bandadas de pájaros o el daño de las bestias. El cuidado, se multiplicaba, cuando comenzaban a despertar las plantitas y se enseñaban contra ellas, no sólo los pájaros sino las plagas de gusanos e insectos. Para entonces, los campesinos se proveían de agua de riego suficiente, comprándola de los sobrantes o desagües de las haciendas vecinas.

La tierra apta para los cultivos mayores de maíz y papa, era poca. Llamallackana, sólo tenía terrenos flacos, pobres y sin riego en los que se sembraba con más frecuencia trigo, cebada, arveja, maíz arrocillo, chuspillo o blanco, que se consideraban de menor calidad y precio. Toda la zona, no tenía un sólo árbol. Esa tierra desnuda y sin sombra, se tostaba días de días al sol.

Para Agusti que llegaba a Llamallackana de la hacienda Chullpas, donde la tierra era negra, de labor profunda y suelta como harina y que, a diferencia de Llamallackana, estaba poblada de árboles frutales, maderables o simplemente ornamentales, fué una decepción constatar que su nueva tierra no valía mucho para un agricultor como él, y mucho más al darse cuenta que para recoger cosechas menores en calidad y cantidad, en Llamallackana, había que redoblar o triplicar lo que se hacía en Chullpas, con mejores resultados. Así adquirió conciencia clara del motivo por el cuál los hacendados nunca tuvieron interés en apoderarse de esas tierras y por qué las dejaron en las manos de los indios, sin disputarles ni hostigarles en su posesión. No obstante esas desventajas, cada campesino amaba su diminuta parcela y se sentía con ella tan grande y poderoso como el mayor de los hacendados de la región. Ese sentimiento y la libertad, compensaban en sus almas la pobreza y la miseria de Llamallackana.

El indio no compraba casa. Solicitaba un predio de la hacienda, la comunidad o el rancho o aldea, donde construía su vivienda, con su trabajo, el de su familia y la minca (ayuda) de la comunidad o rancho. Agusti, no tuvo que hacer eso. la aldea le dió una que estaba desocupada por el retorno de su dueño anterior al servicio de la hacienda en que era de nuevo colono. La casa era modesta: Dos habitaciones de tepes enlucidos con barro y piso de tierra suelta. Sin ventanas, dos puertas rústicas de madera basta y aldaba de herrería, un pequeño corredor, patio, cocina y corral.

Temprano, en casa de Guadalupe, preparaba el asno y salía en él rumbo a Vegarancho, tres kilómetros al sureste, donde Guadalupe tenía de su herencia paterna, una huerta de alfalfares. Agusti, allí, bajando del animal le quitaba los arreos y lo dejaba a ramonear libremente las yerbas de las acequias y las hojas de los saucellorones circundantes del alfalfar, en tanto él se acuchillaba y cortaba con presteza el alfa coronada de flores blancas y azules que dejaba amontonadas en gavillas sucesivas sobre el borde de la era, sin que quede una planta de alfalfa de pié y sin pasarse en el corte el límite de las eras vecinas. Preparaba luego la carga, amarrando con lazo de cuero trenzado las gavillas sobre el lomo del asno y tomaba camino de retorno inmediato a Llamallackana. Por este trabajo inicial del día,

Librodot

recibía Agusti el pago de su jornal en forraje que el mismo separaba y lo trasladaba a su casa. En tanto los bueyes, tranquilos, molían en sus muelas cuadradas la yerba fresca, Agusti recibía también de su mujer, la primera colación consistente en un plato hondo y grande de gachas de maíz blanco con grasa, charque o chalona, cebolla y papa. En la cocina, frente a su mujer sentada en el piso delante del fogón, deglutía con rapidez, en cuclillas, su alimento. Pronto, se ponía de pie, se cinchaba con vigor la faja de lana de su cintura, arremangaba sus perneras hasta un poco debajo de sus rodillas, saliendo después al patio en que los bueyes también terminaban de comer su ración de alfalfa, chala seca de maíz desmenuzada y paja de trigo. Sacaba luego el yugo del depósito, lo amarraba con correas flexibles en las nucas peludas de los bueyes que rendían mansamente sus cervices a los trámites cuidados de la preparación de la yunta. Terminada esa parte de su actividad, colocaba la reja en medio del yugo, entre las cabezas de los bueyes, con la mancera volcada hacia abajo y la punta del timón del arado en tierra. Antes de las diez de la mañana, Agusti estaba arando la parcela en una faena que acabaría a media tarde.

Camellón tras camellón, la tierra amarilla y húmeda se abría al asalto de las bandadas de pájaros que se llevaban los gusanillos que el filo reluciente de la reja dejaba al descubierto. Los bueyes, mansos, rumiaban con ritmo lento el forraje deglutido por la mañana, tirando el arado cuya reja penetraba y salía brillosa de la tierra. Agusti de cuando en cuando, animaba a sus bestias con sus palabras y agregaba nuevas hojas y lejía al bollo de coca de su carrillo que crecía como un tumor .

Cuando el sol rielaba las tres cuartas partes o poco más de su recorrido del día, aparecía Guillermina con su pequeño atado de cocaví y un jarro de refresco de maíz o chicha diluida. El trabajo de la tierra acababa en ese instante. Los bueyes sueltos del yugo, se marchaban a campo traviesa al-gramadal, ramoneando de paso con hambre las yerbas de los senderos y las acequias de riego, tras de la ración diaria de agua y la collpa del barranco de Ayoma. Mientras tanto, Agusti echaba de la boca el bollo de coca masticada y se enjuagaba haciendo gárgaras con sorbos de chicha, terminaba sentado delante de su mujer que desataba la comida y le ofrecía a su marido, comiendo también ella con las manos, en tanto hablaba muy quedo o se reía de alguna gracia que le transmitía a su esposo. Acabada la pascana, Guillermina amarraba de nuevo en el trapo los platos vacíos y la jarra, emprendiendo camino de retorno a la casa con Agusti que cargaba al hombro el yugo y el arado.

Por la noche, pasadas las faenas de la tierra y la recolección de la tarde del forraje de los animales, se reunía con la población entera del rancho en la casa del jurkeo o fabricación de mucko.

Librodot

FIDEL HUARI

I

Fidel Huari, de sesenta años, en el mes de enero de 1953, al cabo de diecinueve años de prisión, dejó la cárcel de Cochabamba. Recluido preventivamente en el penal de Sacaba a principios de 1935, fué trasladado a la cárcel de Cochabamba en ejecución de una orden judicial solicitada por los deudos de la victima de Fidel en que se decía que el único penal con clase para que el asesino purgara realmente su delito como manda la ley de Dios y dispuso en este caso, la justicia humana, era el de Cochabamba .

Fidel, en el intento de robar dinero y un caballo, mató en el Chapare a un carnicero que apenas conocía. Tiempo antes al luctuoso suceso, el delincuente y su víctima solo habíanse reunido circunstancialmente en dos ocasiones, en la vivienda de Fidel, en las que concertaron, entre bromas y risas, la provisión al carnicero por Fidel de partidas pequeñas y sucesivas de cerdos cebados. Convicto y condenado en sentencia de 1943 a la pena de muerte; Fidel, tramitó y consiguió en ese mismo año, el

Librodot

indulto y conmutación de la pena de muerte por la de presidio, cuya ejecución se prolongo más allá de los plazos legales de la condena, por negligencia interesada de Fidel, hasta la ocasión de su liberación definitiva, diez meses después de la revolución de abril de 1952.

II

Antes de la guerra del Chaco, Fidel era un agricultor del valle alto de Cochabamba, oriundo de la región de Tarantayanpata, cerca del pueblo de Cliza. Gozaba de fama inmensa entre los campesinos de varios ranchos, como labrador especialista en el cultivo de trigo. Era el único que logró controlar en la chacras de ese grano la plaga del polvillo, que en ese tiempo de tremendas sequías, aniquilaba los sementeras, empobreciendo más a los campesinos que en lugar de cosechar trigo, recogían paja que ni los animales aceptaban como forraje. Don Fidel, andaba entonces, unas veces cargado de su reluciente azada, otras, arremangadas las perneras del pantalón hasta las rodillas y la cabeza redonda calada en el lluchu de colores que solo dejaba a la vista su perfil de mandarin de ojos rasgados, nariz roma casi invisible y las cuatro cerdas largas de sus comisuras, se desplazaba ágil y vigoroso, de día o de noche, regando las sementeras o conduciendo a los bueyes de la yunta conque araba la tierra, con expresiones amorosas de enamorado, o echaba al viento de la tarde el trigo trillado en el afán de separar el grano de la paja. ¡Quién como Fidel! Querido en el rancho, respetado por los patrones y hacendados y admirado por sus compañeros de trabajo.

La guerra suele tener consecuencias insospechadas. Cunden alienaciones que se expanden no solo en los frentes de batalla, los cuarteles y los comandos militares. Estimula también la aparición de conductas inexplicables que afectan incluso a personas que se encuentran lejos de la zona de conflicto. Eso es lo que pasó con Fidel, entonces hombre de cuarenta años, que despachó a sus dos hijos al frente de guerra, con lágrimas en sus ojos, apareció concubinado en secreto con la esposa de su hijo primogénito, Fortunato, que se casó solo días antes de su partida a la zona de conflicto bélico, dando curso a sus sentimientos filiales que le impusieron, por propia decisión y voluntad, el deber de no dejar a su padre en la soledad. Esas relaciones incestuosas y adulterinas llegaron a conocimiento de los vecinos de rancho, cuando se hizo visible el embarazo de Isabel, mucho después de la partida de su esposo y cuando todo hacía suponer la presencia de otro hombre extraño en su aventura. Ante lo insólito del hecho, el rancho declaró a Fidel y su amante, culpables del enojo de Dios y del castigo que sufría la población inocente de la comunidad con la sequía que agostaba las sementeras, quemando desde sus raíces las plantitas de maíz, trigo o papa y dejando los terrenos vacíos hasta de yerbas y malezas. Los animales, se morían por falta agua y forraje. Esos sucesos deplorables, esparcían entre la gente ya asustada, toda clase de conjeturas y suposiciones en torno de las causas y motivos por los cuales sufrían el castigo divino y de la Pachamama. Un día los habitantes del rancho se encaminaron a la casa de Fidel y su amante y los conminaron a abandonar de inmediato la comunidad, bajo amenaza

Librodot

de matarlos en el acto en caso de resistencia a la voluntad ofendida de los hombres y mujeres de la aldea. Atemorizados por la actitud del pueblo y el ardor criminoso de las miradas de esas gentes que blandían garrotes, puñales, cuchillos y piedras y que solo día antes se llamaban sus hermanos, abandonaron de noche su pequeña casa del rancho, sus sementeras y hasta uno que otro animal doméstico que criaban, para irse a pie a la ciudad.

IV

En tiempo de guerra, en la ciudad, no había en qué ganarse el sustento del día y menos para un hombre como Fidel que solo sabía del cultivo de la tierra y algo de criar ganado. Alguien, condolido de la suerte de ese hombre, le enteró que los prisioneros paraguayos de la guerra del Chaco, lograron abrir en labor ímproba el primer camino carretero a las ubérrimas tierras del Chapare y que pronto se llenarían ellas de miles de agricultores ambiciosos, llevando la prosperidad y la riqueza a la ciudad y la región, en un tiempo breve. Fidel, en su situación de indigencia total y la certeza de que no hallaría trabajo en la ciudad, resolvió ser el primer migrante a esas tierras que como le dijeron eran todavía vírgenes y sin dueños. No fué fácil llegar a ellas. Después de semanas de andar a pié, su mujer, el hijo recién nacido y él, arribaron a un lugar en que tomaron posesión de una parcela próxima al camino y un río de aguas claras, sin atreverse a tocar el corazón de la selva tupida e impenetrable, que se extendía por todos los horizontes. La tierra era óptima. Prosperaba en ella todo lo que se sembraba. El trabajo humano, en esa nueva forma de hacer agricultura, solo se concentraba en el desyerbe y la defensa continua de los cultivos del acoso permanente de la maleza y los gusanos.

La labor agraria de la preparación de las barbecheras y la siembra de los valles, no existía. Las plantas, nacían y crecían con celeridad extrema y sus frutos maduraban con óptima calidad y en cantidades extraordinarias, que se pudrían en poco tiempo, en el mismo sitio de cultivo, por la acción del intenso calor, la humedad del ambiente y la imposibilidad de llevarlos a los mercados, por falta de medios de transporte, rápidos y baratos, Las acémilas que se usaban entonces, tardaban semanas en unir la zona de cultivo con la ciudad, resultando además exagerados sus costos. Por eso, Fidel y su mujer, al término del primer año agrícola, resolvieron cambiar de actividad, trocando la agricultura por la crianza de cerdos. A ese fin, Fidel se trasladó al pueblo de Sacaba, donde compró partidas de crías de ese animal que en su nueva tierra, llena de diversas clases y variedades de alimentos, prosperaban en poco tiempo, bajo la mirada vigilante de los dueños, sobre todo del acoso de las alimañas que abundaban en el lugar. Tiempo después, llegaron a la casa de Fidel, rescatadores de chanchos que le dejaron buenas ganancias por una partida de esos animales, compensando de esa manera el inmenso sacrificio de vivir en lugar tan abandonado, solitario y peligroso. El resultado tan favorable de la primera venta de chanchos, entusiasmó a Fidel y su mujer, animándolos a seguir viviendo en esas tierras y a agrandar el negocio . Fué en el curso de esas transacciones que el destino lo tentó a Fidel

Librodot

para que naciera en su mente y se acrecentara paulatinamente hasta concretarse en la idea definida de robar el dinero a uno, cualquiera de sus compradores de chanchos, que lo llevó fatalmente al delito y la cárcel en que estuvo recluido por tanto tiempo.

Conservando con él, me dijo: -Hasta el momento de ingresar a la cárcel mi suerte en la selva del Chapare era la misma del valle, de sacrificio y trabajo mal retribuido; pobreza extrema e ignorancia; abandono y ninguna posibilidad de mejora en esa soledad sin límites.

-Cuando caí en los delitos de incesto y adulterio y fui expulsado de mi comunidad agraria de origen, sin duda, mi situación empeoró. La pobreza y la miseria se incrementaron, acosándome ellas con más saña, royéndome el hambre las entrañas y mi alma el pesar, por la suerte incierta de mi mujer y de mi hijo que pasaban por las mismas privaciones que yo. El incesto y el adulterio, solo sirvieron para arrancarme de la aldea del valle donde nací para echarme a las calles de la ciudad, donde no conocía a nadie.

-En cambio, cuando me hice asesino y ladrón, reincidiendo en mi andanza anterior y fui recluido de por vida en la cárcel, descubrí, a los pocos días de mi aprehensión que el castigo que me impusieron con la detención preventiva y la pena fijada en la sentencia, en los hechos se transformó en un premio, si se toma en cuenta los beneficios económicos, seguridad y tranquilidad de alma que empecé a disfrutar y que no conocí antes, en mi vida pasada. A cambio, no perdí yo nada.

-Un indio anónimo y desconocido, sin la más elemental noción de honor, orgullo de familia o de clase, ignorante de los derechos, el respeto de la vida ajena, la integridad corporal de la persona y una conciencia difusa e informe que olvida pronto sus pecados y delitos, ¿qué podía perder entrando a la cárcel? ¡Nada!

V

-La cárcel iguala a los hombres. Nada significa que unos lleguen de la ciudad y otros del campo. Que sean blancos o mestizos algunos y los demás, indios, o que gocen de mejor situación económica pocos y la mayoría, sea pobre o miserable. La prisión, borra todas las diferencias e identifica a sus habitantes dentro de los límites de una sola palabra terrible: ¡Delincuentes!

-En esa época, las cárceles eran lugares de total holganza. Los presos, mezclados indistintamente, simples detenidos o apremiados con reos rematados, pasaban los días sin hacer nada. Unos pocos artesanos de oficio, que fabricaban objetos que vendían en la puerta del penal, eran los únicos que disponían de dinero. Yo, resolví aprender uno de esos oficios. Me hice ayudante de carpintero. Los objetos sencillos que hacíamos, no presentaban dificultades: juguetes de madera, pequeños muebles con incrustaciones de latón, conchas brillosas de nácar, cuero u otros materiales. Como ninguno de esos artesanos disponía de herramientas propias y menos materiales, resolví constituirme en el "capitalista" de los artesanos de la cárcel, invirtiendo parte de los dineros que me

Librodot

llevaron a ese penal. A fines del tercer año de mi pena, los presos, antiguos y nuevos, trabajaban para mi en los talleres sencillos que allí instalé. Yo. me encargaba de la comercialización y lo hacía todos los días en la puerta y la calle aledaña de la cárcel y las ferias semanales de la ciudad, donde al principio asistía con escolta de carabinero armado -no olvide que era yo un asesino-;con el tiempo, salía del penal sin escolta, bajo palabra de volver a él a la hora convenida con el gobernador. De ese modo, agregué a la seguridad ilimitada de que gozaba, el incremento de mis recursos económicos, explotando el trabajo de mis compañeros de prisión. Por lo demás, les pagaba jornales generosos y hasta disimulaba las sustracciones de materiales, sobrantes o no, que me hacían o la restitución de los anticipos que les concedía en momentos de extrema necesidad que ellos fingían olvidar y no me devolvían. "Avances" que para mí, tenían la virtud de fortalecer mis relaciones con los presos y asentar mi autoridad económica sobre mis amigos de la cárcel.

-Creo yo que de todos modos, llegar a la cárcel, es una desgracia irreparable para los que ingresan desde arriba, en tanto que no es nada de eso para los que vamos de abajo; y sobre todo para los indios que vivíamos en el campo, peor que en las cárceles. Tal vez, sin ser motivo de felicidad, la llegada de un indio a la cárcel sea casi un bien. A mí, por experiencia, me parece que eso es así. Antes de ingresar a la cárcel de Cochabamba, era analfabeto, no tenía oficio, vivía en total inseguridad, comía mal y poco, no tenía más vestimenta que unos trapos gastados y sucios. Vivía sin esperanzas y sin posibilidades de mejorar en ningún sentido. La cárcel, me transformó en ser humano. Cuando salí de ella, era otro hombre, superior al que ingresó a ese penal diecinueve años antes.

-Además, dijo sonriendo con malicia, estoy debidamente preparado para asumir con eficiencia el cargo que quisieran ofrecerme los compañeros campesinos, ahora que he recobrado mi libertad.

VI

CONFIDENCIAL:

Dos o tres veces por semana, cuando estoy a punto de conciliar el sueño, me asalta la pesadilla en que me veo armado de una hacha en el instante en que asesté el golpe de muerte en la cabeza del carnicero, ante un solo testigo de ojos : Su caballo. El animal, vigoroso, oscuro, hecho de noche, imperturbable, aparece parado en el pesebre improvisado en el cual el hombre y la bestia dormían, cuando la víctima con el impacto del hacha, lanzo un inmenso y penetrante alarido que fué a confundirse con el retumbar del trueno que estalló en es momento, trizando los cielos en tupidas cortinas de lluvia y, los refocilos iluminaban con su luz blanca los últimos rincones del escenario de sangre de mi crimen.

-En otras ocasiones, aparece la mirada ¡oh, la mirada! casi humana del caballo de mi víctima, que no apartaba sus ojos de mí, cuando lo vendía en el mercado de ganado de Punata y se lo entregaba al comprador, alejándome del lugar, muy contento, con el fajo de billetes del precio de la operación.

Librodot

Esos ojos inmensos, clavados en mi persona, siguiéndome hasta que yo, lleno de presentimientos y avergonzado, simulaba que me confundía y perdía entre la numerosa gente de la feria, huyendo de verdad de esa mirada acusadora.

Esos sueños se repiten en mis noches, como la presencia ineludible de un ángel vengador. ¡Nó sé! Tal vez fuera mejor ignorar y olvidarse de todo, despreocupándome incluso de esos sueños que no son más que eso: Sueños.

-Es grave, adquirir conciencia, para llevar dentro de sí y por siempre, un juez insobornable que todo lo califica, sopesa, aprueba o desaprueba. Eso me llegó, en la puerta de la cárcel , cuando recobraba mi libertad, hace veinte años.

CONRADO ROJAS

La casa de los Latamacho Rojas estaba a unos metros al sur del camino vecinal. Era una pequeña fortaleza circundada de murallas altas y compactas de adobe; del camino, por encima de esas murallas, solo se percibía al fondo y de manera incierta, el techo de torta de barro y paja de tres habitaciones.

Eran sombreros.

El viejo Latamacho y sus dos hijos, Conrado y Pascual, fabricaban las prendas de lunes a sábado, con dedicación y constancia de artesanos; el domingo, a las diez a más tardar, el Latamacho y

Librodot

su esposa Domitila, cargados de tres o más docenas de sombreros, salían de la fortaleza para ir a pié, a vender los sombreros en la feria de Cliza.

El lunes por la mañana, se cerraba la fortaleza hasta el domingo siguiente en que se repetía punto por punto los pasos del domingo anterior, incluso en la pequeña libertad que los Latamacho padre se daban asistiendo con los vecinos respetables del rancho a una de las chicherías, como remate social de las actividades de la semana.

De esa familia, en marzo de 1933, Conrado, fué aprehendido y enrolado como soldado raso, en el ejército que desde hacía poco menos un año, luchaba en la guerra del Chaco Boreal. Entonces, sólo tenía diecisiete años de edad.

La Domitila, su madre, con sorpresa de los vecinos de Llamallackana, no lloró ante ese infausto suceso que la privaba de la presencia de su hijo primogénito. Nadie supo decir, dónde esa mujer india y campesina había aprendido expresiones como "la patria", "defensa de la patria" y que los hijos de la patria, como era Conrado, tenían el deber de defenderla en casos como el presente del conflicto con el Paraguay. La verdad es que nosotros, en el rancho, teníamos otra forma de pensar y de sentir, esto es, de principio, no estábamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas por nada que fuese ajeno a nuestros propios intereses. Por eso, eludimos por todos los medios a nuestro alcance, el reclutamiento en el ejército, convencidos de que hacer el papel de soldados no era más que otra forma de los servicios personales gratuitos creados por los blancos se las ingeniaban para seguir explotando a los indios, queriendo ahora imponernos la de pelear y morir en la guerra, cuál se hizo antes en la vida de trabajo de la tierra, las minas, los obrajes y los cocales. A quién podía convenir entre los indios, salir de su casa, dejar su tierra, su familia y su rancho, a la violencia y bajo amenaza de muerte, a defender una patria invisible, en un lugar remoto y donde el indio de carne y hueso no tenía nada que defender para sí?

La Domitila era una loca que en sus pujos imaginarios de señorona de otro mundo, en el que no estaba Llamallackana, perdió noción de la realidad, de nuestra realidad india de soledad, miseria y abandono, queriéndonos empujar a la muerte en servicio de los poderosos. Llamallackana, a regañadientes, sacrificó para esa guerra a cuatro de sus hijos. De la familia de Agustín Jares, fué Asterio; de los Latamacho, Conrado; Santos, hijo de Ciriaco Huari y Manuco Manuel, esposo de la Rafaela. En cambio, desaparecieron de la aldea, como tragados por la tierra, diez o más mozos que sólo retornaron al rancho al término de la guerra. Las visitas de las comisiones militares de reclutamiento al rancho, sabíamos que eran llamadas y conducidas por los cholos espías del pueblo y los hacendados que haciéndose los vivos y graciosos, nos entregaban a esas comisiones a los indios libres y piqueros, cambiándonos con sus colonos que por ese camino no iban a la guerra pero trabajaban, en gratitud, para sus patrones, como bestias.

Mucho después, supimos por él mismo, que Conrado cayó prisionero a los seis meses de su incorporación en el ejército y fué asignado a las obras que se construían en el río Paraguay, frente a la

Librodot

ciudad de Asunción. El trabajo, el calor enervante, los alimentos extraños del cuartel y las condiciones nada humanas de las barracas que alojaban cautivos por encima de su capacidad, agotaron las resistencias físicas del prisionero Rojas que de pronto empezó a sufrir ataques de disentería que se repetían cada vez con más frecuencia. Un día, no pudo levantarse de cama y se sentía morir. Los oficiales de la guardia, lo despacharon al hospital, donde estuvo, entre la vida y la muerte, confinado por más de un mes. Sólo lo salvó del aniquilamiento total, su juventud. En otro mes, se recuperó y entró en convalecencia; sin embargo, mientras más repuesto se sentía, más se compungía y espataba con la idea del retorno a las barracas de prisioneros y los trabajos agotadores del río. Ante su asombro, cuando lo declararon de alta en el hospital, en vez de su temida restitución a las barracas, fué destinado en calidad de jardinero al servicio doméstico de un alto funcionario del Estado. Al recibir la orden, Conrado mismo no sabía explicarse el milagro que se había producido. Sólo algún tiempo después, constató que fué solo un golpe de suerte, una casualidad, en que justo en el momento en que el alto funcionario del Estado solicitó un prisionero agricultor o jardinero para el servicio de su mansión, no había otro cautivo que Conrado que conociera de la tierra y el cuidado de las plantas. Llegó así a la mansión de su salvación.

El primer día, el prisionero, se mostró cohibido y silencioso, aunque de inmediato se hizo cargo del cuidado de los jardines y las zonas abiertas de la mansión. Su nuevo trabajo, comparado con el anterior era agradable y liviano y sin vigilantes. Podía acomodar a su agrado el ritmo de su rendimiento a su estado de convalecencia y al tiempo ilimitado de que ahora disponía. La alimentación que le daban era abundante y buena y tenía para él sólo una habitación para su alojamiento. Conrado empezó a sentirse dichoso, después de meses de incertidumbre en la selva, los frentes de batalla, las barracas de prisioneros y el hospital. Excepto el calor, Asunción, que visitó recién, le pareció una ciudad bella y agradable. Antes de ella sólo conocía las barracas y las orillas fangosas y desiguales del río. Ahora que recorría las calles de la ciudad, hasta se atrevió a tomar contacto y conversó con paraguayos civiles, además de estrenarse en el conocimiento de lo que era una casa de patrones en el Paraguay. Sin embargo, por instinto de raza, no se sentía seguro; temía que lo relevaran de pronto y terminara del mismo modo que empezó su casi irreal y momentánea felicidad. Lleno de aprensiones, se dedicaba por entero a sus actividades. Al término del primer mes, se ganó la estimación sincera del patrón, su familia y la servidumbre que, de frente y soslayo, lo observaban al prisionero indio quechua, como a bicho raro.

El día que le avisaron que se quedaba en la mansión por tiempo indefinido o hasta que el patrón solicitara su relevo por otro al ejército o denunciara la inocuidad de sus servicios, se centuplicó su esperanza de sobrevivir a la guerra y de cumplir con su sueño de volver a su tierra de las montañas. Al cabo de medio año, Conrado, era parte permanente de la mansión y sus habitantes.

II

Librodot

¿Cómo sucedió?

Ni él mismo se daba cuenta exacta de lo que ocurrió. Desde hacia diez días era el amante de la hija mayor de su patrón. Echado en su cama, en medio de las sombras de la noche, repasaba en su mente los sucesos increíbles de esos días. Fué ella, simulando toda clase de pretextos que se introducía a todo momento en su habitación. Se apoderaba de sus cosas, removía los pocos muebles, la cama, riendo unas veces o lanzando gritos de amenaza, reproche o satisfacción, hasta que un día le dijo: -Hace mucho tiempo, en el siglo pasado, el Paraguay quedó sin hombres a consecuencia de una guerra que tuvimos con la Argentina, Uruguay y Brasil. Ahora en la guerra con tu país, hemos vuelto a perder a nuestros hombres ¡No hay hombres aquí! En esa situación, cualquier hombre es bien venido para una mujer como yo. Tú eres un servidor de mi casa, de mi familia, mi padre. Estás también a mi servicio... -¡yo!. Un sirviente, un prisionero, señorita, admitir que sea un hombre para tí, tendría que ser olvidando el respeto que le debo a tu padre, a tu familia y la casa... -Abre bien tus ojos y olvídate que eres un prisionero o un indio y ten sólo presente que eres, incluso antes que soldado, un hombre. No pasará nada; ni tendrás que irte de esta casa a las barracas de prisioneros. Si mi padre llegara a saber de mis relaciones contigo, estoy segura que simularía ignorar o me interrogaría a mí, pero de ningún modo te diría algo a tí. Sabe él que tienes que obedecerme, como obedeces a todos los que te mandan en esta casa... -¡Sí! -respondió compungido Conrado -Eso es lo que hago aquí y lo que hice en mi país: Obedecer. Por obedecer, estoy en Paraguay de prisionero; por obedecer a mi madre, no tuve una novia en mi tierra y obedeciendo es que quiero ganarme la simpatía y la protección de tu padre para que un día pueda volver a mi tierra, a mi pueblo, donde tengo a mis padres. Yo amo todo eso y me desespero anta la sóla idea de que antes de cumplir mi anhelo, muera por imprudencia. Sin embargo, nada fué óbice para el amor que llegó. Ahora era amante de su patrona. Sabían los padres de ella de esas relaciones; en la casa, sospechaban todos que entre ellos había más que una amistad, por la intimidad conque se trataban. Conrado, sentía una inmensa felicidad con esos sentimientos que ensanchaban ilimitadamente su alma y lo embebían con una dulzura para él antes totalmente desconocida.

Mejoró también su suerte. Le concedieron una nueva vivienda y ascendió en la atención y respeto de sus compañeros de trabajo.

III

Firmada la paz del Chaco, llegaron pronto los acuerdos sobre la suerte de los prisioneros. Conrado fué repatriado entre los primeros. Domitila que fué a esperarlo en la estación del ferrocarril, lloró al recibirlo, pero de alegría. Su hijo no parecía venir del cautiverio, pués no llegaba como sus compañeros afectados de enfermedades, demacrados o destruidos física y anímicamente. El, parecía

Librodot

un conquistador, lleno de salud y de vida. En su mochila de soldado llevaba fotografías de la misión en que pasó gran parte de su cautiverio, del patrón paraguayo, su familia y de la niña que le enseño a amar.

IV

Tiempo después, en su rancho de Santa Lucía, se interrogaba, lleno de dudas y de contradicciones, avalorando su situación del momento. Salió de Asunción precipitadamente, olvidando incluso los sentimientos de gratitud que les debía a su patrón y su familia y corrió como loco a su tierra y su rancho, seguro de que allí lo esperaban con ramos de flores, música de bandas militares y abrazos y discursos para los héroes. Nada de eso hubo en la estación a que llegaron. Por el contrario, estaba fresco en la memoria popular el recuerdo de la masacre de excombatientes que tuvo lugar en el cuartel San Alberto la noche en que arribó a ese local un contingente de ex-prisioneros. En el campo, la situación de los ex-combatientes era terrible. Deambulaban desocupados muchos héroes con medallas, sin saber a qué dedicar su tiempo y sus manos. Volver a las haciendas como colonos y someterse de nuevo al pongueaje...tampoco era posible porque las haciendas estaban colmadas con los que no fueron a la guerra y trabajaban de sol a sol e incluso la noche para sus protectores y patrones. Además, los propietarios resolvieron marginar a los ex-combatientes de sus fincas, calificándolos de elementos disociadores y amargados que en vez de trabajar, trataban de incitar al desorden, la sublevación y la anarquía a los colonos que trabajaban y a los pueblos. Los ex-combatientes, los ex-prisioneros y las gentes que de algún modo tomaron parte en la guerra, estaban demás en el campo. Los poderosos trataban de sacarlos de allí para que vuelva la paz y la tranquilidad que precisaba la vida de trabajo y producción. Santos Huari que había luchado por la patria en Boquerón y se quedó todo el tiempo que duró la guerra en el Paraguay de prisionero, ahora no tenía ocupación y vivía de la caridad de su viejo padre que debía alimentar a los hijos de su segundo matrimonio. Conrado, para subsistir, tenía que volver a la sombrerería en que machucaban sus pulmones su viejo padre y su hermano, en peores condiciones que antes de la guerra. Por otra parte, en los ranchos y aldeas de indios piqueros, la miseria se había incrementado con las desgracias y la sequía que duraron tanto como la misma guerra.

Entonces, le atacó a Conrado la añoranza por Asunción del Paraguay y el embrujo obsesivo del recuerdo de su paraguaya.

Los vecinos del rancho, sabedores de lo que le pasaba, le hacían bromas, reprochándole su soltería, que entre los campesinos y los indios, constituye un estado inaceptable después de cierta edad, exigiéndole que eligiera una mujer de las que había en la comunidad y se casara y tuviera hijos e hijas, como es lo natural en todo hombre joven y sano. Le repetían que una vida así era siempre mejor que la de los sueños y los ensueños con una mujer puramente imaginaria. Le informaban también que las

Librodot

malas lenguas del rancho, comentaban que a pesar de la integridad de los sentimientos que decía guardar por su novia del Paraguay, sabían que a altas horas de la noche, en secreto, se consolaba visitando a la vieja Emeteria que podía ser su madre por la edad y su abuela, por su decrepitud. Conrado, sonreía, sin resentirse y se alejaba triste y silencioso de los que le rodeaban, rumiando con amargura sus recuerdos. No podía negar, trató de amar a mujeres del rancho y de otros vecinos, pero retrocedía a los primeros intentos, preveyendo la imposibilidad de una relación como él quería y buscaba. Escapaba entonces de las nuevas posibles experiencias, sintiendo que se acrecentaba sus sufrimientos. No se casó nunca, ni supimos que tuviera alguna mujer. Sin duda, vivía del recuerdo de la paraguaya. Era un inadaptado que no podía acomodarse de nuevo a su mundo anterior, después de haber vivido en otro diferente y superior en que todo era color de rosa y fácil, como era difícil en este que le rodeaba que en vez de gentes civilizadas parecían una manada de lobos hambrientos dispuestos a comerse unos a otros las entrañas.

Librodot

CHICHERIA

Era una mañana luminosa de domingo. Vicente daba ufano los toques finales a su producción de la semana: Dos docenas de blanquísimos sombreros de lana de oveja, que reposaban ahora sobre el poyo del dormitorio. Poco después, Vicente y su mujer Tomasa, los apilaron, preparándose para llevarlos al mercado de sombreros de la feria de Cliza. Los campesinos iban deprisa por el camino real. El domingo, se hacía breve para todos, por ser el día en que la población entera de la zona se trasladaba a la feria, con uno u otro motivo o sin él, por sólo ver tanta gente reunida y tantas cosas juntas para la venta. A mediodía, en las aldeas vecinas al pueblo, sólo quedaban los niños, los viejos, los animales hambrientos prisioneros en sus corrales y los perros guardianes.

A la sombra del único árbol del mercado de sombreros, de pié, Vicente exhibía sus sombreros. De pronto, lo rodearon comerciantes rescatadores que tenían interés en sus sombreros para llevarlos a los poblados altos y fríos del valle o más lejos, donde los usaban con preferencia por ser abrigados. Los comerciantes, observaban la calidad de los sombreros, buscándole "peros" que les permitan ofrecer precios de regalo que Vicente rechazaba, lanzando sonoras carcajadas de burla, ignorando las razones de los compradores que andaban detrás de gangas. Finalmente, hizo la venta. Le compró la partida entera, un rescatador que pagó el precio en billetes y monedas metálicas que Vicente contó y recontó y miró y remiró billete por billete y moneda por moneda hasta sentirse seguro de que no faltaba nada y los billetes y las monedas eran legítimos. A poco, Tomasa llegó de vuelta al mercado de sombreros; de donde, informada por su esposo de la venta, se fueron juntos al mercado de alimentos preparados en el que compraron porciones de chicharrón, mote de maíz blanco pelado y abundante ají y bebieron chicha de maní. Pasada la pausa de la merienda de mediodía, Tomasa se enfrascó en la selección y compra de sus viandas semanales: Un poco de carne fresca de vaca, grasa blanca y seca de res y cordero, cebollas cabezonas con cola verde abundante, panes voluminosos con manteca de cerdo para que aguanten frescos la semana, rosquetes de harina de trigo con almíbar blanco y algo de fruta para los hijos. Con todo eso y la papa guardada en los hoyos del poyo del dormitorio y el maíz, trigo y cebada almacenados en los arébalos, lejos de los ratones, las gallinas y las palomas, prepararía la comida diaria de la familia. Es todo lo que comen los humanos, pensaba la mujer, en tanto regateaba con energía con las gateras, pidiendo calidad y precios bajos para sus compras. Pasado el refrigerio, Vicente también se dirigió al mercado de lana y compró media docena de bollos de lana blanca no lavada, toquillas negras por varas, forros de badana por docenas, tiza, piedra pómez, óxido de zinc, carbón vegetal y otras pequeñas cosas conque debía fabricar en la semana, tres docenas de sombreros. Practicadas sus inversiones, quedó con él un poco de dinero. Pensó: "Tomasa terminará apercollando este dinero que son apenas unos pocos pesos y se los llevará atado en un pañuelo, entre sus fláccidos y

Librodot

abultados senos y terminará enterrándolos en el maíz, el trigo o la cebada de uno de los cántaros de la casa. ¿Gastarlos? Sólo cuando sea inevitable, semejante barbaridad.

Ahora que se hizo la venta de los sombreros y también las compras y transcurrió muchas horas desde que salieron del rancho, había que pensar en volver; sin embargo, antes de decidirse por ese extremo, recorrieron los diversos mercados, mirando y remirando los innumerables objetos que había en los estantes, mesas y toldos de los negociantes. Algún día, cuando tuvieran dinero suficiente se dedicarían a comprar las cosas que más les agradaban o necesitaban. Esos mercados formaban un inmenso bazar de fantasía y realidad. Cada sección exhibía mercadería de una clase. Cerca de la estación del servicio de trenes, estaba el mercado de granos; más allá, el de harinas. Frente al templo, sobre la plaza central, los toldos de los "turcos" y las "chifleras" vendetrapos. En la esquina sudeste del edificio del mercado de abasto, mulas, corderos, cerdos y cabras. Al frente, aves y huevos. Por todas partes, hombres y mujeres ataviados de mandiles blancos o de colores, cargados de cajones con escaparate de vidrio. Ofreciendo toda clase de chucherías de diversos colores y materiales. Vicente y Tomasa, sólo miraban, sin comprar nada. Era mucho lo que deseaban de ese inmenso bazar, pero no tenían dinero para comprar nada. El magro rendimiento de la venta de los sombreros, limitaba las aspiraciones y los sueños. Mientras tanto, pasó otra hora. Había que pensar seriamente en volver a Llamallackana.

II

Saliendo con afán del pueblo, tomaron rumbo al oeste, por la calle que desembocaba en el río. Por esa calle, marchaban también centenares de indios arreando bueyes, corderos, chanchos o asnos. Otros, iban cargados de inmensos bultos como Vicente, o sacos de semillas, rejas, peroles o granos. Las mujeres, llevaban en sus espaldas y en las manos, bultos multicolores y canastas o bolsas de trapo o de otros materiales, llenos de recado y alimentos. Este espectáculo parecía el final de una rifa del bazar en que hubo reparto de toda clase de bienes y objetos que los beneficiados con ellos, se llevaban ahora como hormigas por ese y otros caminos que salían del pueblo, conversando, riendo, gritando o relatándose lo que oyeron o espectaron en la feria, repitiendo sobre todo los argumentos de los regateos interminables que al indio tanto le agradan.

La columna humana se desbordaba de los mercados, echándose a los caminos vecinales y las sendas sin disolución de continuidad a paso lento, sin apuro, como la espesa lava de un volcán. Sólo acabaría con el día. Nadie andaba en silencio. Hablaban todos. Era un modo de acortar los caminos.

En el puente que separaba Villa Carmen de Llamallackana, entregaron su cargamento, Vicente y Tomasa, a sus hijos y se fueron tras las solícitas invitaciones que la chichera Rafaela formulaba desde el centro del camino a los que volvían de la feria, ratificando el anuncio del perdón blanco que flameaba en la cima de una larga cañahueca y las mullidas frazadas tendidas sobre los

Librodot

poyos de barro arrimados a las murallas de la calle de la tienda de la chichería en que se sentaban ya, locuaces y risueños, parroquianos bebiendo sus vasos y tutumas de chicha amarilla. La Rafaela, emperifollada como una flor, luciendo el brillo de sus polleras y saco de vivos colores, próxima a la puerta de calle abierta de par en par, con una jarra de hierro enlozado llena de chicha en una mano y en la otra, un vaso, saludaba y rogaba con comedimiento y sonrisas a los que llegaban que no se pasaran "así nomás" su puerta sin visitarla, en tanto les llenaba de zalamerías y buenos augurios, obligándoles a beber sin compromiso "la galeta". Después del anticipo, las gentes terminaban por quedarse, en la chichería. En la tienda, los parientes o amigos que bebían la cuarta o quinta tutuma o vaso, les convidaban de nuevo a los que ingresaban recién otros vasos de chicha, desgranando la charla sobre el tiempo, las ganancias o pérdidas en la feria, los precios o los últimos sucesos de la aldea. Entonces, aparecía otra vez la Rafaela con una fuente llena de charque tostado a la brasa, cebolla picada, locoto y quesillo que "picaban" todos con agrado. Con el convite, el negocio consolidaba su clientela que a partir de ese momento, intercambiaban rondas sucesivas de bebida, entre risas, bromas y cuentos y juramentos de toda índole.

Mientras tanto, la tarde se hizo noche. Era más de las ocho. Desapareció el flujo de viajeros. La aldea se hundía en las sombras. Parecía que todo dejó el trajín. Sólo los perros alborotaban, sintiendo el paso presuroso de algún campesino rezagado que cruzaba deprisa el camino o cuando se percibían los sonidos de algún instrumento musical lejano o el rebuzno prolongado de algún asno hambriento o el mugido herido de un buey o el balido reiterado y adolorido de los corderos que no tuvieron en el día suficiente forraje. Los domingos, en las aldeas, eran los días en que los animales ayunaban. A esa hora, en la aldea, sólo gozaban de iluminación las chicherías y sólo de ellas surgía a la noche, el bullicio alegre de los bebedores.

A esa altura de la noche, en la chichería se separaban los parroquianos en grupos de dos (marido y mujer) que en tanto bebían la chicha a sorbos, se recriminaban entre sí de sus hechos de ese día y la semana. Cuando volvía el silencio, pasada la confesión de agravios y quejas de las parejas, se juntaban de nuevo muy risueños y bebían brindando por la fortuna de la aldea. Alguien, en tono resentido, parece que fué Anizo, dijo que era tiempo de indagar el motivo por el cuál no llovía y el por qué algunos animales del rancho, en vez de parir crías saludables y normales, daban a luz fenómenos horribles, sin vida, y que estaba a punto de ocurrir los mismo con las mujeres, que empezaron a perder muy a menudo a sus hijos por mal partos inexplicables. Todo eso es sin duda, consecuencia de la mala vida de Fidel Huari y de su nuera Isabel, dijo rotundo, terminando sus quejos a perorata. Vicente, malhumorado, ofendido por lo que dijo Anizo de su pariente y amigo Fidel Huari, lo engrescó violento, reprochándole su irresponsable sindicación, difundiendo sobre la vida correcta de Fidel falsedades como las que acababa de decir. "Lo que pasa es que tú, Anizo, te crees el mejor labrador de este rancho y que nadie te hace sombra en el cultivo del trigo, dijo, sin embargo, como nos consta a todos, a pesar de tú sapiencia, el polvillo nos ha dejado años (y con éste debe pasar de tres) sin un

Librodot

grano de ese cereal. En esos casos, tú tratas de justificarte con tonterías o le echas la culpa a otros. En cambio, Fidel, año tras año, levanta pingues cosechas de trigo, color oro, y no hay polvillo que le arredre. Lo vence todo. Ahora tú, Anizo, hablas mal de Fidel por pura envidia..."

..."¡Nó!, carajo, exclamó indignado, Anizo y prosiguió - No es cuestión de envidiar nada a nadie. Fidel vive en delito con su nuera, con la mujer de su hijo Fortunato y hasta tiene un hijo en ella. Eso ocurrió cuando Fortunato se fué a la guerra, pero de regreso, después de haber desaparecido por mucho tiempo, sin dar noticia de su paradero y se dudaba de que vivía, vino a informarse de que su mujer había pasado a ser la concubina de su padre. Es cierto, no dijo nada ni se quejó ante nadie de esos hechos, guardando respeto a su padre, pero se apartó definitivamente de él y de la mujer, negándose a pisar de nuevo la casa paterna. Eso no puede continuar así ni es dable que tratemos concientemente de ignorar aquello que la aldea exige como solución para ese problema y si no la hallamos pronto, pueden estar seguros que moriremos todos de hambre por las sequías que se prolongarán aún más, la falta de productos de la tierra y las enfermedades y calamidades que se propagarán sin que nadie ni nada pueda controlarlas. Es preciso que como gentes sensatas, tomemos medidas y a breve plazo. Por lo demás, no son vanos los indicios y las premoniciones del cielo. El hombre razonable, tiene que recibirlas y actuar conforme a ellas, suprimiendo la cruenta del mal y del enojo de los dioses".

"Todo eso es mentira, ¡mentira!, exclamo Vicente. No hay pruebas de que Fidel haya convivido con su nuera y que el hijo de esa mujer tenga que ver algo con Fidel. Eso sólo dicen los que no lo quieren. Los que desean destruirlo. Fidel es el mejor labrador de Llamallackana. Sus amigos y parientes no dejaremos que sus enemigos lo expulsen de nuestra comunidad. Anizo, haré que pagues como es debido tus calumnias".

"A mí no me importa lo que tú digas, respondió eufórico y con gran energía Anizo y continuó: -Pregunta a todos y cada uno de los que estamos presentes aquí, si miento. Convéncete que la maldición de Dios caerá sobre todos nosotros, si consentimos en complicidad en que las cosas continúen como están. Los espíritus aguantan nuestros propases pero no para siempre. Es preciso complacerlos, si es que no queremos que las consecuencias de su ira caigan sobre nosotros..."

Todo se arreglará, dijo intermediando Cupertino, que oyó junto con los demás desde el principio la acalorada disputa de Anizo con Vicente. Es cierto, dijo, ese asunto debe arreglarse de una u otra manera por el bien de todos. No es preciso que se lo haga en este mismo instante o que se llegue ahora mismo a una decisión. Dejemos eso para mañana u otro día. Ahora bebamos un vaso más por todo aquello que la generosa Pachamama nos ha dado en los últimos años y para que nos siga dando, aunque cada vez más poco, pero todavía lo suficiente y necesario para que sigamos viviendo. Echó a la tierra casi la mitad del contenido de su vaso, bebiéndoselo el resto luego. Los demás, amainaron sus espíritus, echando también chicha al piso para la Pachamama, brindando por el bien de

todos lo vecinos del rancho, volvieron a separarse en grupos, pero esta vez cada uno hablaba para sí, en tanto que otros lloraban por sus desgracias reales o imaginarias o gesticulaban como si conversaran con gentes invisibles. Nadie prestaba atención a nadie. En un rincón, sobre un poyo, dormitaba Vicente. Su mujer, sin dirigirse a su esposo, repetía sus reproches. Anizo, que estaba sentado cerca de Vicente, lloraba y bebía, maldiciendo a la plaga del polvillo que lo había humillado ante la opinión de la aldea en el cultivo del trigo. Se decía que no se explicaba en qué consistía ese fenómeno y que no podía descubrir de dónde venía ese polvo rojo a enquistarse en las panojas tiernas del trigo, precisamente en el momento mismo en que el grano tomaba consistencia y se coagulaba hasta endurecerse como un pequeño cristal de oro opaco. La Rafaela, diligente, seguía repartiendo vasos y tutumas de su líquido, aunque lo hacía ahora en porciones cada vez menores.

Mientras tanto, pasó la media hora.

El rancho dormía profundamente entre las sombras, sin que nada lo turbara. Sobre el camino, se arrastraban grupos de borrachos, cantando bajito coplas que en la chichería no entonaron. A momentos, alguno quedaba de pié al borde del camino y meaba interminablemente a la acequia, en tanto, su mujer, sentada a su lado sobre el camino, hacía lo mismo. Como antes, seguían repitiéndose los reproches conyugales, aunque esta vez sólo como murmullos que no se dejaban entender. En la casa, hallaron a sus hijos dormidos. También ellos se echaron en la cama-larga y ancha sobre el poyo, buscando descanso.

La noche era ahora profunda. Arriba, las estrellas brillaban con intensidad. Terminó el día de la feria. Mañana, será otro de otra semana. Los hombres y las mujeres, olvidando sus quejas de la víspera en la chichería, seguirán buscando los medios de sostén de sus vidas de una u otra manera.

Librodot

EL AGUA DE LA VERTIENTE

-Tuly, tráeme agua de la vertiente -ordenó la señora Zegarra al pongo Manuel Cutili -Voy mamita -respondió el indio, alzando el cántaro de barro a tiempo de salir de la estancia, camino de la cordillera. Poco después, estaba de vuelta.

-¡Indio sinvergüenza! ¡Flojo! -injurió la patrona al mozo -No has ido a la vertiente. El agua que trajiste es del río -Mamita- susurró Tuly, tratando de defenderse -El agua es de la vertiente.

-¡Falso! ¡Falso! ¡Totalmente falso! pretendes engañarme por no esforzarte subiendo a la cordillera; te atreves incluso a decirme, como si fuera verdad, que esa agua es de la vertiente -repuso la patrona. Ordenó luego: - Echa el agua del cántaro y sube a la cordillera. ¡Quiero agua de la vertiente, entiendes! El indio, molesto, sin abrir la boca, salió de nuevo de la habitación, arrastrando con desaliento el cántaro; de paso, echó con ira su contenido en el jardín.

-¡Esto es horrible! Estos indios son una calamidad. Esta agua es otra vez del río. ¿No puedes entender? El agua del río es sucia. No sirve para beber. -Mamita- exclamó contrariado el indio -El agua que traje es de la vertiente. ¿Qué motivo puedo tener yo para querer engañarte? Me han visto todos subir a la vertiente. -¡Nó! ¡nó!, el agua que trajiste es del río. Lo haces por no subir a la montaña, pero sobre todo por engañarme. ¡Sí! por engañarme. indio maldito. El campesino, volvió a echar el agua del cántaro y se dirigió a la vertiente.

La tarde caía apasible, dulce y luminosa. Los cerros verdes y azules se combaban en bellos arcos, unos detrás de otros, en el horizonte. El cielo limpio y puro, fanal cubriendo ese mundo bucólico de colores y silencios, se elevaba profundo y transparente al infinito. No se movía una hoja en los sotos de árboles chaparros, gruesos y torcidos. Los hombres del campo, volvían agotados de sus faenas, cargando sus aperos y herramientas de trabajo en los hombros.

-Buenas tardes, tata Tuly- lo saludaron respetuosos el viejo, los labradores; antes que les respondiera, uno dijo -¿En busca de agua para la patrona?

-¡Sí! -exclamó con tristeza el viejo, luego, siguió hablando- Es la tercera vez que subo a la vertiente. ¡Algo le pasa a esa vieja! Prueba el agua y dice que trato de engañarla llevándole agua del río y no de la vertiente. El labrador más joven, henchido de malicia y muy risueño, profirió -Tata Tuly, no sabes tú hacer las cosas. A esa abuela es fácil complacerla. Si no le agrada el agua que le llevas, prepara tú mismo el agua que se acomode al gusto de la patrona.

Librodot

-¿Cómo? -interrogó Tuly, sorprendido -Fácil -dijo el joven -llenas el cántaro de agua y le orinas encima en la cantidad suficiente para que le dé el sabor y perfume necesario; o, por el contrario, orinas primero en el cántaro y le llenas con el agua de la vertiente; terminando sus palabras, lanzó una larga y jocunda carcajada que hizo eco de inmediato en los hombres que oían la sorprendente receta -Así tendrá la señora el agua de su gusto. Te aseguro Tata Tuly que la patrona identificará sin duda que el agua es realmente de la vertiente... porque de verdad esa agua será de la vertiente, ¿no?, terminó de decir el campesino ocurrente.

-Tuly- se expresó la patrona, flaca y seca, aunque fina de rasgos y coronada de bellos, suaves y brillantes canas, probando y reprobando el agua. -Ahora sí es de la vertiente, -afirmó rotunda, -si no les exigiera tanto como lo hago, insistirían ustedes en que yo consienta que el agua del río es de la vertiente. Pero yo no soy ninguna tonta para que me engañen. Mi gusto distingue nítidamente el agua de la vertiente del agua del río.

-Así es mamita -exclamó el mozo -También yo estoy seguro de que el agua que está en el cántaro es la vertiente.

DESPUES DEL 9 DE ABRIL

I

A consecuencia de la actividad política, las innumerables concentraciones a que tuvieron que asistir y la incertidumbre respecto de la vigencia del derecho propietario a partir del día de la revolución (tan hondo había calado en el espíritu del indio ese derecho), disminuyó la producción agrícola del año inmediato a la revolución. Hubo escasez de alimentos en los mercados. Los ex-propietarios, aprovechando de esta situación circunstancial. propalaban la especie de que la carestía que se empezaba a sentir era apenas la primera consecuencia negativa de la anarquía campesina, de la apropiación delictual de las haciendas agrarias y de la falta de dirección racional y responsable de la industria agraria por sus propietarios (decían que el indio, estaba demostrando una vez más con los hechos de los dos últimos años que, sólo, sin el patrón, era inútil en la actividad productiva) y que esa situación fatalmente llevaría al país a la desconcertante situación de tener que importar los productos originarios de esta tierra, debido a que las poblaciones de las ciudades y de los mismos campos, no tendrían qué comer, pronosticaban con pesimismo interesado.

El año agrícola de 1954, se regularizó con la intervención directa de los sindicatos campesinos en la actividad productiva de la tierra. Se dispuso además, en calidad de incentivo, que los propietarios tendrían derecho a percibir hasta una tercera parte de la cosecha de cada año de sus propiedades hasta el momento de la emisión de la sentencia de afectación o consolidación de sus derechos sobre la tierra, en tanto que el campesino recogería las otras dos terceras partes, por su aporte en trabajo personal, el

Librodot

de su familia y sus acémilas, la semilla y el uso y desgaste de sus herramientas y aperos. Esta forma de distribución de la cosecha, debía aplicarse en los productos de los terrenos llamados de hacienda que antes de la revolución se cultivaban para beneficio exclusivo de la parte patronal, en cambio, los productos de las sayañas o pegujales, como siempre, serían del campesino en su totalidad. En muchos casos, los sindicatos ampliaron de hecho las superficies de los pegujales, con los terrenos de hacienda, si es que éstos eran insuficientes de origen por su reducida extensión o la mala calidad de los terrenos para la subsistencia racional del campesino y su familia. Se admitió también que los campesinos sin tierra y los que eran propietarios de pequeñas parcelas, ingresaran a los terrenos de hacienda, dando solución provisional a la situación de extrema pobreza de algunos campesinos y para que acumularan antecedentes que les sirvan para pedir terrenos en dotación. Se descongestionó de esa manera el elevado número de campesinos desocupados, proporcionándoles un medio de vida inmediato, en base de la valoración de sus servicios en la actividad sindical campesina y sus méritos personales de labrador de la tierra, antes y después del 9 de abril.

II

Algo que no contribuyó a la efectividad de la acción sindical campesina, fue el anuncio propalado por las centrales y subcentrales, poco después de la instauración de la revolución y de la toma de las propiedades, que la cosecha del año 52 se levantaría sin el concurso de los vecinos pobres de los pueblos provinciales que antes de es4e año, salían a las tierras de las haciendas a trabajar en las cosechas; ¿por qué? A modo de explicación, se dijo que la presencia de los artesanos y de la gente de pueblo en el campo era contraria a la reserva con que en esa ocasión y los siguientes años agrícolas actuarían los campesinos. Ese marginamiento, resintió profundamente al pueblo y mucho más a los artesanos pobres que con los productos que recibían de las grandes y medianas propiedades agrarias por su trabajo en las cosechas de maíz y de papa, surtían su despensa del año y la completaban con los productos frescos adquiridos a diario con el dinero que percibían en sus talleres. De ese modo, estos habitantes tan característicos de los pueblos, contaban todo el año con los alimentos indispensables de su canasta familiar. Por eso, los artesanos de los pueblos se declararon defensores activos de los intereses de los hacendados y enemigos de los campesinos. Esa declaración no fue sólo un enunciado verbal; por el contrario, se constituyó en el principio fundamental de las relaciones de esos dos sectores de la población del campo.

Para mayor desgracia, en esa misma época, los campesinos limitaron el ámbito de la libre actividad comercial de los pueblerinos, sometiendo sus negocios de chichería y las fondas de alimentos preparados que en los pueblos son al mismo tiempo centros sociales de reunión a que asisten los vecinos de todas las clases y condiciones al término de sus actividades del día. Los dirigentes campesinos, sin consultar con nadie, ordenaron que esos negocios sujetaran su actividad horarios

Librodot

estrictos de cuartel. Los artesanos y más que ellos, sus mujeres o hijas que eran las que se dedicaban a esa clase de negocios, sintieran la opresión y avasallaje con profundo resentimiento, denunciando de inmediato y públicamente que los indios los vejaban por venganza, por pura venganza, de un pasado reciente en que las cosas eran a la inversa, cuando los artesanos los despreciaban a los indios por ser sus inferiores. Ahora, decían ellos, que por eso querían someterlos a una vida de hambre, privándoles de una parte importante de sus alimentos al negarles el derecho de ganarlos con su trabajo en las cosechas de las haciendas y en sus negocios del pueblo, obligándoles a cerrar sus tiendas a las siete de la noche, cuando la actividad recién empezaba. Clamaban pidiendo respeto de su derecho a vivir.

Por otra parte ¡y estos era el colmo de los males para ellos¡: - Campesinos verdaderos, analfabetos completos, ignorantes, sin asomo de personalidad, como si nada, ocupando los cargos de subprefecto o alcalde provincial, ejerciendo autoridad y hasta haciendo justicia, les parecía la mayor ofensa a la dignidad humana y motivo de repulsa total y desprecio. Decían con mofa, que era increíble que indios atrabiliarios pretenden administrar oficinas, sin saber lo que es eso. Por ese motivo, al principio, muy pocos pueblerinos se sumaron al movimiento campesino y los que lo hicieron por propia iniciativa, fueron excluidos con violencia de sus organizaciones gremiales por sus compañeros de oficio ofendidos, luego de ser vejados como traidores y aprovechadores. Las gentes que de esos círculos pasaron de todos modos al servicio de los campesinos, no eran sino modestísimos carpinteros, amanuenses envejecidos o mineros retirados o despedidos y desocupados que se arrimaron a los campesinos con la esperanza de mejorar su situación económica al cabo de un tiempo de servicio a los indios recién encumbrados al dominio exclusivo de esos pueblos. Todos esos allegados de última hora a los campesinos, eran ciertamente elementos descalificados y de pocos escrúpulos.

Los dirigentes campesinos, de su parte, tampoco se daban cuenta real de lo que estaba pasando ni tenían conciencia de que se hubieran equivocado al proceder del modo que lo hicieron con las gentes del pueblo. Lo atribuían todo a los enconos del pasado y para los cuáles, suponían que no había solución posible, rectificación o enmienda. La verdad era que los pequeños comerciantes, las chifleras, los chóferes de buses y camiones, las chicheras, las fonderas, los tenderos, los zapateros, los carpinteros, apoyaban y hasta se consideraban militantes del partido político de los ex-hacendados y enemigos de la revolución, los campesinos y sus sindicatos.

En la actividad sindical de esa época, en los pueblos, sólo hubo para los campesinos el apoyo de aventureros, traficantes y minúsculos personajillos de aldea, que en la mayoría de los casos actuaron deshonrando el sindicalismo campesino.

Es cierto que se los aceptó porque no había otros, de lo cuál se burlaban los pueblerinos identificando a los campesinos con sus asesores delincuentes, falsarios o ladrones. Los allanamientos perpetrados cuando la requisa de armas y el estado permanente de beligerancia de los habitantes de los pueblos con los campesinos, dio lugar a que muchos artesanos y también comerciantes, profesionales y obreros, se fueran del pueblo a la ciudad y se radicaran en barrios suburbanos o villas recién creadas

Librodot

por esas mismas gentes. fue sin duda grave error de la dirección campesina haber dado lugar al divorcio insensato entre el indio y los habitantes del pueblo. Lo correcto habría sido que esos sectores de la población del campo, se unieran y se identificaran en sus interés, objetivos y esperanzas, luchando codo con codo como hermanos de raza y de condición social, como eran. Esos artesanos y obreros de los pueblos, debían asumir la categoría de consejeros y guías del campesinado y de modo alguno declararse sus enemigos.

Ese error político del campesinado, se puso en conocimiento de José Rojas Guevara. con ejemplos que lo orientaran en la compresión del hecho, insistiendo en que estaban admitiendo como a sus aliados a la basura humana de los pueblos, entregándoles cargos públicos de responsabilidad, rechazando y hasta hostilizando a los que eran sin duda más valiosos y útiles para los fines del campesinado. Rojas, malhumorado respondió con dureza inesperada, insistiendo en que todos eran enemigos del indio. -No se dan cuenta que esos mierdas son los hijos naturales de los patrones, sus queridas y sus pasatiempos? Todos los cholos comienzan su carrera de servidumbre encomendándose a los patrones, publicando su desprecio al indio. Ahora la cosa está decidida. Como dicen ustedes, se han ido muchos y deben estar ya al lado de sus benefactores haciendo cuerpo común contra la revolución y el indio. Los que se han sumado a nuestras filas no son sin duda de mucho valor, pero por lo menos han demostrado coraje al decidirse por lo que está más cerca de lo que realmente son y no solo de sus sueños. En tanto aprendamos a conducirnos por nosotros mismos, eso seguirá así. Esas gentes nos son indispensables por ahora; debemos aceptarlas y aguantarlas con todas sus deficiencias y limitaciones. Compañeros, en esta guerra sorda e inhumana, identificar a nuestros enemigos de los que no lo son, es un problema arduo. Los indios no estamos preparados todavía para eso; tiene que ser el instinto y la desconfianza presente en el alma del indio como una segunda naturaleza, los que nos guíen en nuestra difícil defensa.

III

Lo que es en las ciudades, ¡Ah! ¡las ciudades! no había que guardar muchas esperanzas. Eran decididamente contrarias al movimiento sindical campesino y enemigos del indio. "Desde abril de 1952 hasta agosto del siguiente año, llevamos a las ciudades miles de campesinos procedentes de todas las provincias y de todos los rincones rurales del país, unas veces con música de zampoñas y otras, con tiros de fusil y metralla, concentrándonos en sus plazas, calles y campos deportivos. En Cochabamba, el estadio, la laguna Cuellar, la Cancha de Caracota, la Plaza San Antonio al sur, el valle Alto, Sacaba y Quillacollo. "Entramos a la ciudad las veces que creímos necesario, ostentando nuestro número y nuestras armas en sus avenidas, sus calles más concurridas, disparando las armas al cielo, algunas casas conocidas de señores feudales o edificios públicos. Cruzábamos la ciudad de un extremo a otro, exponiendo nuestra fuerza humana y decisión de asumir la defensa de nuestros derechos contra todos

Librodot

los que se opusiesen al resurgimiento del indio. ¿Quiénes se sumaron al movimiento en las ciudades? ¡Nadie!. En las ciudades eran enemigos del indio los ex-propietarios rurales y sus familias, los estudiantes de los colegios y de las universidades, las cholas de los mercados, los artesanos, los comerciantes y hasta los indios que se fueron a las ciudades antes de abril y cambiaron, según ellos, hasta de raza. Había en esas ciudades, un racismo resentido que se expresaba en el desprecio instintivo de sus habitantes al indio. Sin duda, los perros callejeros sin dueño que circulaban por los mercados, flacos y peludos, desastrados y feos, merecían más consideraciones del pueblo de las ciudades que el indio. Malgrado eso, nuestras concentraciones crearon, en medio de resentimientos y temores, conciencia real sobre el problema del indio y de la tierra. Muchos de la ciudad, comenzaron recién a saber que el campo era el habitad de las dos terceras partes de la población del país y que los indios eran mayoría en ella.

Nos llamaban despectivamente por nuestras vestimentas, nuestros sombreros y porque entrábamos y salíamos disparando las armas, los mexicanos. En esos dieciséis meses de abril de 1952 a agosto de 1953, hicimos presencia diaria del indio en la ciudad, aunque la gente protestaba de la frecuencia enervante de las concentraciones, la presencia de las armas y hasta nuestro olor. En realidad, era ese el propósito. Que nos tuvieran presentes hasta en sus sueños y sus pesadillas y no nos echaban al olvido en ningún momento, con simpatía o sin ella; mejor, si era con temor a nuestro número, nuestros objetivos y actividad. Fueron pocas las gentes que se mostraron imparciales y comprensivas de nuestra suerte, si es que podía haber imparcialidad y comprensivas de nuestra suerte, si es que podía haber imparcialidad de alguien en los sucesos políticos y sociales que se vivía entonces en el país. No nos hacíamos ilusiones. Las ciudades eran enemigas de siempre del indio. En ellas cumplimos los servicios de pongueaje y mitanaje, eran también los centros poblados donde más nos despreciaban y donde sufrimos humillaciones de toda índole, como la ridiculación de nuestros trajes, el color de la piel, nuestras actitudes groseras e ignorancia. En las ciudades no había un sólo amigo del indio. Sólo enemigos. Sólo explotadores. Sólo patrones (incluso aquellos que nunca tuvieron en propiedad ni un metro cuadrado de terreno ni un sólo colono) ¿Por qué ahora de la noche a la mañana, pudo cambiar la actitud de las ciudades respecto del indio?

"Desde el principio nos calificaron de salvajes, ignorantes, abusivos, ladrones y hasta asesinos. Unas veces, nuestros movimientos eran observados con curiosidad despectiva; otras, con furia y resentimiento. El partido de gobierno sufría sin duda humillaciones constantemente y el amago de atropello de los ex-propietarios y los ex-barones de la minería, por haberse constituido en el defensor de los derechos del indio. Lo llamaban traidor del bien común y del cuál, naturalmente, según ellos, no podía ser parte la indiada. El bien común era sólo de las gentes "decentes" que vivían en las ciudades".

IV

Librodot

"La primera vez que tomamos parte directa en la defensa de la revolución, fue el 4 de noviembre de 1953, cuando se levantó FSB y tomó la ciudad de Cochabamba de sorpresa en la madrugada de ese día. La defensa de la revolución de abril, se organizó por los militantes del MNR, obreros, estudiantes y pueblo de la ciudad y se la rescató a bala al mediodía en lucha cruenta. Ese asalto sorpresivo de la oposición al gobierno, dejó establecido que se repetiría una y otra vez en los sucesivo. Los campesinos nos dimos cuenta con ese hecho que la vigilancia de las ciudades tenía que ser continua, de todas las noches y todos los días. La suerte de la revolución no podía quedar a la ventura. También en esa ocasión, vimos que estábamos en condiciones de bloquear fácilmente a las ciudades cortándoles sus abastecimientos de alimentos, agua potable, energía eléctrica y otros servicios, de tal manera que en caso de estallar la contra-revolución, la población entera de la ciudad debía sufrir las consecuencias del hecho. Ante la imposibilidad de alcanzar la simpatía espontánea de esos centros para la redención y la libertad del indio, ejercimos la amenaza permanente de guerra, creando en ellas un estado de incertidumbre y de duda sobre su propia suerte y seguridad.

Por lo demás, la actitud de las ciudades contra el indio, no era sólo del presente; venía de mucho tiempo atrás, desde la época de la colonia. Las ciudades, eran bolivianas, pero comenzaron siendo españolas y en todo sentido instrumentos activos del dominio extranjero desde el instante mismo de su fundación. Comenzaron como concentraciones de los pocos españoles conquistadores y colonizadores que se radicaron en ellas y de sus hijos, criollos y mestizos, pasando después a manos de los bolivianos que eran los mismos, cambiando sólo el gentilicio".

V

"Cayarani, era una propiedad mediana.

Cuando salimos de Punata de inspección a esa propiedad, el presidente de la junta rural, el subprefecto de Arani, el dirigente sindical campesino de Cayarani y el propietario Franklin Crespo (era este un caso de excepción en que asistía el propietario acompañando a sus ex-colonos en el trámite de afectación de su finca), recorrimos un camino de tierra y de piedra rodada por el lecho seco de un río amplio hacia el norte, hasta empalmar con el camino pavimentado, en la Rinconada de Punata. De ese lugar adelante, escalamos la cuesta hasta medio camino a Tiraque en medio de cerros rojos, unos treinta kilómetros. A cierta altura, salimos del camino real y seguimos por uno de tierra, bajando a una hoyada de más de cien metros de profundidad, hasta el lecho del río Cayarani.

La propiedad era la suma de dos lonjas de terreno rellenado por las aguas de ese río en los costados de su curso central y parte de los taludes en que las sementeras parecían aguayos verdes extendidos frente a la cara del sol. No había más de cuarenta hectáreas de terrenos laborables de primera clase con riego permanente. En las cimas y las faldas de los cerros circundantes, bastante

Librodot

arriba del nivel de las aguas del río, se extendían también las tierras secanas. Ciprián Molle y una veintena de sus compañeros, sembraban en esos terrenos papa, maíz, arveja, haba tempranera y hasta había almácigos de verdura de diversas variedades y clases, pero sólo en pequeñas parcelas que cosechaban para su alimentación. Disponían también de dos paradas de molinos en que molían trigo, maíz, cebada, durante los doce meses del año. Cuando ingresé, curioso, a esos molinos, descubrí junto a los costales de grano y de harina, fusiles nuevos emplazados en lugares apropiados. Extrañado, interrogué a los campesinos sobre ese hecho averiguando si en ese lugar sufrían de inseguridad por los ataques de ladrones, a lo cuál me respondieron que ladrones no habían, pero sí inseguridad. - Como sabes, me dijeron, la revolución nos ha devuelto nuestras tierras, pero el asegurarlas para que sean siempre del indio, no es sólo cosa del gobierno; también los indios tenemos que defenderla si es necesario con el uso de esos fusiles. No somos amigos de la violencia, me dijeron, pero si nos obligan las circunstancias, no eludiremos el uso de las armas. Tenemos fusiles no sólo en los molinos; cada compañero, dispone de otro en su casa. Los propietarios, antes del 9 de abril, encargaban su seguridad a un ejército profesional. Ese ejército disponía de las armas y no era necesario que cada propietario se armara también en su casa. Nosotros no estamos en esa situación; pero, sí, constituiremos un ejército propio usando los brazos y las armas de los indios, y será eso así ahora y en el futuro inmediato. Nos defenderemos nosotros mismos de los ex-propietarios con un ejército indio y para lo cuál, seguiremos comprando más armas, pero rogando al mismo tiempo a nuestros dioses que no sea necesario usarlas jamás.

Antes de amanecer los días plenamente, las plazas centrales de las capitales de provincia, se llenaban de dirigentes; esperaban ellos que se abrieran las oficinas de las juntas rurales y los juzgados agrarios. Los expedientes de los trámites agrarios, se apilaban por cientos en esos servicios. De los pueblos, salían cuerpos de inspección y técnicos agrimensores hacia los distintos horizontes de las provincias, para llenar una parte importante de las acciones judiciales agrarias. Los dirigentes de las centrales campesinas y provinciales, recorrían las propiedades y los sindicatos, pidiendo prestar atención diaria a esos trámites y para lo cuál impartían instrucciones, informaciones y directivas. Nadie podía negar que después del 9 de abril, el campo adquirió una nueva fisonomía en todas sus actividades. No era en modo alguno el pasado estancado y somnoliento de hace sólo un año y medio, en que reinaban la murria, la soledad y el silencio tan peculiar de nuestros pueblos provinciales. Con el 9 de abril, se abrieron para el indio perspectivas novedosas de actividad y movimiento que de uno u otro modo, no se cerrarían más.

Librodot

ESCARAMUZA

Cientos de campesinos, sin armas, desde muy temprano, nos concentramos en el sur de la ciudad, cerca del camino de Cochabamba a Santa Cruz, esperando la llegada de mayores contingentes de Cliza y Ucureña. Sólo pudimos movilizarnos después de las nueve, en larga columna, rumbo a la plaza de armas del mayor reducto de la rosca feudal del país: La ciudad de Cochabamba.

Era una mañana fría. Como no pasó antes nada igual, cubría la ocre extensión del valle, un rebozo denso de niebla lechosa y húmeda de cordillera a cordillera. El sol, enfermo, rasgaba apenas con sus puñales amarillos la consistencia casi sólida del inmenso banco de nubes asentado a ras de tierra.

Librodot

Pusimos a la cabeza de la columna, como guía, una moza campesina que se desplazaba unos metros delante de la escuadra de los dirigentes principales, cargada de un bebé y flanqueada por dos niños que se acogían con sus caritas atemorizadas al refugio seguro de sus polleras. Como estandarte de lucha, llevaba ella en la cima de una débil caña, una bandera nacional pequeña, arrugada y descolorida, pero que en su flamear en el viento helado de la mañana invernal, gallarda y desafiante, reflejaba la actitud decidida que nos embargaba en el momento de consumar ese acto de estricta defensa de nuestros derechos a la tierra y la libertad.

¡Viva la libertad del indio!
¡Viva el compañero Rojas!
¡Viva Ucureña!
¡Libertad inmediata para el compañero Rojas!

Nuestros gritos eran sin duda belicosos. Gritos de guerra y de protesta. Sus ecos se expandían sobre la ciudad, congregando gentes que se arremolinaban en las calles y esquinas de nuestro trayecto.

Ese acto, ¡lo sabíamos! era una novedad no esperada pero que en la ciudad se quería verlo desde hacía bastante tiempo, si se considera que en el departamento y el país, no hubo ningún acto de masas igual de la oposición frente al predominio aplastante del partido político que ejercía el poder de estado desde el pasado nueve de abril.

Nos conducía Jorge Solís Román; indio ex-colono de la hacienda Cliza, como pocos, de un metro ochenta y más de esquelética estatura, facciones huesudas, ordinarias y gruesas en un rostro alargado en forma de pera y cetrina, lleno de manchas oscuras como suelen tener las gentes mal alimentadas o enfermas. Sus ojos de ratón asustado, oscuros y vivos, fulgían en sus órbitas, llenos de ira y preocupación. Marchaba enfundado todo él en un viejo capote gris de la ya lejana guerra del Chaco, manejando con ardor y energía las consignas.

Muchos curiosos nos seguían. Unos, de la oposición de izquierda; otros, de la entonces feudalidad moribunda. Pero todos interesados en que los hechos se desbordaran en actos iniciales de subversión, o en que el conflicto del gobierno con los campesinos se profundizara hasta alcanzar las dimensiones de un enfrentamiento que debilitase la revolución y el gobierno del MNR.

No era esa nuestra intención, aunque la presente escaramuza era la primera acción de masas aparentemente contraria al gobierno. En tanto la columna de indios se acercaba a paso lento a su objetivo, se llenaban las calles de multitudes desordenadas y ávidas de emociones. A cierta altura de nuestro recorrido, nos rodearon y penetraron nuestras filas agentes de la policía política recién creada y efectivos civiles de la policía nacional, sin atreverse a obstaculizar que arribáramos a la plaza a que nos dirigíamos y de la cuál nos posesionamos ocupando la calzada del edificio de la prefectura del

Librodot

departamento. Agentes exaltados del gobierno, respondieron a nuestras consignas, sin recibir de nadie, un eco a sus gritos:

¡Viva la revolución nacional!
¡Abajo el comunismo!

Era más de las diez, cuando varios cientos de mujeres, niños y hombres del campo, nos concentramos en esa plaza, demandando a gritos: ¡Que se presente el prefecto! ¡Que salga el prefecto! ¡Que el prefecto explique al pueblo la conducta del gobierno! La muchedumbre repetía incansable las consignas. No hubo reacción. Crecía la impaciencia. Detrás de los cristales de las ventanas de las oficinas prefecturales, se movían las figuras de empleados nerviosos. En la plaza, nos rodeaban miles de ojos llenos de curiosidad, esperando la culminación de los hechos y sus posibles catastróficas consecuencias, en el caso supuesto de ignorarnos las autoridades y se produjera el ataque de las policías contra nosotros. Por el contrario, los agentes civiles de esas policías dentro de nuestras filas, en lugar de atacarnos, optaron por repartir recomendaciones paternales sugiriéndonos prudencia y que, reconociendo hidalgamente que el nuevo gobierno hizo tanto en tan poco tiempo a favor del indio, retornáramos pacíficamente a nuestras casas, dejando de desafiar o incomodar a nadie ahora que, como nunca antes, el poder entero del gobierno estaba en manos del pueblo. "Entiendan compañeros, repetían, estos actos de desafío gratuito al gobierno sólo son del agrado de los enemigos del indio". Sin dar mayor importancia a las sugerencias, acentuamos el tono agresivo y desafiante de nuestras protestas.

Se abrió de pronto la portezuela de una ventana de la planta alta y salió por ella al balcón una mujer. Habló igualmente repartiendo consejos iguales a los de la policía y normas a que según ella debíamos sujetar nuestros actos. La reacción campesina fue inmediata: Silvidos e insultos a granel. La muchedumbre, la ahogó a la oradora circunstancial en un mar de procacidades, en medio de la repetición acalorada del siguiente pedido:

¡Que salga el prefecto!
¡Que salga el prefecto!

A esa altura del tiempo y de la concentración, no estábamos dispuestos a tolerar explicaciones de personas subalternas que, además de no saber de qué se trataba, decían tonterías. Se cerró la portezuela.

Minutos después, se hizo presente el prefecto.

-Compañeros campesinos de Ucureña y Cliza -empezó su discurso la autoridad -el compañero dirigente José Rojas Guevara, en ningún momento fue detenido por orden del gobierno o de esta

Librodot

prefectura, como se dice y como parece que les han informado a ustedes falsa y calumniosamente. Ayer por la tarde, el compañero Rojas fue invitado a presentarse en esta prefectura en cumplimiento de instrucciones de las autoridades del gobierno central. El compañero Rojas, en conocimiento del motivo de esa invitación, se trasladó de inmediato a la ciudad de La Paz, donde asiste en este preciso instante a una reunión con el compañero presidente de la República y el ministro de Asuntos Campesinos, para el estudio de los problemas del campesinado de Cochabamba. Yo, en mi calidad de primera autoridad del departamento, les aseguro y les garantizo que esa es la verdad y que a más tardar hoy, después de mediodía, o cuándo más, mañana, el compañero Rojas estará de vuelta en esta ciudad y se restituirá a Ucureña de inmediato. Conviene ahora que se retiren ustedes a sus casas en paz y tranquilidad, sin dar oídos a las iniciativas e incidías de nuestros enemigos que están en la expectativa maliciosa de promover conflictos reales o imaginarios al gobierno. En este caso, la intriga tiene un fin específico malévolo: Quieren malquistarnos al gobierno con los campesinos de Ucureña y sus dirigentes. No habrá lugar a ese conflicto, dijo rotundo: más aún, para mayor desgracia de esa gente, les notifico que no existe entre nosotros los revolucionarios de la ciudad y el campo, ninguna diferencia y que no habrá enfrentamiento o guerra entre nosotros.

-Compañeros campesinos, destaquen a dos o más de sus representantes, a fin de que tomemos contacto con La Paz y el compañero Rojas mediante la radio de esta prefectura y se confirme por ese medio lo que este prefecto acaba de decirles. Hubo un corto diálogo del prefecto con el dirigente Solís, que se destacaba en medio de los campesinos chaparros que le rodeaban, como un poste magro. Solís, dando cara a la multitud, dijo -Compañeros, debemos replegarnos a la salida sur de la ciudad. El señor prefecto, el compañero Torrico y yo, tomaremos contacto con La Paz. De aquí a media hora, los alcanzaremos. Deben esperarnos en ese lugar.

Se produjo la desconcentración. Nos retiramos de la plaza. Solís y Torrico ingresaron a la prefectura. Una hora después, recibimos de nuestros dirigentes la noticia tranquilizadora que confirmaba que el compañero Rojas viajó a la ciudad de La Paz invitado por el gobierno y que estaba en tratativas con los altos personeros del gobierno y del partido de gobierno. El mensaje terminaba anunciando que el retorno a Cochabamba del compañero Rojas estaba fijado para el martes por la tarde.

Librodot

INFORME

Después de su viaje inesperado a la ciudad de La Paz, José Rojas Guevara, hizo el siguiente informe a sus compañeros:

-En agosto del año pasado, se fundó en Sipe Sipe la federación departamental de trabajadores campesinos, designando a Sinforoso Rivas como secretario general de ese organismo sindical. El gobierno, ignorando concientemente los antecedentes nada constructivos de esa persona, decidió

Librodot

apoyarlo y reconocer al mismo tiempo la existencia legal de su federación. Ese hombre de conocida mala conducta pero de una suerte inconmensurablemente buena, cuenta ahora con el apoyo decidido de los dirigentes sindicales mineros, la central obrera, el partido de gobierno y el mismo gobierno. Y todo eso, porque desconocido de los dirigentes sindicales mineros, la central obrera, el partido de gobierno y el mismo gobierno. Y todo eso, porque desconfían de Ucureña, sus dirigentes y los campesinos del valle alto...

-¡Así es! -expresó enfático Gregorio López, cortando la palabra a Rojas -Dicen que somos agitadores izquierdistas y comunistas...

-¡Nada de comunistas! -repuso resentido, Salvador Vásquez, cortando a su vez la palabra a López -¡Aquí nadie es comunista! Lo que pasa es que Sinforosio Rivas y sus seguidores son los agentes incondicionales de algunos jerarcas del gobierno. No otra cosa se desprende de los lamentables sucesos ocurridos en diversos lugares del valle de Cochabamba, por la intromisión de los agentes de Rivas en una región que no conocen. Rivas no es campesino y menos un verdadero labrador u hombre de la tierra. Es artesano, ex-sastre y ex-pollerero, que abandonó su oficio por incompetencia y se hizo obrero minero para no morirse de hambre. Resulta ahora que por arte de magia y los pases de mago de las manos de los políticos, en la tercera re-encarnación laboral de esa persona, aparece de dirigente campesino, sin que ningún campesino de verdad lo haya ungido como a tal con su elección. Es el gobierno el que está haciendo esos milagros de prestidigitación en el medio agrario de Cochabamba, confundiendo la mente de las mayorías campesinas e ignorando con malicia la existencia de sus verdaderos dirigentes.

Rojas, visiblemente preocupado, guardaba silencio, abismado en sus reflexiones, prestando poca atención a las exposiciones airadas de sus compañeros. Es cierto, había incertidumbre respecto de lo que convenía en ese momento hacer. Su conocido pasado izquierdista y sus vínculos con los maestros de escuela fundadores del núcleo escolar indígena de Ucureña en que él desempeñaba el cargo de portero, se erigieron de alguna manera en el óbice no declarado de su ascenso al liderazgo de la federación campesina departamental y estaba seguro que lo mismo pasaría con el de la confederación nacional campesina. El movimiento campesino, que se constituía en esta ocasión por primera vez en la vida política del país, pronto sería, no sólo un factor real de poder social, sino el fundamento inconmovible de la estabilidad política de cualquier gobierno... Emergiendo todavía ofuscado, de su concentración mental, dijo:

-Compañeros, lo que hasta ahora han dicho ustedes en esta reunión es correcto y es también lo que nosotros como dirigentes del campesinado, hemos sostenido ante las autoridades respecto de los acontecimientos de los últimos días, semanas y meses en el valle; pero, antes de formular algo efectivo que se proyecte en el porvenir inmediato, les debo dar a ustedes un informe de los resultados de mi último viaje a la ciudad de La Paz, que no he podido hacerlo desde hace más una hora por el desorden conque solemos hacer nuestras exposiciones cuando tomamos parte en esta clase de reuniones. Les

Librodot

ruego ahora que me permitan formularlo sin interrupciones de ninguna clase. El informe contiene creo yo el pensamiento del gobierno y del partido de gobierno sobre los problemas del campesino que, finalmente, es lo que nos interesa conocer muy bien para resolverlos de la mejor manera.

-Según el gobierno y el partido, los ucureños no estamos afiliados en el partido de gobierno (hubo expresiones de protesta) y que por eso somos ajenos a sus filas y extraños a su credo. De mi parte, les aseguré que era falso tal cosa o un pretexto de que quieren valerse los que no nos quieren o nos temen a los ucureños por constituir el grupo de dirigentes campesinos con ideas más claras sobre los derechos del indio. Les expresé que yo estaba en condiciones de demostrarles que los campesinos de Ucureña y Cliza, estamos afiliados en el MNR y que militamos en él desde varios años antes del nueve de abril. Refiriéndome a mí, les dije que lo hice en mi exilio a Chile y concluí manifestándoles que los compañeros campesinos de Ucureña y Cliza y como dirigente José Rojas Guevara, no tenemos compromiso con ningún otro partido político o corriente política que no sea el MNR. Volviendo a lo personal (me pareció que era yo el mayor obstáculo para la solución del problema campesino del valle alto) les reiteré que José Rojas, hace mucho que comenzó a trabajar en política y sindicalismo con los compañeros mineros y el compañero Lechín, motivo por el cuál en el partido, nadie le podía calificar de arribista de última hora.

-Es difícil, muy difícil, casi imposible, convencer a las personas que tienen tomada de antemano una posición definida, que la cambien por otra; sus ideas preconcebidas, sus presunciones y hasta sus prejuicios, pueden más. Uno dice blanco y ellos entienden que se ha dicho negro. En el caso nuestro, la cosa resulta aún más difícil, ya que nadie en el mundo es más susceptible y desconfiado que un político.

-Sin embargo y no obstante las dificultades y desconfianzas expresadas, creo yo que tanto en el gobierno como en el partido, no hay realmente una decisión definitiva de marginarnos de la dirección campesina. Si esa hubiera sido la intención, las reuniones a que nos invitan o las discusiones políticas o sindicales en que nos piden tomar parte y nos oyen exponer con interés nuestros puntos de vista, sin excluir las referencias interesadas que hacen sobre nuestras conductas anteriores a la revolución, no tendrían sentido y hasta sería una pérdida irracional de tiempo. Por eso, creo que no existe en el partido, propósito definido de prescindir de nuestros servicios en la dirección del campesino a escala nacional o local. Lo que pasa es que detrás de esa batería de supuestas dudas, desconfianzas y hasta vetos que se exhiben ante nuestros ojos como instrumentos de atemorización, postergación o prescindencia, están buscando el modo de convencernos con una solución ecléctica y transada que a tiempo de darnos una parte, sólo una parte, grande o pequeña, sólo ellos saben, de la dirección sindical y política del campesinado de Cochabamba, nos obliguen a aceptar otros dirigentes en que aparentemente confían más que en nosotros, limitando y controlando de ese modo, nuestras actividades y crecimiento.

Librodot

-Está decidido que Sinforosio Rivas, que goza de la confianza del gobierno y sobre todo del jefe del partido y presidente de la República, se hará cargo en Cochabamba de la organización y conducción de los sindicatos campesinos de algunas provincias, cantones y pueblos (sacó un papel ayuda-memoria de uno de sus bolsillos) que comprende a El Cercado, Quillacollo, Tapacarí, - Independencia, - Morochata, - Vinto, Capinota, Suticollo y Arque. Este será el ámbito delimitado de las actividades de ese dirigente en el departamento. En cambio, nosotros, los de Ucureña y Cliza, tendremos bajo nuestro control las provincias del valle alto, Chapare, Sacaba, Aiquile, Mizque, Carrasco, Totora, Vila Vila y el norte del departamento de Potosí. La federación campesina departamental de Cochabamba, se reconstituirá con los representantes de ambas zonas. El dirigente máximo de la federación será, alternativamente, por periodos iguales y sucesivos, uno de los máximos dirigentes de esas zonas. Para el primer periodo, se lo ratificó a Sinforoso Rivas.

-Es ese el arreglo que nos ha propuesto el gobierno. Como era de esperar, Rivas no sólo que lo conocía antes que yo, sino que ya lo había aceptado; yo, no pude ni estaba en condiciones de aparecer intransigente y menos me atreví a plantear plazos de espera para dar a conocer mi decisión, previa consulta con los dirigentes de mi zona; entonces, también yo di mi aceptación inmediata. Compañeros, creo sinceramente que este arreglo responde de momento y llena nuestras expectativas. No es algo definitivo, porque como saben ustedes, nada es definitivo en la obra humana y menos en la actividad política.

-Veremos, cuáles y cuántos de los dirigentes que estamos en pugna, ganaremos la confianza de los compañeros de base. Los resultados que alcancemos en la lucha, serán la directa consecuencia de nuestra actividad, el acierto de nuestras decisiones y la utilidad de las obras que realicemos a favor de las masas campesinas; en suma, de la capacidad, el sacrificio, la paciencia, la honradez y el templo que demostremos, inspiremos e inyectemos a nuestros dirigidos.

-El gobierno nombrará un coordinador de asuntos campesinos; coordinador, actuando con independencia y por encima de los dirigentes de los sectores o zonas, tratará de conciliar sus diferencias. Ese coordinador, contribuirá al buen funcionamiento de las organizaciones sindicales campesinas.

-Este arreglo transaccional es siempre mejor a nuestro marginamiento total de la dirección del movimiento sindical y político campesino del que somos parte desde hace muchos años, incluso antes de la fundación del MNR y la marcha de la revolución nacional.

-Compañeros, someto este informe a la consideración serena y ecuánime de todos y cada uno de ustedes. Espero que expongan en esta misma ocasión sus observaciones con la mayor libertad.

Nadie osó decir una palabra. Cuando el silencia se hizo incómodo, levantaron todos la mano, en señal de aprobación. Hubo algunos aplausos y también expresiones de lamentación respecto de la desconfianza del gobierno en los dirigentes de Ucureña y parcialidad manifiesta a favor de Sinforoso Rivas.

Librodot

AGAPITO VALLEJOS

Agapito Vallejos, procedía de una familia de campesinos "piqueros de Santa Lucía, que eran también chicheros y pequeños artesanos. Muy joven entonces, había entrado en contacto con políticos del gobierno recién instalado en el poder que a tiempo de respaldarlo en sus ambiciones personales querían controlar con Agapito Vallejos como instrumento, la dirección de los sindicatos campesinos del valle alto de Cochabamba que entonces estaban organizándose aceleradamente. Su labor inicial, no fue difícil; la gente pobre que poblaba ese valle buscaba también, como Vallejos, la oportunidad que le ofreciera mejorar de situación, le concedió de buena gana, su tiempo y trabajo. De su parte, el aspirante a líder, valiéndose de las vinculaciones políticas indicadas de sus amigos del gobierno, tomó contacto con el hombre recientemente seleccionado por el partido de gobierno para dirigir al

Librodot

campesinado de Cochabamba, Sinforoso Rivas, del cuál se constituyó de inmediato en su representante personal, como de la corriente política sindical que los apoyaba.

Vallejos, para la ejecución de su proyectos políticos, comenzó por apoderarse de la casa de hacienda abandonada de Cinda Ferrufino, en las proximidades de la diminuta plaza de Santa Lucía, instalando en ella su cuartel sindical. Organizó luego una guardia armada, utilizando los fusiles que pudo conseguir del gobierno y los que adquirió de otros medios. Su paso siguiente, consistió en incorporar con celebridad a sus cuadro el mayor número posible de indios sindicalizados. Objetivo que materializó en no más de dos meses. El nuevo líder, estaba asombrado de su propio éxito, que de verdad resultaba extraordinario, si se toma en cuenta que no le costó casi nada, tanto en dinero como trabajo. Vallejos, sabía que su jefe Rivas debía ganar para el sector político de gobierno que lo auspiciaba el control del poder campesino, marginando al dirigente rival, José Rojas Guevara, que era la cabeza de la corriente contraria, tildada de izquierda, tratando de frenarla y aniquilarla en el menor tiempo posible.

Los sindicatos campesinos del valle, se organizaron en no más de tres meses. A partir del 12 de abril de 1952, las haciendas y fincas, se transformaron en los asientos de los sindicatos, mientras los hacendados expulsados de sus propiedades se asilaron en sus casas de las capitales de provincia o viajaron a la ciudad, dejando para la defensa de sus intereses del campo a sus administradores o testaferros especiales que vigilaran desde los pueblos a los campesinos de la hacienda, las nuevas autoridades y los dirigentes sindicales de los cuarteles de milicias, también recién instaladas, transmitiendo a los patrones ausentes las informaciones que pasaban luego a los partidos políticos de la oposición. De ese modo, los desplazados del campo, recibían de los pueblos provinciales, informaciones conque resultaban estar más al día que los mismos campesinos y el gobierno sobre lo que pasaba en el campo. Era pues un hecho que los pueblos, estaban peligrosamente cerca de los asientos de los sindicatos campesinos y del poder indio, que nacía.

Los campesinos desconfiaban con toda razón de los vecinos de esos pueblos que por raza, complementación de actividades o afinidad de intereses o porque había vínculos visibles e invisibles en los medios de vida de los provincianos con las fortunas de los hacendados, eran partidarios decididos de la oposición feudal-rosquera. Los indios, llenos de susceptibilidad sobre las intenciones y los propósitos de esas poblaciones, suponían que estaban armándose contra ellos con los dineros y el apoyo de los ex-propietarios y sus partidos políticos. En ese entendido, aprobaron secretamente que los sindicatos campesinos tenían que actuar con urgencia en la toma real y efectiva de los pueblos para requisarlas de las armas que tuvieran. Vallejos se adelantó. Entró en Cliza, sin resistencia ni oposición de nadie. Hizo la confiscación de armas y de toda clase de objetos metálicos que hallaron en las casas particulares allanadas. No hubo víctimas, porque no hubo resistencia. La toma, terminó en pocas horas. De ese modo, el pueblo de Cliza fue la primera plaza conquistada por Vallejos y el botín inicial de su carrera.

Librodot

Con el éxito sorprendente de Cliza, Vallejos estimó que estaba en condiciones de proseguir en el día su gira victoriosa, atacando de inmediato al pueblo de Tarata, que sólo estaba a trece kilómetros de su cuartel. Con esa intención, trasladó sus milicias en camiones y entró al pueblo al mediodía del día inmediato al de la toma de Cliza, disparando sus armas de fuego como cohetillos en víspera de fiesta, tratando sólo de amedrentar a la población; objeto que no consiguió debido a que los vecinos del pueblo, informados suficientemente de las circunstancias de la toma de Cliza, del allanamiento de las casas particulares y el robo descarado de los bienes de valor y dinero, esperaron prevenidos el momento de la visita de los indios, dispuestos a todo, pero con el alma turbada. La acción armada de los conquistadores, originó, al margen de las previsiones del líder, la reacción abrupta del pueblo que se lanzó a una resistencia tenaz en sus casas, con las armas que pudieron hallar o improvisar. Los campesinos que seguían a Vallejos se sorprendieron también de la pujanza de esa resistencia no esperada que en Cliza no hubo ni de lejos, despertando la furia incontenible y ciega del líder que en esas circunstancias resolvió la toma del pueblo por asalto y al son graneado de las balas de fusiles y algunas metrallas. Los defensores del pueblo, fueron aplastados en poco tiempo por la avalancha de los atacantes que además de su número, portaban mejor armamento. Hubo varios muertos y heridos; entre los primeros, cayó un ex-cadete del colegio militar recién clausurado. La población se sometió de mala gana a la violencia de los conquistadores que se entregaron al asalto y pillaje, obligando a los propietarios la apertura de las puertas de sus casas, con el pretexto de confiscar armas...que no habían. Pasado el luctuoso trance, en cuanto salieron de la población, los vencedores, los vecinos, temiendo el retorno y la repetición de la toma, decidieron dejar el pueblo en el acto y por siempre, trasladándose a la ciudad en cuanto medio de transporte hallaron. Vallejos, alcanzado su objetivo campesino-militar, se retiró a su cuartel de Santa Lucía, desde los extramuros de Tarata, en horas de la tarde y el anochecer.

Ese mismo día y el siguiente, la proeza consumada por Vallejos y sus pobladas, en dos pueblos capitales de provincia, levantó en la ciudad, torrentes de protesta, tanto de los sectores de la oposición política como de los mismos militantes del partido de gobierno. La prensa y otros medios de comunicación, expresaron reclamaciones airadas sobre los incalificables abusos perpetrados por las hordas de Vallejos en dos pueblos indefensos y sobre sus pacíficos vecinos que no eran precisamente los temidos y odiados señores feudales. Los sindicatos de Ucureña, que tenían motivos particulares para expresar su repudio de los métodos arbitrarios de Vallejos, se pronunciaron a favor del sindicalismo campesino responsable que ellos practicaban.

La opinión pública, no hizo diferencias entre la forma en que actuaban los dirigentes de Ucureña con la que practicaban Sinforoso Rivas y Vallejos, tanto más cuando que las tomas de Aiquile, Mizque, Vila Vila y otros pueblos por los campesinos de Ucureña, siguieron de cerca los pasos atrabiliarios practicados en Cliza y Tarata, aunque no fueron tan comentados ni publicitados como en el caso de los lamentables sucesos de Tarata. Para las víctimas, todos ellos eran delincuentes

Librodot

y asesinos, depredadores y destructores que merecían por igual, repudio de la sociedad, por cuanto las víctimas de esos hechos no fueron los propietarios de haciendas o sus representantes, sino humildes vecinos de los pueblos provinciales, pequeños propietarios de negocios, profesionales, curas, estudiantes, empleados, comerciantes y otros servidores de la comunidad, totalmente extraños a la lucha de los patrones y hacendados con los campesinos y sus sindicatos.

La aventura de Agapito Vallejos, terminó con una tregua momentánea del movimiento sindical campesino del valle y el apresamiento de ese dirigente con cargos derivados de los sucesos de Cliza y Tarata. Sin embargo, no hubo acción judicial o administrativa. Sus protectores, habilidosamente, hicieron pasar el tiempo como la actualidad del asunto, trasladándolo al fracasado líder, bajo el peso de sus errores y exageraciones ingenuas, como subprefecto de San Pedro de Buena Vista, en el norte del departamento de Potosí. Así terminó, la primera incursión descabellada de Sinforoso Rivas en el valle alto de Cochabamba. El quiste oficialista, se eliminó allí por sí mismo, por su innegable naturaleza morbosa.

JUSTICIA CAMPESINA

El campesino aprehendido en Santa Lucía, fue entregado a la guardia del cuartel por los cuatro milicianos armados que lo capturaron. Dos días después, pasó a disposición del despacho del comandante que con ese motivo, señalo día y hora para la actuación de su juzgamiento.

Instalada la audiencia, el comandante ordenó al preso: -Expón tus generales -antes que el preso sumamente aturdido se diera cuenta cabal de lo que le pasaba y atinara a abrir la boca, los ojos resentidos del comandante que conocía plenamente la causa de la demanda y sus pruebas, relampagueando de ira fulminaban con desdén al indio que no atrevía a levantar la cara hasta la persona que de arriba lo abrumaba con el peso inmensurable de su autoridad. El jefe de guardia que estaba sentado a lado del comandante, ante el silencio de todos, se dirigió al indio preso, con voz reposada: -Te ha ordenado el comandante que digas tu nombre, tu apellido y todo lo demás. El indio, totalmente inseguro, obedeció: -Me llamo Celestino Callao, casado, sin hijos, labrador y vecino de Santa Lucía, al otro lado del río de Cliza. Se calló luego en actitud de temor e incertidumbre. Se preguntaba en su mente atribulada sobre lo que podía ser esa extraña autoridad campesina y sobre lo que podía significar para su integridad personal. ¡Era tan nueva y tan sin precedentes en todo lo que él conocía en achaque de autoridades. Se sentía desamparado y confuso ante esa cosa extraña llamada cuartel de milicias campesinas.

Librodot

De súbito volvió la voz del comandante que le interrogó de nuevo, pero esta vez con sarcasmo: -¿Cómo dijiste? He debido oírte mal. ¡Labrador! ¿Dijiste que eres labrador? ¡Mira, qué labrador! Yo, nunca jamás, he de creer que tú seas labrador -repitió una y otra vez, acentuando cada sílaba, cada palabra de sus frases hirientes. Después, superando aparentemente su tono de incredulidad y sonrisa fingida, se estrelló contra el preso: -Lo que tú eres es un ladrón; y un ladrón de gente pobre, de tus hermanos. Eso es lo que tú eres. ¿Sabes tú, que estás aquí a denuncia sentada por los habitantes de tu propio rancho? Dicen ellos que tú te lo vendiste los cupos de azúcar y tocuyo que las autoridades de la revolución te entregaron para que los repartas en venta a tus hermanos de Santa Lucía y Surimarancho. Eso, para mí, es un doble robo, porque con ese delito afectas los derechos de gente pobre como somos todos los campesinos. Que yo sepa, esa villanía no cometería ningún labrador; esto es, digo yo, un verdadero labrador, porque un labrador sabe lo que es ser pobre y cuánto sudor, dolor y sacrificio cuesta disponer de una camisa nueva de tocuyo o disfrutar de una taza de sultana caliente con azúcar. Para ti, carajo, no hay, ni habrá, perdón y menos aceptaremos una justificación que te libre del castigo que mereces... Sin embargo, la autoridad campesina usando de su generosidad, te dará una oportunidad para que confesando tu delito, te arrepientas de haberlo cometido y restituyas lo robado. Tienes algo que alegar en tu defensa?

El comandante sudaba copiosamente a consecuencia de sus enérgicos ademanes y porque estaba realmente irritado por el impacto del hecho que en su fuero interno consideraba indigno de un campesino y sobre todo de un revolucionario.

-Compañero comandante -dijo con suavidad el preso, aunque al finalizar sus palabras, lo hizo con energía -la denuncia es falsa. Hace una semana, con la venia de los dirigentes y de las autoridades de Santa Lucía y Surimarancho así como el conocimiento de todos los vecinos de esos ranchos, recogí el primer cupo de sesenta sacos de azúcar y cuarenta piezas de tocuyo blanco que lo repartí de inmediato entre mis compañeros, conformándome a las instrucciones de las autoridades locales y de nuestros dirigentes. En todo caso, debo aclarar que en esa ocasión no todos los vecinos disponían de dinero suficiente para comprar sus cuotas de azúcar y tocuyo. Por ese motivo, quedó en mi poder un saldo bastante grande que fue también vendido al precio inicial en cuotas adicionales fijadas por los mismos compañeros campesinos de la región para cada vecino que tuviera dinero. Pongo por testigos sobre lo que tengo dicho, a los compañeros que hicieron esas compras de las cuotas iniciales y las del excedente; tengo también aquí una relación detallada de esas ventas con los nombres y apellidos de los compradores y los comprobantes debidamente firmados o la impresión digital de los compañeros y compañeras que tomaron parte en esa operación. Al expresar lo último, el preso trató de entregar al comandante un cuadernillo de pocas hojas muy ajado.

-¡Ajá! ¿Conque quieres también engañarme a mí? ¡Carajo! Todo lo que acabas de decir es falso, -repuso el comandante, perdiendo visiblemente la paciencia con la que poco antes oía al preso. Ahora se sentía más indignado, suponiendo con más indicios de acierto que el indio, además de tratar

Librodot

de justificarse con habilidad en su delito, quería engañarlo con razones que no eran tales para él y con pruebas que no probaban nada. Callao, bajo la cabeza, aparentemente sin inmutarse mucho con las expresiones agraviantes del comandante.

-Bien -prosiguió éste -además de ladrón eres mentiroso. En vez de tratar de justificarte inútilmente en tu robo, deberías evitar también de complicar más tu situación, cometiendo nuevos delitos. Sobre todo, tienes que aprender a respetar a la autoridad campesina que de ninguna manera debe ser engañada por delincuentes como tú. Después de la perpetración de un delito de robo totalmente comprobado por esta comandancia, haces mal en querer engañarme con palabritas o con papelitos que ante la denuncia clara y concreta de los afectados con tu delito, nada dicen ni nada valen. Un hombre debe ser hombre. Si hiciste una cosa buena o mala, santa o diabólica, honrada o delictiva, derecha o torcida, tienes el deber de responder como hombre a sus consecuencias y no tirar la piedra y esconder luego cínicamente la mano culpable. Eso es de cobardes. De ningún modo es de hombres cabales y menos de revolucionarios. ¿Por ventura, eres tú revolucionario? -preguntó y sin esperar respuesta del preso el comandante prosiguió: -¡No! ¡Naturalmente que no! Tu conducta de cerdo, imitador de las vivezas de tus modelos "mistis", es más que suficiente para demostrar hasta la evidencia que no eres revolucionario. Luego, sin más trámites, dirigiéndose a los campesinos de la guardia, ordenó: -Llévenselo y háganle cantar a éste del modo que se merece.

El preso fue de nuevo conducido por los guardias a un local vecino a la comandancia. No era espacioso y estaba completamente vacío y oscuro. De la puerta, sólo se veía la soldadura de piedra del piso y extendida sobre ella de muralla a muralla, una capa gruesa de cuescos enteros y partidos de durazno. Antes que el preso ingresara en él, se le ordenó quitarse la ropa y las abarcas; después, bajo la mirada vigilante de la guardia que se instaló en medio de la habitación, recibió las siguientes instrucciones: -Darás vueltas por el borde de las murallas, sobre los cuescos, en trayecto sin fin, primero, a pié, luego de rodillas y finalmente, de cuatro pies, bajo pena de recibir un culatazo de fusil por cada detención y la disminución de la velocidad regulada para la marcha, sin la orden previa de esta guardia. El jefe de guardia, le previno finalmente -esto tiene que terminar o con tu confesión o la muerte. El suplicio no duró mucho. Callao, espantado más que de los procedimientos refinados del cuartel de milicias campesinas, de la rudeza implacable del trato de la gente de ese servicio, confesó la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, como dicen muy ufanos los criollos en sus tribunales, aunque a nadie le conste cuánto de lo que dicen corresponde a la verdad, sobre todo si se trata de sus litigios con los indios.

Celestino Callao, declaró ante el comandante que con el corregidor Simeón Vallejos de Santa Lucía constituyeron una sociedad dolosa para apoderarse de una parte del cupo que no llegara a venderse por cualquier motivo para negociarlo secretamente en el mercado negro que se estableció precisamente en esos días, aprovechando de la escasez en el mercado de los artículos que le entregó el gobierno, como del incremento constante y diario de los precios. El negocio fracasó lamentablemente

Librodot

a consecuencia de la integridad y la energía del comandante, el miedo que en general infundía el cuartel de milicias campesinas y el poder indio creciente que tomó con total seriedad su papel de agente principal de la revolución en el campo y los pueblos rurales.

Callaó fue conminado a restituir en el día el fruto de su rapiña y se lo destituyó de su cargo de repartir los cupos de alimentos y otros artículos que el gobierno decidió entregar de forma directa al pueblo y fue expulsado definitivamente del sindicato campesino de su rancho. Amenazado seriamente en su integridad física y su vida, optó por abandonar el campo, refugiándose en uno de los barrios periféricos de la ciudad que entonces comenzaban a instalarse con los que huían de los pueblos provinciales ante el empuje o la amenaza de las masas campesinas que a su vez avanzaban de sus ranchos y aldeas, sin abandonar el agro, en un proceso inicial de urbanización campesina como de mejora real de sus condiciones de vida en alimentación, uso de servicios públicos, educación y recreo.-

Librodot

EL ABOGADO DE LOS CAMPESINOS

Hermógenes Rojas, mediante nota, me dijo que la central campesina de Arani, convocó a los dirigentes de los sindicatos campesinos de la provincia para una reunión que debía efectuarse el lunes siguiente, a las diez de la mañana, en el salón de actos de la alcaldía, bajo la presidencia de Salvador Vásquez, interventor de la subcentral campesina de Ucureña en Arani. La nota terminaba invitándome asistir a ese acto, con puntualidad y sin excusas, ya que la ocasión era propicia y única para conocer personalmente a cientos de dirigentes campesinos que estarían presentes en el pueblo con ese motivo.

Como estaba previsto, la asamblea congregó una nutrida asistencia de dirigentes campesinos, que so ocuparon toda la mañana y parte de la tarde de ese día, en el estudio muy simplificado y didáctico de la ley de reforma agraria; incluso, trataron de elaborar un calendario muy optimista, fijando fechas para recabar del gobierno la entrega de los títulos ejecutoriales de sus parcelas.

De su parte, los dirigentes provinciales, expresaron en la vía informativa que era sin duda la hora de constituir a los ex-colonos en propietarios definitivos de sus parcelas diminutas llamadas pegujales o sayañas, aunque de momento el título de propiedad era todavía un sueño, pero un sueño que acicateaba poderosamente la voluntad campesina para conseguirlo, cuanto antes. La sayaña que no obstante su pequeñez, le servía al indio de solar para su vivienda, de fuente productora de sus medios de subsistencia y los de su familia y de pesebre para sus animales; pero, esa sayaña, era ya entonces un imposible para que el indio pudiera mejorar sus condiciones de vida. Sin embargo, el derecho propietario de su pegujal, seguía constituyendo la máxima aspiración del indio.

Cuando se disolvió la reunión, después de las tres de la tarde, cada dirigente se iba convencido de haber contribuido a la formación de una sola voluntad proyectada a la ejecución inmediata y

Librodot

planificada de la ley de reforma agraria. Era todavía entonces los tiempos de optimismo sin límites en que el indio vivía convencido de que el mundo cambió a su favor, para su felicidad.

Vásquez, que estuvo recibiendo partes verbales de sus emisarios, que entraban y salían continuamente de la sala, durante el tiempo en que se desarrolló la reunión, no parecía satisfecho de los resultados de la reunión o la forma en que se trabajó en ella. Era visible que algo, además de lo que pasaba en la sala municipal, le preocupaba. Ese motivo secreto de la inquietud de Salvador Vásquez, se concreto poco después.

Cuando dejamos el salón municipal. Vásquez me rogó que lo acompañara, pero sin especificarme a dónde quería ir conmigo y para qué. Tanto él como yo y los dirigentes que iban con nosotros, nos dirigimos a la esquina de la calle por donde los vehículos salen al camino a Punata y la ciudad. Nos detuvimos en ese lugar, aunque nadie sabía para qué. Yo, traté de no precipitarme en hacer indagaciones, esperando que fuese Vásquez o los otros dirigentes o las circunstancias, los que se encarguen de hacerme conocer el motivo de la invitación.

De pronto, apareció una vieja furgoneta azul que sin ingresar a la plaza, trató de pasar velozmente por la esquina en que estábamos de pié tantas personas. Vásquez y los otros dirigentes, se desplazaron con celeridad al centro de la calle, haciendo señas y visajes, exigiendo al conductor que parara el vehículo. Cuando lo hizo por la inercia a unos metros de distancia del lugar en que estábamos, nos dirigíamos a la furgoneta y la ventanilla de la portezuela por la que emergía un rostro cobrizo coronado de canas cerdosas cortadas al estilo militar. La frente estrecha y el semblante, denotaban mucho temor. Cuando llegamos a su altura, Vásquez lo saludó con comedimiento y maliciosa humildad.

-Buenas tardes, doctorcito, ¿ya se retira a la ciudad? -el aludido, asomando la cabeza fuera de la ventanilla, respondió: -Así es Salvador. Debo llegar a la ciudad en las dos próximas horas y no lo voy a poder hacer, si es que no me doy prisa. Debo ganar tiempo.

-Seguramente, doctorcito -repuso Vásquez y prosiguió: -Sí, doctorcito. Usted, siempre gana; gana dinero; gana en especie muchas cosas o gana, tiempo. Antes de que se vaya, le ruego abrir la portezuela trasera de su furgoneta. Tengo especial interés en ver las "cositas" ganadas que se está llevando a la ciudad, como una más de sus muchas ganancias de este día.

-¡No es nada, Salvador! ¡No es nada! -respondió el conductor con voz trémula y visible temor...y hasta espantado.

-¡Cómo que no es nada!, doctor -replicó Vásquez, poniendo de manifiesto su mal humor ante la falsedad del interpelado, en tono nada cordial, entre gestos nerviosos de su rostro y movimientos descontrolados de sus brazos y sus manos, prosiguió: -Quiero saber cuántos corderos recibió usted del propietario cuya identidad conocemos usted y yo. Yo no me opongo a que le den a usted las expresiones de estimación y cariño que le tienen nuestros enemigos; los enemigos de los indios. Eso es negocio de usted. A mi modo de ver, usted es libre de ofrecer incluso sus servicios profesionales o

Librodot

personales al que le venga en gana. No seré yo quién le dé normas y le exija sujetarse a ellas en su conducta y sus actividades, sobre todo cuando se trata de la selección de sus amistades y de sus clientes. Pero (y esto quiero que entienda de una vez por todas), no permitiré que trafique con los intereses de mis compañeros campesinos y menos que nos vendan por "regalitos" insulsos que lamentablemente sólo expresan en su monto, el precio ínfimo de su valor profesional y de hombre. Sin dar lugar a que le refutara el abogado, prosiguió: -Doctor, ahora que está comprobado que se está llevando usted, cuatro corderos, le ruego que se dé prisa en irse, pero antes sepa y queda prevenido que con eso ha terminado definitivamente con nosotros. No se atreva a volver aquí con ningún motivo. La próxima vez, si es que hubiera lugar a una próxima vez, recibirá usted de nosotros, obsequios que no podrá llevarse como lo está haciendo ahora o se irá, pero donde no le servirán de nada.

Como era de prever, la furgoneta arrancó al poniente por la calle de salida de Arani y se perdió entre el polvo del camino que el vehículo levantaba al rodar. Pronto se disipó el malhumor de Vásquez. Ahora, reía del susto, del inmenso susto, que le dio al abogado. Luego, estudiándome con sus ojos negros de ratón, me dijo: -Me podría decir, ¿por qué los blancos no pueden tener una actitud decente y honrada con nosotros los indios? A los indios, esos señores, sólo nos miran como a las víctimas seguras de sus engaños, aprovechándose de nuestra ingenuidad, nuestra ignorancia y sobre todo, nuestra buena fe y simplicidad. Les come el deseo incontenible de sacar de nosotros alguna ventaja, por pequeña que sea, pero al fin y cabo, ventaja. Y todo eso, sin que les importe un ardite que con sus malas artes nos ocasionen perjuicios en que podríamos perder nuestras vidas o nuestros bienes. Parece que el Banco llevará dentro de sí un instinto de maldad congénita contra el indio. Me podría, responder?

¡No! Salvador -repuse; luego, reafirmé: -No puedo darte una razón que absuelva tus dudas sobre la conducta de los que tú llamas blancos que pueden ser mestizos, negros o indios ilustrados de las ciudades en contra de los igualmente blancos, mestizos, negros o indios del campo. Sin embargo, creo que ha habido y hay entre nosotros, un estado de susceptibilidad mutua permanente como expresión del sistema colonial en que hemos vivido y en el cuál, domina una minoría más que blanca de raza con poder económico de los pueblos mayoritarios de indios quechuas, aimaras, guaraníes e incluso a indios blancos y mestizos que viven fuera de las ciudades. No te olvides que los españoles, frente al campo donde siempre han vivido los indios, fundaron las ciudades, sus ciudades, para controlar desde ellas la actividad de sus siervos indios en el laboreo de sus minas o el cultivo de sus tierras. Sus hijos, no españoles, no hicieron otra cosa que seguir aplicando los métodos inventados por sus padres, creando en vez del colonialismo de los extranjeros, el colonialismo interno de los criollos y mestizos. En esa situación, cualquier vecino de la ciudad, por miserable e insignificante que fuese, hasta un pobre empleadillo, se cree con derecho para ejercer su supuesta superioridad y actuar del

Librodot

modo más irresponsable y abusivo con los intereses de los pueblos dominados. Es así como hace las cosas el todopoderoso colonizador, cuando se trata del colono, víctima permanente de sus ventajas.

El dirigente me escuchaba con preocupación creciente. Cuando dejé de hacer mis explicaciones, me preguntó: -Y usted doctor, hará lo mismo que ese abogado que se ha ido, con nosotros?

Se supone que yo no estaba en condiciones de absolver esa duda, tan cargada de intenciones; sin embargo, hubiera sido un error y hasta una imbecilidad de mi parte, protestar lealtad y honradez a toda prueba y proclamar que sería yo la excepción todavía no descubierta hasta entonces de los indios con los no indios, cuando Vásquez, sabía más que yo, por una serie de experiencias acumuladas en su vida de colono y de siervo, lo que valían las protestas y las proclamas de los habitantes de las ciudades cuando se trataba de las cosas de los indios.

-Dije: -Es posible, Salvador. ¿Por qué no? No olvides que en los hechos hay una guerra no declarada permanente entre nosotros, y no sólo desde la revolución de abril. Esa guerra es una guerra sorda, callada, que dura ya más de cuatrocientos años. Esa guerra ha tenido batallas campales y sangrientas y treguas largas y dolorosas, en las que se impusieron siempre los intereses de los blancos. En esa guerra, algunos de los que no somos indios, hemos luchado, luchamos y queremos seguir luchando a lado de ustedes; pero, así como me pides, nadie puede decir honradamente y de una vez por todas que su conducta ha de ser igual por siempre. Los hechos, sólo los hechos, nos dirán de lo que somos capaces cada uno de nosotros en esa guerra que tiene visos cada vez más inhumanos y sangrientos.

-Estoy seguro, Salvador -expresé para terminar -que tendremos como ahora muchas otras ocasiones para volver a reunirnos y formular preguntas y respuestas sobre nuestras posiciones personales en ese lugar social que se llama revolución en general y liberación del indio, en particular.

¡La duda! Quedó la duda en los espíritus de todos. No había necesidad de seguir manoseando otras razones y explicaciones que en vez de aclarar las cosas, las enturbiaban más. Con una sonrisa, le ofrecí a Vásquez mi mano en señal de despedida, reiterándole que esperaba que en otra ocasión disipáramos mejor los claroscuros de nuestras dudas. -Debo volver a Punata -dije -Por el momento, hasta otro día.

También sonriendo, me respondió: -No es mucho lo que he comprendido de todo lo que ha dicho. Nosotros los indios no tenemos mucha retentiva para las exposiciones y discursos con muchas palabras. Sin embargo, creo que por instinto más que por los principios como suelen decir ustedes, puedo confiar en ti; y espero que los hechos a que te has referido tantas veces, me demuestren que no me he equivocado de nuevo. Felizmente, dentro de cada persona y sobre todo en el indio, hay un sexto sentido que nos guía con acierto en la valoración y elección de las personas en las cuáles de algún modo tenemos que confiar. Si lo han hecho ya contigo mis compañeros de Vacas, creo yo que puedo

Librodot

también confiar en ti, sin correr el peligro de equivocarme más que ellos. Hasta la vista, doctor. El camión de la alcaldía te dejará en Punata.

AGITACION POLITICA

I

El arreglo del gobierno con los líderes de Ucureña, dio lugar a un nuevo conflicto en el movimiento sindical campesino del valle alto: El errado reconocimiento que hizo el gobierno de dos centrales campesinas organizadas en la jurisdicción de la misma provincia. Los dirigentes campesinos de Cliza, dijeron que era ilógica la presencia de dos centrales campesinas, separada una de otra por dos kilómetros de distancia, disputándose la misma clientela; pero, sobre todo las sacaba de quicio que se humillara de ese modo al pueblo de Cliza, sometiéndolo al dominio y conducción de los dirigentes de una hacienda o finca, como era "La Loma" y un nombre que no era siquiera el del lugar o la zona, que se llamaba "La Loma", sino sólo del núcleo indigenal de educación que fue identificado con ese nombre de "Ucureña" por los maestros de escuela que lo fundaron, porque "Ucureña" como pueblo, rancho o aldea, nunca hubo en ninguna parte. Las razones de la oposición cliceña a que se admita la existencia de dos centrales campesinas en su provincia, en las condiciones observadas, eran sin duda atendibles y correctas.

La Loma, ahora Ucureña, era entonces una suma informe de casuchas de barro y adobe, diseminada en medio de terrenos de cultivo. Un rancherio pobre. Su población, numerosa, vivía en la hacienda en la mayor ignorancia y miseria, ya que sólo algunos campesinos conocían los rudimentos elementales de la escuela básica, en tanto que la mayoría era analfabeta total. Es cierto que desde los primeros años de la década del cuarenta, hubo en La Loma el núcleo indigenal escolar Ucureña, pero, los resultados de su labor, todavía en ciernes, estaba en los comienzos y con sólo los cursos iniciales de la escuela elemental o básica actual.

Los ucureños aducían que tenían una larga trayectoria y experiencia sindical de la que carecían lamentablemente los cliceños; pero que, para resolver el problema planteado precisamente por esos dirigentes con motivo de la existencia simultánea de dos centrales campesinas en la provincia Jordán, se debía tomar como argumento básico que los cliceños no eran propiamente indios, labradores de la tierra o representantes del pueblo quechua sometido y explotado, sino mestizos, cholos y hasta los hijos de latifundistas que se ocupaban, en esos mismos días de la revolución, de fabricar chicha, traficar con cereales, tubérculos y animales, explotando a los indios y hasta engañándolos igual que los anteriores patrones. El conflicto, no se resolvió, habiendo quedado todo como estaba al principio, con una central campesina en Cliza y una subcentral campesina en Ucureña. A la larga, la lucha de la central con la subcentral, fue el huevo de serpiente que produjo la guerra campesina.

Librodot

El desplazamiento del dirigente ucureño, José Rojas Guevara, de Cliza a Punata, fue en gran medida consecuencia del conflicto que no tuvo en su momento la solución adecuada. Los arreglos "sin ganadores ni perdedores" sin falacias en que nadie cree y menos los campesinos desconfiados por naturaleza que sabían por su larga experiencia que todo conflicto debe terminar siempre con ganadores y perdedores, sabían también que lo demás eran puros consuelos o engaños palabreros conque se dejaba las cosas como estaban con la esperanza de que el tiempo les diera la solución definitiva eludida antes. Rojas por su parte, tenía la seguridad de que la central campesina de Cliza, partidaria del dirigente campesino aventurero Sinforoso Rivas, enemigo de Ucureña y sus dirigentes, era el "observatorio" desde donde el gobierno se informaba de las actividades de los ucureños, controlándolos al mismo tiempo.

II

A mediados de junio de 1952, la organización de sindicatos campesinos, como actividad, adquirió un ritmo febril en todo el valle. Se aclararon suficientemente los objetivos del movimiento y el motivo por el cual se debía crear y sostener un ambiente de agitación social permanente, para que el pueblo y también el enemigo llegue al convencimiento de que los derechos del indio sobre la tierra, terminarían por imponerse a pesar de las oposiciones. El gobierno, fundándose en esa realidad, sólo procedía a la legalización de los hechos consumados.

Por eso, la campaña de agitación permanente era absolutamente necesaria e imprescindible, tanto más si se considera que los ex-propietarios, mejor orientados y disponiendo de medios y recursos superiores en calidad y cuantía a los del indio, estaban igualmente abocados y en campaña, detrás de fines diametralmente contrarios y entre ellos, la imposición de la permanencia de sus derechos propietarios agrarios, por ser la base de toda sociedad organizada y civilizada, la propiedad privada.

La sociedad rural, que antes era sólo conocida por algunos de sus socios, se transformó de pronto en el portavoz más activo de las campañas publicitarias de prensa, radio, chismes, murmuraciones y mentiras de los ex-latifundistas, en su afán de preservar la intocabilidad de los intereses agrarios de sus socios. De forma paralela, se desencadeno un sañudo anticomunismo, calificando a la reforma agraria anunciada como una solución político- agraria típicamente comunista, volchevique y atea. El gobierno, impresionado por el volumen de esa campaña y la propaganda dual y maliciosa de los latifundista, actuaba con los dirigentes campesinos que expresaban su pensamiento con libertad y autenticidad, como lo hacían en gran manera los ucureños, con desconcertante desconfianza, tratando de mostrar al mismo tiempo su adhesión a los principios cristianos y occidentales como su voluntad de sostener y proseguir con la revolución iniciada el 9 de abril de 1952.

El clero comenzó a moverse en el campo político. De la noche a la mañana, se transformo la iglesia en la caldera del diablo. Las parroquias, los conventos y los monasterios, asumieron actitud

Librodot

militante y contra-revolucionaria, defendiendo de frente, de palabra y de obra la integridad de los intereses económicos de la "gente decente".

A poco de triunfar la revolución de abril, llegaron al país curas jesuitas españoles encabezados por Rafael Arcuza para agitar desde los púlpitos de los templos y los medios de comunicación radial de la iglesia, a las poblaciones urbanas, pero no se atrevieron jamás a salir a los pueblos y el campo.

La agitación india, debía contrarrestar la campaña y agitación reaccionaria de las ciudades, a toda hora del día y de la noche, con motivo o sin él. De otra parte, se consolido de hecho la posesión de los campesinos sobre la tierra, incluyendo las mejoras, bienes mubles, equipos, maquinaria y hatos de animales sin exclusión de nada; virtualmente, esos bienes pasaron a ser propiedad de los campesinos y de sus sindicatos, en tanto que se prepararon y se realizaron miles de concentraciones campesinas de las cuales deben guardarse todavía memoria en el país. No hubo ciudad, capital de provincia o pueblo que no haya visto entrar a sus plazas y sus calles, columnas interminables de indios, algunas de ellas pintorescas o miserables, pero combativas. Gentes casi acabadas corporalmente por el hambre y la pobreza pero llenas de espíritu y de esperanza en la revolución, el país y el futuro. Indios neófitos, cubiertos de costras de tierra, barro y mugre, ignorantes y salvajes, pero dispuestos a la lucha que los redima de su postración humana y social y los eleve a la altura, o más, de aquellas que los humillaron y los aplastaron hasta los límites conmovedores que exhibían. Esas columnas de indios feos, sucios, esmirriados, tan destruidos físicamente, no demostraban rencor ni espíritu de venganza. ¡No! En ellos estaba solo presente el deseo de ser hombres y no bestias , como lo fueron hasta entonces. Las concentraciones campesinas, se convirtieron en espectáculo político de todos los días. Desde el amanecer, grupos de indios se desplazaban desafiantes, todos los días, semanas y meses y ocupaban plazas, estadios, avenidas, mercados, zonas populares y barrios exclusivos. Los mestizos ocurrentes, en cuanto los veían llegar en columnas disparando provocativamente sus fusiles y metrallas, en medio de sones primitivos de zampoñas y bombos, salían a las calles gritando ¡ Hay vienen los mexicanos ! Y eran sin duda como los indios mexicanos revolucionarios de 1910, debajo de sus sombreros aludos y viejos, casi sin forma, sin color y sus vestimentas ajadas y arrugadas, con abarcas de suela cruda o de llanta picada de vehículos, cargados de sus fusiles, sus macanas y el cocaví terciado en la espalda, gritando ante el cielo y sus enemigos: ¡Abajo rosca puta! ¡Abajo el gamonalismo! ¡Viva los derechos del indio! ¡Viva la reforma agraria!.

La agitación era permanente y debía ser así por imperativo de los hechos, hasta que el gobierno se decida por la reforma agraria y la feudalidad, admita ¡Quiera o no! que haya justicia para el indio. La agitación sindical trataba también de estimular a los indios para que, dejando sus lares con mayor frecuencia, se desplazaran a otras zonas, pueblos y ciudades del país, su país, a fin de que sus hermanos de raza y de condición, los conocieran y se estableciera entre ellos lazos de solidaridad y unidad que se precisaba en el movimiento para la lucha social que debía llegar a su climax con la legalización de la reforma agraria.

Librodot

Era increíble para la época en que vivíamos, pero cierto, que los campesinos del valle alto ignoraran la existencia de sus semejantes en los otros departamentos y provincias, debido a que, desde que nacían hasta que morían, vegetaban acorralados en la aldea o rancho, asistiendo cuando más a las ferias del pueblo en las que se vendían los productos de la hacienda o compraba las pocas cosas que necesitaba en la simplicidad de su vida y la exigüidad de sus recursos, o cuando debía prestar sus servicios de pongo. Pocos sabían lo que es un estadio o un cine. ningún servicio público estaba a su alcance y uso, sea por la miseria. sea por la ignorancia, el idioma, la-poquedad o la timidez o prohibición expresa de la autoridad y de sus patrones. Geográficamente, el mundo del indio se reducía a unos pocos kilómetros, los que rodeaban a la hacienda, algunas propiedades vecinas, algún pueblo provincial o su pueblo y una o dos casas de hacienda en el pueblo y la ciudad. Eso en una época en que el hombre, a nivel mundial, había logrado salir de los límites del planeta tierra con el primer satélite artificial y cuando el mundo se achicaba por la multiplicación de los medios de transporte y de comunicación. Esa era la medida de la mezquindad de los que enclaustraron al indio en la ignorancia del mundo y el desconocimiento de sus semejantes, ¿por qué? ¡por estupidez y avaricia! Sin embargo, esa gente se quejaba que el país no avanzaba, ocupando puestos vergonzantes a la cola de los pueblos atrasados y menesterosos del orbe, tomando lugar en alguna esquina de la tierra, con un cuenco en la mano, implorando una limosna del mundo para sobrevivir. Nada de eso era totalmente extraño para nadie, sin embargo, había gente que pretendía sostener por todos los medios ese estado de cosas, indefinidamente.

III

La iglesia católica, al año de la revolución, celebró la semana santa de 1953, desplegando una actividad política clerical inusitada, transformando los festejos de la pascua en acto de desafio directo al gobierno, acusándolo maliciosamente de comunista. Las parroquias, a escala nacional, se armaron de recursos litúrgicos beligerantes, dándole a la fiesta un cariz de acontecimiento político-religioso, mostrando de esa manera al pueblo, una expresión del espíritu militante de la iglesia. La verdad es que en esa ocasión, la iglesia echó al olvido el sentido religioso de la semana santa, posponiendo la pasión, muerte y resurrección de Jesús, a la pasión, muerte y resurrección de la propiedad agraria feudal, tan cara a los intereses particulares de los curas y de algunas instituciones religiosas propietarias de fincas. Los templos, llamaron a rebato a sus feligreses, pidiéndoles tomar su puesto de lucha, apartándose de las situaciones cómodas, tibias y frías conque que se dejó hasta entonces al campo a los comunistas. Ese viernes santo, la procesión sacó a las calles cientos de curas, monagillos, caballeros del santo sepulcro de uniforme morado, encapuchados y de todas las órdenes religiosas, como en los mejores tiempos de la edad media, entonando lúgubres salmodias y oraciones murmuradas que se expandían

Librodot

por el cielo, en medio de la noche, con la luz mortecina y el parpadeo triste y amarillo de las velas y el crujir picado de las matracas.

¡Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores...!. El murmullo de las oraciones se repetía y prolongaba a media voz por las columnas de cientos de metros de feligreses totalmente enlutados que avanzaban con lentitud, repitiendo sus oraciones con recogimiento, oraciones y oraciones al infinito, en tanto que las filas de frailes y monjas que escoltaban a las imágenes de los santos que llevaban en sus hombros los caballeros encapuchados, decían sus letanías. La procesión, fue de horas y horas. La gente, apenas se movía. Era el ejército clerical en guerra declarada contra la revolución maliciosamente tildada de comunista, exponiendo ante sus enemigos, su extraordinaria capacidad de movilización; ahora y en el momento que fuera necesario. No llevaban más armas que sus vestimentas negras, las velas encendidas que llenaban de puntitos amarillos el trayecto de la procesión y ese murmullo a sotovoce de las oraciones. Ese ejército causaba más temor que una columna de soldados armados de fusiles y metrallas. Nunca las ciudades del país había visto antes un despliegue de fanatismo de esa envergadura. Naturalmente, no fue suficiente para que los campesinos se arredraran y abandonaran la lucha y menos el movimiento de agitación que habían emprendido con el fin de llegar a la reforma agraria, a cualquier costo.

La movilización campesina debía alcanzar a todas las zonas, pueblos y aldeas del país, Con es fin, se destacaron activistas sindicales y políticos desde los centros mineros, las centrales de milicias campesinas y el partido. La verdad es que, con sorpresa, se percataron entonces del vigor político y sindical del indio, sintiéndose apabullados por su impacto.

IV

Entre el 9 y el 12 de abril de 1952, no obstante la desorientación del campesinado, era notorio que se desinflaba el poder de los propietarios. Algunos se fueron en esos días, del campo a la ciudad. Sabíamos los indios que estalló un golpe de estado en las ciudades de La Paz y Oruro, ¡uno más de los cientos que llegaban a nuestros oídos!; no le dimos importancia, por lo manida en la historia del país, Supusimos que ese acontecimiento sólo tenía valor e importancia para los blancos. El día en que llegó la noticia del triunfo de la revolución se disiparon nuestras dudas. Tomamos en la noche de ese día, las haciendas, desalojándolas por la fuerza de sus habitantes. La toma de las propiedades, fue anterior a la organización de los sindicatos. Es cierto que recibimos la visita de políticos que llegaban hasta nosotros disfrazados de campesinos. Nos previnieron que la revolución recién comenzaba y que no era como las anteriores sólo para bajar y encumbrar presidentes. Fueron ellos los que se desguiñataron explicándonos que la rosca de los latifundistas y sus sirvientes, sería expulsada de las fincas de propiedad privada y de los cargos públicos del servicio del estado y que para eso debíamos organizarnos en sindicatos como lo hicieron en su tiempo los compañeros mineros. Las tierras son de

Librodot

ustedes, repetían, agregando que debíamos recuperarlas de sus detentadores ocasionales. La revolución tiene como objetivo para los indios, esa restitución de las tierras a sus legítimos dueños y propietarios y será con el respaldo de los mineros y los trabajadores de las ciudades, nos decían obsesivamente. ¿No eran dislates? ¿no eran sueños?; que la tierra es de los indios y que la revolución se la hizo para recuperarla y entregárnosla como un presente ó regalo. ¡Eso no tenía sentido! Las revoluciones las hicieron siempre los blancos, los mestizos y los cholos, contra otros blancos, mestizos y cholos, con el fin de que aquellos que no tenían todavía haciendas, las tuvieran, usurpando o robando a los indios. ¿Hubo alguna vez en el país, una revolución encabezada por indios para que ellos recuperen las tierras que les robaron? ¡Nunca! Los no indios se turnaron, unos después de otros, con revoluciones o sin ellas, en el gobierno del país con el solo propósito de acrecentar y mejorar sus bienes personales, pero jamás para que los indios dejaran de ser pobres y miserables, recuperando el dominio y el uso de sus tierras. Había que entender así las cosas y no llenarse la cabeza y el corazón de ilusiones. Sin embargo, en la revolución de abril, había algunas cosas extrañas que parecían respaldar las palabras de nuestros mentores políticos,

De la noche a la mañana, nos transformamos de indios en campesinos. La consigna que se propaló el 12 de abril, decía: "Ocupación inmediata de las tierras por los "campesinos". fue la primera expresión en que se uso la palabra "campesino" en lugar de indio. Era sin duda un tratamiento nuevo conque se pretendía superar los contenidos peyorativos y ofensivos que hasta entonces conllevaba la palabra indio, siendo al mismo tiempo la palabra campesino más universal que el anterior o indio. De ese modo, la expresión indio, que se usaba en el país para identificar a los de raza quechua y aimara, se trocó en campesino, en tanto que los aborígenes de las selvas del norte, el este y parte del sur del país que hasta entonces eran "salvajes", pasaron a ser los indios del presente. En suma, campesino era simplemente aquella persona que vive en el campo y que se dedica al cultivo de la tierra, en tanto que el indio actual (salvaje anterior) es el habitante de la selva que vive de la caza y la pesca, haciendo poca agricultura. Aparentemente, hubo el ascenso de un grado en la clasificación de las capas sociales de abajo y que, como era de suponer, no servía para dar solución a ningún problema, cambiando solo y un poco, la fachada.

V

Desalojado el campo de los propietarios, se despejo el escenario de la actividad sindical campesina. La cosecha agrícola de 1952, que quedó pendiente de recojo por la revolución. se levantó bajo la vigilancia de los dirigentes sindicales para beneficio total y exclusivo del campesino. En los hechos no ocurrió tal cosa. Muchos campesinos, temerosos y desconfiados de la consolidación de las conquistas de la revolución como de la voluntad de los hombres del gobierno, que eran blancos y mestizos en su mayoría, entregaron de frente y secretamente a los propietarios parte de la cosecha de

Librodot

ese año, llevándoles los productos en las noches a las casas de hacienda de la ciudad. Por otra parte, no se aclaró de momento lo que iba a ocurrir con las tierras llamadas de hacienda. En algunos casos, incursionaron los colonos en esas tierras ampliando la superficie de sus sayañas. En otros, el sindicato procedió al cultivo colectivo con los colonos de la propiedad. Todos los campesinos, se afiliaron al MNR.

Antes del 9 de abril de 1952, las autoridades de las provincias, se nombraban por el poder central a sugerencia de los hacendados. El subprefecto, alcalde, jefe de policía y los subalternos, incluso el párroco, eran los mismos propietarios o sus partidarios, dependientes o subalternos. En los cantones, ranchos y aldeas, sucedía lo mismo, los alcaldes de campo y los corregidores, estaban en las manos de los administradores y empleados de los hacendados. Toda esa gama de autoridades y empleados, actuaban obligadamente a favor de los intereses de los señores feudales.

Después del 9 de abril, apareció una nueva fuente de poder que nombraba a las autoridades de las provincias. La central sindical campesina de la provincia, en estrecha relación con el cuartel de milicias campesinas, el poder central representado por las autoridades del departamento y el partido de gobierno, sugerían de consuno nombres para autoridades y empleados de la administración provincial, a las autoridades nacionales y departamentales.

De ese modo, asumieron cargos y empleos indios verdaderos, o las personas que sin ser indios, expresaron su voluntad de representarlos para defender los intereses del indio.

Se atribuyó además la central campesina la facultad de conocer y decidir no solo en los conflictos sindicales y de trabajo agrario, sino también en los procesos pre-judiciales tramitados en la vía conciliatoria de la justicia ordinaria, siempre que afectaran a la vida, seguridad, propiedad y bienestar del campesino, evitando la multiplicación de litigios judiciales entre campesinos o defendiendo a los campesinos de las asechanzas y los desafíos de sus ex-patrones y sus sirvientes de los pueblos y la ciudad. Inicialmente, ese poder asumió ilimitadamente la totalidad de las jurisdicciones y competencias, bajo la consigna de que el indio tenía que dejar de litigar y pelear con sus propios compañeros por cosas chicas, para dedicarse válidamente al conocimiento de las nuevas realidades que le darían de inmediato los hitos de su nueva vida. Junto a las autoridades sindicales campesinas, se constituyeron los comandos provinciales y cantonales del partido de gobierno con la obligación de ayudar a los organismos campesinos en sus actividades administrativas.

Como autoridad, los subprefectos, alcaldes-municipales, alcaldes de campo y corregidores, se desprendían de las centrales campesinas. Desapareció la policía de las provincias. Ninguna autoridad, funcionario o empleado, por alta o baja que fuera su jerarquía, se designaba a espaldas del poder indio.

Los matones de los latifundistas, sus corregidores depredadores, ladrones y abusivos y los agentes y comisarios venales, desaparecieron. En cambio, las autoridades nombradas al influjo del poder campesino, se dedicaban a la defensa de los derechos del indio, con verdadero celo. Por primera vez, no solo se tomó en cuenta la opinión y las sugerencias del indio, sino que se exigió proporcionar

Librodot

sus iniciativas como autoridad o empleado, con ánimo real de usarlas en la solución de los problemas generales. De ese modo, el indio, por fin, estaba adquiriendo condición humana, peso social, valor político, en suma capacidad de ciudadano real.

VIAJE A UCUREÑA

I

En la madrugada de ese dos de agosto de mil novecientos cincuenta y tres, partimos de la ciudad en dos camiones de la universidad más de un centenar de estudiantes hacia el sur, a Ucureña, donde el presidente de la república y sus ministros debían firmar el decreto-ley de reforma agraria.

¡Era inevitable!, en la posta universitaria solo había esperando un posible viajero. Acurrucado sobre sí mismo en el borde del pretil de la acera como un perro con frío, era ¡cuando no! el maestro, agitador político y militante del partido comunista, AJP. Extrañado de la presencia inesperada de esa persona, lo miré sorprendido. Advertido de mi actitud, de inmediato se puso de pié, en tanto me decía con el aire de suficiencia que le era habitual: --¡Hola! Cómo estás. Espero que no haya inconveniente en que viaje con ustedes a Ucureña. --Desde luego, inconveniente no hay; le respondí manteniendo todavía mi actitud de sorpresa. Añadí luego, esperando que comprendiera que seguridad sobre su viaje con nosotros, no había. -- Siempre que sea posible disponer de una plaza desocupada y no reclame

Librodot

nadie por incluir a última hora en la comitiva una persona extraña, puedes ir con nosotros. Para tomar parte en este viaje --añadí-- los universitarios de las diferentes facultades y escuelas, se inscribieron en una lista con una semana de anticipación. Sin dar importancia a mi advertencia, me agradeció por pura fórmula con un mohín de cabeza de aparente cordialidad, no sé si la información o la situación incierta de su viaje; pero, sin más trámite, se dirigió más que rápido delante de mí a uno de los camiones que esperaban debidamente preparados la salida, aunque todavía estaban vacíos. AJP se instaló muy ufano en una plaza de adelante de uno de los camiones, casi sobre la cabina de la carrocería y se sumió de nuevo, acurrucado como en la calle, en actitud de profunda concentración mental, repasando está vez el texto de los panfletos que llevaba apretados en grueso rollo debajo de uno de sus sobacos, junto a una chompa vieja sin color y una visera sucia y gastada. Poco después, colmados los vehículos de bulliciosos estudiantes, partimos de la posta.

A esa hora de la mañana, en la ciudad que despertaba, solo se percibía el zumbido forzado de los motores de nuestros camiones y el ruido peligroso de la madera en trance de quebrarse de las carrocerías que se cimbraban en cada vuelta de esquina con la presión del peso y la velocidad. Sonaba también a menudo, el timbre penetrante y cantarino de las bocinas de los camiones al conjuro del entusiasmo de nuestros chóferes que trataban de llamar sobre nosotros la atención semi-dormida y semidespierta de los pocos transeúntes que circulaban por las calles de nuestra ruta. Los gritos estentóreos y descompaginados que lanzábamos a favor de la reforma agraria y la revolución, se perdían sin eco en el seno de la urbe que no terminaba de despertar, totalmente extraña al acontecimiento singular de ese día que para nosotros era el más grande de la historia política del país.

Fuera ya de la ciudad, a la altura de las pequeñas colinas que bordean por el oriente el camino, alguien ¿dije alguien? Era AJP que entonó el estribillo de una canción revolucionaria antifascista española muy conocida:

¡Ay Carmela! ¡Ay Carmela...

.....

Lo repitió muchas veces, a todo pulmón, solicitó luego con sus manos y sus gestos, la respuesta musical de sus oyentes que por lo demás ya festejaban con fruición la ocurrencia, sobre todo las expresiones groseras, los insultos e improperios dirigidos a Franco en la canción. A poco, lo entonaban y lo coreaban el estribillo en los dos camiones, tapando por entero el bufido de los motores y el ruido que producía el desplazamiento veloz de las ruedas de los vehículos sobre el camino. Entonces, AJP, entusiasmado, con su primer éxito, distribuyó sus libelos entre los jóvenes y comenzó a entonar con fervor las primeras notas de la "La - Internacional".

II

Librodot

Avanzábamos a velocidad regular sobre la cinta negra del pavimento, en medio de campos resecos y donde solo se veían manchas diminutas de tierras labradas entre las combas peladas y pedregosas de los cerros rojos, negros y grises que emergían de la tierra como gibas de gigantescas serpientes dormidas al fondo, el horizonte y el contorno de nuestro trayecto. Vegetación, solo se veía en algunos cuadros pequeños de alfalfares y los sotos de arbustos esmirriados y ralos que salían de las hondonadas hacia el cielo y alguna que otra propiedad agrícola asentada en las laderas protegidas de las angosturas.

III

Despertaban perezosamente los ranchos campesinos venciendo la modorra y el sopor helado de la noche, entre los bufidos de hambre de los bueyes y las vacas, el balar lastimero de los becerros enjaquimados y los corderos, el cacareo rencoroso de los gallos y las gallinas que bajaban con pasos ceremoniosos de los dormideros y se espulgaban unas a otras con sus picos de oro de la madrugada. No se veía gente. Solo cuando dejamos atrás al pasar el lugar llamado La Angostura, entrando ya al valle alto por su extremo noroccidental, vimos moverse grupos de hombres y mujeres ataviadas de fiesta, bailando al son de bombos y zampoñas que de lejos llenaban el ámbito con sus sones opacos y densos de cuero flojo, contrastando con la melodía punzante de las quenas y los pinquillos. Otros vehículos iban y venían por el camino, algunos como nosotros, se dirigían a Ucureña, otros a otros pueblos y lugares de ese mismo valle o fuera de sus confines. Cuando sobrevenía el encuentro o nos cruzaban otros vehículos, largábamos provocativos y desafiantes alaridos vivando a la reforma agraria, los derechos del indio y la revolución. En tanto, AJP, agitador incansable, seguro de sus recursos, proseguía su labor proselitista independiente propalando sus consignas revolucionarias antifascistas.

A la altura del Kilómetro cuarenta y cinco del camino asfaltado, salimos de él para desplazarnos sobre el lomo duro y pedregoso de un camino vecinal de siete kilómetros que nos llevó al pueblo de Cliza; de ese pueblo, proseguimos al este en medio de inmensas nubes de tierra que salían densas de las ruedas de nuestros camiones. En esta parte del trayecto era visiblemente mayor la afluencia de la gente que se dirigía a Ucureña. Lo hacían en grupos que avanzaban por el camino, sendas o a campo traviesa, ataviados de fiesta, sobre todo las mujeres, con trajes de fuego que reverberaban en el crudo sol de la mañana, destacándose los colores enteros y calientes de los tejidos rojos, verdes, anaranjados o amarillos, sobre la ocre consistencia de la tierra opaca de tiempo seco, aunque no muy lejos ya del color verde limón y sedante de las chacras de maíz y papa que nacían en columnas como rayas pintadas sobre la cara de las parcelas de tierra semi-húmeda.

Ucureña era entonces un rancho miserable de indios siervos de la gleba. Casuchas de adobe, cañahueca y barro, diseminadas sin concierto ni orden en medio de los terrenos de labranza. En ese horizonte de tierras secas en que se elevaban eucaliptos y molles desperdigados, se destacaba el

Librodot

edificio (igualmente de barro y de una sola planta) del núcleo indigenal escolar de Ucureña y bastante lejos de la escuela la casa de hacienda del propietario de esos terrenos.

IV

Al este del pasaje de ingreso a la escuela, se había aparejado un terreno cuadrangular (que ahora lleva el nombre de "plaza de la reforma agraria" y hasta luce un monumento de bronce alusivo al acontecimiento del 2 de agosto de 1953), acondicionado ex-profeso para el acto que debía celebrarse ese día. La plataforma de madera y alfombras erigida en medio de ese terreno estaba lista para el acto, aunque todavía vacía en ese momento. En el borde oriental del escenario, sobre el espacio más extenso de la plaza vacía, brillaban sobre pedestales altos, numerosos micrófonos cromados conectados a una sarta de alambres que terminaban en amplificadores grandes, medianos y pequeños colgados en las copas de los árboles vecinos. Todo, en medio de numerosas banderas nacionales. La gente que se concentró en Ucureña desde varios días antes, la noche del primero de agosto y esa mañana,, estaba ahora aglomerada alrededor de la plataforma, lejos de los camiones y los buses en que vino y de los campos vecinos en que dejaron sus rastros trescientos mil visitantes de todos los rincones del país agrario. La comitiva oficial, arribó antes del mediodía.

En tanto la comisión de recepción se movilizaba con ese motivo, cundió en la multitud que esperaba la noticia y la expectativa, obligándola a movilizarse y tratar de ocupar cada cual los sitios más ventajosos que les pusieran a la vista directa de los personajes del acontecimiento. Conocer al principal autor de la reforma agraria, así como a los colaboradores más importantes de sus propósitos renovadores, era el objetivo de la masa de gente que se movía en el lugar con vaivén de gelatina. Poco después, se colmó el escenario con los personajes en tanto que. en medio de la multitud, se desplazaba con lentitud sobre los hombros de indios robustos, el presidente de la república, jefe del partido de gobierno y personaje central del acontecimiento del día. El acto comenzó con el himno nacional que la concurrencia entonó con unción. A continuación estallaron los estampidos bulliciosos de las camaretas caseras, tiros de fusil, ráfagas continuas de metralla y los vivas estentóreos a la reforma agraria, el partido de gobierno, la revolución y la liberación del indio; mueras a la rosca, el feudalismo, los gamonales y los terratenientes. El discurso del presidente de la república, después de la firma del decreto-ley, nadie lo oyó. Lo mismo sucedió con el del ministro de asuntos campesinos y de los otros oradores y hasta con la lectura y la traducción del decreto-ley de reforma agraria a dos lenguas nativas.

Lo demás fue desorden y festejo libre. Música de bombos y zampoñas en tonos diversos. Bandas de metales. Baile, comida y bebida, sin orden ni concierto. La comitiva oficial se retiró después de la cuatro de la tarde. En Ucureña, quedaron los indios a festejar el suceso como cualquier fiesta religiosa o cívica, acaso sin darse cuenta cabal de la trascendencia real y verdadera de los hechos de ese día.

Librodot

V

Entre el 9 de abril de 1952, día de la revolución nacional, y el 2 de agosto de 1953, día en que se firmo el decreto-ley de reforma agraria, transcurrió un año, siete meses y veintitrés días. En ese tiempo y para el mundo rural, el indio hizo lo que sigue:-

1.- Impuso de hecho su liberación del servaje de la gleba, con la supresión total y definitiva de los servicios personales gratuítos. Paralelamente el gobierno declaró vigentes los decretos supremos de 15 mayo de 1945 del gobierno de Gualberto Villarroel, suprimiendo esos mismos servicios, siete años antes.

2.- Expulsó de las fincas, incruentamente, a los propietarios de las haciendas agrarias y también de los pueblos provinciales. Esto

último, porque desde esos pueblos se dirigía la explotación del trabajo del indio.

3.- Ocupo de hecho los terrenos de las haciendas grandes, medianas y pequeñas con todos sus enseres, equipos, animales y lo que hubiera en ellas.

4.- Se apoderó de los cargos públicos de la administración de las provincias, haciendo designar por el estado para esos cargos a hombres de su confianza.

5.- Expulsó de las provincias a los miembros uniformados del ejército y de la policía, clausurando sus cuarteles. A partir del 9 de abril de 1952, desaparecieron de las provincias los miembros uniformados de las instituciones nombradas.

6.- Comenzó en esa época la compra de solares y casas por los indios en los pueblos provinciales, iniciándose de esa manera el proceso de urbanización de las masas rurales campesinas que prosigue hasta ahora con intensidad creciente.

7.- Conquistó el voto universal, para hombres y mujeres de 21 años. fue respaldada posteriormente por un decreto especial y estaba implícito en la supresión del servaje, la liberación del indio y la restitución de sus derechos humanos y de ciudadano.

La ley de reforma agraria, estudiada y preparada por una comisión especial creada el 20 de enero de 1953 y firmada el 2 de agosto de 1953 en Ucureña, legalizó las conquistas indias anteriores a la vigencia de la indicada ley de reforma agraria, con algunas modificaciones. En cambio, con el decreto-ley de reforma agraria, se organizó un servicio nacional de reforma agraria para administrar una judicatura agraria que estudie, prepare y conceda títulos legales de propiedad de las tierras-que dote-o-cónsolide, reconstruyendo el sistema de propiedad en el agro nacional. Ese proceso dura ya cuarenta años y no hay indicios de que acabe pronto. De las obras de la revolución nacional del 9 de abril de 1952, solo quedan relativamente incólumes las conquistas que hizo el indio. Lo demás ha sido abandonado (reforma educativa e industrialización), derogado o deformado (nacionalización de las minas), incluso por la mano de los mismos revolucionarios.

Librodot

EL PRIMER JUEZ AGRARIO DE LA PROVINCIA ARANI

I

Con solemnidad simulada que lucía bien en su rostro moreno, elevando la voz, me dijo:--Aunque no me creas, asumí hoy la respetable dignidad de primer juez agrario de la provincia Arani; luego, reponiéndose del desconcierto conque inició su papel de actor en agraz, lanzó una nerviosa carcajada, festejando el inesperado acontecimiento que lo hizo magistrado, sorprendiendo incluso al mismo agraciado.

¡Era cierto! Hermógenes Rojas Zurita, alumno de la facultad de derecho de la universidad de San Simón, a principios del mes de septiembre de 1954, fue nombrado juez agrario de la provincia Arani por el consejo nacional de reforma agraria: entonces, la judicatura agraria iniciaba sus primeras actividades para ejecutar la ley de reforma agraria dictada pocos meses antes, en el intento más serio de transformar la parte más atrasada de la población del país: Las mayorías indias agrarias.

Repuse condescendiente: --Hermano querido, recibe mis sinceros parabienes por el nombramiento que además de honrarte por merecimientos que no tengo el privilegio de conocer, te beneficiará con ingresos monetarios suculentos en el momento en que tú tenías necesidad impostergable de ellos. Respetado señor magistrado, más allá de las mezquindades que suele inspirar el ascenso ajeno a la fortuna, el éxito o la gloria, quiero que me digas de qué manera o por qué medios, divinos o humanos, morales o inmorales, confesables o inconfesables, llegaste a conseguir el nombramiento que desde el instante de haberlo conocido, me tiene asombrado. Debes saber--proseguí--que estoy plenamente seguro de haber leído con el debido cuidado el decreto-ley que dio vida a la judicatura agraria, declarando que el juez agrario tiene la misma categoría del juez de partido de la justicia ordinaria y que para poder desempeñarlo se precisa de título profesional de abogado y una experiencia de diez años con estudio de abogado libre o igual número de años de ejercicio de la magistratura en juzgados de menor jerarquía...-después de una pausa, proseguí:--Tú, desde luego, que yo sepa no tienes el diploma académico de abogado que expide la universidad; tampoco, el certificado de aprobación del examen de la corte del distrito judicial y menos, el título de abogado en provisión nacional...

--¡Lo sé! ¡Lo sé bien!, lo que acabas de decir es totalmente cierto--me replicó con tono de zumba, o sea, el mismo que yo usé para referirme a su nombramiento. --¡Vaya, hombre!, si no seré yo

Librodot

quien sabe mejor que nadie, que no dispongo de esos "papelitos"--repuso con vehemencia, atropellándome en la palabra--Todo eso que acabas de decir y sobre todo las buenas o malas intenciones de tus graciosas interrogaciones--prosiguió--están definitivamente absueltas por la fuerza y los alcances de una sola palabra. Esa palabra es REVOLUCION. La revolución es la que en el instante preciso en que se consuma, margina primero, después, aniquila, todas las formalidades que en tiempos de paz, como basura, se acumulan. Esas formalidades consagradas una a una y día a día en normas o cortapisas de toda índole y naturaleza. Jurídicas, morales, científicas, técnicas, sociales y otras que con el tiempo se convierten en escollos que no tienen más fin que frenar la transformación progresiva de la acción humana, y en lo social, atajarnos por todos los medios a los que venimos de abajo en un proceso de superación individual. pero que, tratándose de los de arriba, con inconmensurable injusticia, se hacen dúctiles y maleables para toda clase de arribismos. Pos eso, para bien de la humanidad, cada cierto tiempo, sobrevienen indefectiblemente las revoluciones que barren esos obstáculos acumulados, haciendo expedito el camino para los que como yo, hijos humildes de una sociedad torcida, precisamos. La sociedad senil se complace en erigir frenos, mediante leyes y reglamentos o urdiendo día y noche, cadenas de obstáculos, posibles e imposibles, que detengan y diluyan el cambio social. La revolución, ¡por fortuna! derriba y limpia de un solo manotazo esos deshechos, dando curso libre a la renovación y el imperio de la verdadera justicia.

--Te entiendo a maravilla--respondí--pues, lo que acabas de decir no es sino una parte conocida y repetida de la mecánica social que en la universidad hemos leído hasta la saciedad en libros, folletos y revistas. En realidad, nada nuevo aportan tus palabras. Además, no es eso lo que yo quiero saber de ti, sobre el motivo inicial de nuestra conversación. Rojitas (lo llamábamos así en el curso) seamos objetivos. Quiero saber, como te las arreglaste para que el consejo nacional de reforma agraria te conceda el nombramiento de juez agrario de la provincia Arani, olvidando exigirte tan oportunamente la exhibición de los títulos y los otros documentos que la ley indica que se debe poseer para ejercer la judicatoria agraria, dije sin guardar miramientos de ninguna clase, hasta con brutalidad que la amistad, solo lo amistad, permite y perdona.

Rojitas, sintió el tope agudo e hiriente del aguijón de mi desconsiderada pregunta, sin embargo, su reacción no tuvo la carga de violencia que yo esperaba. Quedó por un instante sin palabra. Cuando se repuso, me dijo:--La verdad es que a la convocatoria pública lanzada por el consejo en todos los diarios del país, solicitando abogados que tuvieran interés en incorporarse a la judicatoria agraria,, no respondió ni se presentó, nadie. No lo hicieron los abogados profesionales de renombre conque el estado seguramente deseaba contar. Cosa para mí totalmente previsible y sobre todo totalmente consecuente con la realidad humana de nuestro medio. Los buenos abogados del país, como no podía ser de otra manera, estaban al otro lado de la barricada, siendo ellos mismos en muchos casos los terratenientes feudales y patrones de decenas o centenas de siervos; o abogados particulares que prestaban sus servicios a los clanes poderosos de los propietarios agrarios, desde antes, desde siempre.

Librodot

¿Cómo esperar entonces que cambiando de la noche a la mañana de posición, ofrecieran ahora al estado sus servicios e indirectamente a los indios revoltosos que eran hasta ayer sus siervos o los siervos de sus mejores clientes o de sus amigos?. Pretender con ingenuidad que esos siervos se conviertan en los nuevos propietarios de las haciendas expropiadas a sus legítimos dueños, según ellos, y que tal cosa ocurra con los servicios y la ayuda de los abogados de los ex-patrones, era un absurdo. Esa es, en definitiva, la verdadera causa y la razón por las que soy juez agrario de la provincia de Arani; y no hay más --terminó Rojitas sus palabras.

--Amigo, entendí perfectamente. eso es lo que yo quería que me dijeras en palabras crudas y sinceras. Lo has hecho bien--afirmé satisfecho y agregué:--Imagínate, hermano querido, el país tiene hace mucho tiempo, siete universidades y una facultad de derecho en cada una de ellas. De esas facultades, salen decenas de nuevos abogados y eso, desde antes de la creación de la República en la ciudad de Sucre y poco menos de un siglo en las demás. Sin embargo, ahora que el país precisa con urgencia impostergable de los servicios de esos profesionales para la ejecución de un cambio capital en su estructura agraria, se niegan ellos a hacerlo, sin aducir siquiera justificativos que trasmuten en algo razonable su soberbia y disimulen el cinismo conque sobreponen sus intereses personales, de casta o clase sobre los de la colectividad, del país, repudiando implícitamente, con rencor y suficiencia, el hecho para ellos irreverente de desconocer sus derechos y privilegios hasta ahora, es cierto, intocables. De acá adelante, esos señores de barriga prominente, lentes doctorales, maneras refinadas y muy bien alimentados, mirarán desde arriba, desde este mismo instante,, con complacencia, al fracaso irremisible de la reforma agraria, criticando, criticando siempre, su deficiente planificación, su pésima aplicación y sus resultados nulos, porque en esta tierra, solo ellos, los sabios, los grandes, los insustituibles, los únicos, saben hacer las cosas bien o como debe ser...

--Así es, compañero (el tratamiento de compañero comenzaba a usarse) me respondió Rojitas. Luego, prosiguió:--Yo, la verdad, no aspiraba a tanto. Solicité muy humildemente la secretaria de alguno de los juzgados agrarios de una de las provincias más próximas a la ciudad o la presidencia de una junta rural. Eso es lo que expuse con precisión y exactitud en mi carta. A poco, con sorpresa, supe que me habían dado el juzgado del cual, tal como te he informado, me posesioné hoy por la mañana.

--Amigo, no puede haber ya ninguna duda--le respondí asumiendo el aire de vidente--estamos en el punto inicial de conocernos de una vez por todas los unos con los otros, Quienes somos y cual es nuestra posición en la lucha inhumana de intereses de clase e individuales. Los días que vendrán serán otros a aquellos del pasado inmediato, en que nosotros, pichones de abogado, aprendices de brujo y hasta supuestos revolucionarios, acabaremos tomando parte directa en una lucha de lobos de apetito insaciable. Terminaba así el primer capítulo de lo que sería a continuación para nosotros, la aventura de la reforma agraria en el campo, las provincias, a lado del indio quechua en rebelión.

II

En esos días, la universidad en la que trabajaba, fue intervenida por el gobierno de la revolución nacional y cancelada aparentemente la autonomía económica, académica y administrativa de que gozaba hacía veinticinco años. El agravio inferido a las universidades por el gobierno recién instaurado, según nosotros, resultaba gratuito, considerando que aquel no contaba con el número suficiente de profesionales preparados específicamente para la enseñanza superior o la investigación científica y una remoción sería de los catedráticos y profesores que hasta ese momento desenvolvían su labor en las aulas, por una parte y por la otra, en las universidades habían pocos catedráticos y profesores militantes del partido de gobierno. Los estudiantes de ese partido, también eran minoría. Con esos antecedentes, la ocupación de hecho y violenta de las universidades por personas ajenas a las actividades de las instituciones intervenidas y por grupos de dirigentes sindicales y unos pocos profesionales y estudiantes claramente tipificados como oportunistas, enemigos todos de la actividad intelectual, nos llenó de inmensa congoja. El asalto practicado, no solo paralizó nuestras actividades, sino que nos echó de las oficinas y las aulas, a la calle; hecho que resultaba aún más duro e inconcebible si se considera que las víctimas del abuso no éramos precisamente enemigos del régimen y menos de sus reformas ya emprendidas que en gran parte coincidían con nuestros ideales políticos, mereciendo por eso nuestro apoyo entusiasta. Resultaba también incomprensible la actitud estatal que con la intervención a las universidades abría un nuevo frente de lucha en su contra, sin reparar, o reparando mal, que la reacción feudal y minera, verdadera enemiga del gobierno del MNR y la revolución nacional, buscaba afanosamente la desestabilización y destrucción del régimen, con un frente de oposición integrado por todos los que tenían agravios o cuentas pendientes con el gobierno a partir del nueve de abril. En esa situación, provocativa e irracional, resolvimos recuperar la institución que nos fue arrebatada, por cualquiera de los medios que se nos presentara. Con ese objeto, nos reuníamos a diario en plazas, calles, cafés, restaurantes y domicilios particulares. Nuestra consigna fundamental era la resistencia a todo trance a la intervención, obstaculizando la reiniciación de actividades en las oficinas administrativas y las facultades, institutos y escuelas, bajo el control y la dirección de los hombres de la intervención. No obstante del vigor de la resistencia a nivel regional y también nacional, pasaban los días, semanas y hasta meses en un tira y afloja en que las partes en conflicto se valían de toda clase de trampas y zancadillas, fuera de lo que hacían y procuraban conseguir en la ciudad de La Paz, ante las autoridades nacionales, los personeros depuestos de las siete universidades del país. Lamentablemente, por ningún lado asomaba una solución o por lo menos una esperanza cierta en ese sentido.

Librodot

III

fue en ese estado de incertidumbre que Hermógenes Rojas Zurita. me puso en contacto con los dirigentes campesinos de la hacienda municipal de Vacas. La primera reunión con esos dirigentes, se celebró en el domicilio del señor juez agrario de la provincia Arani. El objeto era intercambiar ideas en torno a la posible contratación de mis servicios profesionales para la defensa de los derechos de los campesinos de Vacas en la acción judicial agraria de afectación de la propiedad indicada que los colonos la ocupaban ya desde el día del triunfo de la revolución. La conversación con los dirigentes fue de principio a fin, muy satisfactoria. Nos entendimos perfectamente en nuestro idioma común, el quichua. Después de varias horas, llenas de informaciones y comentarios sobre el pasado de Vacas, acordamos que la acción judicial debía iniciarse a breve. Para ese objeto, me comprometí preparar un proyecto de demanda en los siguientes veinte días y para que pedí las listas completas de los campesinos ex-colonos de la hacienda, las especificaciones de las parcelas que ocupaban esos ex-colonos, el número de sus familiares e hijos y los allegados extraños que se acogían para la actividad agraria a cada originario. Dimos término a la reunión, comprometiéndonos a reunirnos de nuevo para tomar acuerdos que formalicen lo que empezamos a tratar en esta ocasión. Con ese compromiso, los dirigentes retornaron a sus remotas tierras de la finca municipal de Vacas.

Después de la conversación con los dirigentes campesinos, perdí totalmente interés en los conflictos de la universidad. En perspectiva, la cuestión universitaria resultaba de una significación muchísimo menor que los problemas vitales e inmediatos del indio, sobre todo porque estos últimos se planteaban más allá de las simples elucubraciones teórico-académicas y de las peroratas demagógicas de los políticos y los intelectuales, esto es, en el terreno real y sangrante del momento, desde el mismo día de la consumación de la conquista del Perú, quinientos años ha por los españoles que luego se trocaron en criollos y mestizos. En el momento, los actores de ese drama social, eran los mismos, aunque con denominaciones nuevas. Así, en lugar de los conquistadores y los encomenderos de la colonia, estaban los propietarios de tierras o terratenientes, sin especificaciones raciales, pero con una mira objetiva sobre la significación y extensión de sus poderes y dominios personales sobre los habitantes de sus tierras. Del otro lado, desde el nueve de abril, los indios se transformaron en campesinos, tratando de ese modo, con solo cambiar palabras, superar las significaciones peyorativas de la palabra indio, con la cual se identificó en el pasado a todos los hombres de origen americano, sin distinciones raciales o de pueblos del mismo modo que se hacia ahora con el término campesino ¿No parece un problema de filosofía escolástica?.

El término campesino se impuso sin duda sobre la palabra indio, por su novedad y su poder unificador de blancos, mestizos e indios que tienen por espacio de vida común el campo rural y por

Librodot

ocupación, la agricultura y la ganadería, marginando para siempre la palabra indio por referirse al ente servil pre-revolucionario de la colonia y la República feudal.

Mi decisión no podía ser otra; Opté por el indio ¡perdón!, por el campesino, con la consiguiente preterición de las cosas universitarias que me parecían ahora artificialmente agrandadas y potenciadas hasta niveles de problema de vida o muerte para la sociedad...sin serlo, por los interés de grupo o individuales o por conveniencias puramente personales, La universidad, hace cuarenta años, era un institución provinciana y parroquial, como eran las ciudades en que estaban establecidas, como las escuelas de primeras letras o los colegios de enseñanza media en que se repetían pasivamente o se rumiaban los contenidos de libros nada serios de ciencia, arte o filosofía de tiempos pasados o se aprendían profesiones liberales con profesionales aficionados a dictar cátedra por gusto o por ganar un punto en el curriculum de persona importante.

Rojitas, festejó el acontecimiento como solía hacerlo de siempre, con el ritmo cascabeleante y franco de sus carcajadas, acordándose de nuevo de los orgullosos abogados de la rosca feudal que lo hicieron juez agrario de Arani, por pasiva; juzgado desde el cual, decía que tomaría parte en la etapa histórica más importante de la larga y sangrienta lucha de liberación del indio (no del campesino) de que haya memoria en la historia de América.

Me repitió que mi decisión de abandonar mis expectativas en la universidad, constituía un acto de valentía personal que en todo caso, para bien o para mal, el hombre debe tomar en algún instante de su vida, sobre todo en los momentos cruciales de los cambios de la sociedad que son como las encrucijadas históricas en que el minuto de la decisión vale para el resto de la vida, como la impronta imborrable que signará la personalidad del que lo hace para el resto de su existencia.

Librodot

DON WALTER REODRIGUEZ

I

Con la ley de reforma agraria, se instalaron en todos los asientos judiciales, juntas rurales y juzgados agrarios. Las juntas, pretendían ser tribunales de conciliación, donde se esperaba que expropietarios y colonos, resolvieran sus diferencias, dando curso amigable a la nueva distribución de tierras. Sin embargo, en ningún trámite agrario, se llegó a un resultado semejante.

Las juntas recibían las denuncias de afectación formuladas directamente por ex-colonos de las haciendas o los dirigentes de los sindicatos. Conocían también de las demandas de consolidación de derechos propietarios de los agricultores, cuyas tierras por razón de extensión, calidad, riego o formas de trabajo agrario, estaban marginadas de la afectación de la reforma agraria. La primera audiencia de la junta se celebraba en la casa de hacienda o en los terrenos de ella, si no había casa de hacienda. La audiencia se instalaba con la asistencia de los miembros de la junta, los ex-colonos. los aparceros y sus familiares y un representante de central sindical como supervisor.

Los ex-propietarios o los que lo presentaban , no asistían a esa audiencia, motivo por el cual nunca se resolvió nada en ella, limitándose su labor a la acumulación de antecedentes, declaraciones de testigos e informes sobre sistemas y formas de trabajo y las relaciones de los campesinos y sus familiares con los patrones. En la audiencia, se nombraba también a topógrafos que debían medir y levantar los planos de la propiedad como informar en calidad de peritos, el número de los excolonos, familiares y dependientes, calidad y clases de terrenos de los indios, sistemas de riego y trabajo agrícola, uso o ausencia de maquinaria e inversión de capitales. La junta, con esos datos, calificaba la propiedad objeto de la denuncia, como latifundio, mediana o pequeña propiedad, propiedad mecanizada, industrial o empresa agraria, mediante resolución. Esos trámites que debían ser breves y expeditos, se convirtieron en litigios judiciales engorrosos, tanto por el número de propiedades denunciadas de afectación como por la calidad de las personas que debían tomar parte en esos litigios, los que, lamentablemente, desconocían la hermenéutica judicial de los trámites, desde presidentes de las juntas hasta secretarios y auxiliares de esos servicios y representantes de los campesinos; pero sobre todo estaba la tradición leguleyesca y pleítista que se daba en el país, por lo cual la ejecución de

Librodot

la reforma agraria, se prolongó por meses, años y decenios, Muchos de ellos, no llegaron jamás a su término. Después de treinta y ocho años, hay aún expedientes esperando llegar un día a los títulos ejecutoriales que ahora no servirían ya para nada.

II

El subprefecto de la provincia Arani, era don Wálter Rodríguez, hombre de gran estatura y anchura; media por lo bajo. un metro noventa y gozaba de una complexión robusta que le permitía sufrir sin consecuencias los embates de la sacrificada vida de campo. Además, en el caso personal de don Wálter, había que tomar en cuenta su vida llena de jaranas y borracheras. Don Wálter, a partir de las cuatro de la tarde, cotidianamente se encontraba en el rosado mundo de los alcohólicos, buscando con afán una chichería donde proseguir (nunca terminar)la farra y el palique que tenía que ser siempre con el vaso tranquilizante de chicha en la mano. La vida no era nada para don Wálter, sin el vaso reconfortante de ese líquido amarillo. La autoridad, bebía con toda clase de amigos y contertulios. Sus fiestas eran celebradas con lo más destacado del vecindario que tenía el pueblo, dirigentes sindicales, humildes campesinos labradores de las haciendas o con los modestos burócratas de las dos o tres oficinas públicas del pueblo. pero siempre con la infaltable compañía del vaso de chicha, de ese líquido maravilloso que don Wálter lo bebía con incomparable deleite.

Un día me contó que en su juventud, cuando cumplía con el servicio militar, muchos años atrás, participó del cuerpo de edecanes del presidente Salamanca; entonces, me decía, "nadie- era-como-yo; me-destacaba en el servicio del palacio presidencial por mi gallardía incomparable y mi prestancia varonil de hombre joven atractivo por mil motivos. Blanco hasta ser rosado, cabellera de pelo fino y ondulado, aunque un poco raro, ojos claros y vivos, maneras refinadas de caballero decente y luciendo uniforme militar confeccionado a mi medida..."Don Wálter hacía esas reminiscencias de su ya lejana juventud en medio de hondas y tristes añoranzas y una que otra lágrima que se limpiaba con presteza con la mano, superando a poco esos enternecimientos totalmente circunstanciales que se justificaban solo por instantes, en calidad de preámbulo del exquisito "melgarejo" que bebía de un solo trago, ahuyentando los espíritus del pasado por ese medio. Entonces, don Wálter, volvía a ser el de siempre, un hombre de carácter, hecho exprofesamente para desempeñar el papel de primera autoridad de la provincia. No militaba en ningún partido político ni hacía sectarismo de ninguna clase. Estaba él más allá de las doctrinas políticas y no entendía que la gente disputara o se dividiera luchando por supuestos ideales puramente imaginarios o por posiciones doctrinales contrapuestas que en ese medio solo eran palabras. El estaba más arriba de esos circunloquios que calificaba despectivamente como ocurrencias disparatadas. Era independiente en el significado más completo de esa y palabra y como tal, se complacía en servir a su provincia y a sus amigos, que eran todos los habitantes del pueblo, desde el cargo para el cual no había otro mejor que él en el pueblo. Además, él no hacía nada ante

Librodot

nadie ni tomaba contactos personales con los políticos para que lo hicieran subprefecto, eran los gobiernos los que recurrían a sus servicios de hombre público calificado, ofreciéndole la subprefectura de Arani. Por eso, desde ese cargo, se complacía él en servir con cariño a su pueblo, haciendo justicia inmediata en trámites verbales de única y definitiva instancia sin lugar a reclamo o queja ante ninguna autoridad provincial o departamental. Claro que cometía errores, desaciertos y abusos que los vecinos de Arani, le perdonaban, olvidando con risueña tolerancia "las metidas de pata" de su

Librodot

primera autoridad. Que don Wálter era honrado, admitían todos de inmediato por la forma de vida que llevaba. Tenía (herencia paterna) unos terrazgos en la zona fría de Vacas, de donde, con revolución o sin ella, con reforma agraria o a pesar de ella, le entregaban cada año los campesinos unos sacos de trigo, cebada en grano o patatas que don Wálter los vendía de inmediato, destinando el dinero al sustento de unos pocos meses de francachelas. En realidad, vivía de las multas diarias que recolectaba de los litigantes que caían en sus manos. No era grosero, las multas las dosificaba en su monto a la capacidad económica de sus víctimas y al costo de la chicha con que aplacaba su infinita sed de bebedor. Eso no costaba mucho.

III

Ese hombre, en su condición de autoridad política de la provincia y miembro de la junta rural de Arani, salía con nosotros a las haciendas en trámite de afectación agraria. Unas veces, cuando ellas no estaban lejos del pueblo, lo hacíamos a pié. En otras, valiéndonos de camiones, recorríamos decenas o más de un centenar de kilómetros para llegar a la propiedad e instalar la audiencia inicial del trámite. En esas actuaciones, los campesinos, solícitos, nos redeaban con cariño y curiosidad. Don Wálter, más que los otros miembros de la junta, repartía abrazos y apretones enérgicos de mano e infaliblemente, antes de que se instalara la audiencia, tomaba la palabra, sin solicitarla a nadie, para dirigirse a los compañeros campesinos: -Queridos compañeritos, como primera autoridad política de nuestra provincia, estoy aquí para hacer un acto de justicia que los padres de ustedes vanamente esperaron más de cuatrocientos años pero que ahora estamos en condiciones de hacerlo sin que nadie se oponga y con la venia de las autoridades: la devolución de las tierras a ustedes que con la mayor injusticia les arrebataron los terratenientes. Por eso, yo, les concedo ahora mismo la posesión definitiva y real de estas tierras y les pido que de hoy en adelante las defiendan, incluso al precio de sus vidas para que nunca más se repita la suerte calamitosa de los campesinos de las generaciones pasadas, que por ese motivo vivieron como animales, trabajando y produciendo para regalo de sus explotadores, en la mayor miseria. Ahora, por decisión soberana del pueblo revolucionario, se acabó para siempre esa situación oprobiosa". - En esos actos, don Wálter, se destacaba en medio de los campesinos chaparros, por su enorme estatura, su sombrero blanco de jipijapa, sus ojos claros inyectados en sangre y su rostro encendido al más intenso rosado, bajo la acción de la cólera y el alcohol que engurgitó antes de salir del pueblo. Al cabo de sus palabras, lanzaba con violencia a la tierra su sombrero y en actitud melodramática abrazaba al dirigente principal de la hacienda, obligándole a echarse y revolcarse en la tierra en actitud simbólica de posesión y recuperación de los derechos propietarios de la hacienda, en tanto gritaba a todos lados y a pulmón lleno, ¡posesión! ¡posesión! y con sus gestos, ordenaba hacer lo mismo a los demás campesinos, los cuáles, impresionados con la ceremonia, repetían el hecho en el acto con suma alegría, seguros de que se trataba de una parte importante de los trámites de la reforma

Librodot

agraria, estallando en gritos, vivas y loas al señor subprefecto, a la autoridad máxima de la provincia, al hombre que en ese momento, haciendo justicia definitiva, les devolvía sus tierras de un modo tan sencillo. Entonces, don Wálter, sacaba de su pequeño equipo un vaso de cristal llamado "melgarejo" por su tamaño , de treinta o más centímetros de alto, que los campesinos lo llenaban de chicha y don Wálter la bebía de una sola vez y lo repetía de inmediato; sólo después de esa inopinada actuación individual, particular y propia de la primera autoridad política de la provincia, se instalaban los actos descoloridos y fríos de la primera audiencia de la junta que se limitaba a llenar los requisitos formales previos de los trámites agrarios de afectación. ¡Guay! de los campesinos, si por algún descuido no tenían a mano la provisión suficiente de la bebida que era del agrado especial de la primera autoridad. La audiencia, igual se realizaba, pero sólo con las formalidades puras de la ley. Eso para don Wálter, no valía y no valía porque le faltaba el espíritu que en esos casos sólo el señor subprefecto sabía despertar y ponerlo al servicio de los deseos y esperanzas de los campesinos. Cuando la situación era contraria a la prevista por don Wálter, decía el que los campesinos de la hacienda cuyo trámite comenzaba, podían estar seguros de su fracaso o de que los resultados serían parciales, por las imperfecciones de que adolecía el trámite desde el principio. En esos casos, las amenazas de don Wálter se manifestaban en maldiciones, palabras cabalísticas, murmullos misteriosos, actitudes dolidas, miradas resentidas, secas y displicentes, llenas de reproche y ofendidas, que terminaban por asustar y conmover a los humildes campesinos que para librarse de los efectos inciertos de esas amenazas, buscaban hasta hallar dónde sea los cántaros de chicha que aplaquen la ira de la autoridad y que devuelvan al trámite agrario al buen camino del éxito y la seguridad. Por lo demás, salvado ese pequeño pero importante inconveniente, la autoridad provincial, reafirmaba plenamente su incontenible voluntad de hacer justicia a favor de los compañeros campesinos, tan olvidados por los de arriba, tan postergados por sus semejantes y tan explotados, por todos.

IV

En el trámite de afectación agraria de la hacienda "Ortega" de la zona Collpa Siaco de la parte meridional del pueblo de Arani, por algún motivo imprevisto, no llegué a tiempo para el acto de instalación de la primera audiencia de la junta. En mi apuro por llegar de todos modos, aunque tarde, abandoné la senda y marché a campo traviesa por las parcelas barbechadas y los campos todavía llenos de las raíces secas removidas de los maizales de la cosecha anterior. A cierta altura de mi recorrido, a menos de doscientos metros del lugar en que estaba la junta y los ex-colonos, divisé a don Wálter Rodríguez y a dos de sus ayudantes que estaban sentados en el borde engramado de una acequia de riego sin agua, con las piernas dentro del canal. El semblante de la autoridad política era de total abatimiento; se veía de lejos que estaba totalmente ofendido. Me miró de soslayo, de abajo arriba, de los pies a la cabeza, sin proferir palabra, como si esa hubiera sido la primera vez que en su vida me

Librodot

veía. No abrió la boca, aunque sus ayudantes me saludaron con amabilidad y yo les respondí de la misma manera. En mi deseo de cerciorarme si hubo o no la instalación de la audiencia, me dirigí al señor Rodríguez y le pregunté si llegaba yo con el tiempo suficiente para asistir al acto de instalación de la audiencia y lo invité a hacerse presente en él conmigo.

-Yo no tengo nada que hacer con esos indios ingratos -me dijo en respuesta, sin moverse del lugar en que estaba sentado. Luego, agregó: -Todo pasó ya. Llega usted tarde, pero no se preocupe. No ha perdido nada. Todo estuvo en regla. Esos indios malditos, no merecen de mí ninguna ayuda, ni tengo interés en que sus trámites prosperen o se vaya al diablo todo. Sorprendido con la actitud y las palabras del señor Rodríguez, le rogué que me informara, si se presentó algún contratiempo serio en el acto.

-¡No! -me respondió -Ningún contratiempo. Lo que ha pasado es que esos indios hijos del diablo, me han envenenado con inaudita malicia y todo porque les carcome el alma la mezquindad y la roñosería y porque son unos sinvergüenzas caraduras... -se expresó muy alterado. Después, exhibiendo ante mí su panza desnuda, redonda e hinchada, prosiguió -¡Vea usted! ¡Vea! ¡Vea usted!. Me dieron chicha curada con ron barato y todo por ahorrarse unos miserables centavos, con el deseo de voltearme prematuramente de borracho y para no comprar más bebida, como si yo les hubiera pedido algo que esté más allá de su voluntad o que pase el alcance real de sus bolsillos. Ahora, como ha visto, estoy a consecuencia de ese acto criminal de esos indios irresponsables, con el vientre hinchado como panza de mujer embarazada en sus últimos meses. ¡Vea usted! ¡Vea!, me decía en tanto se desabotonaba su camisa y se golpeaba con furia la barriga que parecía un tambor rosado y peludo, profiriendo denuestos y groserías, lleno de indignación, asegurando que era cada vez mayor el edema y su malestar. Sus ayudantes, disimulando con dificultad su deseo incontenible de estallar en carcajadas, se mantenían serios con dificultad, temiendo la reacción violenta de la primera autoridad política de la provincia en desgracia. Poco después, se presentaron humildes en el lugar los indios del diablo y nos invitaron a tomar parte de la fiesta que con motivo de la iniciación del trámite de afectación agraria de "Ortega" habían resuelto celebrar esa tarde. El señor Rodríguez, se negó al comienzo a dimitir de su olímpico resentimiento, notificando a los campesinos de Ortega su determinación de volver al pueblo en el acto. Entre sí, el subprefecto se decía (me lo contó después él) que no debía perdonar tan fácilmente su villanía a esos indios endiablados que en ese gran día en que empezaban el trámite de afectación de la propiedad más bella de la provincia, le hayan dado a cambio de su generosidad y de su nunca desmentido espíritu de justicia con los indios, chicha curada, sabiendo como sabían que para el señor subprefecto, en compensación de sus sacrificios personales en favor de los campesinos, sólo había en la tierra ese invento incomparable de los incas, nuestros mayores, la chicha de maíz. Más que rápido y entre las carcajadas conque festejaba su propia desgracia, se incorporó a la comitiva y bebió chicha ese día más que en otras propiedades.

Librodot

V

Narrando las actividades y sucesos de Arani, debo referirme necesariamente a la historia de Gregorio Cruz de la hacienda Pucaorko (cerro rojo).

Esa mañana, en mi oficina, se realizó una reunión con varios dirigentes campesinos, más José Rojas y yo. El objeto de ella era el de siempre: repasar en detalle el curso de los trámites de afectación de las propiedades agrarias que cada uno de esos dirigentes tenía a su cargo y sobre los cuáles a su turno, debían informar semanalmente a sus sindicatos y a los dirigentes provinciales de la central sindical. La tarea de ese día habría acabado como en otras ocasiones, con algunas observaciones sobre el procedimiento aplicado y las consiguientes llamadas de atención a los dirigentes negligentes que dejaban pasar días, sin asomarse a las oficinas de la junta rural y el juzgado agrario, si es que no se hubiese hecho evidente la actitud apasionada y rencorosa, llena de odio vehemente, del dirigente Gregorio Cruz de Pucaorko, contra el patrón y propietario de esa hacienda.

Rojas, entrenado en mil casos semejantes, le dijo -No exageres tu celo, Gregorio, en la atención del trámite agrario de tu sindicato. No es culpa del señor juez que tiene otros mil con tu trámite, ni es culpa del abogado que lo vigilamos todos los días entre los dirigentes de Arani y Punata en el cumplimiento de sus obligaciones de defensor de los intereses agrarios de los campesinos. Tú no ignoras que en el trámite, debe llenarse muchas formalidades y de las cuáles, en muchos casos, nosotros los campesinos no tenemos un conocimiento claro, pero sabemos ya que no pueden dejar de aplicarse o reducirse los plazos y los términos. Creo yo que poco a poco y en un tiempo que espero no se prolongue demasiado, llegaremos a los títulos ejecutoriales conque las haciendas feudales desaparecerán. No te impacientes. - Yo sé decirte que así como reprocho a los dirigentes descuidados, sospecho de la integridad de los que actúan enceguecidos por el odio a sus patrones. Prefiero a los dirigentes que toman las cosas con serenidad y hasta con frialdad. Los primeros son como las llamas de los chilcares que se consumen tan rápido que parece que se apagaran en el mismo momento en que se prenden. No dice el refrán: ni muy frío que te hieles, ni muy caliente que te quemes. Seguro, constante, leal, juicioso, siempre por la misma línea, de principio a fin. Con gente así, nada hay que temer. Hoy, es; mañana, seguirá siendo lo que es y en fin...sus acomodamientos y cambios, se producirán en virtud de los objetivos del conjunto y nunca con la sola razón de una persona, o los sentimientos o las conveniencias personales de nadie. Por eso, Gregorio, cuando te veo arder de pasión, perder los estribos como mula resentida al menor obstáculo que se presenta, prorrogando en alguna medida las expectativas del patrón en la mantención, supresión o limitación de su derecho propietario de la hacienda, veo bailar en tus ojos intenciones no muy santas contra todos, como gritos sin sonido; entonces, pienso que si mañana tuviera lugar una contra-revolución victoriosa, lucharías tú contra nosotros y contra lo que ahora defiendes, con la misma pasión y el mismo ardor y decisión con

Librodot

que lo haces contra tu patrón. Para mí todo eso, sólo se justifica por tu juventud; Rojas, terminó sus palabras, lanzando un suspiro.

Gregorio, sentíase desnudado impúdicamente en sus debilidades ante sus compañeros por las palabras de Rojas. En sus ojos negros de mirada húmeda y oblicua, brillaba una indecisión momentánea de que se repuso pronto, superando el incidente dentro de sí, a tiempo de ofrecernos una exposición del origen de su manera de actuar. Cuando habló, se veía en él, que amainaba la furia inicial que no le dejaba respirar con holgura, aunque el motivo de su furor persistía como era fácil de notar por encima de las observaciones formuladas por Rojas. Después de un breve silencio, dijo con amargura y cierta insolencia, señalándose el pecho -¿qué es lo que pueden ver ustedes de aquello que yo llevo aquí dentro? y se respondió -¡Odio! sin duda, sólo odio. Odio que enferma mi alma y que no me deja ver nada, sin trasminarle su sabor u olor. Odio de lo que fui y a los autores de mis desgracias. No es un odio irracional. Tiene explicación. A mi modo de ver, ningún odio como el mío puede ser más justificado, e inició la narración.

-En Pucaorko era yo, de esto hace pocos años, muy joven y sin embargo, uno más ya de los peones jóvenes que prestábamos servicios en representación o por cuenta de nuestros padres; y en mi caso, del mío que era de edad avanzada, aunque no anciano o decrépito, determinaron el patrón como el curaca, que preferían mi trabajo al de mi padre, por ser de mayor rendimiento.

-Decían que a pesar de mis pocos años e inmadurez, trabajaba con decisión, voluntad y energía, motivo por el cuál nunca me negaron la posibilidad de suplir a mi padre en los servicios de la hacienda. Eso resultada así, porque yo sabía que mi padre, mi madre y mis cinco hermanos debíamos comer y que para una familia tan numerosa, no había otra fuente de vida que el servicio de la hacienda. Nunca pasó por nuestras mentes que alguna vez fuésemos echados de ella, ya que en esa hacienda habíamos nacido, crecido y se habían casado y tenido sus hijos mis padres. Sin embargo, cada día que pasaba, veía que esa posibilidad no era tan remota y podía transformarse en realidad con el agotamiento físico de mi padre. Por otra parte, sufríamos muchas privaciones. Era poca la comida y la que había se debía distribuirla entre ocho bocas cada día, quedando siempre todos nosotros, con hambre, pero ¿qué indio no pasa por eso? Era la conciencia de esa situación la que me acuciaba a demostrar capacidad de trabajo que no correspondía a mi edad. Había que ganarse de antemano la voluntad y el aprecio del patrón y de sus administradores y curacas; era eso lo que hacíamos todos los hijos de colonos, la edad no tenía importancia, en tanto no fueran los patrones los que nos desecharan por falta de fuerza o de aguante, aunque tratáramos de conseguirlo prodigándonos hasta el límite de lo posible o hasta reventar. Yo sabía también que para mí en lo personal no había sino un deber y era el de sobrevivir y subsistir a cualquier precio.

Dejó de hablar, un tanto agotado; movía sus ojos de su jefe a los compañeros que le oían en silencio, admirando de lo que era capaz el pequeño Gregorio; se pasó la mano maquinalmente por la frente que sudaba, sorbió con energía sus narices y prosiguió: -Un día, la ambición del patrón dictó la

Librodot

orden de levantar una represa en las alturas, al pié de las cumbres de la montaña. El objeto de esa obra era el de ensanchar las tierras con riego permanente de la hacienda. Con ese motivo, cavamos nuevas acequias, ahondamos las pequeñas lagunas que se formaban por sí solas en las alturas con las aguas de las lluvias y los deshielos. En ese tren de proyectos y realizaciones de obras, el patrón se propuso lograr la salida del líquido acumulado en una depresión que con la construcción de obras apropiadas podía transformarse en una nueva laguna de aguas claras y profundas, más extensa de las que tenía ya la hacienda. Para llegar a eso, había que demoler peñas muy altas de granito. Emprendimos esa obra, trabajando días de días con avances no muy halagadores. El patrón, que nos vigilaba con impaciencia, lamentaba el bajo rendimiento de nuestros esfuerzos y se condolía de la forma en que perdíamos el tiempo. Algunas veces, perdía la paciencia y nos humillaba llenándonos de improperios e insultos de todo calibre y color, mofándose de nuestra falta de energía e inteligencia o haciendo gala de nuestra pobre capacidad de trabajo y falta de iniciativa y creatividad. Decía que si no éramos más que peones y siervos, no era porque así lo quisieran los patrones. ¡No! reafirmaba sus expresiones señalando que nuestra miseria económica era sólo expresión de nuestra miseria humana y de nuestra inferior calidad; en nuestra condición de semi-hombres que nos condenaba a vivir a la altura de los animales. Su hablar, incluía miles de veces los calificativos de bestias, animales, estúpidos, estólidos y otras lindezas con que nos halagaba y distinguía. Una mañana, llegó el patrón con su administrador y dos mozos que llevaban un cajón de dinamita, un rollo de alambre blanco y otros artefactos y cajas de hierro al lugar de la obra. Después supimos que el alambre se llamaba guía y que todos esos artefactos servían para hacer estallar la dinamita. El patrón nos dijo que la obra debía efectuarse de inmediato, que era de mucho peligro y que por eso, el trabajo se haría con la ayuda de los dos mozos y un grupo seleccionado de la gente de la hacienda. Así lo hizo. Eligió de los colonos a Manuel, Sebastián y a Aniceto. Les enseño, con la ayuda de los mozos, la preparación de la carga, la instalación de la guía y cómo debían protegerse los trabajadores después de encender la punta de la guía, huyendo del lugar en el acto y lo más lejos posible del punto de la carga donde debía explotar la dinamita. No sé si porque era la primera vez que los hombres seleccionados manipularon el explosivo o porque el miedo frente a algo desconocido los atontó, lo cierto es que cuando se produjo la explosión, quedó Manuel tan cerca del lugar de la carga sin poder huir, a tiempo que la peña estalló a su lado como una enorme rosa de piedra que se deshizo en millones de pedazos, de tierra y de polvo que no sólo trituró al hombre sino que lo sepultó debajo de toneladas de piedra molida. Cuando lo buscamos para darle sepultura, solo pudimos encontrar trozos de piedra manchados de sangre, pequeñísimos retazos de carne y de huesos triturados en diversos lugares separados unos de otros por decenas de metros y también pedazos de tocuyo y de bayeta de lo que era la vestimenta del difunto. La obra se terminó después de meses de de sacrificada labor. Nadie comentó ni lamentó la muerte del animal y estúpido de Manuel. Es posible que en su casa, su mujer y sus tres hijos, todavía pequeños, en el fondo de sus corazones y en su soledad, le hayan llorado lamentando su muerte espantosa y trágica.

Un día me llamó el patrón y me dijo: -Gregorio, como sabes el bestia de Manuel ha muerto por zonzo. Yo lo lamento de veras, pero qué puedo hacer, si ustedes entienden todo al revés. Cuando se les dice que vayan a la derecha, toman la izquierda; cuanto se les instruye que corran, se detienen y si se les ordena que se queden en el sitio en que están, huyen. ¡Esa es la desgracia! No hay remedio. Ahora está muerto. Ya no es posible hacer nada por él, pero tiene que haber una solución para la suerte de su mujer y sus hijos. He resuelto, me dijo, que tú Gregorio te cases con la viuda y la ayudes a criar a los hijos. Debo decirte que si haces lo que acabo de decirte, te quedarás con el pagujal de Manuel y de mi parte, te daré en calidad de regalo y en propiedad, una arrobada de terreno con riego. ¡Has entendido!

¡Sí, patrón -dije sumiso.

-¡Cómo! Solo sabes decir, sí patrón. ¡Qué te pasa, indio bruto! Si aceptas el trato, agrádeseme como se debe, porque lo que quiero hacer es un acto generoso de mi parte a tu favor y de esos desgraciados que han quedado en total desamparo a la muerte del animal de Manuel. En todo caso, lo que he decidido hacer en este asunto, es un acto voluntario que expresa mi buen corazón y mi espíritu generoso y desprendido... ¡No! -dijo y repitió -¡No! No tienen ustedes definitivamente capacidad no sólo para no entender lo que se les dice, sino que están lejos de poder valorar como es debido los actos de nobleza del corazón humano...Naciste indio bruto; indio bruto te morirás.

-¡Ven aquí! Ponte de rodillas y bésame la mano. ¡Así! Con humildad, agrádeseme lo que estoy haciendo por ti.

Me puse de hinojos, como me pedía. Le besé la mano que la retiró muy deprisa para estrujarla con su pañuelo por repetidas veces.

Le dije -patrón, recibe mi gratitud por haber resuelto entregarme el pegujal de Manuel y por regalarme con generosidad y desprendimiento una arrobada de terreno. De mi parte, me comprometo ante Dios y ante ti, servirte de rodillas toda mi vida en reconocimiento eterno de ese gesto que beneficia a un indio humilde como soy. Te prometo asimismo que trataré de ser un buen esposo para la Modesta y un buen padre de sus hijos.

_¡Sea en buena hora! -me respondió el patrón. Luego dijo: -Anda, ocupa con tu mujer y tus hijos la casa que en vida construyó Manuel.

-Así haré patrón repuse, agradeciéndole otra vez, besé la tierra y me alejé de la casa de hacienda.

El patrón era el señor AAZ. Hombre blanco que había vivido muchos años en París. Era pianista consumado que cuando volvió a su país y a su hacienda en Arani, trajo consigo un piano horizontal. Era negro, brillante y pesado que los colonos lo llevamos desde la estación del tren provincial hasta la casa de hacienda, a ocho kilómetros de distancia y a media falda de la cordillera, a pulso. El piano, embalado en cartones, cajas de madera y papeles, fue amarrado sobre dos andas sólidas de rollizos delgados, con todos los cuidados. Después, con media docena de hombres a cada

lado, salimos en procesión a paso lento, siguiéndonos iguales partidas de hombres de relevo. De ese modo, en horas y horas de andar difícil y lento, llegamos a la casa de hacienda con el piano.

Desde ese día, el patrón desaparecía por completo de nuestra vista. Al principio, se concentraba todos los días en su música, en esa música tan extraña como extraña era la manera de ser del mismo patrón, sobre todo desde que llegó del extranjero. Claro que nos complacía sobremanera su ausencia y su locura, aunque el trabajo de la hacienda con su presencia o sin ella, era igual que antes de dura por las exigencias y las imposiciones de sus administradores. Ellos no descuidaban sus obligaciones y menos las nuestras, por ningún motivo.

¡Esa música! Picadita en trozos menudos por el golpe sucesivo de las teclas, era una cinta de sonidos que subía y bajaba una vez, dos veces y mil veces; venía e iba y se repetía más alto, más bajo, atropellándose cada sonido con los otros...¿Qué buscaba el patrón con ese remolino infinito de sonidos locos hilados en la rueca continua y obsesiva de su mente? Verlo tocar el piano era para morirse de risa. Batía sus manos sobre las teclas blancas y negras como si fueran las alas de una paloma, en tanto su cabeza semi calva se erguía y se contraía como si un inmenso dolor creciente le impactara de pronto en su pecho, su estómago y el vientre. Otras veces, cruzaba sus brazos, uno encima del otro, en tanto sus manos (como las manos del cura), llenos de unción, parecían subir y bajar más allá de los límites del espacio. Ese mismo hombre que parecía desarmarse en las emociones y sentimientos que le daba la música, ¡su música!, era de roca cuando se trataba de nosotros los indios, sus colonos.

Disponía de nuestras vidas y de nuestro destino, a su antojo. Éramos su propiedad. ¡No! Ni siquiera eso. Éramos apenas un agregado pequeño, insignificante, de sus propiedades, como las piedras de sus canteras, los bueyes de sus corrales, las papas de sus trojes, el adobe o el ladrillo de sus murallas. La falta de salud, las enfermedades, la pobreza y la miseria; el anafalbetismo y la ignorancia que sufría el indio endémicamente, no le producía ninguna clase de emociones o sentimientos que no sean los de desprecio o de repulsa, no obstante que él determinaba de nosotros como lo hacía con sus caballos o sus bueyes. Podía mandarnos al trabajo o al matadero. Podía uncirnos al yugo del arado o de la esclavitud, si es que así lo deseaba. A mi me escogió para que hiciera de marido de la viuda de su víctima y padre de los hijos huérfanos cuyo verdadero padre fue asesinado y pulverizado en aras de los intereses económicos del patrón.

-Ahora, compañero Rojas, quiero que me digas...tengo o no razón para que en mi pecho, en mi corazón, en mis ojos y en todo mi ser arda o no la llama del odio con lumbre inextinguible contra el patrón y todo lo que es parte de él.

-yo no sé, cuál es la significación de la reforma agraria para ti y los compañeros dirigentes. El más humilde e ignorado de los indios de Pukaorco, sabe que la revolución ha restituido la condición de hombre a este colono. No he repudiado a mi mujer o abandonado a sus hijos, que son ahora también míos. ¡eso no!, esa nueva actitud de mi parte, es sola mía, en la que no actúa una voluntad ajena. No es decisión de ningún patrón. ¡Son mis decisiones! ¡Son mis determinaciones! Por eso, cualquier

Librodot

posibilidad de retorno del pasado con la reposición de la autoridad de los patrones en el campo, sería el fin de mi libertad; pero antes de que eso ocurra, creo mejor morir, incluso como Manuel, destrozado y pulverizado por la dinamita o la bala -Conforme se expresaba, se le inyectaban los ojos de lágrimas que no se las secó ni se las limpió; dejó que fluyeran y rodaran por sus negras y magras mejillas... Luego, elevando sus brazos y en un grito, dijo -compañeros, tantas cosas buenas y malas han pasado desde el nueve de abril, que si los patrones regresaran con el pasado en sus hombros, no sólo que no nos perdonarían lo que hemos hecho y lo que no hemos hecho, sino que nos quemarían vivos y desollarían como a sus animales destinados al matadero y ni así se sentirían satisfechos y vengados. ¡Cómo pueden admitir ellos, los patrones, que los bestias, los animales, los estúpidos de los indios les hayan expulsado de sus dominios, y humillándolos de palabra y de obra, como no pasó antes nada parecido en esa tierra! Eso constituye una deuda que sólo puede pagarse con la vida. Es una deuda que significa, exterminio, limpieza definitiva de estas tierras de la presencia del indio...

Rojas y los dirigentes que le escuchaban a Gregorio, quedaron paralizados en un silencio expectante. Después de algún tiempo, Rojas, echando una mirada maquinal a su reloj, dijo: -Es tarde. Mañana, proseguiremos con la revisión de los expedientes...

MOLLE MOLLE

Era más de las once, cuando el indio corría con afán por el camino vecinal a la hacienda Molle Molle de la rinconada noroeste de Arani y Punata, cargando un enorme cántaro de chicha aguada. Debía llegar a la hacienda, cuando más hasta mediodía.

Por eso, más que el peso del cántaro (que parecía aumentar con el paso del tiempo), le embargaba un sentimiento de culpa. Había salido tarde de la chichería a consecuencia de la larga conversación que sostuvo con la chola que le entregó la bebida, en que perdió noción del tiempo y la urgencia conque debía cumplir su obligación. Ahora temía llegar a la siembra con demora. Poco después, cuando avanzaba, lleno de remordimientos, por el camino de la hacienda, se le llenó el alma de alegría al divisar, no muy lejos de él, avanzar por la ruta que él mismo recorría, la camioneta de la hija de la patrona. De nuevo con el alma en el cuerpo, se quedó de pié en medio del camino, haciendo señas para que el vehículo se detuviera.

-Señora, ¡por Dios!, lléveme a la hacienda. ¡Estoy atrasado!, tanto que mis compañeros que están en la brega de la siembra de maíz, deben estar sufriendo por la falta del refresco que los llevo. ¡Sólo con su ayuda, mamita, podré llegar a tiempo!

La señora, entrecerrando los ojos, hizo un mohín de displicencia, mientras interrogaba al hombre -Puedes decirme ¿por qué estas atrasado?.

Librodot

-Señora -respondió el mozo -en la chichería tardaron mucho en entregarme la bebida y como la distancia del pueblo a la hacienda pasa de los seis kilómetros, creo que a pié no podré llegar a tiempo a la hacienda, como es mi obligación.

-Como ves, la culpa es sólo tuya. Lamento no poder ayudarte. Con la chicha, la camioneta queda trasminada por un olor nauseabundo que para mayores desdichas, tarda días y hasta semanas en disiparse y desaparecer. No puedo llevarte. Haz otro esfuerzo y trata de llegar a tiempo a la siembra. Si es que te apuras, estoy segura de que lo lograrás dijo la señora y salió disparada en la camioneta, dejando desalentado y compungido al indio, con su cántaro de chicha. ¿Qué más? No había sino que seguir corriendo y corriendo contra el tiempo que en casos como éste parece transcurrir más deprisa. El esfuerzo de la carrera con el peso creciente del cántaro con líquido y el trepar de la cuesta que era cada vez más empinada, templaba los tendones resaltantes de sus oscuras pantorrillas. El calor del mediodía sofocaba sensiblemente el resuello del hombre que se sentía cada vez más agotado por el cansancio, en tanto que el sudor le bañaba el cuerpo entero. Llegó al terreno de la siembra, con una hora de retraso.

Sus compañeros, resentidos por la tardanza, viéndolo tan exhausto, aceptaron sus justificaciones, aunque era visible que el asunto no sería echado al olvido, así como así, perdonándole definitivamente al compañero su falta. El, a su vez, tratando de amenguar su culpa, denunció, con verdadero resentimiento, ante sus compañeros la negativa de la hija de la patrona a prestarle su ayuda recogiéndolo en el camino todavía a buen tiempo para que llegara a la hacienda y la siembra en la camioneta. Al principio no le dieron al hecho mucha importancia, sobre todo porque los líos de los campesinos con los patrones o sus familiares, siempre terminaban en la derrota del indio. Poco después, rememorando los hechos anteriores de la misma persona, que resultaban ser semejantes al de ese día, se les llenó el alma de coraje contra ella. No podían, además, explicarse, cómo esa señora, a tiempo de exigirles mayor rendimiento en el trabajo de la hacienda, se atrevía a negarles su concurso, como en este caso de la camioneta en que no quiso recogerlo al campesino y a su carga, sólo por preservar sus delicadas narices del olor vulgar y popular de la chicha.

II

Mariana, hija única de los propietarios de la hacienda Molle Molle, se complacía en hacer resaltar su señorío en medio de los humildes vecinos del pueblo provincial. Su conducta diaria, sus actitudes, sus gustos, su orgullo personal ilimitado, correspondían en todo a esa valoración de su persona. No era bella, ni siquiera lucía los atractivos naturales de la lozanía de la juventud, aunque su complexión era fina y resaltaba en su rostro y el cuerpo, sus rasgos delicados. No prodigaba su presencia ni su amistad. Vivía como deben vivir las patronas de verdad, aislada y poderosa. Cuando tomaba una decisión, no admitía reformularla, cambiarla u olvidarla, incluso en el caso en que las

Librodot

circunstancias le exigieran hacer lo contrario, en favor de sus propios intereses. Esa actitud, le creaba a diario dificultades en sus actividades y relaciones en el trabajo que se realizaba en la propiedad o el pueblo. Eso a ella, aparentemente le importaba poco o nada, siendo visible en todo caso que no le preocupaba.

Con la reforma agraria, sus progenitores dejaron ir a la propiedad, dejándole a ella la defensa de los intereses rústicos de la familia. Responsabilidad, que asumió con valentía pero que, por su carácter y reacciones, llenó de dificultades que en la mayoría de los casos no supo ni pudo salvar. La negativa de la señora a la solicitud de ayuda del mozo proveedor de refresco de su misma propiedad, era sólo una más en la larga cadena de hechos similares en que Mariana, conciente o inconscientemente, acumulaba resentimientos y prevenciones contra ella.

III

Cuando dejé mi oficina, alrededor de las siete de la noche con el propósito de hacer un paseo de distensión de media hora en la plaza central del pueblo, la encontré a la señora que parecía esperarme, ya que no bien me vió, vino hacia mí y me abordó. Con visible resentimiento y sin preámbulos, dijo: -Esos indios malditos de Molle Molle se apoderaron de mi camioneta, secuestrándomela no hace mucho en la misma propiedad. Querían humillarme, obligándome a volver de la hacienda al pueblo caminando a pié, cargada de mi pequeño hijo y con mi sirvienta que precisamente ahora debían traer al pueblo bultos enormes. Es inconcebible el grado de atrevimiento a que han llegado esos indios. Con ese malhadado motivo acabo de dirigirme con un telegrama de urgencia al prefecto del departamento, dándole a conocer a esa autoridad el abuso inaudito de que he sido víctima de parte de los campesinos de mi propia hacienda y he pedido una orden inmediata que me haga restituír la camioneta. Tiene que ser así, porque ese vehículo no es un objeto de lujo. Las distancias de Punata a Arani, a la ciudad y la propiedad, me imponen su uso y la autoridad lo menos que puede hacer es garantizar a los agricultores el uso pacífico de sus medios de transporte. Sin aguardar respuesta de mi parte, que permanecía de pié escuchándola, prosiguió -Sé con evidencia que esos indios lo van a buscar y de seguro que al darle su versión del robo perpetrado con mi camioneta, le pedirán sus consejos profesionales para librarse de las consecuencias de su abuso. Espero que los convenza que el vehículo se me debe restituír en el día, si es que no quieren que la justicia actué ahora mismo o en un tiempo más, y los castigue.

-Lo haré señora -respondí -Además, si tomó ya usted contacto con la autoridad política del departamento, no creo que tarde en llegar la orden que le haga devolver su camioneta. La señora, conforme se expresaba o escuchaba mis palabras, se transformaba en la personificación de la indignación. Su amor propio herido trataba de no rendirse ante el desafío en que era sólo ella la culpable. Esa noche, no hubo respuesta del prefecto del departamento ni fueron los campesinos a

Librodot

buscarme. Recién al otro día, poco antes de las doce, el dirigente Milán de Molle Molle, me abordó en esa misma plaza, explayándose en los pormenores del hecho sobre el cuál yo tenía ya la versión de la propietaria. Milán, refiriéndose al caso del campesino proveedor de refresco y a la negativa de la propietaria de ayudarle de paso en su trabajo, recogiéndolo del camino en la camioneta para llevarlo a la hacienda, no obstante de haberle informado el motivo del atraso, me dijo que mereció el reproche unánime de sus compañeros de la hacienda. Además, ese hecho no era sino la gota conque rebasó la señora la paciencia de los campesinos que ya tenían prevención contra ella por sus actos de prepotencia, orgullo, desprecio que recibían los campesinos de la propietaria. "Olvida ella que vive de nuestro trabajo. La camioneta, dijo, nunca sirvió en las labores de la hacienda. Estaba siempre en manos de la patrona que la usaba en la atención de la defensa de sus intereses en los trámites agrarios judiciales contra nosotros, los campesinos, en Arani.

-Dónde está ahora la camioneta? -interrogué.

-La hemos echado a los barrancos en la misma propiedad para que se la lleve el diablo -me respondió el dirigente.

-¡No puede ser! -exclamé -El vehículo es un instrumento útil que vale tanto para la propietaria como para los campesinos. Esas destrucciones no se justifican de ninguna manera...No me dejó proseguir.

-Bueno, ¡tanto como eso, no! -dijo el dirigente tratando de aminorar los efectos de sus palabras, aunque sin aclarar lo que yo quería saber.

-¡Cómo es eso! Qué quieres decir con eso de que no es tanto.

-¡Sí -me respondió -la camioneta la hemos secuestrado y en el momento de hacerlo, resolvimos destruirla para que no sirva a nadie. Un compañero, preguntó en esa ocasión, si alguien podría decirle cuándo esa camioneta fué útil para los campesinos y si no es útil para los campesinos y la destruimos, la única afectada será la que la usaba y de modo alguno nosotros. Sin embargo, cuando se disipó la indignación y la furia, resolvimos ocultarla y no devolverla hasta que la patrona entienda que los campesinos no estamos pidiendo que los bienes de la hacienda se usen para beneficio de los campesinos. Lo que pedimos es que esa camioneta, sirva en las labores de la hacienda y que para que eso sea así, no sea preciso que los campesinos caminemos rogando por nada a nadie. Además, es ya tiempo que los propietarios intervengan personalmente en los trabajos de la finca, tal como lo hacemos nosotros. La propietaria, ignora que nuestros dirigentes sindicales nos llaman la atención, cada vez más molestos, observando el servilismo de nuestra conducta con los antiguos patrones, olvidando la reforma agraria y nuestros derechos, tratando de producir en la hacienda con cierta normalidad.

-Esa me parece una actitud racional -respondí; y le referí luego que la señora me hizo conocer que noche antes presentó queja telegráfica de urgencia a la prefectura del departamento denunciando el secuestro de su camioneta por sus propios trabajadores y que solicitó amparo y la restitución del vehículo. Esta mañana, los padres de la propietaria han debido acudir con memoriales ante esa misma

Librodot

autoridad, reiterando la queja y la solicitud, proseguí y dije: -Espero que no se hayan precipitado con el secuestro y que dé eso lugar a un conflicto de las autoridades con los campesinos.

-No sea usted susceptible -me dijo el dirigente -No hay ahora en el país una autoridad que quiera ponerse al frente de los campesinos en defensa de los intereses de los expropietarios de haciendas. El prefecto de Cochabamba es nuestro compañero y como compañero estoy seguro que le dará largas al asunto, hasta que nosotros tomemos una decisión definitiva a ese respecto. Mientras tanto, si es que habla usted con la señora, le pido que le diga que le devolveremos su camioneta, siempre que ella se comprometa por escrito a ponerla al servicio de los trabajos de la hacienda y que nos tratará a los campesinos de la hacienda con las consideraciones a que tenemos derecho como personas; de otro modo, esto que parece ahora una broma, se transformará en un conflicto serio que lamentaremos todos. Se destruirá la camioneta, tal como resolvimos cuando empezó el pleito con el parecer unánime de los campesinos de Molle Molle.

-Destruir, no, Milán -dije en tono autoritario y resuelto -La camioneta es un bien adquirido con recursos provenientes de la hacienda; ese hecho es suficiente para que sea objeto del cuidado y la protección de los campesinos. Es cierto que debe haber al respecto, una forma de usarla, sobre un acuerdo expreso entre los campesinos y la propietaria. Creo que la señora ha de terminar por comprender que estos tiempos no son los de antes y que es preciso que las partes se pongan de acuerdo para que haya paz y producción en la hacienda.

-Ese es también el deseo de los campesinos, dijo el dirigente Milán, antes de retirarse.

La propietaria, no cedió. Pudo más su capricho. Convencerla que el uso exclusivo por ella de la camioneta, afectaba a sus propios intereses y a los de su familia, fué imposible. Protestaba que el derecho propietario del vehículo era sólo suyo, que la compró con sus dineros propios y que los recursos con que lo hizo, no salieron de los ingresos de la hacienda. Alegaba que la autoridad departamental le concedió las garantías que solicitó pero que no había en el pueblo funcionarios que se animaran a ejecutarlas, imponiendo el respecto que se merecen esas garantías. Todo quedó en el papel, dijo con amargura, para escarnio de la autoridad que las dictó. Mientras tanto, el vehículo desapareció y la dueña, día que pasaba, desesperaba ya de recuperarla. Finalmente, impotente y vencida, llena de rencor, optó por irse del pueblo, viendo que sin los servicios de la camioneta, no podía salir de la casa de hacienda del pueblo para trasladarse a la hacienda o los juzgados agrarios de Arani, donde se ventilaba la suerte de las propiedades agrarias de su familia.

Un día, antes de su viaje definitivo a la ciudad, a varios meses de la desaparición de la camioneta, sucedió lo mismo con su pequeño hijo y la empleada que lo cuidaba. Ese simulacro de secuestro de menores, sobrepasó los límites de la paciencia y aguante de la señora. Entre lágrimas de ira y de impotencia, averiguaba el paradero de su hijo y la empleada. Nadie pudo darle un rastro o indicio de dónde podía hallarlos. La desaparición de los menores tuvo lugar a las once de la mañana, después de las dos, todavía era un misterio el lugar donde estaban los niños. Las autoridades

Librodot

provinciales, simplemente ignoraron el suceso y se desinteresaron por aclararlo. Después de las cuatro, el niño y la empleada, aparecieron en la plaza del pueblo, frente a la casa de hacienda de Mariana, sin señas de maltrato o violencia, expresando alegres que en un lugar incierto la pasaron bien, en compañía de unos desconocidos. La señora, indignada por la burla, reprobó la conducta de su empleada por no haberle dado a conocer de cualquier modo, el lugar en que estuvieron tantas horas. La empleada adujo en su defensa que los detuvieron unos campesinos desconocidos y los llevaron fuera de la población, desde donde era imposible pedir auxilio o comunicarse con la patrona, pero que, luego de varias horas de permanencia en ese lugar y de que les dieron fruta y golosinas, los pusieron en libertad, con el encargo expreso de decirle a la patrona que si quería seguridad para su persona y su familia y que prosigan las actividades productivas en la hacienda, tenía que aprender a tratar con humanidad a las gentes humildes. De otro modo, su prepotencia y orgullo, podrían traerle sufrimiento más graves que los que sintió ese día con la ausencia de su hijo. La señora, recuperó a su hijo con besos, caricias y muchas lágrimas, pero no cedió a las exigencias de los campesinos. Pocos días después, se fué del pueblo.

La camioneta, reapareció en una calle del pueblo, a una sola cuadra de la plaza central, cerca a la estación del tren, apoyada en la muralla de una casa de hacienda, con las cuatro llantas cortadas y destrozadas a puñal, en total estado de deterioro. ¡Ese vehículo, no servía ya para nada!

La propietaria y los campesinos, no pudieron llegar a ningún acuerdo que salvara de la destrucción a ese vehículo que se consumó en la hoguera de las intransigencias.

Librodot

EL SISTEMA DE UCUREÑA

I

Después de 1952, en las capitales de provincia, había tres organizaciones básicas en lo político, administrativo y sindical: 1) El comando provincial del MNR; 2) la central sindical de milicias campesinas y 3) un ente mixto tripartito sin denominación específica que agrupaba a los dirigentes sindicales campesinos de alto nivel y las autoridades administrativas provinciales. Este ente era el que gobernaba realmente la provincia.

El ente actuaba desde el edificio de la central provincial de milicias campesinas o cuartel. Informalmente, cuando había necesidad de una decisión específica. lo hacía desde cualquiera de los locales de la administración política o municipal del pueblo, pero lo corriente era que las órdenes fueran emitidas en el cuartel campesino.

Las atribuciones y responsabilidades de las dos organizaciones básicas y del ente, estaban mezcladas. El comando provincial del MNR, tenía sus propios dirigentes, pero no actuaba con libertad, por la presencia de los dirigentes campesinos que además de ser también del partido, disponían de la fuerza armada del sindicalismo que constituía un elemento de presión social incontrarrestable. El comando, en sí, era solo un nombre. En cambio, la dirección del cuartel de las milicias campesinas, actuaba con poderes legales y supra-legales y representaba a las otras organizaciones, o sea, en las capitales provinciales, todo estaba subordinado a la voluntad de los altos dirigentes del sindicalismo campesino. Como los personeros del partido y los funcionarios administrativos provinciales, salían de las filas campesinas y, cuando no eran campesinos, debían necesariamente contar para su elección con el respaldo de los campesinos, se sentían obra de ellos, reconociendo su dominio.

Esa era en las provincias, durante la vigencia del gobierno de la revolución nacional, la parte principal de la nueva realidad política, administrativa y sindical. Así se desenvolvía el poder indio.

II

La conducción de los sindicatos campesinos de las provincias del departamento de Cochabamba, a solo meses del ascenso del MNR al poder, se dividió en dos zonas:-Una, al sur y al oeste, bajo la dirección de Sinforoso Rivas; y otra, al norte y al este, con José Rojas Guevara a la cabeza. Esta última comprendía las cuatro provincias del valle alto (Esteban Arze (Tarata), Tte, Germán Jordán (Cliza), Punata y Arani), Mizque, Aiquile, Chapare, Carrasco(Totora) y San Pedro de Buena Vista, al norte del departamento de Potosí. En la zona de Rojas, el núcleo de la zona era subcentral campesina de Ucureña.

Librodot

Los dirigentes de Ucureña, para dirigir su zona, destacaron a cada capital de provincia, un interventor. Ese interventor, en lo político, administrativo y sindical, se constituyó en la autoridad máxima de la respectiva provincia; intervenía en los asuntos del cuartel provincial de las milicias campesinas; controlaba a las autoridades administrativas y el comando provincial del partido. El interventor, solo daba cuentas de su cometido a los dirigentes máximos de la subcentral Ucureña, siendo responsable de sus actos ante ella.

En los hechos, los interventores eran una especie de virreyes indios que asumían el poder total (poder indio) dentro de los límites de la provincia de su cargo. Controlaban la vida entera de los pobladores, la actividad de los sindicatos campesinos y conocían de los litigios policiales y judiciales de las personas particulares. En este último campo,, lo hacían cuando los litigantes eran campesinos indios. La central campesina, conocía de esos asuntos en una especie de etapa pre-judicial y solo cuando no se resolvía nada ante ella, el cuartel expedía una autorización facultando a las partes para acudir ante las autoridades judiciales ordinarias. La central, justificaba la existencia de la pre-instancia judicial, trayendo a la memoria que los campesinos antes de la revolución, se enfrascaban en interminables pleitos dispendiosos y sin término en que perdían sus escasísimos recursos económicos y malgastaban su tiempo, sin llegar jamás a resultados favorables para el indio. De esa manera Ucureña y sus interventores estaban cada día sobre el pensamiento, el trabajo y las obras del pueblo y de los dirigentes sindicales campesinos de todas las haciendas de las provincia. Con ese control tan completo, los pueblos parecían cuarteles y los habitantes, soldados, que se levantaban temprano y se recogían a la hora de la queda establecida por el cuartel campesino, controlada en su cumplimiento por las rondas de sus patrullas. Los pequeños negocios de comida y bebida, los cines y otros establecimientos de diversión, suspendían temprano sus actividades, perjudicándose en el monto de sus ingresos económicos diarios. Los contraventores, aprehendidos por las patrullas, recibían severos castigos de arresto por varios días en el cuartel de milicias. Por eso, los habitantes de los pueblos, vivían con temor constante de los campesinos, sus milicias, sus patrullas y el cuartel. Los campesinos, de su parte, se sentían muy satisfechos del miedo que inspiraban, por considerarlo la expresión del poder que ahora tenían, derrochándolo con o sin motivo, como dinero llovido del cielo.

III

A los enemigos del régimen, esa forma abusiva de ejercer el poder les parecía intolerable, porque implicaba el desconocimiento gratuito de las leyes y los derechos de la persona humana y la familia. Decían que estaba al margen de todo principio racional y que era inaudito que se admitiera la presencia de una extraña autoridad con poderes dictatoriales totalmente arbitrarios, delegados no se sabía por quién, a favor de simples dirigentes sindicales campesinos para que impongan su voluntad o caprichos, directa o indirectamente, sobre los propietarios agrarios, con la amenaza del terror; y sobre

Librodot

los humildes campesinos de base y los vecinos de los pueblos, con la violencia y la disciplina cuartearía de la milicia y el silencio cómplice del gobierno que ante las denuncias y demandas formuladas por las víctimas del sistema mantenía actitud de indiferencia.

Sin embargo, esas relaciones de gobernantes y gobernados, no eran nuevas en el ambiente campesino, Lo hacían así, los patrones con ellos y era también la forma de actuar de las autoridades provinciales de todo tipo y jerarquía de todas las épocas de la historia del país, de antes del nueve de abril. Las relaciones humanas en las comunidades campesinas , se desenvolvían también de ese modo. La verdad es que, en tal sentido, no hubo en el país en ninguna época, otra forma de relación entre la autoridad y el pueblo o de los sectores sociales de arriba y abajo. El respeto de las leyes por gobernantes y gobernados era un sueño todavía no realizado. Los gobernantes y las gentes de raza blanca, se situaron siempre por encima de las leyes (herencia de los españoles de la colonia) en tanto que los gobernados, sentían con más rigor el peso de las leyes, al margen del poder del dinero y de las influencias sociales, que en este país podían más que en otros. Los derechos de la persona humana, solo se reconocían y respetaban para grupos de privilegio de terminada raza.

En realidad, con la revolución, El país solo cambio de propietario. Ayer, antes de la revolución de abril, sus dueños eran los criollos y algunos mestizos ricos, o sea, los que imponían entonces sus intereses y ambiciones personales, de casta o grupos sociales, conforme a la ley o a pesar de la ley, pacíficamente o por la violencia. Ahora, dentro de los límites de las provincias, eran los indios los que hacían eso. La tortilla se cocía por el otro lado, pero solo por unos años.

Por eso, quién quisiera desempeñar algún papel en la nueva organización social y administrativa provincial, tenía que hacer méritos ante los indios y actuar después bajo su mirada vigilante y desconfiada. Para eso estaba el poder de Ucureña, de José Rojas Guevara y los dirigentes de su confianza.-

IV

Que el sistema era viable, a pesar de sus características tan extrañas para la época, queda demostrado por el hecho de que la zona sindical de Sinforoso Rivas, que no lo conocía, desapareció a los cuatro años de haberse hecho cargo de ella ese dirigente, en tanto que la de Ucureña y Rojas, no solo que prosperó, sino que a su tiempo se amplió en ámbitos geográficos nuevos del departamento primero y luego, sobre gran parte del territorio del país.

En 1964, después del golpe de estado que alejó al MNR del poder, el sistema sobrevivió. Incluso, los militares del pacto militar-campesino lo admitieron durante los primeros gobiernos de su régimen.

Librodot

DON JULIO PAZ SOLDAN

Con el tiempo, se apaciguaron los resquemores a que dió lugar la reforma agraria.

Un día, cuando fui a la ciudad de Cochabamba, lo encontré a mi ex-patrón don Julio Paz Soldán, paseándose con sus amigos, también ex-propietarios y desterrados de sus fincas, por las veras de los jardines de la plaza de Armas. No bien me vió, se desprendió más que deprisa de su gente y vino a mi encuentro, sin despedirse de nadie, ni ofrecer ni dar explicaciones a los que dejaba con tanta precipitación; luego, tomándome de las manos con alborozo, me dijo:--Pascual, ¿cómo esta Collpa Siaco? ¿qué de nuevas cosas han hecho en ella? Sin esperar respuesta de mi parte (que parece no le importaba) prosiguió formulando otras, con la vehemencia inicial --¡cómo quisiera estar ahora mismo en la propiedad! ¡Ay, hijo!, no sabes cómo me siento de mal. Desde que vine a refugiarme en esta ciudad, el único lugar en que mi alma puede hallar sosiego, en las horas perdidas del día que son las más, es en esta plaza; las más de las veces, tomo asiento en uno de esos bancos, solo, y me pongo a contemplar las frondas verdes de los árboles, las yerbas lozanas y las flores que de cultivadas parecen de papel. Es solo por eso y porque de algún modo me traen a la memoria gratos recuerdos del campo y de la propiedad, que estoy aquí todos los días--Me tomó del brazo y me llevó sin rumbo, lejos de sus amigos, hasta unos bancos de piedra, donde nos sentamos en uno de ellos con cierta placidez y abandono. Allí, sin aguardar a que yo abriera la boca, retornó a su precipitado monólogo lleno de interrogaciones.

--¡Cómo expresarte mi desgracia, Pascual!--dijo--Siento aquí, en esta ciudad, que me ahogo como un pez fuera del agua. Pascual, me estoy muriendo. Y no es por que sufra o me sienta enfermo de algo.¡Gracias a Dios y a Collpa Siaco, disfruto todavía de salud! La verdad es que con el tiempo que pasa, tomo más conciencia de que se me está desintegrando el alma. Les consta a tí y a todos los de Colpa Siaco, que mi vida ha sido siempre el campo, las plantas , nuestros animalitos, las chacras..¿Qué sentido puede tener para mí, vivir fuera de Collpa Siaco? Cuando me doy cuenta de que estoy reducido y hasta condenado definitivamente a dar vueltas en esta plaza, como perinola enloquecida, repitiendo con mis viejos amigos que sufren del mismo mal que yo, lamentos y quejas semejantes, todos los santos días de Dios, pienso que antes de morir, ellos y yo, perderemos irremediablemente la razón. Yo, igual que tú y todos tus compañeros, no soy acaso campesino, también? Nada es de mi agrado, lejos del olor y del sabor de la tierra. Cómo añoro los gratos afanes de la siembra, el cultivo, el riego y las cosechas. Que soy yo sin Collpa Siaco. Esa propiedad es lo único que amé desde mi niñez. Ahora mismo creo que mi vida para seguir teniendo valor y ser útil y necesaria, tiene que ser parte activa del ciclo anual de la tierra; de esa tierra que con el tiempo y las estaciones, se viste y se desviste bajo nuestro mirar sorprendido, llenándonos al mismo tiempo de gozo y de tristeza...Pascual, tienes que decirles y no solo decirles sino convencerlos a tus compañeros que me dejen volver al pueblo de Arani y desde allí, bajo solemne juramento, me den la libertad de visitar la propiedad una vez por semana. Te

Librodot

digo que solo de ese modo, recobraré un motivo para seguir viviendo. Solo por ese medio, recibiré de nuevo el aire del campo que le hace tanta falta a mis pulmones, la mirada tierna de los cielos amplios, altos e infinitos de esas tierras, el contacto tibio y penetrante de las lluvias, el tacto áspero de las verdes yerbas, el vigor misterioso de la grama eternamente vigorosa que se llena de la noche a la mañana en las acequias, a pesar de nuestras campañas desmedidas para extirparla...¡Ah! Todo está presente en mi cabeza, mis ojos, mis manos y mi dolorido corazón. Don Julio temblaba como una hoja seca arrancada por los vientos desbocados de su tierra de Arani, lleno de sentimientos contradictorio, en tanto que brotaban sin medida las palabras de sus viejos labios ajados, como las aguas tibias que se precipitan con la tormenta de los collados. Yo lo escuchaba desconcertado, conciente de mi incapacidad de modular una miserable palabra que se acomodara a la situación de esa persona y de ese momento. Repíteme me acuerdo, mecánicamente, unas frases descoloridas carentes de todo hálito convincente. Don Julio, me escuchó con gentileza pero no les dió ninguna importancia, incluso a las noticias e informaciones de Collpa Siaco con quise como niño, desviar su atención de las imágenes obsesivas que llenaban su mente. No era difícil colegir que lo que yo podía entonces decir, tenía que ser necesariamente ajeno de aquello que esperaba don Julio para su atormentado corazón.

Dejamos el banco en silencio, apartándonos del lugar profundamente sumidos en nuestros pensamientos, como parece que hacían por hábito inveterado los ex-propietarios que como fantasmas rondaban por ese parque; dimos todavía unas vueltas por los pasajes umbrosos y tristes de la plaza. A ratos, como reflujos desbordados de los sentimientos contradictorios que colmaban su espíritu, profería de súbito nuevas preguntas que sabía de antemano que no tendrían respuesta ni entonces, ni después. La verdad es que don Julio Paz Soldán, con el pretexto de mi presencia tan circunstancial, hablaba consigo mismo de un Collpa Siaco totalmente imaginario que solo existía en su mente. Don Julio, no era de los propietarios que vivían obsesionados con la idea de recuperar de cualquier manera los bienes rústicos de que se los despojó con la reforma agraria. ¡No! Sufría él la ausencia de un bien que amaba. Un bien que tuvo desde su niñez que a sus sesenta o más años de existencia, veía apartarse y perderse de su lado para siempre.

La propiedad de que hablaba don Julio con tanto sentimiento, más que una pertenencia de una cosa externa, tenía algo más de íntimo, como una relación de los órganos del cuerpo o de una parte del alma con la persona. Esa actitud, rara y totalmente extraña para los blancos y para los habitantes de las ciudades, resultaba totalmente entendible para mí,. Es de esa manera y con esos alcances que los indios se identifican con la tierra, incluso en aquellos casos en que no existe el vínculo del derecho propietario. Al indio, en esos casos, para que se presente ese sentimiento de intimidad con la tierra en que vive, resulta suficiente la ocupación, el hecho de haber nacido en ella o que los abuelos y los padres la hayan trabajado, construyendo en medio de ella una choza miserable donde contemplaron el crecimiento de su familia y su miseria. Por eso, la añoranza desesperada de don Julio por Collpa Siaco, era totalmente comprensible para mí, porque ser un sentimiento indio.

Librodot

Poco tiempo después de ese encuentro casual, supe que murió mi ex-patrón don Julio Paz Soldán, como supongo que han debido morir sus amigos de la plaza de Armas de la ciudad de Cochabamba, aquejados de hastío, añoranza y soledad.

Con la muerte de esos ex-propietarios, exiliados a deshora de su mundo; de ese mundo que entonces estaba en trance insalvable de morir y desaparecer del mundo real, pasando a la historia como una etapa larga, de cinco siglos, de existencia feudal y paternal, en esos valles tan pequeños, tan disputados y tan pobres de Cochabamba.

Librodot

ZAPATA

I

Zapata era maestro de la escuela de la pequeña población de San Benito situada al norte del pueblo de Punata, a los pies de las estribaciones de la cordillera. No sé si estudió su profesión en alguna escuela normal o era sólo maestro que enseñaba por afición y necesidad.

De mediana estatura, andaba siempre tocado de su sombrero negro de alas anchas, tiznado por la grasa de su propio sudor y por el polvo de los caminos que transitaba con gusto. Era de esos hombres que nacen viejos y viven y mueren de la misma edad. En su rostro ancho y cuadrado, dividido en dos partes desiguales por la raya oscura del bigote que lucía como hisopos horizontales negros y espesos que, partiendo de la base de la nariz, remataban con sus puntas elegantes, más allá de las comisuras, en el vacío. Su tez oscura, casi negra; sus trajes cotidianos del mismo color y en pocas ocasiones, grises. Su rostro seco y duro de persona amargada. Sin duda, no era quechua puro. Los ojos negros, las cejas espesas y la cada a medias barbada, llevaban improntas de otras razas; pero, su espíritu, su rencor silencioso, su hambre de justicia y su alma desequilibrada pero tranquila, eran totalmente indios. Cuando lo nombraron secretario general del sindicato campesino de San Benito, recibió el cargo como la expresión de la voluntad divina, comprometiéndose más que ante los otros, ante sí mismo, desempeñarlo con celo y voluntad. Zapata, abandonó de inmediato la atención de la escuelita en que enseñaba a niños, para dedicarse por entero en el sindicato a la conducción de hombres.

II

Zapata visitó mi oficina a sólo días de su consagración como dirigente campesino, con el propósito de contratar mis servicios de abogado para el trámite agrario de afectación de los terrenos de "Doctorjallpa". En calidad de antecedente para la demanda, me contó que antes de la construcción del camino pavimentado de Cochabamba a Santa Cruz, en las tierras aledañas a la cordillera del límite

Librodot

norte del valle alto, había un extenso gramadal salitroso que sólo servía como terreno de pastoreo de ovejas, vacas, asnos y otros animales de los vecinos que vivían en esa zona y que lo hacían con la mayor libertad y sin que nadie osara oponerse o reclamar sobre esos terrenos ninguna clase de derechos. Entonces me aseguro Zapata que en esos terrenos, realmente extensos, no había propietarios y menos hacendados. ¡Para qué, se preguntó y respondió el dirigente, ¿sí esas tierras no producían nada? Después de 1942, cuando el camino cortó en dos partes esas tierras con su trocha, dejó arriba, al norte del camino, la cordillera con sus lomas de tierra y piedra, atravesadas por docenas de torrenteras y cubierta en parte por manchones de sotos y bosquecillos de algarrobos, molles, jarcas y otros árboles ordinarios. Abajo, al sur del camino, quedó el gramadal salitroso vacío.

El camino, presentaba un canal de desagüe de cemento y piedra, donde topaba con una torrentera, descargándose por esos canales las aguas turbias y lodosas de las lluvias tropicales que descendían de los cerros, arrastrando ingentes cantidades de limo que se echaba más allá del camino, sobre la pampa y el gramadal, hasta que las enterró en poco tiempo bajo espesas capas de un fértil relleno. En pocos años, desapareció el gramadal y apareció en su lugar, un terreno de centenares de hectáreas de tierras de primera clase en que personas desconocidas comenzaron a cultivar diversas clases de granos y hasta instalaron huertos de frutales. Como era de esperar, se presentaron de la noche a la mañana para esas tierras, decenas de propietarios y hacendados que exhibían sus títulos, unos con más ambiciones que otros, descollando por su avidez, en la zona de San Benito, los abogados de Punata. Zapata, sonriendo, me preguntó si no quería conocer el sistema con el cuál se las arreglaron esos abogados para disponer de títulos de propiedad de esas tierras. Sin duda, quiero, le respondí, también sonriendo. Conocer esa técnica sería sin duda una ventaja que me permita en un futuro próximo apercollar beneficios parecidos o mejores a los de los abogados de "Doctorjallpa". Bien, dijo Zapata, pero quiero también contarle lo que sé de la finca "Vacas" de Arani que en algo se parece a lo que pasa en San Benito. Como sabe, los compañeros de la finca municipal de "Vacas", no usan ese nombre para referirse a su propiedad. Para ellos, esa hacienda se llama "LA SOBRA" y...¿por qué La Sobra? Dicen que cuando se constituyó la finca en la época de la colonia era extensa, tan extensa que para conocerla en toda su extensión, había que caminar meses sobre la línea de sus colindancias. Esa finca, desde la fundación de la República hasta la revolución de abril, se fué empequeñeciendo de tal manera y en tales proporciones que en la última época anterior a la reforma agraria, su extensión superficial era menos de la cuarta parte de la que tuvo inicialmente, por obra y gracia de los numerosos arrenderos que pasando por ella, le quitaron pedazo a pedazo grandes extensiones para formar en su entorno un rosario de haciendas privadas, hasta dejarla en lo que es ahora y por lo cuál, los indios, la llaman "La Sobra".

Esa técnica debidamente depurada y afinada, se aplicó también en la finca "Cliza" de las monjas de Santa Clara y en San Benito y otras propiedades del Estado, las alcaldías municipales, la iglesia y otras instituciones. Algunas haciendas nacieron de esa manera, como quistes malignos

Librodot

surgidos en los entornos de las fincas de entidades públicas. Ahora le puedo decir por qué los indios de San Benito le pusimos el nombre de "Doctorjallpa" a los terrenos de esa zona que se habilitaron para la actividad agraria con la construcción del camino. Como usted sabe, los indios no le damos cualquier nombre a las regiones y lugares, como lo hacen los criollos. Para ellos, cualquier nombre es bueno. Para el indio, no. El nombre que elige el indio tiene que identificar y precisar la diferencia de la cosa nombrada. Por eso, cuando los doctores de Punata, se apropiaron de la mayor parte de los terrenos de San Benito, los campesinos le dieron a esos terrenos el nombre de "Doctorjallpa" (tierra de los doctores), haciendo broma, expresando rabia o demostrando bronca a los nuevos patrones.

III

En el trámite preparatorio de afectación agraria de "Doctorjallpa", el presidente de la junta real, campesino Pedro Pablo, fijó día y hora para la audiencia que debía llevarse a cabo sobre los terrenos de la propiedad denunciada, conminando a los doctores a solicitud de los demandantes, presentar en la audiencia sus títulos de propiedad. Audiencia a la cuál sólo compareció como defensor un abogado que resultó ser dueño de treinta y cinco hectáreas de terreno en "Doctorjallpa". Los títulos que exhibió fueron ridiculizados por los miembros de la junta, los dirigentes campesinos y sus abogados defensores. Los campesinos, supuestos propietarios anteriores de esos terrenos, declararon que los documentos de venta exhibidos en la junta se referían a transferencias de terrenos de una arrobada o menos, en cada caso, y que cuando se las formularon para la venta a cada comprador se le informó que los vendedores no tenían títulos de propiedad de ninguna clase.

Una semana después, Zapata fué agredido e insultado por un abogado. El dirigente no respondió al ultraje, tampoco sentó denuncia del hecho ante las organizaciones campesinas ni los organismos de seguridad y justicia del Estado. Por lo demás, el hecho, tal como ocurrió, era una evidencia más de los cambios que vivía el mundo indio del valle. En otras circunstancias, antes de la revolución, no sólo hubiera habido una tentativa de agresión. El sistema, habría dado fin violento al dirigente y su demanda, encarcelándolo después de la paliza rectificadora de los procedimientos insolentes de los indios que desconocen la respetabilidad de los derechos de los doctores.

Lo cierto es que la lonja de terrenos que se extendía del camino pavimentado hasta cerca de Santa Ana, el río Sulti y La Loma, con una extensión de varios kilómetros cuadrados de superficie, pasó a ser propiedad de los campesinos de San Benito.

El denuedo de Zapata, su mente ordenada de maestro de escuela y su meticulosidad de hombre obcecado en que debía haber justicia para el indio, hicieron posible que ese dirigente semi-indio y semi-blanco, consiguiera con la correcta aplicación de la ley de reforma agraria, la desaparición de "Doctorjallpa".

Librodot

DON ABDIAS

I

Don Abdías, era dueño de tres haciendas en Sicaya y las alturas de Arque, con más de un centenar de colonos. Contaba él que era hijo de una familia pobre y que en su niñez y parte de su ya lejana juventud, pasó momentos de verdadera necesidad pero que, cuando empezaba a estudiar leyes en la universidad de Cochabamba, como llovido del cielo, recibió en herencia, las tres extensas fincas agrícolas que tenía ahora en propiedad. Con esa inesperada fortuna, me dijo, dejé en el acto las aulas universitarias y me dediqué de lleno y por siempre a la agricultura.

Hombre de pocas luces y de muchas ambiciones, debió alejarse sin mucho pesar de los libros, concentrando con agrado y voluntad, toda su atención y tiempo a sus nuevas actividades. Casado desde muy joven, tenía hijos e hijas que, en tanto él administraba personalmente las propiedades en el campo, quedaban con la madre en la casa que compró en un barrio de clase media de la ciudad.

Este nuevo hacendado, sustentaba con extraordinaria vehemencia las ideas ultra montanas de la clase a que ahora decía pertenecer con orgullo; ideas que no obstante de su manifiesta simpleza, resultaban objetivas y duras como las rocas y las peñas de las montañas de sus propiedades. Proclamaba que el indio no formaba parte de la especie humana. Con generosidad, admitía alguna vez que este ser inofensivo y doméstico, ayuno de razón y sentimientos y sin átomo de entendimiento, era cuando más una forma especial de semoviente. Entonces, para qué hablar de refinamientos abstractos, ¿cuando se trata de las cosas del indio?, decía. Su lenguaje, como saben todos los que conocen sus idiomas, no cuenta con expresiones suficientes con las que se pueda traducir las ideas que están presentes en todos los idiomas civilizados que abren, junto a la realidad sensible, el mundo del espíritu, expresaba con todo aplomo, cuando se ocupaba del indio, en sus largas y amenas conversaciones de sobremesa. Alguna vez, dirigiéndose a mí y haciendo gala de la firmeza de sus conocimientos sobre el indio, reiteraba el tenor de sus exposiciones anteriores, agregando que para dominar todo lo relativo a este ser, no era necesario vivir uno o más años con él. Uno o dos meses

Librodot

decía que basta para entender el haz y el envés de ese ente tan simple y sin complicaciones que habita en nuestros campos como los otros animales originarios de esta parte del globo.

Hay que decirlo sin reservas, repetía, don Abdías, seguro de sí mismo, que si no fuera por nosotros que lo guiamos y hasta se lo pensamos, esta sería la hora en que con total falta de sensibilidad y de criterio, lo destruiría todo en un santiamén. Mienten los que dicen que están sometidos a nosotros y que los explotamos. La verdad es que los que dicen eso, están fuera de la realidad. Es por su bien, por el bien del indio, y de ningún modo por nuestras conveniencias personales o de clase, que los tenemos bajo nuestra protección. ¿Qué se puede explotar en el indio? El ínfimo rendimiento de su capacidad de trabajo? Su productividad es igual o menor al de un caballo, un asno o un buey, puramente mecánico. Lo que produce no alcanza a cubrir el valor de lo que consume. Es por tradición; es por conservar una tradición del país que los mantenemos en nuestras tierras, olvidando incluso la integridad de nuestros propios intereses, ya que si hemos de hablar con frialdad respecto de esos intereses, deberíamos de una vez por todas proceder al cambio de la fuerza de trabajo del indio por equipos de maquinaria. En ese caso, ¿qué haríamos con esos infelices desplazados? Sin la protección del blanco y sin la condescendencia generosa del propietario, terminarían indefectiblemente muriéndose de hambre. ¿Dónde irían? Los indios son como nuestros hijos, menores de edad por toda la vida. Nada pueden hacer sin nosotros y nosotros, tenemos para con ellos, un deber sagrado que nos ha impuesto la divina providencia, con la obligación ineludible de protegerlos, alimentarlos, vertirlos, en una palabra, criarlos y aguantarlos desde su nacimiento hasta la muerte, a nuestra costa. Sin embargo, los políticos falaces, los izquierdistas a la violeta, los defensores de la humanidad que en los hechos no saben ni ganarse su propia vida con decencia y responsabilidad, nos endilgan sentimientos y ambiciones que no tenemos; todo, porque ignoran lo que es realmente el indio. De otro modo, cómo puede explicarse usted que personas que sólo conocen al indio de palabra o que se lo imaginan desde la distancia de sus escritorios, se atrevan a ocuparse de nosotros los propietarios para denigrarnos inmisericorde y gratuitamente?

Don Abdías, con esas ideas, manejaba a los indios de sus tres propiedades, con rigor y mediante órdenes que no admitían dudas mi observaciones. Sus mandatos debían ejecutarse mecánicamente al margen de toda iniciativa o creatividad.

II

Ese día se iniciaba la siembra de trigo. Era más de las ocho. El tiempo pasaba con velocidad incontenible. Don Abdías, impaciente, esperaba que de una vez comenzara la faena.

-¡Qué pasa Manuel!, por qué no comienza la siembra? -interrogó el patrón con insistencia al hilacata.

Librodot

-Patrón -respondió el hombre -todo está listo y debimos comenzar el trabajo hace mucho, pero pasa que Hilario tiene algún contratiempo. Parece que se le reventó la correa de su ojota y...

-¡Qué carajo! -exclamó indignado, rojo de ira, el propietario, interrumpiendo la palabra de su administrador. Luego, se dirigió al lugar donde Hilario trataba de reparar con afán su calzamenta deteriorada.

-¡Qué pasa Hilario! -preguntó el patrón, aproximándose al indio y observándolo de hito en hito, en tanto el hombre trataba de darse prisa en superar de cualquier modo su percance.

-¿Desde cuándo precisas tú imprescindiblemente de ojotas para caminar?, preguntó el patrón con voz llena de sorna y de rabia. Antes que el indio atinara a responder a una de las preguntas lanzadas a él como tiros de metralla, el patrón dijo: -¡Carajo indio! ¡Faramalla! Tira lejos esa mierda de ojota y toma de inmediato la mencera antes de que pierda la paciencia y te rompa la crisma a patadas. Crees tú que todos esos hombres se van a quedar de pié por horas, en tanto el caballero Hilario se digne de arreglar su bella ojota y pise de nuevo la tierra con sus pies resguardados de señorito? El tiempo pasa y tú estás demorando irresponsablemente el trabajo de los demás. ¡Anda! y de inmediato toma el arado. El indio abrumado por la catarata de ofensas de su patrón, sin proferir palabra, tirando la ojota fuera del campo de labranza, se incorporó con su yunta a la larga columna de bueyes y arados que esperaban comenzar la siembra. La labor desde ese momento, prosiguió hasta el fin sin otros contratiempos.

Horas después del incidente, el patrón recibió de un indio allegado suyo, la siguiente amenaza de Hilario: "Que espere. No estamos ya en los tiempos en que los patrones hacían lo que querían con sus colonos. No pasará mucho tiempo antes de que reciba su merecido como recibieron hace poco, los patrones abusivos del lago Titicaca".

Don Abdías sabía que a mediados de la década del cincuenta, poco después de las desatinadas leyes del presidente Villarroel a favor de los indios, según decía, hubo varias sublevaciones de indios aimaras de Jesús de Machaca y asalto a las casas de hacienda de varias fincas, habiendo culminado el atropello en una tragedia: El incendio de varias casas de hacienda y la violación y muerte de las esposas e hijas de algunos propietarios. Comprendió rápidamente el sentido y alcance de la amenaza, llenándosele de sangre la cara con la ira que de pronto le embargó, pero no dijo nada a nadie luego de oír la amenaza del indio ofendido. La faena agraria prosiguió hasta el final. Cuando comenzaban a retirarse los trabajadores, don Abdías, tranquilo y sereno, hizo llamar a Hilario, pidiéndole, solícito, su ayuda en el traslado de los enseres que se devolvían a la casa de hacienda desde el campo de la siembra. El indio, sin chistar palabra a la orden, como era costumbre, empino a sus hombros un mueble y se dirigió a la casa de hacienda, seguido del propietario.

Ya en la casa, el patrón, ardiendo de cólera, lo increpó al colono.

-Conque indio maldito, te antojaste quemar mi casa, robar mis bienes y no contento, amenazas con violar y matar a mi esposa y mis hijas? Carajo, no tendrá ninguna de esas satisfacciones, porque

Librodot

ahora mismo he de molerte los huesos a patadas y mandarte al infierno en calidad de carroña. Sin más palabras, lo agredió a golpes de puño y puntapié; que el indio, como era de rigor y costumbre, recibió sin proferir ninguna expresión de protesta y sin más reacciones que las quejas de dolor. El indio que a los primeros golpes, quiso justificarse con lágrimas en los ojos, no por el dolor físico sino por la humillación que conllevaba la agresión, selló luego sus labios y se sometió al ataque. Después, cuando el patrón agotado de cansancio, dejó de golpear a su víctima, que permanecía tirado en el piso, sin sentido y cubierto de su propia sangre como muerto, con varios huesos rotos y probablemente algunas viseras lastimadas o destruidas. Y ¿cómo nadie se atrevió a interceder a favor del indio durante la paliza?, fué el mismo propietario, según sus propias expresiones, el primero en levantarlo, reanimarlo y curarlo.

Tiempo después, se constató que tenía varias costillas fracturadas, una hemorragia estomacal que le produjo vómitos y dolores intensos y hematomas sembradas en todo su cuerpo. Sin embargo, el indio, como los animales o semovientes, como decía don Abdías, se repuso por sí mismo, sin curaciones de ninguna clase pero muy lentamente y sólo en parte; su aspecto en general, no era de una persona sana. Hilario, la verdad, se agostaba poco a poco al influjo de alguna lesión interna no curada que lo destruía paulatinamente. Don Abdías, olvidando sus resentimientos para el indio, decidió llevarlo a la ciudad y someterlo a un tratamiento médico y hasta algunas operaciones quirúrgicas conque muy difícilmente y en tiempo muy prolongado, le devolvieron al colono en alguna medida su salud. Al cabo de un tiempo, volvió el hombre a la propiedad y a la casa de hacienda. Don Abdías, quiso despacharlo a su casa y su familia, pero Hilario se negó a dejar la casa de hacienda, aduciendo que como el patrón fué quién lo rescató de la muerte con su buen corazón y su dinero, consideraba él de su deber pagarle sirviéndole de por vida, de día y de noche, hasta que se acabara su vida o la vejez lo privara de su capacidad de trabajo, en señal de gratitud. Dijo además, que quería demostrar de ese modo que nunca hubo la amenaza contra el patrón y su familia y que todo era calumnia y falsedad que no pudo lamentablemente demostrar oportunamente por la velocidad conque se precipitaron los acontecimientos desde el día de la siembra de trigo. Don Abdías, conmovido por la actitud del indio, le expresó: -Sabía yo, Hilario, que tu amenaza era sin duda una reacción injusta y desproporcionada pero que de ningún modo expresaba tus verdaderos sentimientos hacia mi persona, mi familia y la casa de hacienda. Así lo entendí, pero no dejé de enfurecerme cuando la oí en un momento de total prevención contra tí. Ahora que todo ha pasado, seremos nuevamente buenos amigos, creo que nos entenderemos mejor; por eso, admito y estoy conforme con tu decisión de quedarte en la casa de hacienda para servirme, porque creo que esa es la expresión sincera de tu voluntad. Esa actitud tuya, me llena de felicidad porque en el fondo ustedes los colonos son parte de mí mismo y como mis hijos. No es fácil ser propietario. Lamentablemente, no todos saben ni conocen la complejidad de la situación que pesa sobre nuestros hombros de propietarios que debemos alimentar y vestir a familias

enteras aunque los tiempos sean malos y la propiedad no tenga producción o las cosechas, se pierdan en su integridad o parte, porque los colonos deben subsistir, vivir y sobrevivir.

-Tata -repuso el colono -todo el tiempo que estuve al cuidado de tu familia, de los médicos, enfermeras y monjitas del hospital, pensé mucho sobre todo lo que últimamente ha sucedido. Se ahora que nunca debí ofenderte ni con el pensamiento, porque yo no soy nadie para hacerlo. Fué de mi parte una actitud desmedida el sólo querer frenar con mis caprichos los trabajos de la siembra; tu reacción violenta era justa y no podías haber hecho otra cosa conmigo en la situación a que yo mismo irresponsablemente di lugar. No puedo ni debo quejarme jamás de lo que ha sucedido. Podías haberme matado con las lesiones graves que en poco tiempo habrían acabado con mi vida o incapacitarme de por vida para ganarme el sustento del día. No lo hiciste. Por el contrario, me llevaste caritativamente con tu dinero a los médicos y los hospitales y me mantuviste sin reservas hasta que recuperé la salud. Todo eso es expresión de tu buen corazón y tu desprendimiento generoso para con un pobre indio como yo. Por eso, Tata, he resuelto servirte. Ni mis padres, ni mis familiares, habrían hecho otro tanto; unos, porque no tienen con qué hacerlo, y los otros, porque para ellos yo no valgo tanto como para que inviertan sus dineros en mí, si es que los tienen. Sabes, patrón, que nosotros los indios, no sólo no valemos nada para los blancos, sino que los mismos indios nos valoramos en mucho menos que los animales, Tata, trataré de serte útil y necesario a fin de merecer de alguna manera tu consideración, cubriendo el costo de mis necesidades con el valor de mis servicios, sin que jamás llegue a ser honeroso para tí o la hacienda. Don Abdías, aceptó las palabras y los servicios de Hilario y lo dejó vivir desde ese día en la casa de hacienda, como mozo de servicio permanente o "huataruna".

III

Don Abdías, cómodamente sentado en un sillón del living de su casa, comentaba: -El día de la revolución de abril estaba yo en la ciudad, pero mi esposa y una de mis hijas que viajaron a la propiedad semanas atrás, fueron sorprendidas por ella en el campo. A su retorno, me informaron que en esos días en la propiedad no hubo elección de ninguna clase. Hilario, asumió de hecho la representación de sus compañeros, notificándolas de inmediato a mis familiares que debían abandonar la casa de hacienda, llevándose cuando más sus efectos personales, sin desmantelar de ningún otro bien la casa. No hubo abusos de ninguna clase. Parece que incluso hicieron gala de trato comedido con mis gentes, acompañándolas hasta la estación del tren y ayudándolas a embarcarse, con expresiones de despedida como en los viejos tiempos. Desde entonces, no he llegado más a mis propiedades ni creo que lo haga en el resto de mi vida. Es cierto que el indio falaz me ha invitado reiteradamente por medio de otros ex-colonos que vinieron a buscarme, tal vez con ese sólo motivo. Me informaron que tanto la casa de hacienda como los bienes muebles de mi propiedad, están intactos; pero yo sé que todo eso es el sebo conque pretende cogerme y llevarme al sitio en que debo pagar la

Librodot

deuda de palos y humillaciones que Hilario quiere cobrarme por todos los medios, desde hace más de diez años. Ese fué el único fin conque me ha servido al pensamiento y me ha mirado y remirado todos los días posteriores a la golpiza que le di. Confieso que no fui un patrón de seda. Nadie que esté en su sano juicio puede serlo con los indios ignorantes e incapaces. El rigor en la hacienda era una necesidad, como el reconocimiento y la gratificación de las buenas y provechosas iniciativas del colono, cuando las había. La clase de propietario sentimental y débil de carácter, nunca mereció el respeto de los mismos indios. Están hechos para el rigor. Los que hablan del campo, en su mayoría, lo hacen de memoria, sin conocer realmente al indio. Por lo demás, prosiguió, reflexionando con calma, todo esto estaba previsto desde el año 1945, cuando el "candelero" concentró en la ciudad de La Paz, por primera vez, a cientos de dirigentes indios en el llamado primer congreso indigenal, bajo la dirección de agitadores y demagogos como Chipana Ramos. Ese fué el punto de partida de lo que ha culminado el 9 de abril de 1952, después de diez años, con la destrucción definitiva de nuestra actividad agraria. Pronto, revolucionariamente, tendremos que importar patatas, trigo y maíz que son los productos primordiales de nuestra alimentación. Los indios, por sí mismos, sin la inteligencia del propietario, jamás podrá producir nada. Se acordarán de mí porque digo que el indio no conoce el orden ni sabe de responsabilidad. ¿Cómo puede prosperar una industria tan importante como la agricultura en manos de los indios? Solo los demagogos que todo lo convierten en palabras hueras, podían haber llevado al país a semejante descalabro. Pronto lamentaremos, como lo lamentarán los mismos indios, cuando se den cuenta que la presencia del propietario no era un capricho ni un ornamento como se ha dicho por ignorantes maliciosos y sobre todo por los que quieren vivir sin trabajar, los políticos.

En mis propiedades era imposible la mecanización; para trabajar en ellas, no había otro recurso que la mano de obra o la fuerza del trabajo humano, con la ayuda de bueyes de bajísima alzada por el declive de los terrenos.

Se ha dicho que los propietarios tuvimos un "preaviso" de diez años, de 1943 a 1952, y que los mismos propietarios por iniciativa propia, debimos buscar y hallar las soluciones para el problema agrario del país, incluyendo la suerte del indio. Se dice que tozudamente y con ensimismamiento, en vez de proseguir las reformas iniciadas por el gobierno de Villarroel, quisimos volver al pasado, exacerbado la resistencia india con la reposición de los servicios personales gratuitos, el pongueaje, y mitanaje, castigando además inmisericordemente a los dirigentes que tomaron parte en el primer congreso indigenal, echando a la calle a sus familias para que se mueran de hambre, en tanto que los dirigentes que fueron apresados y llevados a lugares tropicales inhóspitos se morían, sin que nadie hubiera formulado la más mínima reclamación por esos hechos criminosos. Todo es verdad. No fué posible pensar en esos diez años en los problemas específicos indicados. Consta a todos que en ese tiempo, nos enfrascamos en una lucha política sin cuartel contra el partido político que cooperó con Villarroel 1943 a 1946, defendiendo precisamente las medidas que ahora están aplicando bajo el rigor

Librodot

de la violencia y la amenaza, ignorando los derechos de propietarios mineros y agrarios, con el falso argumento de que todos, antes de ahora, vivíamos de la plusvalía del trabajo del indio y del obrero minero. No sé lo que es la plusvalía pero sé que ha terminado con la revolución, una etapa importante de la vida del país y que nosotros, los propietarios de haciendas, como pasará seguramente con los mineros, dejaremos de ser los actores de la economía del país, retirándonos de la vida activa a nuestros hogares a esperar resignadamente la muerte y el olvido.

EL TURCO MANUEL

Librodot

Noche antes fuimos acuartelados, bajo sospecha de amago de golpe de estado.

Ese domingo amaneció diáfano; aunque el cielo desde temprano, se iluminaba y ensombrecía con el paso lento de inmensos bancos de nubes oscuras que bogaban a baja altura sobre nuestras cabezas, disponiendo nuestros ánimos para la bruma húmeda de la tormenta o para un día claro de sol, indistintamente; pero eso y otras cosas de ese fin de semana, carecían de importancia para nosotros. El día anterior y la noche, comimos poco. En realidad, no comimos, o casi no comimos, porque no había qué comer, porque el cuartel no disponía de un centavo para ese fin. Tal vez por eso, el comprensivo comandante del cuartel de milicias campesinas de Punata, poco después del mediodía, dejó en libertad a la guardia y autorizo su retorno a sus ranchos de origen. Con esa franquicia, los de Aramasí, nos preparábamos para el largo viaje de vuelta a nuestras casas a muchos kilómetros al sur del pueblo. De pronto, Inturias, nuestro auxiliar punateño, nos informó que en la propiedad del Turco Manuel de Camacho Rancho, no muy lejos del cuartel, estaba reuniéndose un grupo de conocidos rosqueros para un día de campo y que desde temprano con ese objeto sus criados llevaron al lugar escogido, mesas y sillas, dos corderos grandes sacrificados, verdura, varios recipientes de chicha escogida y guitarras. Nosotros que no habíamos comido lo suficiente desde la tarde del viernes, nos miramos unos a otros con la malicia que aviva el entendimiento de las personas necesitadas y sobre todo hambreadas. De inmediato, constituimos entre nosotros una patrulla destacada supuestamente por el cuartel de milicias campesinas para investigar la naturaleza de la reunión y el jolgorio rosquero contra-revolucionario anunciado que se preparaba impunemente en la propiedad del Turco Manuel. Poco después, enfrentábamos al grupo de personas que ante nuestra aparición inesperada, se alarmaron sobremanera.

--Señores, a esta patrulla del cuartel de milicias campesinas, se le ha encomendado averiguar, primero, la identidad de las señoras y los caballeros que están presentes en esta reunión y como segunda misión, recabar de ustedes la autorización escrita que se precisa desde el nueve de abril pasado para efectuar toda clase de reuniones de más de tres personas; esa autorización debe llevar la firma y sello de la autoridad que la ha concedido, especificando claramente su objeto y tiempo de duración. Señores, lamentamos molestarlos pero sucede que el cuartel tuvo que estar en vigilia permanente, esperando el estallido del golpe estado que están preparando nuestros enemigos.

--Compañeros campesinos--comenzó a decir una señora que parecía la más segura de sí misma entre las que estaban presentes--Soy--continuó --la compañera Rosa Morales, secretaria de la prefectura del departamento, militante conocida y destacada del partido de la revolución nacional, el MNR, y amiga de los compañeros campesinos. Autoricé yo la realización de esta reunión. No hay peligro alguno para la revolución y los compañeros campesinos en ella; la patrulla puede desechar sin más trámites toda clase de dudas sobre la índole pacífica de nuestra reunión. Las señoras y los señores presentes son personas conocidas del pueblo y de la ciudad; serias, honestas y honorables--terminó de decir la señora, muy segura de habernos neutralizado totalmente de esa manera. Pablo Heredia, joven

Librodot

dirigente de Aramasí, que formaba parte de la patrulla, le respondió:--Usted dice que es Rosa Morales; la señora que el otro día, cuando los campesinos nos concentramos en la ciudad frente a la prefectura, pidiendo la libertad del compañero José Rojas Guevara, nos insultó y amenazó desde los balcones del edificio público, calificándonos de indios revoltosos, insolentes y malagradecidos con el partido y la revolución. Señora, usted no es nuestra compañera ni es del partido de los campesinos. Usted es una rosquera incrustada en las filas del MNR para defender los intereses de su clase. Debe saber que aquí en Punata, solo el subprefecto, el alcalde y los dirigentes sindicales del cuartel campesino, que son nuestros compañeros conocidos, pueden conceder autorizaciones escritas para promover reuniones. Usted no es autoridad en Punata. La señora palideciendo, perdió rápidamente su aplomo inicial. Confundida, no supo qué responder.

Las señoras y los señores que la rodeaban, comenzaron con disimulo a apartarse de ella, dándose cuenta tardía de que erraron al confiarse en las seguridades políticas que la señora Morales, los había ofrecido para hacer ese día de campo. La señora Morales visiblemente corrida y en situación de soledad inesperada y abandono, respondió nerviosa:--Compañeros campesinos, les pido que no le crean nada a Heredia. Yo no insinué jamás la detención de ningún compañero campesino. En la ocasión evocada por Heredia, solo pedí que se ubicara a los comunistas que haciéndose pasar de campesinos, azuzaban la beligerancia de los campesinos concentrados contra el gobierno...

--¡Qué comunistas, ni ocho cuartos!--interrumpió Heredia a gritos, lleno de ira, dispuesto incluso a agredir a la señora Morales--no hay ningún comunista entre los campesinos--dijo y continuó--lo que pasa es que ustedes ex-propietarios y latifundistas están difundiendo que todos los que estamos contra los intereses feudales de ustedes, somos comunistas. Yo no quiero hablar con usted ni una palabra más; o se retira y sale de inmediato de Punata o la patrulla la llevara detenida al cuartel campesino junto a todos sus iguales. No hubo terminado de decir eso Heredia, cuando entre las personas que se juntaron para el día de campo, cundió el temor y la alarma, los gritos de congoja y hasta se derramaron lágrimas. Sin despedirse ni esperar nuevas explicaciones, huyeron todos de la propiedad de Camacho Rancho a la velocidad que daban sus piernas. La señora Morales fué de las primeras en emprender la fuga. En escasos minutos, se perdieron con increíble agilidad entre las frondas de los árboles de las huertas y las casas campesinas.

Entonces el jefe de patrulla, largando una prolongada carcajada, estalló:-- ¡uuuuuyuyuyuuuuuy, compañeritos!, tenemos al fin todo esto (abriendo los brazos trataba de abarcar con ellos todo lo que reposaba apetitoso en las mesas y los recipientes) para comer y beber, como reyes. En efecto, habían quedado en lamentable abandono los dos corderos asados que todavía chisporroteaban en las brasas rojas que se percibían debajo de una capa blanquecina muy tenue de ceniza y el agradable calorcito en que seguían sazonándose apetitosos. En una fuente grande, había papas blancas cocidas y peladas. En otra, ají de locotos, tomate y cebolla finamente picada. Un cántaro lleno de chicha y sobre una servilleta inmaculada, una pila de panes. Enderezando las sillas tumbadas en la precipitación de la

Librodot

huída, nos sentamos, acomodándonos convenientemente para el festín que nos esperaba y que de modo tan casual e inesperado nos procuramos después de setenta horas de ayuno militar obligado. Sin duda ¡quién lo ignora!, la revolución exige muchos sacrificios pero también suele dar compensaciones tan agradables como la que tuvimos esa tarde de domingo en la propiedad del Turco Manuel.

Comimos hasta los huesos de los corderos y bebimos chicha conque nuestros ojos se llenaron da estrellas por la fuerza del alcohol y la falta de vigor de nuestros cuerpos hambreados. No había cuidado. Nos esperaba una caminata de varias horas y muchos kilómetros desde el pueblo a Aramasí. En ella se evaporarían los efectos estimulantes de nuestro circunstancial exceso de bebida que de verdad precisábamos en esa ocasión para vencer las últimas dificultades de nuestra jornada de retorno. Como era correcto, convidamos a la comilona a los compañeros de Camacho Rancho que a esa altura de los acontecimientos, conocían ya la razón de la dispersión rosquera que acababan de espectar prudentemente de lejos. Como buenos compañeros, aprobaron con beneplácito la efectividad de nuestros recursos revolucionarios, es cierto, no muy santos ni legales, para proveernos de alimentos de tan buena calidad. Lo festejaron de todo corazón con nosotros.

Esa noche, llegamos tarde a Aramasí, bajo un manto azul oscuro tachonado de bellísimas estrellas que en su titilar intermitente parecían guiñarnos festejando maliciosas las inocentes ocurrencias de estos pobres y desmedrados-indios revolucionarios.

De verdad, había entre nosotros algún temor de que la compañera Rosa Morales se quejara en la ciudad ante las autoridades del partido, denunciando nuestra intempestiva intervención en el día de campo de Camacho Rancho en la propiedad del Turco Manuel, dando lugar a que nos castigasen con rudeza por orden de esas autoridades o del cuartel campesino a cuyo nombre habíamos actuado. No hubo tal. Parece que la señora por su propia seguridad, optó por echar al olvido ese incidente tan desagradable de su carrera política. Nosotros, también.-

ELECCIONES DE 1956

I

La campaña electoral para las elecciones del primero de mayo de mil novecientos cincuenta y seis, comenzó meses antes del término del primer gobierno del MNR. En contraste con las últimas elecciones de la rosca de 1951, en que tomaron parte unas decenas de miles de ciudadanos leídos, escribidos y los que por ley se les exigía disponer de una renta mínima anual (esos eran los requisitos del "voto calificado"), se esperaba que tomaran parte de un millón a un millón y medio de ciudadanos en el acto cívico anunciado, en virtud del voto universal que conquistó la revolución nacional para el pueblo, ampliando el universo electoral con el sufragio de las mujeres y los analfabetos, sobre todo en

Librodot

los pueblos indios de quechuas y aimaras. Por tal razón, esa campaña se realizó en condiciones completamente inéditas. Con pocas excepciones, a escala nacional y regional, tomarían parte las indias y los indios de las diversas razas en la formación del gobierno de su país, por primera vez en sus vidas.

En los tiempos de la rosca, las elecciones eran una especie de fiesta política sólo para gusto de criollos y mestizos, en las que se elegían a los defensores de los intereses de las grandes empresas mineras y los señores feudales del campo agrario. Los testaferros de esos intereses, los administradores, empleados y políticos, se encargaban de su cumplida realización.

En los setenta y cinco años de vida republicana del país, en el siglo pasado, participaron en cada elección de seis a ocho mil ciudadanos entre 1825 y 1880 y veinte a veinticinco mil, entre 1880 y 1900. En 1951, 113.439. Los indios, no tomaban parte en esas elecciones, por la sencilla razón de que no eran ciudadanos.

Después de la guerra del Chaco, algún hacendado de chispa, aspirante a la diputación de su provincia, se valió de sus colonos (como se valía de sus bueyes o de sus caballos para otros menesteres), haciéndolos ciudadanos de la noche a la mañana, con solo enseñarles a pergueñar en pocos días una especie de firma o una cruz con su cola llamada rúbrica y su inscripción en el registro de ciudadanos en una notaría electoral, con una renta imaginaria. El día de elecciones, los flamantes indios-ciudadanos se presentaron a emitir su voto en las mesas de sufragio, vigilados por los administradores y agentes del patrón-candidato y sus amigos del "club político".

Ahora, la situación era otra. En ese primero de mayo de 1956, los actores principales del melodrama político, no serían más los propietarios de las grandes empresas mineras, ni los propietarios de las fincas agrarias, ni sus amigos mestizos, ni sus políticos. ¡Los indios!. Los indios de todas las razas y de todas las regiones, incluyendo a los de las más alejadas y remotas, actuarían como electores y en numerosos casos, como candidatos, junto a los políticos del partido de gobierno y la oposición de las ciudades.

II

En los hechos, esas elecciones se realizaron, por ejemplo, en Punata, de la siguiente manera:

Aunque no era necesario, se decidió y propaló por los indios en el pueblo que los enemigos del indio estaban prohibidos de tomar parte en la campaña electoral del campo. Con esa declaración, el ámbito rural se constituyó en el teatro político electoral exclusivo de un solo partido, el partido de gobierno, el MNR, que en ese entonces era el único amigo real del indio y defensor de sus derechos. A partir de ese momento, en el campo, solo ese partido político gozó del derecho ilimitado de preparar y realizar sus reuniones, concentraciones y campañas, así como distribuir su propaganda escrita, sus consignas, y el pintado en las murallas, pisos y calles. Se prohibió a todos los otros partidos políticos el ingreso al campo. Es cierto que hubo muchas manifestaciones de descontento y repudio de la

Librodot

parcialidad arbitraria conque actuaban las autoridades y los sindicatos a favor del "oficialismo"; se promovieron actos de resistencia pero que no pasaron de las expresiones reservadas e individuales. En esa época, era grande y general el miedo al indio, sus sindicatos y los cuarteles de milicias campesinas.

El campesino, sabía de antemano que las ciudades, tradicional y esencialmente eran anti-indias; nidos concientes de la oposición rosquera. Por eso, trataron ellos de convertir el campo en trinchera de la revolución y la defensa de los derechos electorales del indio. La negativa de ingreso al campo de los partidos políticos de oposición y la prohibición total de hacer actividad política en ese ámbito a los enemigos del indio, no era sino la concreción del propósito de equilibrar el peso electoral de las ciudades con la acción unitaria y excluyente del campo, como plaza mayoritaria del MNR oficialista y del indio. De otro modo, la oposición podía estar de nuevo y a breve plazo en condiciones de imponerse, como en ocasiones pasadas, sobre las mayorías campesinas, con el peso incontrastable de sus poderosos intereses económicos minoritarios, y no porque el indio se prestase a respaldarles con su voto, sino por las malas artes lectorales en que la oposición y sus políticos eran maestros insuperables.

La campaña fué dura. Hubo numerosos choques entre los militantes de los partidos políticos, sobre todo entre los del MNR y FSB, pero solo en las ciudades. En las provincias, nadie se atrevió a desafiar el poder de los campesinos. Ese comportamiento de la ciudadanía del campo, dígase la verdad, no fué expresión de las determinaciones o instrucciones del partido de gobierno. Fueron los mismos campesinos que por propia iniciativa, sintiéndose identificados plenamente con los objetivos del MNR en que militaban (casi todos y por primera vez en la historia política del país, por voluntad propia y para la defensa de sus intereses) asumieron espontáneamente esa actitud que por lo demás, se mantuvo en el curso de esas elecciones y posteriormente, con concesiones parciales y progresivas hasta noviembre de 1964.

III

En la madrugada de día de las elecciones, como antes, se instalaron las mesas receptoras de sufragio en los locales escolares, casas públicas, algunas plazas y casas de hacienda desocupadas. Se formaron desde horas muy tempranas de ese primer domingo de mayo de 1956, columnas de ciudadanos electores y se instalaron con solemnidad los jurados, habilitando los libros y el recinto del voto secreto. Solo había delegados de partidos políticos, del MNR.

Cuando estaba todo a punto para iniciar la faena, Jorge Solís Román, desde la cabeza de la columna de electores de la mesa 18 de Punata, que estaba instalada en el primer patio de la casa de hacienda de la familia Villarroel-Blanco, solicitó el uso de la palabra.

--Señor presidente, dijo, antes de comenzar la recepción de los votos, pido que autorices a mis compañeros campesinos que tienen inscritas a sus esposas en este registro, emitir dos votos cada uno,

Librodot

esto es, uno por sí mismos y otro, en representación de su esposa, porque ellas no pudieron venir hasta esta mesa a depositar personalmente su papeleta de voto por las múltiples ocupaciones que las retienen en la casa con los hijos. Señor presidente, como bien sabes tú y les consta a los presentes, nuestras esposas no pueden dejar tan fácilmente la casa, cuando nosotros estamos fuera de ella. Lamentablemente los campesinos, casi nunca podemos dejar al mismo tiempo, marido y mujer, la casa. Conviene también que tomes en cuenta que siendo esta la primera vez en la historia del país que las mujeres del pueblo indio, tomarán parte con su voto en la elección de nuestro gobierno, no puede dejárselas al margen del acto, por el hecho circunstancial de que obstáculos insalvables las privan de cumplir con el deber de presentarse personalmente a esta mesa. Para llenar ese vacío están aquí los esposos con su respectiva libreta de ciudadanía y el certificado de matrimonio, como debe constar en los libros de registro de ciudadanos. Compañero presidente, esos votos, los votos de nuestras mujeres, no pueden perderse. Son votos a favor, no de éste o aquel partido político, sino de la revolución nacional y la defensa de los intereses del indio.

El presidente y los miembros del jurado quedaron atónitos con la petición del dirigente campesino. Se miraban confundidos sin poder atinar de inmediato de una respuesta que sin rechazar las expectativas de la mayoría, preservar a las formalidades legales del sufragio. El presidente de mesa, dijo:--Compañero dirigente, el voto es secreto y personal por mandato de la Constitución Política del Estado y la ley electoral vigente, que esta presidencia y el jurado electoral tenemos la obligación de aplicarlas hoy, sin apartarnos en ningún sentido de sus disposiciones. El voto es secreto y para resguardar esa reserva de la persona que debe emitir su voto, ingresa en ese recinto para elegir con toda libertad el color de la papeleta que le agrade, prefiera o corresponda a su partido o la corriente política a que pertenece, la ensacule en el sobre que se le entrega para ese objeto y asegure pegando la tapa engomada, antes de salir del recinto para introducirlo en el ánfora. Se desarrolla toda esa en ceremonia y con el cuidado debido, para que nadie más que esa persona o ciudadano o ciudadana votante, sepa a quién favorece con su voto. Por eso, compañero dirigente, no es posible aceptar representaciones como la que tú acabas de solicitar.

--Compañero presidente, te entiendo perfectamente, pero creo necesario aclararte que en los matrimonios de los indios, no media secreto de ninguna clase. Lo que sabe el marido, necesariamente conoce la esposa, porque nos informamos mutuamente de todo lo que nos pasa o tenemos conocimientos. Si quieres insinuar que yo pueda votar por los candidatos del MNR y que mi mujer está en libertad de hacerlo por los candidatos de FSB u otro partido, yo debo decirte que eso no sucede ni sucederá jamás entre nosotros los indios. Tal vez sea posible que lo hagan los matrimonios rosqueros y los mestizos, pero entre nosotros, ¡no! Las elecciones tienen que llevarse acabo respetando las conquistas del pueblo mayoritario del campo y sobre todo de la mujer india.

Poco después, el jurado de la mesa 18, hizo conocer una resolución sobre el pedido de Jorge Solís Román, declarando que "...aplicando la ley del modo más positivo y favorable al ejercicio de los

Librodot

derechos de sufragio del pueblo, autoriza la emisión del doble voto en los casos específicos indicados por el dirigente campesino peticionante, con la presentación de la libreta de ciudadanía y el certificado de matrimonio de la ciudadana representada. La jornada comicial término a las cuatro de la tarde.

IV

En el recuento de los votos de la mesa 18, se constató que habían 283 papeletas rosadas y 17, azules. ¡Estupor general! El presidente de la mesa no se explicaba cómo llegaron o aparecieron en esa mesa esas papeletas intrusas. Se interrogaba, una y otra vez; hacía suposiciones, sin poder descubrir el procedimiento de que sus autores perversos se valieron, pese al cuidado que se desplegó por los miembros del jurado, los dirigentes campesinos y los mismos ciudadanos. Nadie podía decir a ciencia cierta lo que realmente pasó. Por último, viendo la consternación de los dirigentes campesinos por lo que acababa de suceder, un miembro del jurado, manifestó que en el hecho que se lamentaba, no había nada definitivo y que se podía remediar de una manera fácil. Señor presidente, prosiguió, sin escándalo, troquemos esas 17 papeletas por otras tantas rosadas, y asunto terminado. Ahora que se proceda al escrutinio. Llenadas las formalidades, se propaló con alharaca los resultados: Votos rosados emitidos a favor del MNR, 300. Votos azules para FSB, 0.

Estallaron las expresiones de alegría y los gritos de triunfo en todos los rincones de la plaza. Mientras tanto, el jurado llenó los requisitos formales del escrutinio, terminando su labor con el traslado del ánfora, entre nuevas expresiones de poder, al local prefijado para su depósito y posterior remisión a la corte departamental electoral de la ciudad.

A primera vista, el acto parece censurable. No hay tal. La práctica del sistema fué inventado por los señores hacendados, habiendo quedado en la memoria del campesino, de un pasado reciente, el resabio de las intransigencias de esos señores. Los propietarios de haciendas, antes del 9 de abril, actuaban de esa manera en sus campañas electorales. En ese entonces, no había candidatos provinciales que no fueran "oficialistas" o del gobierno de turno y los sectores sociales afines con los intereses de la rosca. La práctica electoral del cero para el enemigo, se conocía de siempre. En 1956, una nueva razón para que el sistema reaparezca, aunque con nuevos actores, fué la reforma agraria que legalizó definitivamente las conquistas de la revolución nacional, restituyéndose a los hombres y mujeres del campo, la plenitud de sus derechos ciudadanos. El indio, echando al olvido las leyes y la corrección, quiso demostrar su gratitud al gobierno que hizo la reforma agraria y el MNR, con la unanimidad de su apoyo. Para los campesinos, FSB, era la voz política de los ex-hacendados.

V

Librodot

El profesor TDA de Sucre que enseñaba en el colegio fiscal del pueblo, más que como militante de FSB, abrumado por las imposiciones atrabiliarias del sindicalismo campesino y como expresión de su rebeldía frente a la unanimidad borreguna que trataban de alcanzar los políticos de la provincia, en ese día de elecciones, se las había arreglado para sufragar un voto azul. Lamentablemente para él, alguien descubrió casi de inmediato el hecho e informó al cuerpo de vigilancia campesina la acción opositora del educador. El dirigente Rojas, ordenó la captura del profesor destacando para el efecto suficiente número de milicianos armados. El profesor, conciente del peligro en que se hallaba su integridad física y su vida, había optado por refugiarse en una casa ajena a la suya y pasar luego de casa en casa hasta la entrada de la noche en que, disfrazado de chola, abandonó el pueblo y su cargo en el colegio para no volver más. Esos actos de intolerancia y exclusivismo sectario, eran reales y frecuentes y se mantuvieron hasta el final con pocas variantes y concesiones.

El campesino, con simpleza, unía a la permanencia del gobierno del MNR en el poder, la consolidación de sus derechos sobre la tierra. Por otra parte, para el indio, el apoyo del gobierno a sus organizaciones políticas y sindicales, era la única garantía conque contaba para evitar el desencadenamiento sangriento de las represalias patronales. Por eso, el régimen de exclusivismo cerrado y ciego del indio en lo político y administrativo se mantuvo de principio a fin y aunque parezca extraño, se prolongó a una parte del tiempo de vigencia de la revolución restauradora y sus gobiernos militares. Ningún gobierno, posterior a 1952, estaba en condiciones de hacer justicia a favor de unos pocos ex-propietarios, afectando los intereses de millones de indios.

Si el gobierno restaurador, con todo, hubiera tratado de actuar a favor de los ex-propietarios, las cárceles y los cementerios habrían resultado insuficientes para albergar a los resistentes y opositores de sus medidas. Los hechos de sangre, anonadantes y la resistencia popular tan general que ese gobierno no habría podido sostenerse en el poder mucho tiempo. El gobierno restaurador, en eso del indio, no se atrevió a destruir la obra de la revolución nacional. Optó por congelarlo como estaba, por un plazo de 18 años.

LA GUARDIA DEL LIDER

Librodot

La receta electoral del cero votos para la oposición, fué creada mucho antes de la revolución nacional. Se la aplicaba ya en las campañas electorales de los partidos tradicionales, culminando los actos de toma y daca, los tiros de revolver, golpes de laque y garrote, apedreaduras, robó de ánforas y violación de seguros y cambio y quema pública de papeletas de sufragio. En la actividad política del país, entre 1946 y 1951,era el MNR el que recibía con más frecuencia el purgante electoral del cero votos, como sucedió en las elecciones de 1951 en algunas provincias. Esta vez en 1956, el campesinado rebelde y revolucionario, demostrando que en achaque de sistemas electorales, disfruta de buena memoria, aplicó al partido político de los hijos de sus ex-patrones, la receta electoral inventada por sus progenitores.

La prensa del día siguiente de las elecciones, al informar del triunfo aplastante del partido de gobierno, comento la resurrección del cero votos para la oposición que se practicó en esas elecciones en varias provincias, como expresión objetiva del fraude perpetrado, según esos diarios, por los jerarcas del MNR a través de los actos irresponsables de los campesinos ignorantes. Sin embargo, la novedad de relieve de ese día fué sin duda la elección de varios auténticos indios como senadores y diputados y entre ellos, la del máximo dirigente campesino, José Rojas Guevara. Al margen de esas y otras noticias de sabores y colores diversos sobre esas mismas elecciones, el auténtico pueblo, recibió la novedad de que indios verdaderos tomarían parte del poder legislativo, con alegría. Sabían que era esta la primera vez en la historia política del país, en que asistirían al parlamento líderes y dirigentes campesinos que en su mayoría ignoraban el idioma de sus ex-patrones y desconocían, o conocían poco, de la práctica parlamentaria, sin que eso quiera decir de modo alguno que los representantes de la indiada no supieran lo que convenía realmente a los intereses de su pueblo y de su raza. Hablarían en el parlamento, también por primera vez, en quichua, aimara y guaraní.

II

Al margen de esas novedades tan favorables y positivas, las elecciones, sin proponérselo originaron un problema grave y más grande que las mismas elecciones. En los sindicatos, las centrales campesinas y entre las autoridades políticas y administrativas de las provincias, no bien pasaron los humos de la victoria y sus festejos y cuando se disponían a volver a sus actividades cotidianas, se descubrió ese problema. ¡Cómo no haber visto antes una cosa de tanto volumen!, se interrogaban unos a otros, buscando con afán una solución que restituyera la tranquilidad, el sosiego y la seguridad que habían desaparecido con las elecciones. Se trataba de lo que sigue: El compañero Rojas Guevara, como era de conocimiento general, debía tomar parte de la brigada parlamentaria campesina y tal vez

Librodot

dirigirla, a lo sumo dentro de los próximos ochenta o noventa días, para lo cual (se decían los campesinos lleno de dudas) tenía que trasladarse y residir en la ciudad de La Paz. Nadie desconoce, afirmaban, que la oposición rosquera tiene su centro principal de acción y de conspiración en esa ciudad y que todos los líderes de la revolución, en ese sentido, están en constante y grave peligro de sucumbir en cualquier momento en los embates criminales de su siniestra e imprevisible asechanza. Mandar a esa ciudad, en tales condiciones, al máximo e insustituible dirigente campesino, era sin duda como empujarlo a la muerte. ¡Eso no podía ser! Cómo admitir que sus mismos compañeros campesinos, sus bases humanas y políticas, conociendo como conocían, el peligro que conllevaba para el dirigente Rojas vivir en La Paz, podían admitir y permitir que eso ocurra. ¡No! ¡Imposible! ¡Jamás! Pero, tampoco era del caso que el compañero Rojas dejara de asistir al senado nacional, privándole a esa corporación de uno de sus más caracterizados e importantes miembros, por ser él quién era y porque su palabra debía ser oída y valorada como la del campesinado del país, esto es, la de la mayoría de sus habitantes. El problema, a no dudar, era complejo y hasta parecía no tener solución que concilie sus contradicciones. Dada la gravedad del asunto, se trató de él reservadamente entre las autoridades máximas de la provincia. Se recurrió luego secretamente al consejo y las luces de los ciudadanos más caracterizados y amigos del partido de gobierno y de los campesinos. Finalmente, se convocó a la asamblea de bases, pidiéndoles que de antemano reflexionaran seriamente sobre asunto tan delicado y difícil. Hubo en el cuartel campesino, una gran concentración de los dirigentes de varias provincias y zonas, la misma que luego de un debate muy acalorado y de darle mil vueltas a las sugerencias y consejos de los más destacados dirigentes y amigos de la causa campesina, se llegó finalmente a un resultado:- 1) El compañero Rojas no debe trasladarse solo a la sede de gobierno. 2) Tampoco es recomendable confiar su vida al cuidado y la protección de los servicios de seguridad comunes del gobierno. 3) Con esos antecedentes, la asamblea campesina, resolvió constituir y equipar bajo la responsabilidad directa de la central campesina de Punata, una guardia de doscientos milicianos debidamente armados para que se traslade a la ciudad de La Paz y permanezca allí junto al líder durante el período legislativo. Es así como días antes al seis de agosto, se trasladaron a la ciudad de La Paz, los campesinos elegidos como senadores y diputados y entre ellos, José Rojas Guevara, acompañados de una guardia particular de doscientos hombres armados.

En La Paz, el senador Rojas Guevara, salía poco de su alojamiento y cuando lo hacía, tenía que ser en medio de su numerosa guardia. Entre el hotel Torino en que residía Rojas Guevara, convertido por las circunstancias en cuartel campesino, y el palacio legislativo de la plaza Murillo, mediaba solo la distancia de cien metros. Los viandantes que se topaban de pronto con la formidable masa de hombres que acompañaban al líder de su alojamiento al parlamento, todos ellos ensombrerados, de chaleco y chaqueta campesina, sin corbata, portando diversas clases de armas automáticas, se apartaban con prudencia, sin si quiera averiguar el motivo de la presencia de ese ejército de milicianos

Librodot

que aparentemente protegían a algún personaje desconocido que debía suponerse de mucha importancia por la calidad y la potencia de los medios conque amparaba su seguridad.

Días después hubo en el hotel una reunión de los comandantes de la guardia. Entre otras cosas, se dijo allí que tal vez se exageró un poco en el número de milicianos de esa unidad. El mismo Rojas, sugirió la conveniencia de reducirla a un total razonable; pero, como más de un consejero insistía que para hacer eso era prematuro y sobre todo para sacar conclusiones en torno a la utilidad real de la guardia. Otro de esos consejeros, recalcó una vez más que la rosca era diabólica en sus recursos criminosos y que por elemental prudencia no había que fiarse ni dejarse engañar por su aparente y fingida inactividad. El consejero terminó diciendo que actuaba así, con esa pasividad aparente solo para ganar confianza, creando de ese modo una situación de simulada seguridad para que, en el momento menos esperado y cuando el descuido fuese total, aparezca la mano siniestra que todo lo destruya. Consecuentemente, recomendó la mantención de los servicios de la guardia tal como se la constituyó de principio, por decisión expresa de las bases. El líder, amoscado, solicitó (mejor, ordenó) que los milicianos de la guardia se reduzcan de inmediato a la mitad de su número. Se expresó con palabras duras y cortantes:-"Cien hombres armados (no precisamente de macanas), despiertos y sagaces, bien pueden hacer con ventaja lo que doscientos sin esas cualidades. Por eso, reiteró, ordeno que los compañeros comandantes de la guardia procedan a la reducción de ese cuerpo a cien hombres". Dijo más, que el no creía en una palabra de las exageraciones expuestas por sus consejeros respecto de las intenciones de la rosca, la seguridad de su persona y su vida. Hubo alguna resistencia, pero al final se redujo la guardia respetando la orden del líder. Treinta días después, se dijo, por todos esta vez, (líder, comandantes, consejeros y milicianos) que era suficiente una guardia de cincuenta hombres; luego de otros diez días, veinte...diez...cinco..dos y por último, al cabo de solo dos meses, ninguno.

Cosa rara, todo eso había pasado casi en secreto entre el dirigente campesino y su gente, aparentemente sin ninguna trascendencia en otros círculos. Sin embargo, allá en el valle alto, los dirigentes provinciales y los compañeros campesinos, habían estado tomando debida nota por su cuenta del retorno sucesivo y silencioso de casi todos los efectivos de la guardia campesina que se destacó por ellos para protección y seguridad de la vida del senador José Rojas Guevara. Sinceramente alarmados, con la irresponsabilidad de esa guardia, solicitaron la reunión de una asamblea extraordinaria de dirigentes y bases con la concurrencia de los principales personeros del partido de gobierno y las autoridades de las provincias del valle, en el cuartel campesino de Punata. Asamblea en la cual, como era de esperar, se formularon vehementes cargos de irresponsabilidad, negligencia, descuido y abandono culpable de las obligaciones que asumieron voluntariamente los campesinos que aceptaron tomar parte de la guardia que se destacó a la ciudad de La Paz para proteger la vida y la integridad del líder. Ahora, decían con indignación, esos compañeros, se pasean en Punata y Arani, como si tal cosa, cuando deberían estar en La Paz cumpliendo sus deberes en la guardia. Un dirigente, en tono de amenaza, dijo que si el líder sufría algo lamentable en su integridad física o perdía su

Librodot

valiosa vida por culpa de esa guardia, debemos declarar en esta ocasión que serán ellos y nadie más que ellos los que respondan de las desgracias que pudieran sobrevenirnos como consecuencias del abandono de nuestro líder.

Los ex-milicianos de la guardia presentes en la asamblea, desconcertados, no sabían qué argumentar en su defensa. Uno dijo que retornaron porque era imposible sostener en la ciudad de La Paz una guardia tan numerosa y que se la redujo, considerando su alto costo de mantenimiento. Esa gente, dijo, no solo debía comer sino también alojar en un hotel que cobra por cada día de hospedaje un ojo de la cara y donde nada es gratis. La réplica fué violenta. Los interpelantes manifestaron indignados que ninguna razón de ese jaez era valedera, tratándose de la vida y seguridad del compañero Rojas. Hubo otras intervenciones reiterando los mismos argumentos y las mismas razones y terminó con que todos pedían el retorno inmediato de la guardia a la ciudad de La Paz.

Es entonces que resolvió tomar parte el dirigente campesino de Punata, Gregorio López (Murolocko) que hasta ese momento había permanecido encubierto y extraño a los motivos de la asamblea, no obstante de su condición de diputado y jefe de la guardia calificada de irresponsable. Comenzó ratificando los argumentos de los ex-guardias, confirmando en su condición de actor, que la reducción y retorno de la guardia, se hizo con el conocimiento pleno y la autorización expresa del compañero Rojas. Manifestó que el retorno y disolución de la guardia no se la hizo de una sola vez; que la medida pasó por etapas sucesivas en que el número de milicianos de la guardia fué disminuyendo en ejecución de acuerdos tomados entre el compañero Rojas, los jefes de guardia y los mismos milicianos. Terminó señalando que no hubo deserción de la guardia o de alguno de sus efectivos y menos abandono de sus obligaciones...

A esa altura de la exposición del dirigente, un compañero de base le cortó la palabra porque según dijo quería intervenir con el solo fin de refrescarle la memoria al diputado López sobre su permanente falta de responsabilidad, que era de conocimiento y dominio de los dirigentes y campesinos asambleístas. En este caso, se expresó el orador, lo dicho por López respecto de la guardia, ratifica una vez más, su reprochable conducta anterior; pues, ¿no es el quién debía estar en esta misma hora en la ciudad de La Paz, como jefe de la guardia, junto al compañero Rojas?, se preguntó. Entonces, López, tomando la palabra con vehemencia y enojo, dijo a gritos:-Quiero ocuparme de nuevo de esa bendita guardia y de los hechos reales que tuvieron lugar en ella.- Compañeros, es preciso que nos situemos en este asunto al margen de las suposiciones y el engaño para decir las cosas como son y no como quisiéramos que sean. En primer lugar, conviene que sepan que la rosca de La Paz no había sido tan peligrosa ni tan criminal como nosotros ingenuamente creíamos con inmensurable error, cuando se constituyó la guardia. La verdad es que esa rosca, peligrosa y criminal, no aparece por ninguna parte y las pocas gentes que parecen pertenecer a ella o la defienden todavía en el parlamento y las calles de la ciudad, lo hacen con tanto miedo como el que sentimos nosotros de esa resco fantasmagórica. Además, compañeros, debo decirles con la mayor franqueza, que la importancia

Librodot

y valor que le damos nosotros al compañero Rojas, había sido también una increíble exageración. Tan cierto es lo que les digo que ni la rosca ni ningún otro sector o partido político tiene interés en herirlo, matarlo o hacerlo desparecer de alguna manera al compañero Rojas. Compañeros exclamó encolerizado, el compañero Rojas aquí no más y solo para nosotros, había sido tan grande como un dios, incluso más grande que todos los dioses que pueblan el cielo. Allí, en La Paz, las cosas son totalmente diferentes. Nadie lo conoce. Nadie se preocupa de su existencia y me parece que para los paceños es igual que viva o que muera. Compañeros, la verdad es que José Rojas Guevara, en La Paz, es mirado como una mierda seca que no huele ni yede, sin importancia ni valor de ninguna clase.

Con esa exposición de López, nadie osó insistir en el retorno de la guardia campesina a la ciudad de La Paz. Por el contrario, antes de la disolución de la asamblea, comenzaron a retirarse uno a uno y entre los primeros, aquellos que la promovieron observando la conducta de la guardia campesina de doscientos milicianos armados destacada a la ciudad de La Paz para proteger la vida y la seguridad de la vida del más grande líder campesino del país.

Librodot

EL MUROLOCKO LOPEZ

I

Empezó la fiesta, pasadas las seis, en la calle de las meriendas, al oeste de la plaza central, en la chichería del totoreño, cuyos condumios y chicha de calidad, gozaban de fama local. ¡El jolgorio rebosaba de entusiasmo! Los jóvenes y muchachas que estaban de fiesta, bebían, bailaban y enamoraban entre risas, bromas, chascarrillos y otras libertades conque todos se divertían sin medida, como en los viejos tiempos de la vida del pueblo de antes de la revolución, la reforma agraria y el poder indio. Después de las ocho, rebasó toda medida el entusiasmo de la fiesta. El propietario, cauto, preveyendo con prudencia los incidentes que suelen presentarse en ocasiones semejantes entornó la puerta de su negocio, morigerando el tono de las carcajadas y el perfil incisivo y penetrante de los silbidos, los jaleos y los gritos que se oían desde la calle y las casas vecinas.

La patrulla del cuartel de milicias campesinas que rondaba en las noches por las calles y las zonas del pueblo, desde las diez, poco antes que cortaran el alumbrado público, llamó a la puerta con golpes autoritarios exigiendo la apertura del negocio a su inspección. Cuando logró que la oyeran e ingresaron a la chichería el jefe, Gregorio López, y la guardia armada, ordenó aquel en el acto la suspensión de la fiesta y el retiro inmediato de los jóvenes a sus casas que ante la presencia de la patrulla permanecían de pié en la sala, expectantes y molestos, condenando en silencio la intromisión gratuita de los indios en su fiesta. Pasado un instante, dando curso a la orden de muy mala gana, partieron en grupo de la chichería. Consumado el desalojo, la guardia permaneció en el negocio el

Librodot

tiempo suficiente para que bebieran los campesinos a un vaso de chicha. Luego lo abandonaron también, para proseguir con la ronda por las otras zonas del pueblo. López, en la puerta del negocio, sin dar explicaciones, dejó la jefatura y la guardia que lo acompañaba, marchándose hacia la plaza, en dirección contraria a la que tomaron los campesinos armados de la guardia.

Los jóvenes, tan malamente expulsados de la chichería que permanecían juntos, llenos de rencor, parapetados en la esquina de la plaza, vieron llegar a López al lugar donde estaba en medio de las densas sombras de la noche y sin guardia. Sin dudar un momento, incitados por las circunstancias favorables, los ardores de la farra y su propia ira, se echaron encima del dirigente y jefe de la guardia, proporcionándole una tunda de extrema violencia a golpes de puño y puntapiés, revolcándose reiteradamente en el piso empedrado, según declaró al día siguiente la misma víctima. Aseguró que el ataque en cuadrilla, sobre seguro y en las sombras de la noche, le hizo perder varios dientes y recibió golpes en tal cantidad que sembraron en su cuerpo contusiones y heridas de todo tamaño. No exhibía fracturas, pero sí, según él, corría el peligro de que se le infectaran o se presentaran posteriores complicaciones internas subsecuentes a la malhadada golpiza que recibió sin causa aparente. Dijo, finalmente, que sus enemigos gratuitos, no satisfechos de su obra, le robaron el sombrero nuevo que en la mañana de ese mismo día estrenó.

Al amanecer del día siguiente, cuando los habitantes se distribuían de sus casas a las oficinas, los puestos de comercio, los talleres y el campo, se sorprendieron con la presencia de numerosos piquetes de campesinos armados que pasaban por la calle, escoltando con violencia a jóvenes vecinos del pueblo, opositores conocidos del gobierno, pero que según parecía por la imperturbable tranquilidad que había en el pueblo, no había motivo para que los maltrataran del modo que espectaban. Los presos fueron conducidos al cuartel de milicias que estaba al extremo meridional de la población. Allí, no obstante las protestas de inocencia y de no haber tomado parte en la fiesta y el ataque al Murolocko, les obligaron a beber "tutumas" gigantes de chicha que luego les hacían vomitar a golpes de puño que les propinaban sistemáticamente en el estómago para recibir luego en el mismo recipiente de que bebieron el líquido regurgitado para que lo tomaran de nuevo en una operación tortura hasta que se acabara el aguante de las víctimas o se desmayaran, como había ocurrido con López la noche del ataque en cuadrilla que sufrió ese dirigente; en tanto, los autores reales del hecho, que no eran los torturados en el cuartel campesino, abandonaron el pueblo la misma noche del ataque disfrazados de cholas, y no volvieron a él por mucho tiempo. Se refugiaban en la ciudad. El poder y las influencias de López no llegaban tan lejos, por lo cuál todo quedó en el olvido.

II

Gregorio era muy joven, cuando lo conocí. El padre, él y su hermano trabajaban de peones en la tala de eucaliptos, preparando callapos, leña, cestos o atados de ramas y hojas, con los restos de los

Librodot

árboles cortados. Labraban también los terrenos de un señor Torrico en el Cocchi, en la parte sur del pueblo. Me dijeron que Gregorio, de niño, era pendenciero y que andaba de siempre mal vestido por la pobreza de su familia, llevando un sombrero viejo, sucio y agujereado que le dió el mote de "murolocko", conque fué conocido en tiempos de la revolución y después por presidentes de la república, ministros de estado, embajadores y otras personalidades. No tuvo más educación que la que recibió de la naturaleza y el medio social en que vivió y creció como todos los niños campesinos, pasando del hogar a la vida de trabajo, en cuando demostraran tener uso de razón y cierta fortaleza. Entre los niños de su época, parece que solo se distinguió por su desmedida acometividad y un cierto desequilibrio y falta de serenidad en sus actos, pero hablaba en un quichua de pureza poco común entre los campesinos de Punata y todo el valle. Cuando montaba en cólera o estaba ebrio, se enloquecía. Dicen que en ese estado, cometió varios delitos, algunos horrendos. Tenía una idea muy simple del significado de la palabra justicia; sin embargo, como dirigente, se atrevió a hacerla. En eso, era como los incas: dictaba sentencia sobre diversos tipos de delitos, castigando a sus comitentes con una sóla forma de pena: La de muerte.

Llegó a ser el dirigente campesino más conocido de Punata. En cierto momento, detentó esa calidad con el reconocimiento de las autoridades, indios, mestizos y blancos del pueblo, sin excluir a los profesionales y hombres poderosos y de influencia. Esto último se produjo a consecuencia del odio que Punata le dispensaba al dirigente cliceño José Rojas Guevara que sentó sus reales en ese pueblo por ser el de su amante. Astutamente, los enemigos punateños de Rojas, estimularon las ambiciones desmedidas de López, enfrentándolo al dirigente cliceño hasta alcanzar su expulsión del pueblo, a los trece años de la instauración de la revolución y cuando el movimiento de liberación del indio, se frustró, dando comienzo a la etapa de liquidación del régimen instalado en el gobierno en 1952.

III

El señor juez instructor de la provincia Arani, informado de las múltiples fechorías de López, tratando de reflexionarlo, le había pedido que como dirigente responsable, ajustara sus actos a las normas de la justicia, la corrección y la humanidad. La autoridad judicial, al llamarlo al orden, le había recalcado que un dirigente campesino no debe transformarse en el azote de sus compañeros y menos de los humildes indios de base. Cómo es posible que se diga de tí, Gregorio, le había reiterado el señor magistrado, que asesines y ultrajas a tus propios compañeros. La persona humana, por el sólo hecho de serlo, merece el respeto y la consideración de sus semejantes y cuánto más si se trata de gentes pacíficas y humildes como son los indios.

López, oyendo con atención las palabras de la autoridad judicial, le había la siguiente respuesta: Señor juez, ignoraba yo que la vida de un hombre fuera tan frágil, como la de una simple palomita a la que basta torcerle el pescuezo para matarla. Le aseguró, señor juez, que no sabía que era

Librodot

posible despachar al otro mundo un hombre de ese modo tan fácil. Es cierto, lo he hecho en varias ocasiones, pero sólo para confirmar mi experiencia. No se preocupe, yo sólo procedo así con los enemigos de mi raza o de mi clase o los traidores que merecen un trato aún peor. En esos casos menores, me limito a propinarles una golpiza o una pateadura que los deje lelos y tranquilos por una semana.

Gregorio era de escasa estatura; media cuando más un metro con sesenta y dos. Cara ancha, tez pálida y oscura. Cabellos lacios y duros, ríspidos y rebeldes. Ojos saltones y protuberantes, con relieves y arterias rojas muy visibles. Mirada turbia. Lampiño en extremo. Sólo lucía unas cerdas en el labio superior a uno y otro lado de la mandíbula. Su cuerpo y parar eran poblanos, pero denotaba salud y resistencia. En López era agradable su modo suave de hablar el quíchua, casi perfecto en sus inflexiones y rica y agradable en la pronunciación. Su decisión y arrojo eran proverbiales, tanto que las masas y los dirigentes actuaban con mucho tiento con él.

Firmado el pacto-militar-campesino, disminuyó en mucho la importancia de los dirigentes que dominaron la escena política de las provincias durante doce años. Algunos, como Rojas, fueron excluidos y recluidos ¿por propia voluntad? en lugares en que no se los conocía o donde ellos mismos querían ser olvidados, después de haber brillado por años en la escala de dirigentes de los sindicatos, federaciones y confederaciones y como ministros de estado, senadores y diputados. López tuvo esa misma suerte, luego de haberse mantenido vigente por algún tiempo más con el primer presidente militar de la revolución restauradora.

IV

Bajo la tensión incontrolada de los nervios de sus carrillos morenos y lampiños, hizo López con sus labios gruesos, un gesto grosero y enérgico, bostezando como hipopótamo soñoliento, a tiempo que sus ojos amarillos, inyectados en sangre, se humedecían por la reacción refleja del esfuerzo y exclamaba: -¡Carajo!...(en compensación psíquica de su malestar), no sé si tengo hambre o sueño. Hace días que no duermo bien ni puedo comer con el alma tranquila. ¡Compañero, no había sido fácil desempeñarse de dirigente!

Su interlocutor, otro indio, le respondió -asumimos de la noche a la mañana, responsabilidades para las que no estábamos preparados. La verdad es que nadie podía haber previsto todo lo que tan inesperadamente llegó. Sólo ayer, el indio era parte inseparable de la yunta de bueyes y del arado. El patrón, una pesadilla que nos abrumaba y de la cuál no podíamos librarnos. Ese patrón, como ocurría antes y tal vez ahora más que antes, seguirá obsesionándonos como un enemigo potencial, pero cada vez menos real, cada vez más fantasmagórico...¡pero, si mañana, cambiaran las cosas, ese patrón sería de nuevo más real que nunca y de seguro no se quedaría contento con sólo recuperar lo que perdió con la revolución de abril, sino que, valorando los antecedentes, estará dispuesto a desollarnos vivos...

Librodot

-¡Aja! -exclamó López -Imagínate, el otro día recibí de mi ex-patrón una liquidación de lo que hasta ahora le debo, según el, por la ocupación y uso de sus terrenos. Me hace cargo de diez años de cosechas recolectadas en su hacienda de ciento cincuenta hectáreas, a razón de doscientos bolivianos por carga de papa y otro tanto por fanega de maíz, con un total de poco más o poco menos de diez millones de bolivianos por año...¡mamita de Guadalupe!, en diez años mi deuda debe pasar de cien millones o tal vez más; ahora, si se toma en cuenta el tiempo que trascurrirá todavía hasta que la revolución reviente y se liquide y mi señor patrón sea nuevamente propietario de su hacienda, entonces, el total de mi deuda llegará a tal magnitud que ¡Dios no lo permita! tendría que pagar no sólo con el sudor de mi frente, sino con el sudor de todo mi cuerpo y la sangre del laceramiento de mis lomos y los lomos de mis hijos, mis nietos y posiblemente de mis bisnietos, en otros trescientos o cuatrocientos años de neocolonato y esclavitud. Compañero, -dijo compungido -ese parece ser el porvenir que me espera -luego echando de súbito una inmensa carcajada, como un trueno, se puso serio y dijo: -Te imaginas lo que sería otra vez de nosotros sí se fuera al diablo la revolución, que es lo único que nos sostiene en el lugar en que estamos? Lo grave es que esos carajos de los políticos irresponsables juegan con el mayor desparpajo con nuestra suerte. Si no fuera por la vigilancia permanente que hacemos de ellos los obreros y los campesinos, hace tiempo que habrían transado con el enemigo, con ese enemigo que quiere acabar con nosotros los indios campesinos, los indios obreros y los indios mineros. Los políticos están de hecho hermanados con los del otro lado, los rosqueros de las minas y de las haciendas, porque les une desde siempre las mismas esperanzas y los mismos intereses...¡si lo sabré yo! que los conozco y los desprecio como a mierdas secas que son -terminó López su larga perorata, lanzando un escupitajo que fué a dar rodando a la basura de la calle...

CALIXTO VARGAS

Librodot

Calixto Vargas dirigía el sindicato campesino de la hacienda Tolata Chico que estaba en el límite noroeste del pueblo del mismo nombre sin el determinativo chico, en las faldas pedregosas de los collados secos de la zona. Eran tierras secanas, cubiertas en gran parte de algarrobos torcidos y espinosos, chamizos, molles, jarcas, y otros arbustos y yerbas de escaso o ningún valor. Esas tierras sólo eran aptas para el cultivo del trigo y la cebada y algunas leguminosas poco exigentes de humedad, como la arveja, el haba. En medio de esos terrenos pedregosos, emergía la casa de hacienda: Un caserón de numerosos ambientes, cobertores, depósitos, patios y corrales, hacinados sin orden ni concierto en un solar cuadrado delimitado por murallas elevadas y tapiales sobre cimientos de piedra rodada y cal. Las puertas y ventanas del edificio, bailaban sin ritmo, en todo tiempo, por la acción cruzada e invisible de los vientos y se calcinaban bajo el impacto del calor desmedido de los rayos del sol en una atmósfera seca de desierto. En esa casa de hacienda, todo era ocre, seco y deslavado.

Antes del 9 de abril, vivía en ella con muy pocas pausas, el propietario y terranteniente F.C.A. Hombre de pueblo que abandonó su taller de carpintería, aveniéndose a desposar a Eufrasia Zelaya, vieja terrateniente que en gratitud por esa unión matrimonial inesperada, lo elevó a su flamante consorte a la categoría de patrón de su feudo de Tolata Chico, entregándole de consuno su persona y su finca. Esa extensa heredad de tierras casi sin valor en que vivían cincuenta colonos desarrapados en casas que se desparramaban sin concierto junto a las sayañas, a lo largo y lo ancho de la finca.

El trabajo de los indios en esas tierras era de más sacrificio y prolongado que en las propiedades vecinas mejor ubicadas que disponían además de buenas tierras y riego. Los siervos, casi nunca podían ocuparse personalmente del cultivo de sus sayañas; la hacienda, los ataba sin término a sus labores, consumiéndoles por completo sus energías y tiempo. Eran las mejores y los hijos los que atendían las chacras de las sayañas, muchas veces, para mayor desgracia de esas humildes familias, con poco provecho. Por eso, los colonos de Tolata Chico, no sólo eran pobres, sino miserables.

II

El patrón, además de ser inexorable en el cumplimiento de las obligaciones de la hacienda, se dedicaba también a seducir a las mozas de la zona y las mujeres de su servidumbre. Calixto, el dirigente de Tolata Chico después de la revolución de abril, era precisamente fruto no deseado de uno de esos deslices del propietario en la cocinera de la casa de hacienda. Su llegada, veinticinco años atrás, dió lugar a reyertas, trifulcas, separaciones temporales, denuestos e insultos a granel del propietario y su mujer que acababan en reconciliaciones transadas volviendo a unirse en el campo o la ciudad. Con el tiempo y la naturaleza del hecho, en sí de poco valor, que motivaba tanta contienda, terminó en el olvido. La cocinera quedó en su cocina, al margen de las tormentas conyugales de sus patrones, como si no hubiera sido parte importante en la generación de ellas. Es cierto, ahora debía

Librodot

ella ocuparse de la crianza del hijo, pero sin abandonar ni descuidar ni por un día los deberes de su oficio. Para la familia, los servicios de esa mujer, eran inconvenientes por el espíritu sumiso y obediente de la empleada que para retirarse tampoco tenía donde ir y porque estaba conforme conque por su trabajo se le pagara con la comida del día, el uso de la pequeña vivienda que ocupaba y una muda anual de ropa nueva para las fiestas del santo patrono de Tolata o los carnavales.

El hijo nació y creció como un animalito, sin que nadie se preocupara más de él desde el día de su llegada a la hacienda. A cierta edad, se sumó, por propia iniciativa o exigencia de su madre, a las labores de la cocina, como ayudante de la cocinera, encargado de pelar papas, lavar las legumbres, transportar leña, lavar los platos y los demás utensilios o fregar las ollas. Calixto, dedicado por completo a esos menesteres, (que en opinión general de los hombres de la hacienda, eran propios de las mujeres) adquirió por causas inexplicables un timbre de voz aflautada de tiple y unos dengues feminoides de cuerpo, sin que por eso dejara de ser hombre en el sentido cabal de la palabra.

III

Cuando llegó la revolución de abril y los propietarios fueron desalojados de las haciendas, Calixto en Tolata Chico, asumió la dirección y administración de la propiedad por decisión unánime de sus compañeros ex-colonos. El ex-ayudante de cocina e hijo extra-matrimonial del patrón de Tolata Chico, de ese modo se transformó en la máxima autoridad sindical de la hacienda. Al decir de sus compañeros, su liderazgo en la propiedad se reconoció porque, antes de la revolución, fué él la mayor víctima de los abusos de los patrones, que no se limitaron a explotar su trabajo sino que lo humillaban con desdén y grosería. La patrona, conociendo su origen, se complacía hiriéndolo con demostraciones de antipatía y desprecio. Cuando llegaban los hijos a Tolata Chico, Calixto tenía que esfumarse de la hacienda y de la cocina por dos o tres días, hasta que los patrones se fueran de la propiedad a la ciudad, evitando de ese modo las infamias conque lo herían sus medios hermanos. Cuando se frustraba la fuga por algún motivo, Calixto debía soportar con estoicismo las exigencias arbitrarias de la patrona y de sus hijos que con ánimo de burlarse se referían a su condición de hijastro y hermano expureo; imitándole con exageración sus movimientos feminoides, calificándolo de marica y ofreciéndole polleras y hasta amantes atractivos. Calixto, ignorando las provocaciones, se ocupaba de sus actividades, de la madrugada a la noche, como si tuvieran oídos tapiados para las groserías que le decían. La revolución, puso fin inesperado a su martirio.

Tiempo después, cuando comenzaron los trámites judiciales de afectación de la reforma agraria, supe que lo amenazó a Calixto el dirigente Jorge Solís Román con hacerlo aprehender por la

Librodot

milicia del cuartel campesino de Punata para someterlo a castigos ejemplares por la vida disipada que llevaba, maleando a sus compañeros de Tolata con sus jaranas, fiestas y borracheras sin cuento que se llevaban a cabo en la finca o los pueblos de Tolata o Punata, derrochando sumas cuantiosas de dinero recaudado con la tala salvaje de los bosques de algarrobo de Tolata Chico y la venta de leña por camionadas, beneficiando sólo, con esos dineros, a las chicherias de esos pueblos.

Solís, indignado por todo eso, me dijo un día: Antes de someterlo (a Calixto, por supuesto) al castigo que merece, le pido a usted que como a su cliente, le llame la atención para que por propia decisión vuelva al orden y deje de abusar, constituyéndose en el mal ejemplo de sus compañeros. Como sabe usted, dijo Solís, la liberación del indio es una tarea en que tiene que haber total responsabilidad tanto de parte de los dirigentes como de los campesinos de base. Así lo hice. Lo llamé y le informé a Calixto que su conducta era reprobada por los jefes de la central campesina provincial en vista de las numerosas denuncias formuladas contra él por dirigentes de otros sindicatos, relatando sus excesos, borracheras y otras formas de disipación, usando indebidamente los fondos recaudados con la venta de leña sacada de Tolata Chico por él. Calixto, mohíno, se negó de principio a darme ninguna explicación de su conducta, tratando de eludir la reprensión del dirigente Solís Román, calificándola de falsa y exagerada en más de las veces. Sin embargo, recuperándose poco después, me dijo, entre ofendido y atemorizado, es cierto todo lo que se dice de mí. Me emborracho las veces que puedo. También enamoro. Me gustan las mujeres. Mis compañeros de la hacienda, admiten sin miramientos lo que hago y me acompañan con agrado en eso que llaman ustedes mis excesos, que por lo demás están lejos de ser en la medida que ustedes suponen.

-La hacienda, en la parte que está en los cerros, tiene inmensos bosques de algarrobo. Cuatro o cinco camionadas de leña en nada afecta a la integridad del bosque ni a los intereses económicos del sindicato o de los compañeros campesinos de Tolata Chico. Es cierto que bebo con mis compañeros y que en tales ocasiones, nos alegramos la mar. Claro, quién no haya sufrido como yo a lo largo de su vida la hediondez de la envidia y la villanía cínica de parte de su propio padre y de sus hermanos, no está preparado para juzgar mi conducta -guardó silencio, sonrió con tristeza echándo miradas preocupadas por todos lados antes de seguir hablando: -la envidia de mis hermanos, feos y ordinarios, iguales al padre y la madre. No admitían que fuese yo, el hijo de la cocinera, más agraciado que mis patrones o que tenga más de gente que ellos, por lo que hallaban gusto en humillarme con malicia. ¡Lo que son las cosas! -continuó -Hechos tan simples como la de llevar una piel más clara, una nariz más recta, los ojos más grandes, los miembros proporcionados, en suma, tener apariencia de humano y no animal, sea motivo suficiente para que la envidia, como gusano venenoso, corroa los sentimientos del envidioso, obligándole a ensañarse con su víctima hasta hacerle su vida un infierno. Eso sufrí yo en la hacienda de parte de los propietarios, hasta el día de la revolución. Ahora me desquito, asumiendo esta vez y por muy poco tiempo, el papel de patrón y de propietario de Tolata Chico que mis compañeros campesinos admiten como un hecho natural y correcto. Incluso "mis parientes" feudales

Librodot

están de acuerdo y conformes conque proceda del modo que lo hago, aunque en compensación me piden comprensión, esa comprensión que no tuvieron ellos conmigo. Se callan a todo. No formulan quejas. En suma, como todo ha cambiado en la propiedad, elevando arriba lo que estaba abajo y echando fuera lo que estaba arriba. También yo, he cambiado de conducta. Son sólo los dirigentes de Punata los que se alarman tanto con mi nueva vida. Y eso porque se fijan en pequeñeces. Son ellos, además, los que agrandan la parte mala de mis actos, cuando realmente no tienen importancia. ¿Es por ventura delito comer un poco más y mejor, cuando hasta hace poco se vivía en hambre continua y por años? Beber y hacerlo en medio de alegría y en compañía de amigos?. Admito que todo eso ha de ser por un tiempo limitado. Por eso mismo, quiero aprovecharlo con plenitud con todos mis sentidos y con todo mi corazón, aunque después caiga sobre mí el cielo y me castiguen los compañeros campesinos...¡Todo eso, por tratar de vivir un poco más y mejor, por unos pocos días!

-Calixto, me parece que no tienes confianza en lo que estás haciendo como dirigente sindical.

-Puede ser -repuso con vehemencia y rapidez -Soy yo sin duda un descreído. La reforma agraria, para mí, es un paso en falso, como fueron los anteriores que dimos los indios en nuestra ya larga y triste historia de alzamientos y sublevaciones. Los hacendados son unos demonios. Sacaran de nuevo de sus enormes morrales de recursos, los rayos y truenos conque nos partirán las calaveras, fulminando nuestras pequeñas e insignificantes conquistas. Ellos recuperarán de nuevo lo que hasta hace poco y desde mucho antes, estaba en su posesión. Mientras tanto, nosotros debemos hacer algo más efectivo y real que pelear con miras a un porvenir incierto y sobre cosas que mañana pueden estar más lejos todavía de nosotros. Aprovechar el momento. Vivir unos minutos como han vivido y vivirán ellos por la eternidad, con plenitud y disfrutando satisfacciones y placeres que nosotros nunca conocimos ni conoceremos, ni de nombre. Después que venga lo que tiene que venir, la venganza. Nos envenenarán como a perros. Nos quemarán como a la yerba seca e inservible. Pensar que los patrones han de quedarse conformes y hasta satisfechos sin sus haciendas, sin las tierras que las poseían de siglos atrás; y que los indios, los pobres e ignorantes indios, que somos apenas un poco más que los animales, según ellos, se van a quedar con las tierras. ¡No es eso un imposible? Podemos admitir que de ahora en adelante no van haber más siervos ni colonos en estas tierras?. No ha corrido todavía la sangre que debía correr. No puede haber beneficios totales para el indio y pérdida igualmente total para los señores que hasta hace poco eran nuestros dueños. ¡Eso es un imposible?

La tierra hace mucho que pasó a manos de los vencedores de nuestros abuelos y ocurrió eso en medio de mares de sangre. Millones de muertos de nuestra parte y apenas docenas de nuestros enemigos. Esta vez, con la revolución de abril, la reforma agraria y la liberación del indio, no hubo una sola gota de sangre derramada por los propietarios vencidos. La deuda no está pagada para que haya restitución de los bienes usurpados. Nadie se desprende de sus bienes y de su riqueza, mal o bien habidos, en medio de sonrisas y sin defenderlos. Yo veo en los ojos de mi ex-patrón y padre, de su mujer y de sus hijos, las ansias infernales de venganza que los enferma y crece día a día y se acumula y

Librodot

rebasa sus almas heridas por el inaudito atrevimiento de los indios alzados que se han apoderado de la fuente de su poder y de su bienestar: la tierra. Una y mil veces fracasamos en el mismo intento en el pasado. Quién nos garantiza ahora que el resultado será favorable y sobre todo, eterno?

-Mira -me dijo, descorazonado: -el presidente de la república, que dice ser nuestro amigo y libertador, es blanco; sus ministros, igual; los doctores que hacen de jueces y los que los asesoran, también. Las armas más poderosas están en sus manos. Nosotros, sin duda, somos mayoría, pero una mayoría de ignorantes e indefensos. Un día se unirán de nuevo los blancos y lo harán para tomar posiciones contra nosotros, la reforma agraria y la liberación del indio y nos aniquilarán en un sólo día o una sola noche, transformando la pesadilla del indio libre en la realidad humillante del inicio esclavo. Entonces, despertaremos nosotros, los indios revolucionarios, como despertaron nuestros abuelos más próximos, los indios sublevados, en las cárceles, los hospitales, el exilio, el destierro o los cementerios, en que también seguiremos siendo mayoría...

-Molesto, le dije que sus extrañas profecías eran fruto de su origen y de la forma de vida que llevó hasta el día de la revolución. La eché en cara su condición de semi-indio y semi-blanco, recalcando que eso le hacía inestable y desconfiado. Calixto, sonrió con amargura a tiempo de confirmarme con vehemencia su condición de indio. -El hecho de haber tenido un padre blanco o mestizo que más que padre fué padrillo, no cambia en nada mi espíritu de indio que lo recibí de mi madre con su leche y sus lágrimas.

-¡No! Calixto -repuse -no inventes catástrofes ni propagues derrotismos entre los compañeros campesinos, sólo por justificar tus abusos y tus excesos. Admite que lo que estás haciendo no es propio de un dirigente responsable. Es tiempo de que enmendándote del pasado inmediato, asumas una actitud íntegra de dirigente que sabe dónde va y cómo debe ir, sin fijarse en que los peligros son ilimitados y el porvenir, no muy claro ni seguro, como quisiéramos que fuese. Por lo demás, Calixto, era un buen dirigente al que sus compañeros lo querían y en quién confiaban sin limitaciones. Sus dudas no eran en el fondo las de todos los indios, en ese momento? Tuvo que pasar muchos años antes que el fantasma del retorno de los hacendados desapareciera definitivamente del alma atemorizada del indio. Sólo pudo tranquilizarse con la prueba de los regímenes militares posteriores a la caída del gobierno del MNR que mantuvieron incólumes las conquistas básicas del indio en cuanto a la propiedad y ocupación de la tierra, la supresión de los servicios personales del indio dedicado a la agricultura, los derechos de ciudadano y la libertad.

Librodot

LA PURUMA DE SANTA ANA

Doña Emilia Blanco Vda. de Villarroel, preparaba viaja a Santiago de Chile. Por ese motivo, me dijo, que había decidido arrendar por dos, tres o más años, el viejo alfalfar de cinco hectáreas de su propiedad de Santa Ana. En esa misma ocasión, dirigiéndose a mí, se expresó: -Usted que se lleva tan bien con los campesinos, por qué no se hace cargo de ese terreno? Se lo doy en arriendo por el tiempo que usted desee y se lo doy por un canon moderadísimo pero que debe pagarme por año adelantado que en esta ocasión preciso para cubrir precisamente los gastos del viaje a Santiago que lo tengo planeado desde hace varios meses y que será por mucho tiempo. Estoy segura de que no se arrepentirá de su inversión, si toma en cuenta que se trata de terrenos de primera clase, con mitas periódicas de aguas claras, su ubicación casi dentro del perímetro del pueblo y la ventaja de ser puruma supernitrificada de un alfalfar con más de diez años de antigüedad. En ese terreno, puede cultivarse papa por dos o más años seguidos con gran rendimiento y beneficio seguro. Píenselo. No todos los días va ha recibir ofertas tan ventajosas.

Después de meditar cuidadosamente en las palabras de doña Emilia, le agradecí la oferta, diciéndole que tomar parte en el cultivo de la tierra, como ella sabía bien, exige dedicación personal e inversión ilimitada de tiempo y dinero de los que yo lamentablemente, no disponía; le dije igualmente que mi presencia en el pueblo era circunstancial desde todo punto de vista y por un lapso que esperaba yo no pasara de los dos años. La señora, lamentó mi negativa. El terreno quedó finalmente en manos del esposo de una sobrina de doña Emilia, no sé si en las mismas condiciones u otras de la oferta que recibí, pero sí supe que el contrato se perfeccionó en el curso de esos mismos días.

El señor CCV, arrendero ya del alfalfar de Santa Ana, con experiencia y conocimiento del lugar, sabía que el éxito de su empresa estaba condicionado, desde el día de la revolución, más que al trabajo humano y los caprichos de la naturaleza, al carácter de sus relaciones con los campesinos, las organizaciones sindicales y el partido político, al que todas las autoridades provinciales pertenecían. Era así, debido a que las decisiones en todo lo que era cosa del campo y de la agricultura, la tomaban los campesinos previo conocimiento de esas organizaciones e instituciones que decían, finalmente, la última palabra al respecto. En tales circunstancias, el señor CCV, con buen ojo, eligió bien al dirigente campesino Jorge Solís Román, como a su protector y amigo.

Supe que a poco tiempo de esos trámites y de iniciarse las labores de preparación de las barbecheras, la siembra y el cultivo, hubo expresiones singulares de amistad y mutuo servicio entre el señor CCV y los campesinos de la propiedad, respetando las costumbres agrarias tradicionales de

Librodot

conocimiento de las partes, excepto las obligaciones personales gratuitas que fueron abolidas por la revolución, elevando en cambio ese hecho el costo económico de la empresa para el señor CCV.

Después, se hizo corriente verlo al señor CCV con el dirigente Solís pasearse por la mañana, la tarde e incluso algunas noches por el pueblo. Cuando las sementeras llegaron al estado de cosecharlas, a los cuatro meses de la siembra y el cultivo, esas relaciones de amistad del señor CCV y el dirigente campesino, se hicieron más íntimas y cordiales.

Un día, Solís, expresando su confianza en el amigo, le informó al señor CCV que una comadre suya, mujer buena y servidora como pocas, dueña de un negocio de comidas y bebidas no muy lejos, cerca de la línea férrea, le invitó para visitarla esa misma tarde, prometiéndole esperarlo con platillos especiales de sabrosos guisos criollos y bebida fresca y sana de lo mejor. Solís, a su vez, demostrando su entusiasmo, le rogó al señor CCV compartir con él la fiesta para el paladar y el estómago que su comadre le preparaba para dentro de pocas horas. El señor CCV, aceptó complacido la invitación, valorando la misma como una expresión más de la amistad que le brindaba el dirigente campesino. A las cuatro de la tarde, serena y tibia de ese valle, los amigos estaban comiendo copiosamente ajís de pollo y lengua de res y bebiendo entre bocado y bocado, vasos gigantes de chicha amarilla y cristalina. Al término de ese ágape delicioso de más de una hora, cuando se repantigaban sueltos y felices, bebiendo a sorbos y riendo las ocurrencias del día, se presentó de súbito en la sala que sólo ocupaban ellos, un campesino propio del algún sindicato con la misión de citarlo verbalmente a Solís para que se presentara en el acto en el cuartel de milicias campesinas.

-Don..V -le dijo Solís al señor CCV en quichua, usando sólo el apellido del amigo, con cierta sorna y entre risas (era la primera vez que lo hacía de ese modo; hasta ese momento, sus relaciones eran de mutuo y permanente respeto) -perdóname por unos instantes. Este compañero acaba de decirme que debo presentarme ahora mismo en el cuartel campesino. ¡Son, pués, los jefes que me llaman! ¡Debe haber algo urgente que yo sé y debo informarles, pero no creo que sea nada importante o que demande mucho tiempo -dijo a modo de justificar su próxima salida del negocio -Será cuestión de poco tiempo. Ya vuelvo -terminó de expresar y salió sin aguardar respuesta, seguido del propio que lo citó. El señor CCV, que no pudo decir palabra, se limitó a gesticular moviendo la cabeza y las manos en señal de aprobación de lo dicho por su amigo. Se hallaba ahora sólo en ese corredor cerrado en tres de sus costados por altas murallas, bajo el techo de cañas y tejas sin cielo raso y abierto por entero al occidente, mirando a la tarde que descendía entre arreboles. Sentado en una silla delante de la mesa cuadrada sin mantel que tenía encima una jarra de vidrio en que se reflejaba la luz de la tarde y el color dulce de oro vivo de la chicha que contenía, se repantigó más, cómodo, luego de beberse el resto del líquido de su vaso y de llenarlo de nuevo, satisfecho de los sucesos de ese día, en tanto el tiempo transcurría sin pausa y con extrema lentitud hacia la noche que se divisaba lejos, todavía tenue, en los bordes azules de los cerros de oriente. Pasaron muchos minutos desde que salió su amigo, cuando de pronto prorrumpieron abruptamente en el local hasta seis matones, a cara descubierta, que

Librodot

sin esperar ni dar explicaciones, emprendieron a golpes de puño, puntapiés, garrote y laque contra el señor CCV, sin que pudiera él atinar a defenderse o pedir auxilio a la dueña del negocio, los vecinos u otras personas del pueblo. La golpiza fué tan súbita y tan contundente que el señor CCV quedó tendido en el piso con varias heridas cortantes y graves y dolorosas contusiones en todo el cuerpo; echado de cara, yacía cuan largo era en el piso de ladrillo, tratando de proteger su rostro de los impactos de los golpes de los agresores que caían sin cuento sobre él.

Ensangrentado y vomitando lo que poco antes había comido y bebido con tanto agrado, repasaba en su mente las amenazas y mensajes que en medio del ataque le dejaron sus agresores. "Cachorro de rosquero, explotador. Vampiro que sólo sabes vivir de la sangre de los indios, antes y después de la reforma agraria. Entiende de una vez por siempre. No vuelvas nunca a Santa Ana. Si lo haces o delegas a alguien en tu nombre, te mataremos o lo mataremos a garrote, piedra o puñal como a perro rabioso. ¡Carajo! ¿Entendido? Escaparon luego precipitadamente y desaparecieron en la misma forma que llegaron, en un instante y como fantasmas.

El señor CCV, sintiendo profundamente el dolor de las heridas y magulladuras que le infirieron en el cuerpo y en el alma los agresores, no podía ponerse en pié. Se sentía sin energías y sobre todo, sin voluntad; en su mente daban vueltas en una sucesión incontenible, como un resumen de visiones superpuestas, los episodios deshilvanados de los últimos cuatro meses de su permanencia en el pueblo. No podía admitir que le hubiesen engañado tan vilmente y que él se hubiera prestado con tanta ingenuidad al juego solapado y doble de esos indios... Media hora después retornó Solís.

Al informarse de lo ocurrido en su ausencia, hizo aspavientos de sorpresa, exclamando: -Mi buen amigo, ¿qué te ha pasado? Quién se ha aprovechado de mi ausencia para pegarte de ese modo. ¡Tatitu! ¡Tatitu! Esta no es la forma de tratar a un cristiano. ¡Comadre! ¡Comadre! gritaba, llamando a la dueña del negocio, la que simulando sorpresa y hasta alarma con los gritos, dijo: -Compadre, por qué gritas. ¡Qué ha pasado!

-Comadrita, comadrita, dime quién vino en mi ausencia y quién o quiénes han sido los que lo han pegado y tratado de matar a mi amigo.

-Por Dios, qué barbaridad...lo han pegado. Yo no vi entrar a nadie, como tampoco sabía que tú hubieses salido de aquí. Estaba segura de que ustedes seguían conversando y bebiendo sus copitas y que de un momento a otro me llamarías para proveerles de más bebida.

Tanto las protestas de la mujer en que aseguraba ignorar el ataque de los matones al señor CCV como la actitud de alarma e indignación de Solís, parecían expresiones demasiado simuladas y postizas de sentimientos de pesar que no habían, sobre todo, cuando ambos compadres se hacían coro uno a otro condenando la villanía de los que de modo tan salvaje maltrataron al señor CCV.

El señor CCV que finalmente se enderezó y pudo caminar con dificultad, venciendo el dolor, sin dar importancia a los actos teatrales del dirigente y de la chola, que seguían deshaciéndose en lamentos y protestas, se levantó del piso y se puso de pié con gran esfuerzo. Se limpio como pudo la

Librodot

vestimenta manchada de sangre, tierra y vómitos de comida y chicha. Se arregló los cabellos con extrema dificultad, aunque guardando dignidad en todos sus movimientos y actitudes. Después, sin referirse en lo mínimo a lo que pasó, se despidió con extrema brevedad y total frialdad, sólo de Solís, agradeciéndole con burla su tan cordial invitación.

Salió del negocio, sin echar una mirada a lo que quedaba atrás...

Como era de esperar, la sementera de papa de Santa Ana fué cosechada por los campesinos en su integridad, sin contratiempos de ninguna clase y sin que el señor CCV se hubiera presentado a reclamar su cuota parte de la producción o por lo menos el importe del precio de la semilla y el monto de sus inversiones.

MUERTE DE UN MAESTRO

I

El viernes por la tarde, Jorge Solís Román y Pedro Jaldín, este último manco de ambos brazos (los tenía solo hasta los codos), dirigentes de la central campesina de Punata, dando por terminado su trabajo del día, después de las cuatro, se fueron de parranda a Santa Ana, florido villorio que se extiende a lo largo del camino de Punata a San Benito, entre frondosos eucaliptos, sombríos saucellorones e imponentes álamos de hojas susurrantes que parecían monedas enormes de plata que bailaban en el cierzo de la tarde. Allí, se instalaron en la chichería de la "Huacañahui", cholita que Solís requebraba y Jaldín, buen amigo, trataba de ayudarlo, ponderando las cualidades y seriedad de intenciones de su amigo. La cholita, joven y guapa, de regular estatura, lucía en el marco oscuro de sus cejas bien formadas, el donaire de sus enormes ojos, por lo que la llamaban "La Huacañahui" o lo de los ojos de buey. Ella desgranando su risa alegre, les ofreció a sus huéspedes, al ingreso del negocio, sendos vasos de chicha amarilla y pasado un tiempo, el sabor picante de un platillo lugareño.

II

Los amigos, comiendo y bebiendo, jugaban al sapo, en tanto Solís, con paciencia y sin desmayo, avanzaba en sus deleites amorosos. Antes de las seis, pasó por la chichería el novio de la Huacañahui, un maestro de escuela de Paracaya que antes de proseguir viaje al pueblo en bicicleta, molesto con la presencia de los dirigentes en el negocio, le recomendó a su novia deshacerse de ellos para su retorno del pueblo, a poco más de una o una hora y media. Cuando ingresó al negocio de vuelta, los dirigentes seguían tranquilos, bebiendo y jugando, sin dar señales de su próximo retiro de la chichería. A poco, se produjo un altercado en el interior del negocio entre la chichera y el maestro que

Librodot

luego se presentaron en la tienda y les rogaron retirarse a los dirigentes por ser avanzada la hora. El maestro, manifestando su contrariedad, les reiteró, muy dolido, que la actividad del negocio terminó por ese día y que no disponían ya de más bebida. Solís, a su vez, encaprichado, se negó a dejar la chichería en tanto no lo complacieran con ofrecerle por lo menos una ronda más, quejándose al mismo tiempo que no era correcto ni hospitalario que los trataran de echar con tanta desconsideración, cuando ellos no daban motivo alguno para ello y que lo único que querían era beber un poco más, distrayéndose sanamente, aprovechando el fin de semana. La chola, interesada en la ganancia, admitió darles una última ronda de bebida, bajo compromiso de que sería ella la última de la noche. La oferta de la Huacañahui, molestó sobremanera al maestro que optó por salir del negocio a la calle, lleno de cólera, sin prestar oídos a las explicaciones de la novia y del dirigente Solís. Poco después, en cuanto desapareció la mujer en el interior de la casa en busca de la bebida ofrecida, Solís se encaminó a la calle detrás del maestro. Poco después, volvió a la tienda y prosiguió jugando al sapo con Jaldín. Cuando reapareció la mujer, Solís simuló conversar con mucho interés con su compañero, sin dejar de requebrar y lanzar insinuaciones de tono subido a la chola que sonreía, siguiéndole la corriente pero guardando cierta actitud prudente por sí reingresaba a la tienda su novio.

No pasaría una media hora de todo, cuando se oyeron gritos de alguien que en la calle, delante de la puerta abierta de la chichería, decía que allí había un hombre muerto. Alarmada la chola, salió deprisa del negocio a la calle, alumbrándose con una vela, para descubrir, asombrada y compungida el cadáver de su novio. Al otro lado de la acequia llena de yerba, sobre el camino, yacía echada una bicicleta. Entonces, produjo la mujer un inmenso escándalo con sus gritos y sollozos, pidiendo auxilio y denunciando a gritos la consumación de un asesinato. El cadáver reposaba encima de la grama verde oscura aparentemente sin ninguna herida visible, aunque la grama estaba tiznada de rojo y había cerca un charco pequeño de sangre coagulada. La herida de puñal estaba en el glúteo izquierdo de la víctima que murió de hemorragia y la falta de un auxilio oportuno. La chola, indignada, volvió al interior de su negocio, resuelta a echarle en cara a Solís la autoría del delito, pero, con sorpresa, descubrió que los dirigentes habían desaparecido de la tienda, huyendo por el canchón de la casa, escalando murallas y pasando por los terrenos de labranza anexos, en aparente e implícita admisión de culpabilidad.

III

Esa misma noche, se presentaron en la chichería los deudos del maestro que les echaron la culpa del hecho luctuoso a la novia veleidosa y a los dirigentes Solís y Jaldín, la comisión del delito de asesinato, formalizando al día siguiente la demanda ante los tribunales de justicia. La autoridad judicial, se inhibió de ordenar por simple prudencia la detención de Solís; en cambio, lo hizo de inmediato con Jaldín, que fué recluido preventivamente en la cárcel provincial hasta el lunes siguiente. La detención de Jaldín se prolongó sin embargo por más de una semana. Solo cuando prestó su

Librodot

declaración indagatoria y se extendió mandamiento de detención preventiva, se le concedió el beneficio de libertad provisional, previa calificación y empoce de una modesta fianza, señalando que por el tenor de la declaración del encausado ante el juez y el certificado de médico forense que acreditaba la imposibilidad material de Jaldín para usar armas de fuego o blancas, por la falta de sus brazos y sus manos o la incapacidad absoluta y permanente de Jaldín para acuchillar al maestro en Santa Ana. De su parte, Solís, eludió comparecer al emplazamiento de la autoridad judicial, en tanto sus compañeros dirigentes de la central campesina presionaban a los familiares del occiso para que se proceda a la composición del delito con el pago de una compensación de dinero, reconociendo a favor de la familia los daños y perjuicios que sufrió con la perpetración del delito, admitiendo al mismo tiempo que el hecho fué consecuencia de un acto involuntario y casual cometido por un hombre en estado de total ebriedad. De esa manera, Solís se libró de las manos de la justicia.

Entre tanto, en el deseo de agradar a la opinión pública y a los parientes del muerto, la central campesina provincial se hizo cargo de los actos y gastos del velorio y el entierro. Más aún, el catafalco del velorio se armó en el salón de actos de la alcaldía municipal. Al entierro, asistieron en pleno los dirigentes de la plana mayor de la central campesina, las autoridades provinciales y piquetes armados de milicias, solemnizando el acto con la música de una banda de guerra y discursos fúnebres en que se ponderó las virtudes del maestro y se echó sombras e insinuaciones maliciosas sobre la supuesta autoría del crimen a la rosca, acusada de preparar encrucijadas en que caen ingenuamente los dirigentes campesinos inhabilitándose y anulándose de por vida para la lucha por la liberación del indio.

IV

La muerte del maestro, fué un crimen sin sentido cometido por un dirigente prepotente e irresponsable que la opinión pública del pueblo y del campo condenó sin atenuantes, señalando que el hecho eliminó a un joven campesino, hijos de indios de Paracaya, igual a los que lo asesinaron, sin que en él hubiera intervenido para nada la rosca o el comunismo a que también se trato de sindicarle el delito. Todos sabían que Jorge Solís Román era el autor.

En esos días, Rojas pudo superar con muchas dificultades el veto del gobierno de la revolución nacional por su militancia anterior a su ingreso al MNR, en un partido de izquierda. Ahora, valiéndose de la muerte del maestro, quería demostrar su posición contraria a la rosca, el comunismo y los partidos políticos de izquierda, sindicando por igual a ellos del hecho de sangre de Santa Ana, sabiendo incluso que la noticia no pasaría en su trascendencia los límites de la provincia.

Efectivamente, a las pocas semanas, nadie se acordó más del crimen y menos de sus protagonistas y sus responsabilidades.

Librodot

LA HACIENDA TAMBILLO

La hacienda Tambillo pertenecía a la jurisdicción de la provincia Arani y estaba sobre el camino inter-provincial de Punata y Arani que corría por su colindancia septentrional. Era una extensión plana de varios cientos de hectáreas de terrenos profundos en que se cultivaba con ventaja maíz, papa, trigo y yerbas forrajeras como alfalfa o trébol. Desde el 9 de abril de 1952, pasó al dominio de los ex-colonos, bajo la dirección de Salvador Vásquez de Ucureña y de Benito Ricaldez de Tambillo.

Cuando llegué a Tambillo en julio de 1955, los campesinos habían levantado ya la cuarta cosecha de la hacienda después de la revolución; cosecha de la cual, como en ocasiones anteriores, no entregaron a los propietarios un solo grano de maíz o una patata, de manera que en general los campesinos de Tambillo gozaban de bienestar material; sin embargo y a pesar de esa situación, persistía el ambiente de pobreza de los años en que los colonos de la hacienda solo disponían de lo suficiente para sobrevivir en la miseria y la necesidad tradicionales en el indio.

Mi presencia en la propiedad tenía por fin el de constatar en el terreno la realidad económica y social de Tambillo de antes de la reforma agraria para la demanda de afectación que debía preparar a solicitud de los ex-colonos de esa hacienda. No cabía duda, en la hacienda hubo inversión patronal de capitales:-Los alfalfares plantados en decenas de hectáreas para alimentar un hato numeroso de vacas lecheras de raza seleccionada y una casa de hacienda todavía no terminada con silos, chiqueros, establos y criaderos; un pozo artesiano y otras construcciones para industrializar la producción agrícola y ganadera de la hacienda, ratificaban el aserto. Había también los cimientos de viviendas campesinas para una población rural concentrada a construirse, con instalaciones de distribución de agua potable y energía eléctrica. Después de visitar y observar en detalle Tambillo, me reuní con los ex-colonos y los dirigentes para darles a conocer los resultados de mi inspección particular que se resumía en que Tambillo no era un latifundio. Les señalé que las instalaciones que podían verse en los terrenos de la finca, eran propias de una empresa agrícola y que eso no podía ignorarse u ocultarse. Les dije que era

Librodot

casi seguro que el juez agrario en la inspección y la sentencia, ratificaría la verdad visible de la realidad de los hechos con la verdad judicial, dando curso a los argumentos y las razones de la defensa de los propietarios fundados en los comprobantes de las inversiones. Sin embargo, les expresé, pero solo como consuelo, que de mi parte se haría todo lo posible para que el juez aplique la ley en este caso del modo más favorable a los intereses y expectativas de los campesinos de Tambillo. La respuesta que recibí de mis posibles defendidos, llevaba el dejo amargo del desaliento y la desesperanza. Querían que a toda costa les dijera y les asegurara que Tambillo sería declarada latifundio y que pasaría con ese fundamento y justificación, en su integridad, al dominio y propiedad de los campesinos.

Para respaldar sus pretensiones, aducían que los servicios que prestaron en la hacienda era de mucho sacrificio por la rudeza de los trabajos del campo y por el tiempo ilimitado conque se desarrollaban las obligaciones personales en el sistema cerval. Un campesino dijo que está era sin duda la última oportunidad que les dió a los indios de Tambillo, el destino y los dioses para deshacerse para siempre de sus verdugos. Era por eso, según él, con ese pensamiento que trataban de aprovecharla en su plenitud. Benito, el dirigente, insistía con vehemencia en que él y sus compañeros se oponían unánimemente a que se consolide ni una hectárea a favor de los ex-patrones rosqueros y feudales. Al término de sus palabras resentidas, aseguró que los patrones jamás volverían a pisar esas tierras que fueron y son de los indios. La revolución de abril misma, solo nos ha restituido lo que era ya desde siempre nuestro, Es cierto, argumentó, que no las hemos comprado con dinero o capitales, como dicen los blancos; pero, sí, hemos invertido en ella por muchos años nuestro sudor, sangre y lágrimas..¿Qué capital de más valor que eso, hay?, se preguntó. El dinero que los patrones dicen haber invertido en la propiedad, salió más que de la misma hacienda o de los bolsillos o las petacas de los propietarios, del trabajo gratuito y sin límites del indio.

Desconcertado con esa furia social que no encontré antes en otras propiedades, les reiteré que el trámite judicial se llevaría acabo con la intervención personal de los dirigentes de Ucureña, Arani y los de la misma finca Tambillo, de modo que en ningún caso cupiera dudas respecto del curso correcto de él hasta su fin. La sentencia que se dictase les dije que como sabían era cosa de la decisión del juez. Así terminó mi visita a Tambillo.

A medio año de haber comenzado la acción y después de prolongadas esperas-para que se fije el turno y se dicte la sentencia, un día, por la tarde, Jorge Solís Román, omnímodo dirigente de Ucureña pero residente en Punata, ingresó a mi oficina, como tromba, sin pedir ni esperar permiso. Llevaba con dos dedos, izada de una punta, tres papeles copia, como si las hojas estarán contaminadas en la plana y el portador temiera tocarlas por el peligro de contagiarse de una enfermedad o enmelarse con algo sucio y repugnante. El dirigente que entró a mi oficina, seguido de una corte de campesinos, me dijo:--¡Doctor, hemos perdido Tambillo! ¡Irremediablemente, la hemos perdido!-- solo después me entregó las copias. Impactado por lo terminante de las expresiones del dirigente, tomé más que rápido las hojas y sin parar mientes en los considerándos y las otras formalidades que llevan las sentencias

Librodot

judiciales, leí con presteza solo la parte de las resoluciones, que en este caso era bastante larga; luego, con el alma de nuevo en el cuerpo, le dije al dirigente que esperaba mis palabras en su pose inicial, desde luego disimulada, de víctima apaleada:--¡Exageras, Jorge! No hay tal perdida. Todos los campesinos de Tambillo, no solo que han sido dotados con las extensiones totales de sus pegujales, sino que en muchos casos se les ha ampliado razonablemente sus superficies con los terrenos de la hacienda. Además, ha quedado para las nuevas dotaciones un terreno...que de momento será cultivado colectivamente por los ex-colonos en una especie de cooperativa provisional de producción que les dará también ingresos suplementarios a los que tienen de sus dotaciones individuales..; quise ampliar más mis explicaciones; pero. no me lo permitió el dirigente de Ucureña.

--¡Oh, sí!--me interrumpió Solís con brusquedad, que en ese momento el indio parecía más oscuro y negro que de costumbre, por la sangre que le fluía desde sus entrañas a la cara por la ira que lo dominaba. Después, más tranquilo, repuso:--¡No! ¡no! No es así. No se olvide que otras cien hectáreas y la casa de hacienda con todas sus instalaciones se han consolidado a favor de los ex-propietarios.

--Es cierto--manifesté, volviendo a tomar la palabra, decidido esta vez a demostrar de mi parte, el agravio y la ofensa que conllevaba para mí las actitudes y las expresiones del dirigente. Proseguí:--Yo nunca aseguré a nadie y menos hice promesa de ninguna clase a los compañeros de Tambillo asegurándoles que la finca sería declarada latifundio. Por el contrario, les manifesté desde el principio cuáles podían ser los resultados probables del trámite. La sentencia, como está dictada, no es sino la consecuencia de la realidad palpable que el mismo juez no ha podido soslayar.

--¡No, doctor!¡No es eso!--me volvió a cortar la palabra--De ninguna manera me refiero a eso. Vino usted aquí, voluntariamente, a trabajar con nosotros, pero se ve que no es suficiente para éste y otros casos, la buena voluntad de nadie y menos para que las cosas lleguen a buen fin. No es posible que usted admita con tanta frialdad y tranquilidad esa maldita sentencia y menos que esté conforme con la decisión torcida de los viejos abogados que en su nueva condición de jueces-agrarios, aplican las leyes, como si aquí no hubiera habido una revolución. Por eso, si quiere seguir trabajando con nosotros, tiene usted que esforzarse en entendernos a los indios, conocer nuestro pensamiento, por elemental que fuese él; nuestros sentimientos, nuestros sufrimientos y nuestras aspiraciones; lo que deseamos y tratamos de alcanzar con la revolución que, es cierto, no la hicimos nosotros pero que sin nosotros, jamás se habría consolidado y transformado en lo que es, un hecho social de significación mundial. Doctor, sino actúa como profesional y político en defensa de los intereses del indio, no será posible que siga trabajando con nosotros en el campo. En el caso específico de Tambillo, mi reacción ante esa sentencia infame, no obedece al hecho lamentable por cierto por el cuál los propietarios han consolidado a su favor un centenar de hectáreas, que para nosotros es mucho. La situación es otra. Se trata de que los lobos no pueden convivir con los corderos en el mismo corral, porque si tal fuera la situación, los corderos tendrían que vivir en eterna vigilia para no ser devorados una a uno o todos en

Librodot

conjunto por los lobos. Se trata que esos señores propietarios con la consolidación de una parte de los terrenos y de la casa de hacienda, se quedarán en realidad con todo Tambillo. Seguirán viviendo en Tambillo. Seguirán presentes allí como un tumor maligno imposible de extirpar o como una espina clavada que no se puede arrancar, lo cual para los indios ex-colonos es un incordio desde todo punto de vista

¡Eso no puede ser! ¡No será! Usted los conoce; sabe cómo son los blancos y más que los blancos, los mestizos. Yo le puedo jurar que tienen por cierto y como una verdad divina, que Dios los ha creado a ellos con el privilegio eterno de vivir a pierna suelta y sin hacer nada del trabajo gratuito del indio. Hoy pueden tener, sin peligro de ninguna clase, no digo una hectárea, sólo un pié cuadrado de terreno; mañana querrán multiplicarlo por dos, pasado a cuatro y así hasta que los terrenos de Tambillo pasen de nuevo a ser de ellos en su totalidad. Entonces, readquirirán su condición de patrones, propietarios y señores, en tanto que nosotros, los indios, volveremos a ser sus colonos o siervos dependientes de su voluntad, determinaciones y hasta caprichos , como era antes de abril. Terminaremos, junto a sus caballos, bueyes y perros, formando parte de su propiedad privada consolidada...y usted doctor, naturalmente, como abogado de los nuevos hacendados, ¡No señor! Eso no será. ¡Ahora! Ahora es cuando debemos desarraigarlos definitivamente de esta tierra a los blancos y mestizos y quemar el sitio de donde se los arranque una y otra vez hasta que desaparezca toda posibilidad de rebrote del mal y no quede un mínimo de vestigio de su presencia anterior. Doctor, esto es lo que tiene que saber para trabajar con nosotros los indios. Ese es nuestro pensamiento. Si ahora no actuamos de esa manera radical, mañana, sin duda, las cosas serán peores y sin remedio. Eso es lo que debe estar presente como una obsesión cuando se trabaja por los intereses del indio. Lo de Tambillo, no ha terminado. Esa sentencia es un desafío del blanco y del mestizo a la voluntad y el espíritu de lucha del indio. Responderemos al desafío como corresponde...

-Jorge, con la revolución no se ha desencadenado una lucha de razas. No se trata de los indios contra los blancos y los mestizos. Es una revolución social que quiere borrar la pobreza y la miseria, la humillación de los oprimidos, la dependencia de los colonos, sin fijarse en el color de la piel. Hacer justicia a todo nivel para que el país sea de todos sus hijos, suprimiendo los privilegios sociales de toda clase.

-No doctor, -dijo esta vez el dirigente de Tambillo, Benito Ricaldez -mientras yo viva no volverán a Tambillo ninguna clase de patrones. Ni blancos, ni negros, ni mestizos; ni rosqueros ni revolucionarios. En Tambillo, no habrá nunca más patrones. Esa es nuestra decisión definitiva. Sabremos sostenerla, porque es la expresión de la voluntad de todos los ex-colonos y la conclusión final de nuestra decisión humana. Sí. La sostendremos, si fuese necesario pasando incluso por encima de las determinaciones de las autoridades, feudales y rosqueras disfrazadas de revolucionarias, que quedan todavía en las ciudades y de las cuáles, los jueces agrarios, no son más que una parte. Elementos anti-indios que simulan ser nuestros amigos. Cuando no respondí yo a lo que me decían y

Librodot

repetían y repetían su resentimiento, de una y otra forma, esos dirigentes, me hicieron una venia fría y se retiraron.

Después de mucho tiempo, tanto el consejo nacional de reforma agraria como la presidencia de la república, confirmaron la sentencia, consolidando los terrenos de los alfalfares (que no habían ya) y la casa de hacienda a favor de los propietarios de Tambillo. Ese hecho, como era de esperar, consternó profundamente el alma de los campesinos de Tambillo, que organizaron de inmediato la resistencia a las tentativas de retorno de los propietarios a la hacienda, por todos los medios a su alcance. Hubo un compromiso (o juramento) de los ex-colonos, en esa ocasión, en ese sentido que, luego, se constituyó en óbice insalvable para todo arreglo amigable que se propuso por las mismas partes o por terceros en el caso de Tambillo. No sólo eso. Los campesinos, ante los intentos de intervención del gobierno a favor de los propietarios que exigían que los campesinos admitan su ingreso a los terrenos y bienes consolidados a su favor por los tribunales de justicia agraria, reafirmaron su voluntad de resistir incluso con la violencia. En ese trance y ante la negativa de los campesinos a prestar oídos a los buenos oficios de las autoridades y otras gentes, los propietarios optaron por ceder sus tierras de Tambillo al servicio agrícola interamericano de los Estados Unidos de Norteamérica, según se dijo para que esa institución de cooperación inter-estatal en materia agraria, sembrara en Tambillo, en la vía experimental, semillas de nuevas clases de trigo, mediante la aplicación de sistemas de cultivo mecanizado, con el propósito evidente de excluir de esa manera la intervención de la fuerza de trabajo de los campesinos de la propiedad.

Los campesinos dejaron que el SAI entrara a los alfalfares deteriorados por el tiempo y la falta de cuidado con sus tractores y terminara por destruirlos por completo en la etapa preparatoria de barbechar los terrenos para la siembra anunciada. Algunos ex-colonos tomaron parte en esas labores. También fueron contratados otros, en el curso de esos cultivos, para las labores de desyerbe y riego. El ingeniero Grosberger era el técnico encargado de la dirección y control de los cultivos experimentales. Los propietarios de la hacienda, no asomaron ni una sola vez a la finca, durante el tiempo en que se desarrolló esos trabajos. Cuando maduró el trigo, mandó el SAI a Tambillo una trilladora y un equipo humano de cosechadores. Entonces, fué que los propietarios se animaron a hacer acto de presencia en la hacienda en compañía del ingeniero director de los cultivos. Ese hecho, exasperó en el acto a los campesinos que se sintieron humillados porque se los ignoro por el SAI para la cosecha, en tanto que en actitud provocativa, justamente en esa ocasión, esa institución apareció en la finca con los propietarios que fueron desalojados en abril de 1952, con la revolución, dando lugar a que esos señores se forjaran esperanzas en torno de sus derechos en la propiedad que los campesinos tenían por definitivamente cancelados. Con esas conjeturas sobre la significación de los hechos que lamentaban, se prepararon y atacaron con inusitada violencia al equipo de cosechadores al anochecer del primer día de esa labor, apoderándose de la trilladora y el trigo recolectado y amenazando de muerte a los intrusos que huyeron de la hacienda hacia el pueblo de Punata y la ciudad. El ingeniero Grosberger fué

Librodot

derribado y agredido por los indios enfurecidos del mismo modo que el propietario y su esposa. Sin mayores ambages, les manifestaron que estaban decididos a degollarlos si es que persistían y avanzaban en sus propósitos de abrir litigio con los campesinos de Tambillo. Los hechos no pasaron de ahí. El ingeniero y los propietarios recobraron su libertad, después de los actos rituales de amedrentamiento. Se retiraron también a la ciudad.

La reacción patronal, esta vez, coordinada por las autoridades del gobierno a instancias del SAI, no se dejó esperar. La propiedad fué invadida por policías uniformados. Los campesinos que huyeron de la finca y trataron de refugiarse en otras zonas y casas vecinas, fueron fácilmente ubicados y aprehendidos. Entre ellos, el dirigente principal e imputado de diversos delitos contra las personas y bienes de los propietarios, Benito Ricaldez. Se propaló que era el instigador y autor intelectual y material del ataque en cuadrilla como de la tentativa de asesinato al ingeniero Grosberger, los propietarios y los obreros del SAI como del robo y apoderamiento violento de la trilladora y el trigo recolectado. Benito, no negó la verdad de los hechos. Señalo que los tiempos actuales no eran semejantes a los anteriores a la revolución y la reforma agraria para que como a sus abuelos y sus padre, se los apresara y desterrara a lugares malsanos o se los encarcelara como a indios resentidos y alzados, con el achaque y las calumnias de haber cometido crímenes y delitos imaginarios. Es cierto, expresó, hubo y seguirá habiendo ahora y en el futuro, el sacrosanto derecho de resistencia del indio no sólo a los abusos de los blancos y los mestizos afincados y explotadores, sino ante la acción protectora de las autoridades y la intromisión oficiosa de algunas instituciones extranjeras en los litigios de los campesinos. No tratamos de matar a nadie, repitió. Ha sido sólo un aviso y una prevención a nuestros enemigos para que se abstengan de provocarnos. Es preciso que sepan ellos de una vez que los indios nos negamos a tolerar de nuevo la asquerosa presencia de los llamados patrones y propietarios. No ha de ser que detrás de gringos reales o postizos y de equipos de maquinaria agrícola alquilada, se nos va a tratar de meter de nuevo, contra toda razón, a los expulsados del 9 de abril. A los buitres, dijo, que sólo saben vivir del sudor y de la sangre del indio.

Sólo él fué apresado y encarcelado, primero, en el penal de Cochabamba; de donde, a los seis meses de su detención sin forma de juicio, se lo trasladó al panóptico de la ciudad de La Paz, también en calidad de preso, sin forma de juicio, por un año y medio. Cuando lo liberaron en la suposición de que el castigo que le inflingieron era más que suficiente para quebrar la resistencia del dirigente, Benito retornó a Tambillo; donde reasumió el mismo día de su llegada la dirección del sindicato con el compromiso de sostener la lucha como en el primer día de la revolución y como si nada extraño hubiera pasado en los dos últimos años. Dijo: -seguiré defendiendo la intocabilidad de la propiedad por los rosqueros expulsados, en defensa intransigente de los derechos del indio sobre la tierra. Repitió, una y otra vez, para que quedara bien claro que su voluntad de lucha era la misma de antes de los apresamientos.

Librodot

No en vano ese dirigente repetía: -Nací en esta tierra de Tambillo; en ella murieron mis padres y nacieron mis hijos; por ella, conocí las cárceles. Tambillo es la razón de mis alegrías y de mis sufrimientos. El signo permanente de mi lucha y el símbolo de la revolución. Mis compañeros y yo, de una u otra manera, estamos en esa situación. Por eso, nadie podrá quitarnos Tambillo, si no es matándonos a todos previamente y cuando desaparezca el último de los ex-colonos y no quede rastro de nosotros en ella. Eso, naturalmente, no ha de suceder porque en esta tierra habrá siempre indios sobrevivientes para emprender de nuevo la lucha por la tierra que es nuestra madre y parte inseparable del alma del indio.

CESPEDES

-Céspedes, ¿de dónde vienes tú?

-De Boqueron K'asa, doctor -me respondió.

-¿Dónde queda eso? -volví a interrogar

-El camino a Santa Cruz pasa por el límite norte de Boquerón K'asa. Está un poco más allá de la altura de Tiraque. Somos colindantes y vecinos de la hacienda Toralapa de los Hinojosa. No ha oído comentar nada de esa finca? Es la más extensa de la zona. Comprende tierras frías de las alturas

Librodot

y calientes de los yungas; se cosecha en ella productos que en escala van de la coca a la papa, según la altura de los terrenos en que se los cultiva. Solo ella provee con más de la mitad de la papa que se consume en el mercado de la ciudad de Cochabamba. Tiene varios miles de hectáreas en tierras de valle con riego y la puna y los trópicos. Sus colonos pasan de quinientos...

-En realidad, no me interesa Toralapa -dije y agregué: -quiero decir por el momento. ¡Háblame de tu propiedad!

-Bueno, Boquerón K'asa está a veinte o veinticinco kilómetros de Punata. Los ex-colonos somos veinticinco. Produce papa, oca, cebada y trigo. Goza de riego propio de primera clase con las aguas de la vertiente que aflora en la misma propiedad. Su caudal impresiona por el volumen conque sale el líquido y por su pureza...

-¿Cómo es eso? Me dices que la propiedad está a veinte o veinticinco kilómetros de este pueblo y yo te tengo aquí todos los días, a las ocho de la mañana, como si vivieras a la vuelta de la esquina, lo cual quiere decir que tú no vuelves a tu casa todos los días o que lo haces, sólo los fines de semana.

-¡Nó! doctor -exclamó el dirigente -Vuelvo a Boqueron K'asa cada día en cuanto término de atender los trámites en la junta. Mis obligaciones de dirigente, incluye la de informar a diario a mis compañeros de la propiedad los pasos que se han dado en el trámite. Por otra parte, llevó también a la hacienda las declaraciones, decisiones y acuerdos de la central campesina que mis compañeros de Boqueron K'asa tienen la obligación de conocer. Por lo demás, allí están mi esposa, mis hijos y mis padres. Si no me vieran todos los días hábiles, salir de la propiedad de madrugada y volver de noche a ella, se morirían en aprensiones.

-Esta bien, ¿en que vienes?

-¿...en qué? En lo único en que sabemos viajar los indios -a pié y por los atajos.

-¡Admirable! -repuse -Un recorrido diario de cuarenta o cincuenta kilómetros, como si nada. Y eso para que el sindicato conozca que el trámite avanzó uno o dos milímetros o nada; o para que se enteren que el señor juez agrario no se constituyó en su despacho porque no tuvo ánimo ese día para trabajar, o para conocer que con el pretexto de que amaneció mal de salud (para no referirse a la reseca de la farra de la noche) y sin muchas ganas de levantarse de cama, optó por quedarse en ella más de lo debido...

-¡Sí! -afirmó el dirigente -Es así, y ha de seguir siendo así hasta que termine el trámite. Le puedo jurar que de nuestra parte, no habrá cansancio. Actuaremos del mismo modo que ahora, hasta conseguir la afectación total de la propiedad. De ninguna manera habrá retorno de los patrones a la hacienda.

-Bueno, Céspedes -repuse, dándole a entender que nuestra conversación terminó, alargándole la mano en señal de despedida. -Si no quedara muestras de inversión de capitales en la finca por los propietarios en cantidades apreciables destinadas a mejorar los sistemas productivos o los equipos de

Librodot

maquinaria agrícola o las formas de trabajo y de vida de los colonos, no habrá justificativo para una consolidación parcial o total de Boquerón K'asa a favor de los propietarios. Por ese camino, puede transformarse fácilmente en realidad tus esperanzas y las de tus compañeros, afectando en su integridad la hacienda para repartirla entre sus ex-colonos.

II

Céspedes era un dirigente joven. Enjuto de ojos oscuros y redondos de mirar claro. Era la primera vez que asumía en su vida una misión de importancia para el destino de su comunidad. Los acontecimientos políticos de ese momento, transformaron de la noche a la mañana a campesinos totalmente desconocidos en personajes de nombre que, suplantando a sus patrones, tomaron el papel de actores de la política del país. Motivo por el cuál, se sentían ellos (igual que Céspedes) artífices del acontecer público diario, actuando con iniciativa propia y muchas veces haciendo más de lo que sus representados o los mismos acontecimientos exigían.

De rostro picado por la viruela, lleno de nervios, Céspedes era uno de los cientos de dirigentes de otras tantas propiedades y sindicatos campesinos que acudían a diario a los pueblos provinciales para vigilar el curso de los trámites de los procesos judiciales de la reforma agraria. Esperaban que la ley y el gobierno les entregaran cuánto antes los títulos ejecutoriales de propiedad de las parcelas de terreno de sus sayañas en las haciendas en que fueron colonos.

III

El camión en que viajábamos, trepaba la cuesta empinada desplazándose por el camino asfaltado en medio de lomas redondeadas por la acción constante de los vientos que se sucedían unas a otras y se perdían en el horizonte. Desnudas y estériles a simple vista, exhibían sin embargo manchas verdes de sementeras que como remiendos se adherían desordenamente sobre la base pétrea de los cerros, subiendo a las cimas o bajando a las laderas alargadas con escaso declive o la parte baja de los lechos de los ríos y las torrenteras. En medio de explosiones sucesivas, cortaba el silencio de la soledad de esos campos, el ruido asmático y forzado del motor de nuestro camión. De lejos, nos llegaban ruidos parecidos de los camiones que venían de Santa Cruz y cruzaban al nuestro con igual alboroto. Viajábamos a Boquerón K'asa, no menos de veinte personas; tres en la cabina y los demás, atrás. En la atmósfera, los ruidos se trasmitían como ecos de tambor supertenso. Un viento suave y fresco se deslizaba sobre el camión, dando golpes de puño en las narices heladas de los pasajeros de la carrocería. Viajábamos en el camión, el dirigente de la central campesina de Arani, el presidente de la junta rural y su secretario, el subprefecto, Céspedes y una decena de campesinos de base. Habiendo salido del pueblo a las siete de la mañana, esperábamos llegar a Boqueron K'asa poco después de las

Librodot

diez. A la llegada, vimos que la hacienda era igualmente una sucesión de collados y hondonadas cubierta en parte de sementeras de papa, oca y cebada. Todos los productos de puna. El agua que surgía de la vertiente que era un chorro grueso de líquido cristalino que salía del seno de la tierra lleno de burbujas que reventaban y desaparecían entrando en contacto con la atmósfera, se distribuía por las acequias a las parcelas, incluso las más lejanas, de los terrenos de labor de la hacienda.

Las casitas con techo de paja de los campesinos se desparramaban holgadamente en medio de los terrenos de labranza, que eran sólo manchas pequeñas, rodeados de extensas superficies estériles, cubiertas solo de una grama enana. Frente a la casa de hacienda, en parte derruida, había cuando llegamos, sábanas blancas de tocuyo, aguayos multicolores, frazadas y toldos de lona, extendidos sobre la grama y encima de ellos, mucko húmedo diseminado en una capa delgada, secando. Chiquillos y chiquillas con sombreros enormes, armados de largas varas, espantaban a las bandadas de pajarillos que insistían en asentarse en aterrizajes suicidas sobre el mucko.

-Oye, Céspedes; y eso? -pregunté, señalando con la mano el campo cubierto de trapos multicolores y el mucko. El dirigente, respondiéndome dijo: -Es el mucko que anoche fabricaron los hombres, mujeres y niños de la hacienda con la harina de maíz de esos comerciantes vallunos que están de pié cerca de los camiones. La que quiere trabajar para ellos, recibe de esa gente una porción de harina que la transforma en mucko, masticándola y ensalivándola en su boca. Los mayores, hacen muko semi-húmedo y le dan la forma de su paladar y sus dientes, antes de retirar la masa de la boca. En cambio, los niños, que no tiene práctica, licuan la harina con su saliva y la escupen a un recipiente en que mezclan el líquido con harina seca hasta darle la consistencia de una masa semi-húmeda. Por cada porción de harina transformada en mucko, el trabajador recibe en pago, una camisa de tocuyo, una pesada de azúcar, harina de trigo, cajitas de fósforo, arroz, charque, caramelos baratos y hasta minucias y chucherías conforme a la cantidad de harina muckeada. Así compran esos vallunos, casi por nada, el trabajo de nuestra gente que, para mayor desgracia, está siempre dispuesta a hacer esa clase de actividades y aún otras que exigen más sacrificio y desgaste de energías para ganar centavos o bagatelas.

-¡Ay¡ doctor -exclamó Eusebio, dirigente también de Boquerón K'asa que en jerarquía le seguía a Céspedes, que escuchaba la exposición de su compañero -creo yo que sobre nosotros los indios, ha caído una maldición, de la que no podemos librarnos de ninguna manera. Por esa maldición es que nadie se acerca a nosotros con un propósito sano y sin la idea preconcebida de explotarnos o sacar de nosotros alguna ventaja, por pequeña que sea. Llegaron primero los patrones y nos arrebataron nuestras tierras; con esas tierras en sus manos, nos sometieron a su servicio, obligándonos a trabajarla por el equivalente del usufructo miserable de una pequeña parcela llamada pegujal de tierras flacas y sin riego, parte mínima de la que nos usurparon... Ahora que con la reforma agraria, han sido echados esos explotadores de las haciendas, llegan otros, es cierto que de menos talla, pero que buscan lo mismo, aprovecharse del bajo precio de nuestros productos, la casi gratuidad o bajísimo

Librodot

precio de nuestras energías de trabajo, o nuestra ignorancia y falta de conocimientos. Lo del mucko es apenas uno más de los muchos casos y no muy grande en la cadena de intenciones conque quisieran sacarnos nuestros verdugos hasta el tuétano de nuestros huesos. Doctor, esos cholos, además de ofendernos con sus groseros intentos, pretenden que les agradezcamos sus visitas periódicas como si fueran expresiones de los favores desinteresados que nos hacen, llamándose nuestros hermanos. Cuando pienso en eso, me dan ganas de correrlos de aquí a tiros o de matarlos para dejar sus cadáveres tendidos en la pampa para que se sequen como y que sus congéneres viéndolas, se priven del intento de buscarnos otra vez.

Poco después, se instaló la audiencia del trámite de afectación de la hacienda Boquerón K'asa de la familia Camacho, seguida por Céspedes y compartes.

LA GUERRA CAMPESINA

A los cuatro años del 9 de abril de 1952, el partido de la revolución nacional, se enfrentó con el problema no muy sencillo de seleccionar para el segundo período de gobierno del régimen, un candidato para la presidencia de la república. La convención nacional convocada a ese efecto, se dijo que terminó poco mas o menos a capazos.

La situación económica desastrosa por la que atravesaba el país con el proceso inflacionario más grande de su historia, disminuyó aparentemente los atractivos de ese alto cargo. Aseguraban que el abanderado del sector de izquierda del partido, eludió la posibilidad de habilitarse para esa candidatura y que, postergando las aspiraciones del doctor Guevara, que eran del agrado del jefe del partido, se optó por una dupla mixta de equilibrio de derecha e izquierda con los nombres de Hernán Siles Zuazo y Ñuflo Chávez Ortiz. Esa fórmula no era aparentemente el resultado de la sinergia de los intereses sociales y económicos presentes en las filas del MNR, sino el resultado de las componendas particulares de algunos jerarcas del partido que pretendían imponer sus intereses personales y sectarios sobre los del país y del pueblo revolucionario.- Como era de esperar, la fórmula no fué del agrado de todos.

El campesinado que observaba con verdadera aprensión la actitud conciliadora y derechista de Siles Zuazo desde el instante mismo del ascenso de la revolución nacional al poder, depositó una vez

Librodot

más toda su esperanza de redención y cambio en la firmeza revolucionaria del jefe del partido, admitiendo de muy mala gana y desconfianza el ascenso de Siles a la presidencia. En ese tiempo, el doctor Siles, estaba identificado con la línea reaccionaria de FSB, por lo que se temía que ese gobierno, desde la presidencia de la república, frenara la realización de las transformaciones del medio rural que los campesinos esperaban desde hacía cuatro años; se decía también que ese gobierno podía estimular el retorno al campo de los ex-propietarios. Como era de esperar, todo eso exacerbó la sensibilidad desconfiada de los campesinos y sus sindicatos. El doctor Siles, elegido en mayo, se posesionó de la presidencia del república en agosto de 1956 y para la primera cosecha agraria de su período de gobierno en el valle, repuso algunas formas de servicios personales que por lo mismo que eran pequeñas, despertaron en los campesinos enormes susceptibilidades que las expresaron en esa misma ocasión en el lenguaje del caso.

II

La cosecha de maíz de la hacienda XZ, en zona próxima al pueblo de Punata, se recogió ese año en dos semanas. Las mazorcas deshojadas hasta al atardecer, se acumulaban cada día en un terreno despejado en forma de era, como una pequeña colina amarilla; que al término de la jornada, se dividía en dos partes: La de los campesinos y la del propietario; antes de Siles, la entrega, tanto a los campesinos como al propietario, se hacía sobre el terreno. El nuevo presidente de la república, hizo instruir que la entrega de la cosecha del propietario debía efectuarse con el producto cargado en la carrocería del camión, si el transporte era por ese medio, o en las acémilas. Ese cambio, aunque pequeño, fué motivo de la protesta airada sobre todo de parte de los campesinos encargados del carguío, que entre sus compañeros, eran los más fuertes y capaces de levantar y llevar en la espalda sacos enormes de maíz desde la era a los camiones o los animales de carga, en tanto sus compañeros les gritaban con burla: -"Eso se lo debes al tata Siles", largando en seguida sarta de improperios ofensivos contra el presidente.

III

En el campo, aparecieron de nuevo los agentes políticos de FSB y hasta hubo amenazas de algunos militantes de ese partido contra los dirigentes campesinos calificados de extremistas. De otra parte, el doctor Siles, no bien se posesionó de la presidencia, atacó a la central obrera, creando otra paralela llamada COBUR, con dirigentes amañados y serviles cuyos nombres hasta entonces nadie conocía ni se sabía dónde trabajaban. Las centrales sindicales campesinas que desde su fundación formaron parte de la COB, se negaron a apartarse de ella para uncirse al carro divisionista del presidente. Ante la resistencia de los campesinos de Ucureña, que eran los que dirigían a los

Librodot

campesinos del valle y los que, directa o indirectamente, influían en la acción de los campesinos del país, el presidente optó por vigorizar a la central campesina de Cliza, elevando para ese fin la personería y popularidad de sus dirigentes a niveles nacionales de vigencia y prestigio. De ese modo, aparecieron los Macedonio Juárez, los Miguel Visaga, los Julían Chávez y otros que amagaban de continuo y desde tiempo atrás, las posiciones de los dirigentes ucureños, poniendo en tela de juicio la legalidad de sus representaciones a nombre de una subcentral campesina instalada en una aldea miserable que no alcanzaba a ser la capital de un humilde cantón y a escasos dos kilómetros de la central campesina provincial de Cliza que representaba a todos los sindicatos campesinos de la provincia Jordán. Con esos argumentos, censuraban la personería de los José Rojas Guevara, los Jorge Solís Romás y otros de Ucureña, señalando además que no fueron elegidos con el voto de las bases o por otros medios de nombramiento de los dirigentes para desempeñar correctamente sus cargos. Terminaban echándoles en cara que eran dirigentes por decisión personal arbitraria y auto-nombramiento.

Sin embargo, el gobierno de Siles, no rompió lanzas de inmediato con Rojas. Por el contrario, simulando que su voluntad era sostener por todos los medios la unidad de los campesinos, sólo meses antes de la finalización de su período presidencial, invitó demagógicamente a José Rojas Guevara al ministerio de asuntos campesinos, que Rojas aceptó conciente de los objetivos nada leales del gobierno en ese nombramiento y que por cierto no era el de honrar en su persona a la raza quechua y el campesinado del país elevando a uno de los suyos a una secretaría de estado, como se propaló insistentemente por los medios de información del gobierno; sino el más pedestre de apartarlo de sus compañeros, buscando al mismo tiempo la forma de entregarles la dirección de los sindicatos y centrales campesinas del país como las federaciones y la confederación a los dirigentes que proclamaban públicamente su lealtad incondicional a Siles.

José Rojas, ministro, dividía su tiempo en la ciudad de La Paz, quedando sólo en ella cuatro días. Los otros, los pasaba en el valle de Cochabamba, controlando la actividad de sus compañeros y también la de sus enemigos, de paso. No asistió ni una sola vez a los consejos de ministros. Al presidente, lo veía circunstancialmente y por escasos minutos.

En esos días, sin que hubiera acuerdo previo entre las diversas corrientes representadas en la federación departamental, se convocó a una asamblea que se efectuó en el cuartel campesino "El Morro" de Sacaba, valle alto que llevaba el mismo nombre del pueblo, donde, en lugar de los dirigentes de la corriente de Rojas, trataron de asumir la dirección campesina departamental, los enemigos de Rojas, Miguel Veisaga y Macedonio Juárez. Rojas, con ese motivo, abandonó el ministerio y se instaló en la sede de la asamblea encabezando la lucha de sus partidarios. Miguel Veisaga, candidato a la secretaria general de la federación campesina, fué derrotado por otro de la línea de Rojas. Esas elecciones profundizaron los resquemores aldeanos de ucureños y cliceños, aunque los últimos actuaban bajo la dirección del gobierno preparando ya el terreno para el candidato que debía

Librodot

suceder en la presidencia a Siles. En cuanto se clausuró la asamblea, las fracciones de los bandos decididamente enfrentados, tomaron posiciones militares en las poblaciones limítrofes de Cliza y de Ucureña, quedando al oriente los partidarios de Rojas, en tanto que al oeste, se atrincheraron las huestes cliceñas de Veisaga y Juárez. Los primeros tiros de la guerra, se dispararon en esa ocasión, aunque la lucha formal en ese frente no se presentó jamás. Rojas, entre tanto, abandonó de hecho el ministerio de asuntos campesinos sin siquiera anunciarle su decisión al presidente. La renuncia escrita la presentó después de algún tiempo, cuando le hizo conocer el desarrollo de una campaña electoralista propiciada por el gobierno en las provincias del valle alto, Tte. Jordán (Cliza) y Esteban Arza (Tarata), mezclando la política con lo sindical en un afán irresponsable de comprometer prematuramente la voluntad campesina tras de un candidato seleccionado por el presidente de la república y sus amigos, marginando el parecer de los dirigentes que no eran parte de esos amigos, tratando de manipular y a las masas como a borregos sin conciencia ni voluntad. Coligiendo de lo que pasó después de la entrega de la carta de renuncia al ministerio en la presidencia de la república, parece que el presidente no llegó a leerla.

IV

Cuando se instaló el matadero de indios entre Cliza y Ucureña, pocos conocían que de épocas remotas el río de Cliza era el límite de dos parcialidades indias que se reunían una vez al año, a medianoche del viernes santo, en la playa de ganado, sobre la orilla oriental del río, miles de indios de ambas zonas para enfrentarse en el tinku que acababa casi siempre con la muerte de uno o dos lomeños (los de Ucureña) o alguno de los cliceños. A veces, esos combates de tinku, se convertían en furiosas batallas campales de todos contra todos que terminaban con varios muertos que al día siguiente (sábado de gloria) se desenterraban de las arenas del río, y muchos heridos. El bando que sufría más bajas en el tinku, esperaba para la venganza la pascua siguiente; pero, mientras tanto, los rencores de la derrota se reflejaban de forma continua en la conducta y las relaciones nada cordiales ni recomendables de los vecinos de ambas zonas. Después de la revolución, el espíritu de lucha, revancha y venganza de los tinkus de antaño se reactualizaron gravemente en la guerra campesina. Los indios de ambos bandos, querían matarse como en los tinkus generalizados del pasado, pero con armas de fuego de gran alcance, potencia y efectividad. Fusiles de repetición y metrallas con munición y proyectiles en abundancia que los políticos blancos y mestizos de la ciudad se encargaban de proveerles a los indios a precios elevados y ganancia. Los campesinos, para esa guerra, tomaron posiciones y cavaron trincheras desde donde se observaban mutuamente y se baleaban con seguridad de objetivo. Los cliceños, que ostentaban muchos de ellos grados militares, medallas de héroes, como ex-combatientes de la guerra del Chaco, eran incuestionablemente mejores soldados, en tanto que la

Librodot

mayoría de los hombres de Rojas, ignoraban el manejo de las armas de fuego y hasta se espantaban del estampido de los disparos. Esa guerra, intercalaba de cuando en cuando, el asesinato de dirigentes o de simples campesinos por supuestas e imaginarias deslealtades que los jefes campesinos susceptibles presumían de algunos de sus propios hombres o de las aldeas vecinas aliadas. Las posiciones militares que se tomaron al principio del conflicto, no fueron rebasadas nunca, pero, había allí, de día y de noche, mucha gente apostada de ambos bandos, esperando el ataque del enemigo del otro lado de la línea, para responder. Los indios de ambos bandos de ese modo, agregaron a sus obligaciones diarias, la de permanecer semanas en las posiciones y trincheras de combate.

La candidatura a la presidencia de la república del doctor Guevara para las elecciones de mayo de 1960, prohijada por el gobierno del doctor Siles y su sector, echó más leña a la hoguera de la guerra campesina. Los ucureños, enfrentando a Siles, entraron en acuerdos con el sector de izquierda del MNR que formalizó en ese entonces con el jefe del partido, la fórmula Paz-Lechín para esas elecciones. La campaña electoral, violenta, provocó la fractura del MNR en dos partidos políticos enemigos. De una parte, el MNR de la fórmula Paz-Lechín y de la otra, el MNR-Auténtico de Wálter Guevara Arce que en ciernes existía ya, aunque sin formas definidas, desde antes del 9 de abril. Los cliceños, se afiliaron de inmediato al guevarismo, en tanto que Rojas y los ucureños se mantuvieron leales al MNR tradicional, apoyando a la fórmula electoral Paz-Lechín.

V

En el curso de la campaña electoral, una tarde, el jefe del MNR y candidato a la presidencia de la república de la fórmula Paz-Lechín, visitó Punata y Ucureña. Cuando regresaba a la ciudad, después de los actos de su proclamación, fué interceptado su automóvil en la Angostura por una fracción armada de la fórmula contraria. Los cliceños, por iniciativa propia y sin conocimiento de sus dirigentes superiores, le tendieron una celada en el lugar indicado al jefe del MNR y en el cuál cayó éste como un pajarito en una trampa. Su guardia, débil y formal, no reaccionó como las circunstancias exigían y menos opuso al ultraje resistencia alguna, entregándolo a sus enemigos al jefe los mismos que en el acto decidieron eliminarlo y para lo cuál sacándolo del vehículo en que viajaba lo trasladaron al lugar donde debía fusilarlo; cuando se hizo todo eso y los hombres armados tomaban posiciones para el acto de sacrificio, se presentó de súbito, entre el jefe y los hombres armados, una mujer que rasgándose con violencia la ropa de su busto con ambas manos, gritaba: -¡Desgraciados, malagradecidos, antes de matar al jefe, atrévanse a hacerlo conmigo si son hombres; valientes!, y se golpeaba el pecho con las manos empuñadas, fulminándolos con la mirada a los hombres armados que se quedaron parados desconcertados en sus sitios, sin dirigir la mirada al jefe político sentenciado o a la mujer. Mientras tanto y cuando transcurrían aceleradamente los minutos, por pura casualidad, arribó al lugar el vehículo del candidato contrario que retornaba también de Cliza a la ciudad. El

Librodot

doctor Guevara, molesto con el incidente interpuso sus buenos oficios ante sus partidarios que, sin chistar, liberaron al jefe político contrario, restituyéndole su derecho a la vida.

Los dirigentes cliceños, lanzaban discursos incendiarios y procaces contra Rojas y sus partidarios, acusándolos de criminales y ladrones. Rojas, de su parte, aunque en menor grado, respondía de la misma manera a sus atacantes.

El triunfo de la fórmula Paz-Lechín, con la firme oposición campesina localizada en Cliza y Tarata, consolidó el escenario de la guerra campesina para los próximos cuatro años y hasta la caída del MNR del poder en 1964. Esos años fueron de matanza de indios y de compra obligada de armas, munición y proyectiles por los indios de los mismos políticos que promovieron la guerra. Miles de indios, huyendo de la muerte, la miseria y la guerra, escaparon en las noches a la Argentina, el norte del departamento de Santa Cruz, las selvas inhóspitas del Chapare y las pampas del norte chileno, dejando a sus esposas e hijos, desamparando los pocos bienes que les quedaba y la tierra, ¡la tierra!, ¡esa tierra por la que lucharon tanto! y que ahora les parecía no tener ningún valor. Los bueyes, asnos, vacas, corderos, incluso las aves, fueron vendidos al principio del conflicto para la compra obligada de armas. Los bienes que quedaron todavía, eran solo los del sustento del día y cuando se acabó también eso, tomando el camino de fuga de los hombres, se fueron igualmente las mujeres y los niños, poco tiempo después. Los lazos sentimentales que ataron una vez y por siglos al hombre con su tierra, desaparecieron. ¿La reforma agraria? Esa reforma terminó, dejó de existir para los campesinos que eran parte de la guerra. En la parcialidad campesina de Rojas, se desconoció simplemente el derecho de dotación de tierras a favor de los guevaristas de Cliza y Tarata y de los que los apoyaban. Aquellos campesinos que recibieron títulos ejecutoriales de sus parcelas o pegujales, títulos supuestamente definitivos, fueron privados del uso de sus tierras y desarraigados de sus aldeas de origen bajo amenaza de muerte. Del otro lado, se pagaba el agravio con igual moneda, entregando las tierras dotadas a partidarios de Rojas, a campesinos que luchaban con decisión junto a los cliceños. ¿que quedaba para las víctimas de los melgarejos redivivos que de esa manera lanzaron a los campesinos de ese valle por los caminos, sendas y desechos de los países vecinos en que como parias internacionales, ofrecían su trabajo por la pitanza del día, como los coolís chinos o indios del pasado? ¡Escapar! Escapar cuánto antes y lo más lejos posible de la tierra que una vez fué el motivo obsesivo de los sueños del indio. El pan, la seguridad y el respeto a la vida, desaparecieron para ellos y sus familias de ese valle. Valle que en el pasado fué la región más poblada del país, se quedaba ahora vacío, mandando a sus hijos a las villas miseria, las fabelas y las ranchas del mundo en una diáspora original. Un millón y medio a la Argentina, varios cientos de miles al norte chileno y el Brasil.

VI

Librodot

El gobierno, abrumado por la reprobación silenciosa de la opinión pública o molesto con la resistencia tozuda de los cliceños, resolvió tomar parte en la guerra, emprendiendo una campaña de pacificación del valle. Con ese propósito loable, destacó policías contra los dirigentes campesinos de Cliza, con orden de apresarlos y entregarlos a Rojas y sus partidarios. Esa campaña, en vez de pacificar ocasionó la perpetración de crímenes y abusos inauditos conque los ucureños se vengaban de sus enemigos. Ante el recrudecimiento de esos hechos, se destacó una fuerza militar permanente que vigilara y controlara los movimientos de los campesinos de las dos parcialidades. La presencia del batallón llamado del valle, estacionado en el pueblo de Cliza, con una fracción permanente en el pueblo de Tolata, devolvió tranquilidad y seguridad aparente más que a los campesinos de los ranchos y aldeas, a los habitantes del pueblo y a los dirigentes que de ese modo se sintieron relevados en parte de sus responsabilidades en el conflicto. La fuerza militar, patrullaba los lugares de peligro y controlaba los ataques con que se amenazaban ambas zonas.

Cuando fracasó el plan del gobierno de entregar Cliza a Rojas, Ucureña desató una campaña de atemorización con crímenes perpetrados a mansalva y del modo más cruel e inhumano, todos los fines de semana aparecían cadáveres de campesinos, con los sesos aplastados, los ojos saltados o las manos cortadas. No había autoridad a que pudieran acudir esos hombres o sus allegados en busca de protección, antes de que se consumaran esos hechos horrorosos.

Una mañana, a la vera del local en construcción de una escuela, en Huasacalle, se encontró el cadáver del campesino Blanco, Tenía el cráneo abierto por las cisuras. El cadáver yacía de bruces y a su lado reposaba intacta la masa encefálica de su cabeza, como si hubiera sido separada del casco por la mano experta de un prodisector. Era visible que la muerte se produjo a consecuencia de un sólo golpe que hizo estallar el cráneo abriéndolo por las cisuras sin tocar la masa encefálica que se desprendió del cadáver y se posó a un costado de su dueño, esfumándose la vida como la luz cuando se corta con el interruptor. Su mujer, Bernita, y sus seis hijos pequeños, no lloraban porque no había lágrimas en sus ojos, ni valor ni energía en sus gargantas para que gritaran y sollozaran. Mudos, y espantándose de la soledad y el desamparo total, sin alimentos, en miseria y abandono, eran antes que no entendían nada de lo que pasó con el padre y menos con lo que estaba pasando con ellos, con esos acontecimientos tenebrosos.

En la investigación, visitamos la casa del occiso. El traidor asesinado, a once años de la reforma agraria, no poseía nada. En la casa, no había una modesta cama. Cuatro cántaros de barro cocido con cantidades miserables de maíz, papa y cebada. Un montón de trapos viejos y sucios, deshechos de vestimentas y frazadas carcomidas por el uso y el tiempo, sobre otros tantos cueros trasquilados de oveja. La casa de un sólo ambiente, paredes de adobe sin revoque y piso de tierra suelta, un poyo de barro crudo con hoyos vacíos en la base y una puerta con más rendijas que tablas. Eso era lo que poseía el traidor que fué sacrificado por la ira de los dirigentes todopoderosos del momento, los Rojas y sus acólitos.

Librodot

-¿Cómo te llamas? -interrogó el oficial de ejército a la viuda.

-Benita, niñito -respondió la mujer, pequeña, seca, morena y arrugada. Miserable saldo humano de la acción del hambre, las privaciones y los sufrimientos. Anciana a los treinta años. Destruida por los partos, el mal comer y el grillete diario de la necesidad y la incertidumbre.

-¿Tienes pegujal? -volvió a preguntar el oficial.

-¡No! No tenemos pegujal. Con el que fuimos dotados por la reforma agraria en la hacienda de las monjas, nada ya tenemos que hacer. Lo devolvimos antes de la pacificación por orden del compañero Rojas. Cuando se firmó el acuerdo, nos echaron de nuestra tierra, notificándonos que los traidores no tienen derecho a beneficiarse con los beneficios de la revolución. Estamos ahora más pobres que antes de la reforma agraria.

-¡Qué piensas hacer para dar de comer a tus hijos? -dijo el oficial.

-¡No sé! No sé, niñito. Mi esposo en vida nos sustentaba ofreciendo sus servicios en los pegujales de nuestros vecinos o contratándose como peón en el pueblo o de cualquier otra manera. Teníamos también los productos de nuestra tierra. Ahora, no sé. Tampoco puedo irme a ninguna parte y no sé a quién recurrir en busca de auxilio. El estigma de traidor, no sólo afectaba a mi esposo. También a mí y mis hijos. Nadie quiere estar con nosotros o a nuestro favor. Todos temen a los poderosos.

De esos crímenes se dió cuenta y parte al jefe. Después de oírnos con interés, nos miró fríamente, como reprochándonos la actitud dolida y sentimental con que referíamos la desgracia insólita de los campesinos asesinados y la miseria escalofriante de sus esposas y de sus hijos. Luego de meditar unos minutos en silencio, dijo: -Lamentable, pero habrá todavía otras víctimas. Es inevitable. Nada más.

Decenas de niños sin padre, sin protección, sin alimentos, en total desamparo. Hijos de traidores que según sus verdugos, no tienen derecho a la vida, porque así lo decretaron los Rojas y sus acólitos y los Veisaga y sus compañeros.

El día en que empezó la pacificación del valle alto, fué también el de la inauguración de la temporada de los mayores crímenes entre los indios, que debían ahora matarse obligadamente cumpliendo las consignas recibidas de arriba. "Julián, me acuerdo yo que en cierta época fuiste un digno dirigente de los campesinos de Cliza. Después te vi con alarma, recibiendo cajas de munición para asesinar a tus compañeros, tratando de ese modo coadyuvar al triunfo del candidato señalado por el dedo kilométrico de los políticos. No te culpo de nada, ¿por qué había de hacerlo? La máquina de la infamia partidaria también a tí te aprisionó con sus engranajes de hierro y tú, como los demás, querías subsistir, sobrevivir..."Para alcanzar eso en esos tiempos, había que humillarse, servir, incluso destruir a compañeros de ayer. En aquella época, ese era el precio para no morir. Por lo demás, nadie tiene derecho para constituirse en el juez de sus semejantes, porque en ese entonces, a pesar de nuestros buenos propósitos, todos hicimos lo que tu hiciste. La tregua derechista y entreguista, culminó

Librodot

finalmente en lo que tenía que culminar: La liquidación de la revolución y la destrucción del movimiento indio.

VII

El pacto militar-campesino de seis de febrero de mil novecientos sesenta y cuatro, como esperaban sus autores, paralizó la actividad política y sindical en el campo, desapareciendo al mismo tiempo las matanzas colectivas e individuales de campesinos. No hubo tampoco más actividad en el frente de la guerra campesina.

"Ahora que miro las cosas con más objetividad, me causa gracia y no rabia, rememorar la forma en que nos daba el gobierno pitanzas de cincuenta, cien, doscientos hasta quinientos pesos de asignación mensual y las prefecturas, alcaldías y comandos políticos, billetitos de diez, cincuenta o cien pesos o vales de gasolina en calidad de obsequios que no eran tales, sino el pago de nuestros servicios de pongos políticos o de milicianos campesinos, guardianes del régimen, a costa de nuestra dignidad humillada. ¿Era para eso que el indio luchó denodadamente quinientos años buscando su liberación y sus derechos? A ese estado de podredumbre fuimos reducidos por los que tergiversaron los ideales de la revolución en que nosotros, los indios, creíamos sinceramente."

VIII

Amaneció un día frío, el cielo denso de humedad, se encapotó con los inmensos bancos de nubes oscuras y bajas que pasaban estremecidas como gelatina por los cierzos que los traspasaban. El vientecillo de puna, nos calaba los huesos y las carnes.

La población que fué tomada día antes por los cliceños, se desperezaba sin prisa no obstante el aviso de alerta de los vigías que anunciaron el arribo de una fuerza armada de ucureños. Sin embargo, haciendo gala de valentía, los cliceños no le dieron mucha importancia a la noticia. Las actividades del día del pueblo, recobraban temprano su ritmo habitual. Después de las nueve, salió el sol, intermitente y helado, solo por breves momentos. A las diez, de súbito, desaparecieron del pueblo los cliceños ante el asombro general. ¿Escaparon o salieron fuera de la población a enfrentarse con sus enemigos?. Según decían las informaciones, grande y bien entrenada era la unidad militar de guerra de Ucureña. A las once, entró a Vila Vila, intacta, esa unidad militarizada de Ucureña y Punata. La comandaba los dirigentes Jorge Solís Román y Gregorio López. Averiguamos por el contingente contrario. Al respecto, hubo partes de diversa índole, tanto del comando del ejército de Ucureña como de personas particulares. Nada claro. Parece que los cliceños huyeron realmente. Hubo risas de contento y hasta se decidió festejar la retirada cobarde del enemigo. Con eso, nada más podía hacer la unidad en ese lugar. El resto del día pasó sin contratiempos. Se sentían los ucureños después de mucho tiempo, seguros,

Librodot

expresando su gratitud a sus manes, recalcando que era una felicidad que las cosas hayan terminado pacífica y tranquilamente. Después del mediodía, se difundió la decisión de la jefatura ordenando el repliegue de la unidad a su base del valle, en el pueblo de Punata, en la madrugada del día siguiente. López, muy contento con los resultados de la primera expedición de la unidad, resolvió festejar el acontecimiento, como el sabía hacerlo de siempre, emborrachándose desde ese mismo instante. Solís que no era menos que López en las artes vernaculares de beber y enamorar cholitas, se puso de acuerdo con su colega comandante para hacerse de compañeras alegres y beber y bailar con ellas la tarde y la noche de ese día. La tropa, festejó también la victoria, pero dentro de los límites que se imponen así mismos los hombres maduros y miran con asombro las liberalidades desvergonzadas de sus jefes más jóvenes; al anochecer, la tropa, abandonó el lugar, recogiéndose en el alojamiento que les prepararon gentes del pueblo para su reposo.

Con la noche, se expandió un silencio total sobre el pueblo, los cerros calvos y las tierras peladas, bajo la tenue claridad de la luz plomiza de la luna. De la luna que al oriente brillaba blanca y lechosa como un disco deforme o un globo frío y luminoso suspendido en medio del cielo azul claro, limpio y profundo, lleno de puntitos que parpadeaban cual ojos asombrados, mirando de lejos la tierra sumida en las sombras. Los cerros eran solo líneas más oscuras que cortaban la consistencia continua del espacio. Las pequeñas casas perdidas en el relieve terrenal de la población, se confundían con las anfructuosidades de la superficie de la tierra como túmulos de hormigas. La noche, avanzaba con el movimiento multiforme de los astros. De vez en cuando, rompía el silencio el bramido de algún asno o los flautines de los gallos que informaban el paso de las horas de la noche hacia al amanecer.

Como es costumbre en el campo, los hombres empezaron a despertar y levantarse con la primera claridad firme del día, aunque nadie, tenía apuro en partir. Sin embargo, la tropa distribuyó la impedimenta entre los efectivos que se aprontaban con cuidado para el largo viaje de retorno al valle ; los jefes medios discutían, comentando con suficiencia, la cobarde huída de los cliceños. Todos estaban conformes en que los bravucones huyeron temiendo la presencia efectiva y arrolladora del nuevo ejército de Ucureña, que por cierto esta vez fué responsablemente organizado y equipado. Eso decían ufanos, reiterando una vez más su asombro ante el inesperado éxito militar que acababan de tener, tratando de elevar con sus palabras, la moral y la seguridad de la tropa para futuras operaciones. Todo eso, sería además una agradable novedad para el pueblo, decían.

La tropa, antes de partir, preparó su alimento (gachas con papa, charque, cebolla y sal) y lo llenó en los cántaros de arcilla que se usaban también para el transporte de refresco o chicha aguada. Partieron de Sivingani, poco después de las ocho. Iban alegres los hombres, con esa alegría bullanguera del valluno cuando vuelve a su tierra y a su casa, por humilde que fuera. En este caso, las armas resultaron inútiles. Cómo pesaban y cuánto costaba llevarlas. Pasaba lo mismo con la munición. Los altos jefes que trasnocharon, cuando la tropa salía de la población, no se incorporaron todavía a ella. Los hombres que marchaban sin prisa, comentaban con malicia la noche de juerga de sus jefes,

Librodot

imaginándose escenas escabrosas que comentaban con lenguaje licencioso, largando pullas de doble sentido y de color subido. De todos modos partieron sin López y Solís que se quedaron en el pueblo en la ceremonia de despedida de sus nuevas amigas. A las once, poco más o menos, llegaron a la cuesta de Mulofalfa.

Mulofalfa es una garganta estrecha en un cerro cortado a pique con una entrada y una salida en sus extremos. A los costados, por el norte está la cordillera partida por el tajo; al frente, al sur, se hunde un precipicio profundo. El camino en ese lugar, semeja una mesa plana labrada en la piedra. Allí, la tropa hizo pascana, esperando el arribo de sus jefes. Los hombres, echando las armas al desgaire en el suelo, se desparramaron libremente por el campo, tomaron el rancho del mediodía que se vació de los cántaros a sus platos de campaña. Deglutían con agrado esa primera comida del día. En el lugar, el calor del sol se enervaba por la proximidad de la cordillera que se mantenía cubierta de nubes blancas y bajas casi todo el día. Eso, al cabo de tres horas de caminata, resultaba agradable para la pascana. Nadie hasta ese momento, se apercibió de algo extraño, concentrados como estaban en la comida y la charla, entre bromas y risas que se lanzaban unos a otros, felices y despreocupados. Las armas y la munición , seguían desparramadas en el suelo. Diez minutos después, cuando la tropa se hallaba distribuida en diversas partes de la garganta, comenzó a tronar en lo alto de la cordillera que daba al camino, ráfagas tupidas de balas inesperadas. Eran los cliceños que día antes habían desparecido de Vila Vila y ahora estaban apostados alrededor de los hombres desarmados de Ucureña. El tiroteo inicial fué intenso y sorpresivo para los atacados que, instintivamente, trataron de huir en masa, corriendo a las salidas de la garganta, donde fueron contenidos a bala. No eran solo las balas. Eran los hombres de Cliza que se echaron sobre ellos, con garrotes, puñales y piedras. La tropa reculó dirigiéndose a las armas que no pudo alcanzar y menos organizar su defensa, abrumada por la sorpresa, el desorden, el miedo y el espanto. En esa situación, queriendo salvarse individualmente, se desparramaron más que antes. Los cliceños que habían preparado la emboscada y la sorpresa cuidadosamente, llevaban la consigna de sacar el mayor provecho posible de su obra. El ataque siguiente, fué aniquilante y de una violencia ilimitada. Gran parte de los ucureños, cayeron muertos y heridos a bala y rematados a garrote y puñal. Muchos hombres, desesperados, saltaron al precipicio o se desmoronaron en él, cayendo al fondo derrengados, con los huesos rotos o descoyuntados. Allí, fueron unos rematados a tiros desde arriba, otros, aplastados con piedras, sin que de esa tropa se hubiera podido salvar un solo hombre. A media tarde, el ejército especial de Ucureña, desapareció. Murieron todos. Los cliceños, después se ocuparon de enterrar los cadáveres y en hacer desaparecer los vestigios del enemigo aniquilado y de la batalla misma. En el apuro, muchos cadáveres quedaron sepultados muy superficialmente o con algunos de sus miembros al aire que después fueron descubiertos por los buitres y los perros del lugar. Los dos jefes que no llegaron a incorporarse a la tropa, espectaron de lejos la matanza de sus hombres, escapando de inmediato por sendas

Librodot

desconocidas a lo que daban sus piernas y sus energías, buscando su seguridad en la distancia. Eso sucedió en junio de 1960.

IX

Mucho después, hubo escandalosas denuncias y hasta se constituyó una comisión judicial que investigara la llamada "matanza de Mulofalfa". Jueces y fiscales, visitaron el lugar en que se puso término a una etapa tenebrosa de la guerra campesina. Pero, esa guerra no término con los sucesos de Mulofalda; por el contrario, comenzó un período de cuatro años en que se cometieron peores crímenes, aunque no masivos. Afectó desde luego, al prestigio de dirigentes campesinos como José Rojas Guevara. Las masas que hasta entonces le seguían y confiaban en él, se dieron cuenta que su posición era incierta. Unas veces con los obreros; otras, contra los obreros. Unas veces, detrás de Lechín; otras, del jefe. aunque nadie le ofrecía nada para que mejorara de alguna manera el contenido de la reforma agraria como querían los campesinos. Todo lo contrario, los elementos de descomposición que afectaban directamente al partido de gobierno, estaban infectando también por contagio al movimiento campesino. Al otro lado, los cliceños, con su proeza de Mulofalfa, afectaron también profundamente la existencia de la corriente política que por años sostuvieron con vigor, valentía y sacrificio. Ahora, las cosas estaban peor. Los dirigentes políticos que antes les ofrecían todo, sin darles nada, desaparecieron del campo, abandonándolos a su suerte. En concreto, los frentes eran inconsistentes. No podían proyectarse en algo que revitalizara a las masas desorientadas y engañadas que no creían más en los jefes políticos ni en los dirigentes campesinos. El ciclo como un todo, se acercaba irremisiblemente a su fin y parecía no haber nuevos recursos que pararan o frenaran por lo menos, el proceso de descomposición y liquidación que se afirmaba. El pacto militar-campesino estaba a la vuelta de la esquina y el deceso de la revolución nacional, a solo metros de distancia.

Librodot

MUERTE DE VALASCO

De pié, en el portón de la vieja casa de hacienda, hacía la guardia del cuartel de milicias campesinas, un joven indio armado de fusil. A pocos metros de la guardia, sentada en la grama del borde de una acequia, esperaba una mujer noticias de su esposo, apresado y detenido en ese cuartel, desde hacía más de veinte días. Poco después, salió un hombre del cuartel que fué rumbo a donde la mujer se hallaba y estando cerca, le dijo en quichua: - Es inútil que sigas esperando. Nos han prohibido hablar contigo.

La mujer, pequeña y delgada, de rostro triste y ajado, muy envejecida y abrumada, lo miró al hombre con ojos llenos de rencor desde el fondo del mantón de sarga que la cubría, expresando:- Varias personas me han dicho que mi marido ya no existe. ¡Quiero la verdad! Quiero conocer el motivo de su muerte. - dijo con energía y en tono amargo de reproche. El hombre, sorprendido por las palabras de la mujer, titubeó por unos segundos, antes de responderle, como si se sintiera culpable del cargo formulado por la mujer.- Sí. Es así. No sé quién dispuso esa muerte. Después, aparentemente arrepentido de lo que dijo, aproximándose más a la mujer, en tono confidencial, siguió hablándole - Si llegaran a saber lo que estoy diciéndote a mi si que me matarían por bocón. Espero que seas prudente y no digas nada a nadie y menos me comprometas con la suerte desgraciada de tu esposo. A momentos su voz tenía dejo de súplica. - Solo tu temeridad de sentar denuncia contra tu esposo acusándolo de adulterio e irresponsabilidad por delapidar con abuso de confianza tu dinero en francachelas con otras mujeres, ha sido el punto de partida de tu desgracia y la de tu marido. El cuartel, en la misma ocasión en que hiciste la denuncia, sospechaba que tu esposo era informante de los cliceños y enemigo y traidor de los punateños y ucureños.

- ¡Ah! Sí. Eso no está claro. La denuncia que hice contra mi marido, no era para que lo maten. Pedí yo al compañero López que simulando hacer justicia, lo reflexionara a mi esposo y si fuera necesario lo someta a correctivos racionales y prudentes para que él mismo, haciendo conciencia de sus responsabilidades de esposo y de padre, volviera a su mujer, sus hijos y su hogar. Creo yo que la justicia de ninguna parte del mundo mata por supuesto delito de adulterio y menos, cuando yo, en mi condición de demandante, solo pedí que mi esposo fuera "escarmentado" en sus andanzas de mujeriego. Nunca pedí su muerte y menos que lo mataran con torturas, como a perro rabioso.

- ¡No sé! - repuso el hombre, meneando la cabeza en actitud de duda - Sobre eso tendrás que hablar con al compañero López. Lamentablemente no será posible hoy. No está en el cuartel y por lo

Librodot

que sé, no estará por varias semanas. Además - continuó - de mí parte debo decirte que no sé si será prudente que hables con él. Cuando hace mención de tí y de tu denuncia, bufa de indignación, profiriendo miles de groserías y maldiciones sobre la hora en que se complicó en tu asunto.

La mujer, abandonando finalmente su actitud temperante, sollozó con violencia, lanzando maldiciones sobre la hora en que con tanta imprudencia acudió al cuartel campesino en busca de justicia - ¡Justicia campesina! - dijo en tono de sorna y reproche - ¡indios de porquería! ¡que saben de hacer justicia con nadie! Ahora, sí, yo buscaré justicia, una justicia verdadera, para que a estos indios malditos les cobren el precio de su salvajismo..Volvió a sollozar, repitiendo en larga letanía las virtudes y bondades de su esposo desaparecido.

- ¡Mira! - dijo alarmado el hombre - No hagas escándalo. Como te dije el compañero López está enfurecido para tí. Será mejor que no te vea ni sepa una palabra de lo que acabas de decir. Aunque no me creas, el asunto de tu marido pasó ya a conocimiento de las autoridades no solo de Punata. Al compañero López, ese hecho, le ha creado hasta ahora más dificultades de las que seguramente ni te imaginas. Por eso, no quiere saber más sobre lo que le ha ocurrido a tu esposo. Dice claramente que aquí se les fué la mano. También yo creo que fué así. Viéndote, estallará de ira y te echará la culpa de todo lo que ha pasado y de lo que le pudiera sobrevenir a él a consecuencia de esa muerte.

- No tiene por qué echarme la culpa de nada. Repito. Yo solo le pedí que hiciera justicia. Nunca le dije que lo hiciera matar a mi esposo. Además, hasta donde yo sé, lo que han hecho ustedes con mi esposo, no es solo un asesinato. Sé que antes de matarlo. le mutilaron las manos, los brazos, la nariz, la lengua en vida y que todo su cuerpo estaba deshecho y triturado. Me han dicho que en su martirio, mi esposo, mi pobre esposo, no pedía clemencia ni su libertad, sino la muerte, la muerte inmediata, la muerte aunque sea a golpes de hacha, pero la muerte sin más tormentos ni ensañamientos. ¿Puede haber mayor bestialidad que cortar a un hombre sano y robusto y en vivo para quitarle sus órganos más delicados, sin que haya motivo que justifique esos hechos? ¡Conque derecho, se permite nadie a atormentar y destruir de ese modo a hombres inermes e indefensos? El compañero López, dueño de Punata y no solo del pueblo, sino también de todos sus habitantes, señor todopoderoso que hace eso y muchas otras cosas más, sin más ley que sus caprichos de borracho y de bestia viciosa. Más aún, parece que no fué suficiente lo que le hicieron a mi esposo con tanto ensañamiento. Ante esta justicia, la justicia de este cuartel, esta pobre mujer no puede conseguir que se le entregue los despojos de su marido. La mujer, intercalaba a sus reproches y denuestos, gruesas lágrimas y gemidos, al punto que el hombre, no obstante sus esfuerzos reiterados, que no podía contenerla, la dejó hacer escándalo con sus gritos. Finalmente, desconcertado, le dijo: - Será bien que recurras ante otras autoridades u otras personas si es que realmente quieres conseguir la entrega de los despojos de tu marido. Lo que yo sé es que parece que esos despojos no existen. Me dijeron que a tu marido lo llevaron vivo a Muela y que lo mataron allí dentro de las ruinas de unas trojes abandonadas. Debe estar enterrado allí. Entre verdaderos aullidos, clamo la mujer - ¡Por haber hecho eso! ¡Por qué!

Librodot

Mi esposo era un hombre cristiano y no un perro sarnoso para que lo enterraran en cualquier parte. Pido, solo pido, que se me entregue en el acto su cadáver a fin de que su esposa, sus hijos, parientes y amigos, lo enterremos en el camposanto como corresponde a todo hijo de Dios, por pecador o delincuente que en vida hubiera sido.

El hombre sabía que sus palabras fueron muy lejos en ese inesperado diálogo con la mujer, aunque entre sí se repetía que todo era ya de conocimiento general y que el mismo López, de cierta manera, le autorizó a que le informara a la mujer lo que él quisiera o deseara, reiterándole que no quería él asumir personalmente la responsabilidad de afrontar la situación. Sin embargo, conociendo como conocía a ese dirigente, de solo rememorar en lo que acababa de oír a la mujer contra él, temblaba de miedo. Sabía de los procedimientos del cuartel y de la posibilidad de transferir culpabilidades a base de cargos imaginarios, como el de decir, por ejemplo, que el hombre habló demasiado y le informó a la mujer lo que no debía. Sin embargo, el hombre, tenía algo en su conciencia que le decía que hizo bien en decir lo que dijo, porque tranquilizaba su espíritu de hombre de bien y de indio. Interiormente, se interrogaba una y otra vez, ¿era posible callar lo que pasó con Antonio Velasco? Ninguno de sus verdugos, que actuaron como robots con las instrucciones que recibieron, admitían en que en los tormentos a que lo sometieron y la muerte conque lo liquidaron al gigantón Velasco, hubiera habido vestigio de justicia.

Hombre grande de corazón también grande, aunque de mente no muy despejada, ¡qué de malo pudo haber hecho para merecer la muerte que le cupo? Su cara colorada de gringo campesino, sus cejas espesas color de tabaco rubio, sus ojos claros y glaucos de lucifer, impresionaban pero solo a tiempo de conocerlo y hasta que profería sus palabras superficiales y dicharacheras. Ese hombre no era capaz de maldad. No estaba siquiera en condiciones de concebirlo.

Es cierto que había gentes que le tenían ojeriza por ser hombre que enloquecía a las mujeres con solo mirarlas; y más aún, si las tomaba con delicadeza en sus manazas rubias y pilosas como palas rosadas llenas de suavidad. Ese hombre no podía ser del agrado de los ratones resentidos que le envidiaban su suerte. Es a ese hombre grande físicamente que lo trituraron los dirigentes del cuartel campesino de Punata. Ahora, Velasco, debe estar en el fondo de las trojes de Muela, clamando por la muerte bestial que le dieron por el delito de ser inofensivo.

Para justificar el hecho, lo acusaron de dos actos de traición; por un lado, una supuesta deslealtad de Velasco con los campesinos de Ucureña y Punata, por imaginarios contactos con los cliceños. Por otro, la denuncia de su mujer por las relaciones adulterinas de Velasco con otras mujeres; delitos que según la justicia del cuartel campesino se deben castigar con la pena de muerte y antes de la muerte, el tormento. Lo hicieron así, destruyendo la vida de Antonio Velasco, víctima de la revolución y más que de la revolución, de la guerra campesina y de la ignorancia.

Librodot

Librodot

Librodot

Llegué a la plaza de Punata, poco después de las cuatro. Descendí del bus de servicio interprovincial con cuarenta pasajeros que ante mi asombro, desaparecieron en menos tiempo del que era habitual. Incluso el vehículo, en cuanto estuvo vacío, se marchó más que de prisa y se perdió en pocos segundos por los vericuetos de las calles torcidas del mercado. Quedé solo. La plaza era un desierto, cuando lo corriente era que esté llena de gente de todas las edades, solazándose en charlas interminables, repantigadas en los bancos de cemento o de madera, bajo los árboles, relajando entre risas, gritos y simulacros de riña, el cansancio real o imaginario de la jornada.

Extrañado, me dirigí a la casa de hacienda de la familia Villarroel Blanco que estaba en la acera norte de esa misma plaza. Avanzando, me percaté que al frente del templo provincial, en la acera oriental, había siluetas humanas retobadas en zamarras oscuras que iban y venían de una esquina a la otra. Eran campesinos armados. Unos llevaban metrallas y otros fusiles. En las dos esquinas de esa cuadra, al norte y al sur, habían metrallas pesadas emplazadas y detrás de ellas, en actitud de apronte y en cuclillas, dos campesinos. Eché una mirada rápida de curioso a mi entorno e ingresé de prisa a la casa por la portezuela del portón que en otras circunstancias solía estar abierto de par en par hasta más allá de las diez de la noche. Apenas estuve dentro de la casa, vino Angelina a mi encuentro, la empleada encargada del cuidado de la casa que también nos daba los alimentos al párroco, algunos empleados y profesionales que prestábamos servicios en el pueblo y a los visitantes y amigos con los que deseábamos almorzar o cenar alguna vez. Afligida, dijo:--Cuánto me alegra que haya venido ; estamos ante una desgracia. Lo amenazó de muerte al padre, nuestro párroco, el murolocko López. Usted lo conoce y sabe cómo es de atrevido ese desalmado. Ese maldito es capaz de todo, sobre todo cuando está borracho o colérico... Interrumpiendo su perorata, le pregunté:--Angelina, qué es del curita? --Está en la sala de doña Emilia. Quiere verlo?--respondió. Sin más preámbulos, me dirigí a la sala.

El curita, no bien me vio, se puso de pie, dejando la silla en que estaba sentado en medio de la sala vacía. Por sus facciones demacradas y el desaliño de la vestimenta, parecía salir de las brumas oscuras de sus meditaciones o del nimbo de sus temores y zozobras. Me dijo:--Cuánto me alegro que haya venido y de verlo. ¡Dios es quién lo ha traído! Ha debido ya informarse. Gregorio López me amenazó de muerte. Conociéndolo como lo conozco, no dudo que ha de cumplir irremisiblemente con su amenaza. No es sólo a mí, ha sido a todo el pueblo que en la plaza y dónde ha podido que ha dicho y repetido, incluso a gritos, que me matará hoy y que por eso, debo aprovechar de las pocas horas de vida que me quedan para arrepentirme de los graves pecados y delitos que ese dirigente me ha endilgado desde hace tiempo, difundiendo con fines maliciosos, como si fuesen hechos probados, crasas sindicaciones con el propósito innegable de destruirme moralmente.

Librodot

Respondí: --Padre, lo que acaba de decirme, no tiene sentido. Reaccione. Supongo que hubo entre usted y el dirigente algún motivo para que las cosas llegasen a tales extremos. --Sí--respondió--desde hace unos quince días, se propaló en el pueblo rumores escandalosos sobre mi conducta privada, dirigidas indudablemente a dañar mi honorabilidad de sacerdote, descalificándome en la opinión del pueblo. Escuché de diversas personas, que me informaban con reserva y temor, que era yo objeto de imputaciones calumniosas y canallescas achacándome actos groseros como las de mantener relaciones pecaminosas incluso con Angelina y otras mujeres del pueblo. Esas murmuraciones que al principio eran esporádicas, se intensificaron cada vez más, al punto que en los últimos días, se generalizaron afectando gravemente a la respetabilidad con que estoy investido como sacerdote y párroco. Alarmado por ello, hice serias y cuidadosas averiguaciones, hasta dar con el sujeto que se ocupaba de difundir esos chismes e infundíos contra mi persona. Sabía de principio que yo solo no podía afrontar la situación contra esa persona. Por eso, opté ayer domingo por acogerme a la ayuda de los feligreses que asistieron a la misa de diez. Les rogué desde el púlpito que después del sermón y de la bendición me acompañasen a la casa de esa persona, a fin de que yo, ante ellos como testigos, lo emplace a repetir o negar las infamias que difundía desde las sombras y de forma anónima contra el párroco de la provincia. Así fue. Salimos del templo a las once y nos dirigimos con los feligreses del vecindario y personas voluntarias que se sumaron en el trayecto, a la casa del dirigente Gregorio López, que era el que se ocupaba con tanta maldad de mi dignidad. Cuando llegamos a la casa y llamé yo a la puerta, salió el mismo dirigente que viéndome a mí y los numerosos feligreses que me rodeaban, fue presa de miedo y parece que le atacó el presentimiento de que podía recibir ahí mismo el castigo que merecía. Era visible que se sentía perdido. Atinó apenas, sin siquiera saludarme, a tartamudear y farfullar incoherencias. Entonces, le dije: --Gregorio, he venido a tu casa con los feligreses católicos, que es el pueblo todo, para que tú ante ellos repitas de frente y a cara descubierta lo que vienes diciendo desde las sombras en desprestigio del párroco de la provincia. Dilo claro y en palabras rotundas, con la responsabilidad que debe actuar y proceder un dirigente. Repuesto a medias de su azoramiento inicial, entre gestos nerviosos y movimientos descontrolados de las manos y las facciones de su rostro, dijo: --Qué le pasa padrecito. Qué es lo que quiere que yo diga. Yo no tengo nada que decir ni a usted ni a nadie. ¡qué le pasa padrecito! Por qué se empeña en ponerme contra el pueblo-- repetía tartamudeando y de veras asustado. --Entonces, volví yo a tomar la palabra para decirle: --Así que niegas públicamente que en estos últimos días has estado propalando infamias sobre la conducta del párroco. Así es que te desmientes y reniegas de las groseras imputaciones con que has tratado de manchar mi reputación, acusándome de ser "cura cholero" e inmoral...

---Yo, nunca he dicho semejantes cosas contra usted. Yo no sé nada de usted; lo que hace o no hace. ¿Por qué había de ocuparme de usted?

--¡Está bien! ¡Esta bien!--repetí dirigiéndome a la multitud que tan devotamente me acompañó--Han escuchado ustedes, dice López que nunca levantó falso testimonio contra el párroco de la provincia y sobre mi conducta, ignora todo y que nunca jamás puso en tela de duda o sospecha mis actos. Yo deseaba que ustedes, hijos de Dios y de la Madre Iglesia Católica, oyeran de viva voz del dirigente López esas declaraciones y que lo hicieran con sus propios oídos. Ahora que está todo claro y no queda nada reprochable contra mí, me complazco de todo corazón en expresarles mi gratitud y la de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica, a que represento en esta y en todas las ocasiones e instantes de mi vida. Les pido que se retiren a sus hogares y a sus actividades, con la bendición de Dios todopoderoso que a todos nos protege y nos ampara.

López, que denotaba por su figura y presentación que recién dejó el lecho en que dormía la borrachera del sábado, seguía anonadado. Sin volver a mirarlo, opté también por retirarme detrás de la gente que se desparramaba en todas direcciones; lo hice al templo. No pasaría una hora de todo eso, cuando lo vi a López entrar al templo, seguido de tres de sus compañeros. Yo, en ese momento, estaba aprestándome a salir de la casa de Dios. La actitud de los hombres era de desafío. --Padrecito--se dirigió a mí López, aparentemente todavía en actitud sumisa, volviendo a plantear en palabras atropelladas aquello que yo consideraba ya como asunto resuelto--diga usted--me dijo finalmente con voz enérgica y destemplada--qué tiene usted contra mí. Hace poco, sorprendiéndome insidiosamente en mi casa sin que yo alcanzara a darme cuenta cabal de lo que estaba pasando, con la habilidad propia de los curas maliciosos quiso hacerme decir lo que no se me hubiera ocurrido ni en el instante de mi peor desvarío, todo lo que le conviene y quiere usted, afrentándome ante el pueblo en su deseo de lavarse de sus mugres sociales y morales en un instante, como si todos fuéramos unos imbéciles para decir lo que quieren y les conviene a ustedes los curas, como marionetas o autómatas. ¡Eso, no puede ser! ¡No será de ningún modo! Sepa usted que fui yo tal vez el único que en el pueblo no dije nada contra usted y todo porque quise estar lejos de su persona y de sus hazañas ocultas y porque no quería inmiscuirme en la clase de cosas que usted tiene. ¡Ahora se acabó! He venido a notificarle que debe salir usted de este pueblo en el día; le repito, ahora mismo o esta tarde será ciertamente hombre muerto, si no lo hace. Mientras tanto, a partir de este momento, se cierra el templo. No tendrá usted acceso a él, ni por un minuto más. Emplazaré en la puerta y el frontispicio, metrallas pesadas y si fuere necesario, cañones, a fin de que lo liquiden irremisiblemente si es que se atreviera a ignorar mis órdenes.

--No tuve ocasión de responderle nada. ¿Qué podía decirle? Salí trastabillando del templo y me dirigí espantado a esta casa, buscando protección, auxilio y amparo, ya que no era posible que me cobije y guarde la Casa de Dios. Sabía que si habría la boca o decía una sola palabra en esa situación, hubiera sido sin duda alguna la última que profiera en mi vida. Cuando abandoné el templo, esperaba convertirme en cualquier momento y por la espalda, en el blanco de las balas que tan liberalmente me ofreció López para matarme, así como fui por un tiempo largo objeto de sus

insultos, ultrajes e insolencias, a pesar de mi condición de sacerdote. Horas después de esos sucesos, supe que López salió del templo y se dedicó a beber el resto del día y de la noche, sin dejar de vociferar contra mí, culpándome de las mayores infamias. No contento, hoy por la mañana, todavía medio ebrio, volvió a presentarse en el templo con una metralla y acompañado, como el día anterior, de un grupo de sus conmilitones campesinos, también armados, repitiendo cumplir su decisión de echarme del pueblo o eliminarme en su defecto y que por ningún motivo cejaría de su intento. "Digo que debe salir de Punata o morir", repetía. Sé que López es capaz de todo y yo no sería su primera víctima, en caso de que se consumara lo último, como también sabe usted--terminó el cura su larga platica, casi sollozando, en tanto que yo lo miraba y lo escuchaba, como si se tratara de un cuento habilidoso de una persona fantasiosa.

El religioso era un hombre moreno de estatura casi elevada. Sentado en una silla solitaria situada al medio de una sala amplia y vacía como un personaje del teatro de Pirandello, exponiendo sin freno sus desdichas, parecía pequeño, casi insignificante. Su sotana negra oculta que sólo se la veía como una faja negra debajo de la collera blanca tiznada de sudor y tierra, lo cubría un guardapolvo viejo azul claro. En su cabellera oscura, rala y desordenada, calzada en la frente por los avances de la calvicie y su rostro triste y brilloso lleno de manchas oscuras, era notorio que se agotaban sus energías en la vigilia permanente que sufría desde hacía días. Su semblante de persona terminada, hacía de él una criatura vencida que esperaba inerme la consumación de la amenaza del dirigente campesino. Entre mí,, me decía, conmovido e irritado por todo lo que acabó de escuchar, "cura ingenuo y loco en lo que te has metido sólo por falta de un poco de tino".

--Padre--le dije al cabo de largos minutos de silencio mutuo--permítame tomar parte en el asunto. Hablaré con Gregorio...

--¡No! ¡No! No se atreva. Ese indio es capaz de ensañarse incluso contra usted, sospechando que está de mi parte y que va en mi representación a buscarlo. En ese caso, tendría yo un otro motivo más de cargo de conciencia y de congoja. Puede ofenderlo, atropellarlo o amenazarlo de muerte como no ha tenido empacho en hacerlo conmigo. No lo haga. Esto debe terminar del modo que tiene previsto ese maldito indio borracho.

--No se preocupe. Supongo que a Gregorio ha debido pasársele ya los efectos de la última borrachera, en parte o por completo, y con ello el motivo del encono. Creo también que debe estar buscando en su mente y en silencio, igual-que usted, una salida adecuada y sin complicaciones del asunto, al margen de cualquier intento de atentado contra la vida de usted. Diciéndole lo último, dejé la sala y sin tomar en cuenta las protestas del curita, me fui en busca del dirigente ofendido. López era uno de los campesinos que iba y venía frente al templo, portando una metralla.

--¡Cómo estás Gregorio!. Me alegro de verte. Acabo de llegar de La Paz; dije sin parar de hablar y hablar, en tanto le extendía la mano en actitud amistosa. López se sorprendió de verme o

simuló esa actitud, pero fue sólo por breves instantes. Reaccionando, me respondió en el acto, en el quechua dulce en que él solía expresarse;--Tú aquí?, te prevengo que no admitiré que me engañe. Hace algunas horas que te vi entrar a la casa de Angelina. Sin duda, vienes mandado por ese cura cholero. No voy a desistir. No estoy borracho. Lo mataré por cochino y más que todo, por intrigante y falso. Ahora no tengo ya por qué preocuparme. El pueblo sabe en sus menores detalles el motivo del conflicto del cura conmigo. El pueblo está de mi parte.

--Gregorio--repuse--no es el cura quién me manda. Soy yo el que quiere hablar contigo. Como sabes, me preocupa todo lo que atañe al campesino y no al cura. Eres tú libre de actuar del modo que quieras. ¡Eres libre! Sin embargo, en este caso del cura, si bien te fijas, si lo matas, no ha de ser la muerte de un cura cualquiera; ha de ser la del párroco de la provincia de Punata. Eso hará que el obispado, clausure de inmediato el servicio religioso de la parroquia de Punata y será por uno, dos o más años, afectando a los habitantes del pueblo y de toda la provincia. Te perdonarán que los bebés nazcan y no puedan bautizarse en su pueblo?, que los muertos se vayan a la sepultura sin las misas de cuerpo presente, los auxilios religiosos y los responsos? No habrá más matrimonios, ni confirmaciones, ni misas en Punata. Habrá conflicto permanente entre el Estado y la Iglesia, a nivel provincial, como ocurrió hace mucho tiempo cuando mataron al cura párroco de Toco. yo no sé cuál sería el nombre y el apellido de ese religioso, pero sé que era el párroco de Toco. Como he dicho, las cosas suceden en tales casos de ese modo. Acuérdate. A nadie le importó lo que hizo o no el cura de Toco o por qué motivo específico lo mataron. Eso es lo preocupante, Gregorio. Lo otro, el problema del hombre contra el hombre, no tiene ninguna importancia ni relevancia para el pueblo a que te debes como dirigente.

--¡Si! --me respondió--lo que tu quieres es que todo termine, como si nada hubiera pasado y que el dirigente López sea visto por el pueblo como un villano cobarde y farsante al que se puede decir y hacer lo que se quiere, incluso achacarle murmuraciones y chismes de toda ralea. De ninguna manera. Ese cura me ha ofendido y ha ofendido al pueblo de Punata. No puede quedarse aquí ni una hora más--dijo--Yo también creo que debe irse; Tú, el pueblo y el mismo cura, deberán solicitar al obispado de Cochabamba esa remoción. El padre me ha asegurado que no pondrá ningún óbice a ese trámite. Un día más o un día menos que quede en el pueblo el actual párroco, en nada afectará a la ejecución de la decisión final que tú exiges, y el cura, acepta sin ambages. Lo otro, en vez de dar una solución al problema, lo complica. La Iglesia es la Iglesia y gana siempre. Gregorio, si me autorizas, le pediré al padre el compromiso solemne de que solicitará, como cosa suya y personal, su remoción de la parroquia de Punata. Eso me parece que conviene más a los intereses permanentes del pueblo y también a los tuyos.

Poco después, se retiraron las metrallas del frontispicio del templo y a cierto tiempo, supe que el párroco se fué de la provincia y el pueblo de Punata.

Librodot

MUERTE DE CASILLA

I

El 2 de agosto de 1963, debía celebrarse y conmemorarse en Ucureña, el "Día del Indio" y el décimo aniversario de la firma del decreto-ley de reforma agraria. Había expectativa en el mundo indio del valle alto de Cochabamba.

Días antes, se propaló como un hecho auspicioso de esas fiestas, el restablecimiento de la paz en los pueblos del valle, con el acuerdo suscrito por los dirigentes campesinos de Ucureña y Cliza. Sin embargo, en esos primeros días de agosto, los dirigentes cliceños veían con pesar cómo cundía de nuevo en su pueblo la aflicción y la duda, no obstante que cuando se firmaba el convenio transaccional de paz, autorizado y publicitado, se decía que el arreglo era "sin vencedores ni vencidos".

La desconfianza y el sabor amargo de derrota que sentían instintivamente difundirse por el pueblo los cliceños, se desprendían de la actitud prepotente y triunfalista que exhibían los ucureños en su conducta y poca voluntad para cumplir con lo convenido.

Por ejemplo, era ya un hecho que el acuerdo por el cual se convino que los cliceños y los ucureños compartirían de igual a igual la dirección de la federación departamental sindical campesina, subsistiría sin ejecución, quedando sólo los ucureños con el dominio total de esa organización campesina departamental.

Además, y esto era lo más grave de todo lo que estaba ocurriendo en esos días: los ucureños, pirrándose en el pacto, resolvieron cobrarse por su propia cuenta agravios reales o imaginarios, perpetrando con la mayor impunidad y descaro matanzas horrorosas de dirigentes cliceños o simples campesinos de ese lugar, calificados sin pruebas de ninguna clase de traidores por sus futuros verdugos.

II

En víspera del "Día del Indio", primero de agosto, se presentaron de súbito en Flores Rancho, en la pobrísima vivienda del dirigente cliceño Román Casilla, una docena de esbirros de Ucureña, Ante la mirada compungida y las lágrimas y los sollozos de su familia, Casilla fue agredido con brutalidad extrema y apresado por esos hombres, en ejecución de una orden expresa del compañero Rojas Guevara. Consumada la primera agresión, el dirigente cliceño fue trasladado a Ucureña en medio de sus captores armados de fusiles. Flores Rancho era entonces una aldea insignificante situada en la vera oriental del pueblo de Cliza. Sus habitantes, como todos los del

Librodot

valle alto de Cochabamba, resumaban miseria. Román Castilla no era una excepción, no obstante de su condición de dirigente desde hacía diez años y desde el primer día de la revolución.

En el camino de tierra y de polvo de su inesperada vía crucis, Casilla fue dejando su sangre y partes maceradas de su triste humanidad. La inclemencia desmedida conque sus captores se ensañaban en el cuerpo del inerme dirigente, no tenía más explicación que la venganza rencorosa e irracional de Rojas. "Indio traidor, hijo de puta, pagarás con creces tus infamias", le repetían incansablemente los sicarios del líder triunfante. Poco más o menos a las diez de la mañana, Casilla y su escolta armada, llegaron a las proximidades de Ucureña. De allí, en lugar de proseguir andando por el camino vecinal hasta el cuartel de milicias campesinas, se desviaron por una senda a un lugar despoblado y solitario donde había una acequia ancha de riego, seca y de bordes altos. El preso fue allí agredido de nuevo por los sicarios a golpes de puño y puntapiés. Casilla era hombre pequeño, esmirriado, seco y moreno. Su cara ancha y huesuda de pómulos salientes y color amarillo oscuro, era la de un hombre criado en el hambre, la miseria y el sufrimiento. Ese rostro, con las agresiones sucesivas, se cubrió de sangre viva negra. La víctima sufría los golpes con la insensibilidad de quién ya no siente el dolor por haberlo hecho de siempre y sin tregua. En esa ocasión, lo sabía él con seguridad, los golpes que le propinaban era el tributo antelado de dolor y de humillación a la muerte que le iban a dar de inmediato del modo más salvaje. Sin embargo, no profirió reproche, ni grito. ¡Habrían sido inútiles! Sus labios se quedaron sellados, como si con esa actitud tratara de negar con desprecio las imputaciones de traidor conque lo infamaban los sicarios. Uno de los hombres, agotado en martirizarlo y perdiendo serenidad, le obligó a postrarse de hinojos a sus pies; cuando lo tuvo en esa posición y de espaldas a la altura de su cintura, le propinó a la víctima en la nuca un golpe fulminante de culata de fusil que le arrancó los ojos de las órbitas. El verdugo acabó su obra con otros golpes de la misma arma, triturando la cabeza de Casilla. Los despojos sanguinolentos del dirigente cayeron y se esparcieron dentro de la acequia. Eran sólo trozos informes de masa encefálica, huesos rotos, músculos lacerados, sangre coagulada y trapos deshechos. Casilla pagó con creces la deuda que Rojas le cobraba en esa víspera del día del indio de modo tan revolucionario.

Con riego semejante de sangre y de lágrimas, no podía haber duda del éxito de la paz que Ucureña trataba de hacer florecer y frutecer con abundancia en ese valle. Los dirigentes cliceños, bien podían esperar tranquilos su turno para abonar convenientemente con su sangre ese campo de paz, tan deseado por los sufridos indios, aunque fuera bajo el cuidado de ese extraño jardinero llamado José Rojas Guevara que esperó más de un lustro para hacer lo que estaba haciendo con semejante saña.

En efecto, no hubo que esperar mucho la perpetración de nuevos apresamientos. El dirigente cliceño Guevara fue aprehendido en su casa y conducido a un lugar que sólo conocían sus captores y Rojas. Más que como expresión de la conciencia conque se buscaba la paz, sin

Librodot

hallarla, fue el temor a las represalias anunciadas por las autoridades si es que se repetían los actos criminosos de los dirigentes de Ucureña, lo que salvó a Guevara de una muerte cierta y hasta hizo posible que recuperara milagrosamente su libertad. Rojas, a tiempo de entregarlo obligadamente a ese dirigente cliceño a los militares, le espetó iracundo: "Indio getón. no pagaste todavía tus infamias. Mañana no será tarde para que lo hagas y te saquemos la mierda como te lo mereces. Espera. Llegará tu turno. Llegará el momento en que te trituremos los huesos como a Casilla o más que a Casilla".

A pesar de la paz acordada por escrito, las matanzas campesinas recrudecieron. Venganzas que día a día se consumaban, sobre todo en las noches de los fines de semana, con asesinatos espeluznantes de pacíficos campesinos casi siempre de poblaciones próximas a Cliza, sobre reales o supuestos traidores, en pago del precio de sangre de la paz del valle.

Las venganzas de Rojas de ese tiempo, no tenían fin...

Librodot

LA DEFENSA DE CLIZA

Cierto día, en la galería de la planta alta del edificio de la prefectura, se acercó el jefe del departamento de seguridad para decirme:--Fíjese usted en ese indio moreno, grueso y alto que parece monolito y se apoya en el pilar. Ese hombre, en el conflicto de pacificación campesina de Cliza, frente a una de las puertas del edificio de la alcaldía de ese pueblo, él solito, degolló a tres carabineros, como si fueran corderos.

--¿Cómo dijo?--Reaccioné con incredulidad, ante la información.

--¡Ah! mejor que se lo cuente el hecho el mismo actor--me respondió el jefe de seguridad, sonriendo con malicia. Luego, llamando a gritos al campesino, en tono de insinuación y orden, exclamó:--¡Oye! Huari, ven acá. El señor quiere hablar contigo. El campesino se enderezó pesadamente de su cómoda posición apoltronada y se dirigió pachorriendo al lugar donde estábamos nosotros.

--Dime, eres hijo de Ciriaco Huari de Taratayanpata?

--Sí, señor; soy su nieto, para servir a usted--me respondió en quechua.

--Supe que tuviste una actuación destacada en la defensa de Cliza y que tú solo despachaste en la plaza de ese pueblo, a tres partidarios de José Rojas. ¿Cómo es tu nombre? ¡Ah! Recuerdo que Ciriaco tuvo varios hijos y entre ellos a Santos. ¿Eres hijo de Santos? Bueno, eso lo aclararemos al final. Me puedes decir, cómo fue eso de Cliza? Puede contármelo con detalle, sin omitir nada?, le dije (como hizo Ibáñez, el jefe de seguridad) en tono de insinuación y orden.

--¡No señor! Todo lo que dicen de mí en los sucesos de Cliza, es falso. Exageraciones del compañero Ibáñez y de otros señores que desde hace tiempo quieren que yo admita que fui autor de la muerte de tres carabineros que habían sido decapitados frente al edificio de la alcaldía de Cliza.

Librodot

--Digamos que no fuiste tú el autor de ese hecho. Sin embargo, como estuviste ese día en el teatro de la batalla de Cliza, supongo que no tienes inconveniente en contarme lo que allí pasó realmente.

--Señor, ese día, lo único que hicimos los cliceños fue defendernos. Era un martes. Día antes llegaron de Cochabamba al pueblo, cuarenta o más carabineros uniformados y otro tanto de agentes civiles que se instalaron en el edificio de la alcaldía. Al anochecer arribaron también efectivos del ejército y con ellos parece que un general de apellido Valdivia o Valdivieso; esa misma noche, recibimos parte de nuestros compañeros de los puestos de observación que todos eran de la policía y ejército y que el gobierno los destacó para la toma del pueblo de Cliza. Esos señores alojados en la alcaldía, debían cumplir la misión que les encomendaron, entregando el pueblo, nuestro pueblo, Cliza, en acto público, ceremonia y fiesta, a José Rojas Guevara y sus seguidores. El general Valdivia, como representante personal del gobierno, haría en el acto el papel de delegado con poderes suficiente para rendir la plaza sin batalla al dirigente de Ucureña que con ese motivo, debía presentarse con milicias armadas al día siguiente, martes, por la mañana al este de la población, en el camino de ingreso de Ucureña a Cliza. La entrega y posesión del pueblo se llevaría a cabo con los honores correspondientes a un general vencedor, a partir de las diez.

Todo eso, como no podía ser de otro modo, nos llenó el alma de indignación, exasperación y furia. La guerra campesina de Ucureña y Cliza, tenía ya entonces largos años de duración, sin que Rojas y sus conmilitones hubiesen podido apoderarse de Cliza por las armas. Por el contrario, lo redujeron-todo a escaramuzas y amenazas verbales. Los cliceños no somos ignorantes como las gentes de Rojas, que en ningún momento pudieron avanzar un sólo metro más allá de la raya que nosotros los cliceños trazamos en el frente de contacto de ambas fuerzas, previniendo públicamente que quien quiera que se atreviese a atravesarla pagaría su osadía con su vida. Nadie fue lo suficientemente valiente para hacerlo. Ahora ante lo que ocurría tan desembozadamente, clamamos porque se organice en el acto la resistencia y defensa del pueblo y que se haga conocer públicamente nuestro repudio al hecho ominoso por el cual los ucureños pretendían sentar sus reales en nuestro pueblo, conformándose a decisiones tomadas a nuestras espaldas con el pretexto de que el gobierno ganador de las últimas elecciones generales, nos tildaba de sus enemigos y nos quería castigar por el hecho de haber concedido nuestro voto a otros candidatos. Nos movilizamos esa misma noche por toda la provincia. No era secreto para nadie que en Cliza, gran parte de la población masculina, tanto en el pueblo como en los ranchos y aldeas del campo, eran muchos ex-combatientes de la guerra del Chaco que sabían de armas de fuego, la forma de usarlas, como las tácticas militares de defensa y ataque, con clara ventaja sobre los hombres de las otras provincias y a distancia desmesurada de los ucureños que en general, eran analfabetos, ingenuos y muy ignorantes.

A las cinco de la mañana, teníamos en apronte, diez mil efectivos; unos armados de fusiles, otros de simples palos, hachas, varas de hierro, piedras y otra clase y forma de armas improvisadas, pero efectivas e impresionantes para la integridad anímica de nuestros enemigos circunstanciales. Los dirigentes Miguel Veisaga, Macedonio Juárez, Andrés Torrico, Julián Chávez, se constituyeron en los guías de la batalla que se preparaba. Se elaboró ahí mismo la estrategia y la táctica que debía aplicarse; el plan era sencillo: Una parte de los efectivos, con Veisaga a la cabeza, entraría a la población por el oeste, desde la playa del río a la plaza, estacionándose cerca del edificio de la alcaldía. Otra fracción, bajo la conducción de Juárez, pasaría por la playa de ganado, al sur del pueblo, saliendo al este, a la línea férrea para desplazarse hacia el norte hasta el camino de Cliza a Ucureña y Punata con la misión de cortar las rutas de escape de Rojas. El objetivo de esa fracción era copar al dirigente Rojas y sus adláteres para terminar de una vez por todas con el pleito suscitado por esos señores, cuatro años antes. Finalmente, otra fracción, bajo la dirección de Julián Chávez, debía dirigirse a la plaza de granos y la estación del tren del valle, al norte del pueblo, cerrando las vías de acceso a los grupos de ayuda y auxilio al enemigo y para evitar la fuga de los milicianos de Rojas por la línea del tren de Cliza a Punata o las poblaciones aledañas que reconocían la autoridad sindical de la subcentral campesina de Ucureña. El comienzo del ataque debía coincidir con el ingreso de Rojas y de sus milicianos armados a la plaza de Cliza. Los actores del acontecimiento previsto para ese día (Rojas y el Gral. Valdivieso) debían iniciar el acto de entrega a las diez de la mañana; hora en la cual debía también comenzar el ataque cliceño. Nuestras fuerzas esperaban con paciencia y reserva, la consumación de los preparativos que apuraban los del otro lado y sobre los cuales no tenían por qué guardar secreto, por el respaldo público del gobierno con que contaban y la presencia real de las autoridades, los oficiales y tropa del ejército y la policía. Cuando llegó la orden de ataque, Rojas y su comitiva, pasaban recién el cruce del camino carretero con la línea férrea al este del pueblo. Rojas, que conocía el espíritu decidido y empeñoso de los cliceños, era en esta ocasión el único que sabía cómo debía actuar y por qué debía guardar cautela. En cuanto recibió información, desde luego incompleta, del ataque inicial de la defensa de Cliza, el número de los efectivo reales o imaginarios de nuestra fuerza y que todo empezó a caminar, retrocedió en el acto, sin decir una palabra a nadie y menos prevenir a sus amigos que lo esperaban, desistiendo a la toma y posesión del pueblo que ansiaba dominar. El general Valdivieso, quedó en la estacada. Ese general, a su vez, en conocimiento también parcial de lo que ocurría a su alrededor, pudo apenas ordenar a sus efectivos de Cliza a encuartelarse en el local de la alcaldía, asegurando las puertas de ingreso del edificio por todos los medios. Conseguir el retorno inmediato de los carabineros y policía civil desplazados en las diversas zonas del pueblo, que esperaban una fiesta y no una batalla, en el lapso de poquísimos minutos, fue imposible. Quedaron algunos fuera de la ciudadela improvisada que por lo demás estaba ya acorralada por los campesinos defensores de Cliza. El ataque cliceño de

Librodot

partida, fue de tremenda brutalidad y ferocidad incontenible. En pocos minutos, la plaza y la esquina de la alcaldía se transformaron en un infierno de fuego de fusilería, metralla y piedras que partían de todos lados. Rojas y su comitiva huyeron con la prisa que es de imaginar y fue por poco que no cayeron en manos de la fracción de Juárez, que tenía precisamente el deber de cortar esa retirada del dirigente de Ucureña. Algunos campesinos, se encaramaron en la torre del templo que estaba al frente del edificio de la alcaldía y desde posiciones más elevadas, ametrallaron las ventanas de vidrio del municipio que estallaban y se trizaban como bombas, con mucho ruido. Se trató de barrenar las puertas de ingreso de la alcaldía a tiros e impactos de piedra, hacha y macanas. En medio, se desplazaban mujeres impávidas corriendo a uno u otro lado por la plaza y las calles del pueblo, sin temor alguno a la muerte o las heridas, proveyendo a los combatientes con la munición y proyectiles que llevaban en sus sombreros o en las faldas de sus polleras.

Dentro del edificio, los sitiados apilaron escritorios, mesas, sillas y cuando objeto pesado hallaron para evitar la destrucción de las puertas y el ingreso asesino de los atacantes del edificio. Las armas de que disponían, resultaron insuficientes. Los cliceños, mientras tanto, repartían proyectiles y piedras que disparaban de forma continua y sin desmayos, buscando la rendición del enemigo. El general Valdivieso, acobardado y desesperado, rogaba por el servicio de radio de la alcaldía a las autoridades de la ciudad de Cochabamba que destacaran cuánto antes fuerzas de auxilio militar que los libraran de morir en las manos de la jauría cliceña que en cualquier momento podía destruir las puertas del edificio y masacrar sin misericordia a sus ocupantes refugiados. El general, no gritaba, aullaba, clamando por el desplazamiento inmediato del destacamento solicitado para evitar la toma inminente del edificio de la alcaldía por los atacantes que a la vista de los sitiados preparaban cargas de dinamita para volarlos con el edificio. ¡Nos van a matar irremisiblemente!, repetía una y otra vez el general asustado, en tanto sus compañeros de encierro, turbados por el miedo, sin conciencia ya de lo que pasaba a su alrededor, esperaban como animales de sacrificio, resignados y en silencio, la muerte. Afuera, el ataque crecía y adquiría proporciones catastróficas de violencia.

Cuando ingresaron las fuerzas del destacamento de ejército a Cliza en número apreciable y con armas de alto calibre, los defensores de Cliza desaparecieron en segundos como fantasmas. No había uno por ningún lugar del pueblo. En la calle próxima a las puertas de la alcaldía, entre otros despojos humanos desparramados, yacían tres cadáveres de carabineros degollados...

--Huari, la información que tengo sobre la última parte de tu relato, dice que tú te posesionaste de un rincón próximo a una de las puertas de la alcaldía y que allí los tenías a los tres carabineros, paralizados de miedo y de rodillas a tus pies; que empuñaste el arma o que la tenías ya en la mano y que ante la mirada turbada de las víctimas que esperaban inermes su turno, tú, uno a uno los degollaste sin remisión y que las víctimas estaban tan asustadas y paralizadas por el

terror que no podía reticular ni un intento de grito, limitándose a mover sus brazos y piernas como muñecos mudos, en actitud desesperada, de súplica por sus vidas...

--¡No! Todo eso es fruto de la imaginación y falso. Yo no soy capaz de hacer eso. Se olvidan los que dicen tal cosa que soy cristiano y que tengo alma y un Dios a quién dar cuentas de mis actos. Luché, como los demás contra los que sabía que querían humillar a mi pueblo con la mayor injusticia, pero no asesiné a nadie y menos a carabineros. No crea usted esos infundíos. De todos modos, parece que ya hablé demasiado. Será mejor que me vaya. ¡Hasta luego señor! En otra ocasión y cuando tenga usted tiempito, vendré a contarle otros sucesos de la guerra campesina.

El indio, salió del edificio de la prefectura. Ibáñez, lo seguía con los ojos, en tanto que el hombre atravesó el corredor de la planta alta, bajó por la escalera de piedra y cuando cruzaba el patio, dirigiéndose a la puerta, se volvió y nos miró sonriendo. Ibáñez, dijo:--Espero que no le haya creído nada a ese indio socarrón. Lo que dijo es apenas una pequeñísima parte de lo que sucedió realmente en Cliza. Esos indios cliceños, no tienen igual. Son feroces. Cuando se hace memoria sobre los sucesos de ese día martes, todos los que se salvaron milagrosamente de la muerte, tiemblan de sólo evocar la figura siniestra de esas mujeres impertérritas que como zombies se paseaban como si tal, con sus sombreros y sus polleras cargados de proyectiles y munición, repartiendo la muerte con total indolencia...pero ese indio que acaba de salir, no tiene par- en lo que es capaz de hacer cuando está bajo los efectos de la ira y compartiendo la indignación ilimitada de su jauría.

--Es posible. Dicen que el hombre enfurecido es más peligroso que las fieras hambrientas. Lo que no me explico es la actitud del gobierno que quiso entregar el pueblo de Cliza a Rojas y los ucureños, contra la voluntad de sus pobladores y de los campesinos enemigos de Ucureña. Digo esto porque los hechos que nos ha referido ese hombre dejan claramente establecido que había una repulsa general a la medida de parte de ese pueblo y que fue precisamente eso lo que dio lugar a los luctuosos sucesos de ese martes sangriento. No hay duda, ese día, en Cliza, hubo un desastre. Murieron muchos campesinos.

Sin embargo, lo de Cliza no era sino una parte de la larga lucha en que los campesinos se empobrecieron más de lo que ya estaban, vendiendo sus acémilas y sus pocos bienes para comprar fusiles, metrallas y munición. Muchos de ellos, para librarse de la muerte y la miseria que comenzó a cundir en ese valle, huyeron. Las tierras dejaron de producir o producían lo suficiente para alimentar a los sobrevivientes. Rojas, Vásquez, Torrico, López y tanto otros dirigentes campesinos, se empantanaron en el crimen, la injusticia, el despotismo, mandando a la muerte a indios labradores que antes no tuvieron ocasión de tomar en sus manos un fusil, obligándolos a hacer de soldados en una guerra que desconocían en sus motivaciones y en la que no tenían por qué tomar parte. Todo eso, perfiló a los dirigentes campesinos como asesinos dispuestos a

sacrificar sin miramientos a sus llamadas bases en el logro de intereses mezquinos y personales o la dilucidación de rencillas pueblerinas intrascendentes.

--Bueno, con tiempo, habrá que averiguar la triste realidad de los sucesos del valle que dieron lugar a mucho sufrimiento de gente incluso ajena a las peleas de los campesinos, sin olvidar que eso ocurrió digitado y dirigido desde arriba. Los indios eran sólo las manos que matan y las vidas que mueren, sin saber por qué y para qué.

MUERTE DE FACUNDO OLMOS

El camino blanco y polvoriento, zigzagueaba sobre el lomo de los collados que se sucedían en el horizonte, como cortes caprichosos de navaja en la mejilla de las montañas; los riscos, bajo el toldo plomizo de los cielos, parecían estalactitas iluminadas por la luz rosa del sol agonizante. Las hondonadas llenas de trozos azules y oscuros de la noche, se hundían en las simas, contrastando con las cumbres que todavía se bañaban en la luz iridiscente del crepúsculo, en medio de ese inmenso concierto de piedra dormida y silente que es la cordillera.

A esa hora, se desplazaba raudo por ese camino un jeep, dejando atrás una densa estela de tierra con forma de cono cuyo vértice avanzaba estirándose desde las llantas del vehículo y cuya base informe, se ensanchaba transformándose en nubes de polvo que se diluían, disipaban y asentaban poco a poco sobre las faldas de los cerros y las hojas tiznadas de los chilcares que medran a la vera del camino. El jeep se aproximaba rápidamente al pueblo de Sacaba.

En los extramuros de la población, el volante, a poco más de cincuenta metros adelante del lugar por el que se desplazaba, vio con sorpresa en medio del camino un tronco rugoso y pesado de molle revestido de ramas y hojas secas, atravesado en lo ancho del camino. Detrás del tronco,

Librodot

habían adobes apilados poco visibles por la luz que se disipaba en la tarde y la cobertura densa de las ramas del molle. El paso del vehículo por esa vía era impracticable. Alarmado el conductor, trató de superar el obstáculo aminorando la velocidad del jeep, en tanto su mente trabajaba febrilmente buscando la brecha que lo salvara de la trampa de muerte a que con velocidad se aproximaba. No hubo tal. Surgió-ágil de atrás del muro semidesmoronado que separaba al camino del terreno de labranza contiguo, un hombre armado de metralla, destacándose al frente en el crepúsculo que se convertía en noche rápidamente, por la camisa blanca y brillosa, casi nivea, con las mangas arremangadas por encima de los codos y la panza ancha, redonda y desmesurada, una media esfera apegada a un tórax deprimido que aplastaba las piernas con el peso inconmensurable del cuerpo. El hombre de súbito disparó la primera ráfaga sobre el vehículo que titubeando en su rodar se deslizó ciego sobre el tronco y los adobes. El impacto fue violento. Los proyectiles chocaron de lleno con el parabrisa, estallando el vidrio en mil pedazos que se desparramaron sobre la tierra, el metal de la capota y los guardafangos, como gotas vivas de rocío o granizo. Llegó la segunda ráfaga. Las balas penetraron sin obstáculos en el cuerpo del azorado volante que no pudo vencer la sorpresa del ataque. Su rostro cetrino y ancho se cubrió de sangre. Un proyectil le perforó el pómulo derecho. Otro, se le incrustó en la garganta, comprometiendo gravemente su existencia. Sin embargo, conciente a medias de los hechos que vivía y de los efectos mortales del ataque, logró detener el jeep y proteger instintivamente su cuerpo en la parte metálica de la cabina, a tiempo que retiraba el revolver de la funda que colgaba de su cintura. Abrió la portezuela y cayó a la vera oscura del camino, en un último intento de sobreponerse a los efectos mortales de las balas, defendiendo su vida. El atacante, rodeado ahora de dos hombres también armados, controlaba los intentos y las acciones de su víctima con sutileza de cazador. Corrió entonces de prisa hacia el vehículo y antes que el herido alcanzase su objetivo de usar el arma que tenía en la mano, le disparó la tercera ráfaga, dejándolo exánime en medio de un charco de sangre negra que crecía en volumen en el fondo de la cuneta y sobre la grama dura que la cubría. Misión cumplida. Facundo Olmos, dirigente campesino de la provincia Chapare, no era ya de este mundo. El cadáver estaba echado de bruces sobre la tierra; los cabellos alborotados, tiesos por los efectos de la goma roja y seca de la sangre coagulada; la cara oculta entre los brazos y los hombros como protegiéndose todavía de los nuevos impactos de las ráfagas que no alcanzaron a dispararse; la zamarra de cuerina oscura tiznada de sangre seca, llena de agujeros que atestiguaban los chorros de sangre que se abrieron en el cuerpo de Olmos y por donde el líquido vital fué a juntarse en la cuneta... un hombre asesinado por algún motivo parece que tuviera no sólo cinco litros de sangre, sino cincuenta, quinientos, cinco mil...como para manchar el camino, colmar la cuneta, regar los árboles, reflejarse en los cielos, pintar las montañas y todo aquello que presenció la consumación del crimen. Los ejecutores, de pie ante el cadáver, sonreían en silencio, satisfechos de su obra, que las sombras de la noche avergonzada trataban de ocultar. Uno de ellos,

Librodot

inconsciente, pateó con desprecio el sombrero agujereado de Facundo que yacía abandonado a unos metros de sus despojos. Se retiraron luego del lugar con las últimas luces del día y la caída de la noche que fundió sus identidades como los contornos de los objetos o los rasgos de los rostros de los hombres que se perdían en las sombras. Cerca, a no más de doscientos metros del teatro del crimen, bebían y cantaban en una chichería parroquianos campesinos y cholos al son desafinado de una guitarra. Los hombres del complot ingresaron allí, sin armas. Buscando, hallaron un sitio apartado y discreto donde se sentaron y pidieron bebida. El de la camisa blanca, que ahora se embozaba en una zamarra de cuero negro, secó del bolsillo un mazo de cigarrillos que lo distribuyó entre su pandilla, antes de encender el suyo. Fumaban, bebían y reían, conversando animadamente. Al cabo de poco más de una hora y después que fueron saludados y hasta conversaron con parroquianos que los conocían y el propietario del negocio, se retiraron. Cuando los hombres del crimen dejaron el negocio y los parroquianos que cuchicheaban en sus mesas mientras lo otros hacían gala y ostentación de su presencia, recobraron equilibrio después de una hora de tensión, consumiendo más bebida y hablando y riendo sin medida. Esa gente sabía todo sobre el hecho de sangre que tuvo lugar una hora antes en ese lugar y conocía con nombres y apellidos la identidad de la víctima y de los victimadores. El crimen, sólo para los fines oficiales del pueblo, la ciudad y el país, se descubrió recién al amanecer del día siguiente.

Lo imprevisto: Cuando mataron a Facundo Olmos, no estaba sólo ese dirigente en el jeep. Había otro campesino que por algún motivo, en lugar de sentarse a lado del conductor, lo hizo en la parte trasera del vehículo, de manera que cuando sintió que el vehículo disminuía de velocidad y reparó en la presencia del tronco dejado de intento sobre el camino para impedir el paso del jeep por esa vía, se echó instintivamente en el piso y esperó allí, espantado, los sucesos que llegaron. Sólo oyó la consumación del crimen, sin ver los hitos del hecho que se precipitó en no más de diez minutos. Cuando los hombres armados, sin temor alguno y sin el menor interés en revisar el jeep, se retiraron, el campesino se desovilló y se escurrió por la portezuela trasera bajo las ruedas del vehículo, avanzó luego aprovechando las sombras de la noche, al terreno vecino para terminó alejándose de él, corriendo a ciegas y a campo traviesa, sin echar mirada a sus espaldas y el sitio del crimen en que dejaba a su amigo y dirigente muerto, cual si fuera un animal sacrificado en esa orgía infernal de locos que se llama revolución.

II

Era el tercer año del tercer período de gobierno del MNR. El secretario general de la central obrera y vicepresidente de la república, expresó públicamente su propósito de postularse para el siguiente período, como candidato a la presidencia. Aunque la campaña electoral, no comenzó todavía, el secretario general, en el intento de adelantarse a los otros posibles candidatos

Librodot

al mismo cargo, hizo convocar por la confederación de trabajadores campesinos a congreso nacional para que ese cónclave, entre otros asuntos específicos de los campesinos, proclamara su candidatura como expresión y deseo del sector mayoritario de la ciudadanía nacional a fin de que los otros sobre todo de trabajadores hicieran lo mismo posteriormente. Se fijó la ciudad de Santa Cruz para la sede de ese congreso.

Instalada la asamblea, la proclamación de la candidatura fue propuesta por los partidarios del secretario general como el punto inicial y de privilegio del evento. Por eso mismo, no se dejaron esperar los actos de reacción y oposición a la proclamación. Una parte de los congresales, no sólo que se negó a prestarle apoyo, sino que señaló la inconveniencia de hacerlo con tanta anticipación, sorprendiendo sin motivo a la buena fe de los congresales que deseaban ocuparse y resolver primero sus problemas de clase y si sobraba tiempo, al final, cuando se tocara las peticiones particulares de los dirigentes congresistas, como era el caso de la candidatura del secretario general, se estudiaría y resolvería de una u otra forma el asunto de conformidad a los altos intereses del campesinado y de la clase trabajadora en su conjunto. La actitud indicada, dio lugar al resentimiento de los partidarios y amigos del secretario general y a que, casi de inmediato, abandonaran airados la sede del congreso y se trasladaran al pueblo de Quillacollo, en la provincia del mismo nombre y del departamento de Cochabamba. Uno de los dirigentes destacados de la fracción que abandonó Santa Cruz, que se declararon luego de izquierda, partidarios y amigos del secretario general y proclamaran de todos modos en Quillacollo esa candidatura, era Facundo Olmos.

Indio quechua, ex-colono, oriundo de Sacaba, de mediana estatura, ancho de espaldas y membrudo denotaba solidez física, aunque sus ojos vacunos y apagados en medio de un rostro cuadrado y fofo, sin gracia, acreditaba poca inteligencia y falta de luces interiores. Era sobre todo un hombre de corazón, con mucho sentido de responsabilidad que se expresaba a diario en su conducta solidaria, ciega y apasionadamente partidaria de las gentes de su clase, condición y situación social. Su historia personal era breve, como la de todos los dirigentes campesinos, auténticos hijos de la revolución de abril. Antes de ella, medraba en el anonimato y la miseria como uno más de los semovientes de las propiedades de sus señores, en una hacienda de las proximidades de la población de Sacaba. Después de la revolución, vivió su pasión y prematura muerte como parte indisoluble de su actuación pública de una década que incluso para él debió ser inesperada y asombrosa. La revolución, lo transformó de siervo en hombre libre y dirigente, formado como los otros en el caldo quemante de los hechos sociales que aparecieron el nueve de abril, a que ellos respondieron como pudieron, pero más que todo con audacia, decisión y espíritu de aventura, para luego ser destruidos cuando les llegó para ellos el tiempo de morir quemados por los litigios menores del tiempo en que les tocó vivir. Olmos murió convencido de la justeza de lo

Librodot

que defendía, con conocimiento pleno de que el fin que recibió le fue cuidadosamente preparado y que sus días de vida, después del congreso campesino de Santa Cruz, estaban contados.

Clausurando el congreso campesino disidente de Quillacollo, con la proclamación de la candidatura a la presidencia de la república del secretario general de la central obrera, Olmos fue separado de la dirección de la federación departamental de campesinos, donde disfrutaba hasta entonces de poder y autoridad. Eran ahora los ucureños los dueños de esa federación. Sin embargo, Olmos era un dirigente del que el gobierno no podía prescindir sin tratar antes de rescatarlo y de buscar con él una reconciliación. Un día, fue citado a la prefectura del departamento. Cuando ingresó a ese despacho, la autoridad lo acosó con manifiesta falta de sutileza política y hasta con grosería (como se hacía con un indio cualquiera), informándole al dirigente que tenía a su disposición un pasaje de ida y retorno y los viáticos para trasladarse al asiento del gobierno y el partido.

Facundo que miraba de hito en hito a la autoridad, con serenidad y aplomo, le dijo:--Señor prefecto, cuando preciso viajar, lo hago con mi dinero. Ahora que estoy atareado con los problemas y los asuntos de mis bases, no tengo en perspectiva ninguna posibilidad de viajar a ninguna parte...

--Facundo, estás insolente y soberbio--refutó ofendida la autoridad--Se trata de una invitación del jefe que no puedes ignorar y menos, rechazar-le espetó-el prefecto visiblemente herido por la suficiencia del dirigente, que le respondió de inmediato;--perdóneme, creí que era una orden. Al menos así me lo dio a entender usted. Ahora que me dice que se trata de una invitación, sólo me queda agradecer al jefe con todo respeto por un interés en que lo visité. Sin embargo, le repito señor prefecto, que lamento no poder aceptar esa invitación por los motivos que he tenido a bien poner en su conocimiento le ruego a usted trasmitir al jefe esa situación mía, expresándole mi sincero reconocimiento anticipado por su deseo de querer hablar con un indio como yo. En otra ocasión, tendré mucho gusto y agrado en hacerlo, sin que al jefe o al gobierno les cueste un sólo centavo mi viaje, como creo que debe ser...

--Facundo, eso que acabas de decir con tanta gracia, te puede costar caro...

--Lo sé--le interrumpió--Lo sé. Yo no tengo nada más que mi vida. Eso mismo, llegó a tener valor, si es que vale realmente algo, después del nueve de abril. Antes de la revolución, como bien sabe usted, yo valía menos que el perro de la hacienda donde trabajaba. Por lo demás, si muero, no seré el primero que lo hace en defensa de la dignidad del indio. No creo que mi muerte le aporte ningún bien a nadie y menos al partido o el gobierno. Sería sólo un castigo por no someterme sin chistar a las órdenes del gobierno, como lo hacía antes cuando era colono; si es que realmente me pasara algo, ese hecho no sería mas que una torpe prevención notificada a mis compañeros que viven ya atemorizados con lo que está pasando en la actividad política del país que lamentablemente nada bueno aporta a la revolución y a la libertad del indio...

Librodot

--¿Qué te pasa Facundo? En ningún momento hablé yo de muerte. Estás dándote más importancia de la que tienes realmente. Nadie se interesa en que vivas o mueras. Eso es asunto enteramente tuyo--respondió con rencor manifiesto la autoridad.

--Lo que acaba de decir, me alegra de veras, señor prefecto--repuso el dirigente y prosiguió:--, deja en claro que no es necesario que viaje a ninguna parte y que estoy en libertad de ocuparme de mis obligaciones sindicales, sin ninguna clase de zozobras o preocupaciones. Le agradezco por sus expresiones, señor prefecto, terminó de decir el indio a tiempo de darse vuelta y tomar rumbo a la puerta del despacho prefectural antes que la autoridad pudiera responder a sus últimas palabras y sin ofrecer la mano al señor prefecto, como era costumbre y expresión de respeto a la autoridad en señal de despedida.

Poco antes, el general Barrientos, candidato autoproclamado a la vicepresidencia de la república, halagado por los dirigentes de Ucureña y de Cliza, por fin unidos, les había exigido preparar en apoyo de su persona y la actividad política que desarrollaba, una gran manifestación campesina en la plaza de armas de la ciudad de Cochabamba, solicitando al gobierno además y por añadidura la remoción inmediata del prefecto. Facundo, fue invitado por el general a tomar parte en la manifestación con un discurso que debía pronunciar desde los balcones de la prefectura. Olmos, ignorando el grado de repulsa maliciosa de su persona a que llegaron sus compañeros campesinos del bando político contrario y al margen de los dirigentes enemigos de Olmos que con viveza, jugaban su apoyo supuestamente-incondicional, simultáneamente, a favor del jefe y del general, se presentó a la concentración donde ya hablaron varios oradores. Cuando quiso hacerlo él, no pudo. No bien lo vieron los campesinos concentrados en el balcón, estallaron los silbidos, insultos y amenazas que sólo desaparecieron cuando abandonó la tribuna el dirigente, desconcertado y herido por lo sucedido. Pero entonces descubrió que detrás de los escritorios y los útiles de esa oficina, lo esperaban los dirigentes ucureños, encabezados por Vásquez, decididos a agredirlo.

--Don Olmos--le espetó socarronamente ese dirigente, después de lo ocurrido en la tribuna de oradores--querrás fumarte un cigarrito--propuso Vásquez, metiéndole a la cara groseramente un mazo de cigarrillos baratos que tenía en la mano con uno que sobresalía de la cajetilla, que Facundo no aceptó -no gracias, no fumo- repuso inseguro, preveyendo que la provocación avanzaba para llegar de un momento a otro a la agresión.

-¿Cómo? No es una invitación. Es una orden. Fuma, carajo -prosiguió Vásquez, tratando de restregarle la cara con la cajetilla de cigarrillos. Facundo no respondió a los insultos y mantuvo dominio de sí, aunque veía que su poca serenidad se agotaba con el avance de las actitudes prepotentes de los ucureños que simulaban llevar sus manos a los puñales que ocultaban en sus ropas. A pesar de todo, afrontaba Facundo con valentía y frialdad el atraco en cuadrilla de los ucureños que Vásquez alentaba con sus visajes. Fue entonces que ingresó a la oficina la guardia

Librodot

de seguridad de la prefectura que invitó a Facundo a retirarse de inmediato de ese despacho, bajo la protección del servicio. Se hizo así, en tanto que los agresores potenciales no paraban de insultarlo, prevenirlo y amenazarlo de muerte. Había entonces, tres intereses políticos paralelos y contrapuestos marchando. Nadie podía saber el desenlace del enredo. Los sucesos seguían su curso y no era del caso que alguien pretendiera desentrañarlos, suponiendo finales inciertos. Mientras tanto, los que debían morir, sin saberlo, esperaban su turno.

EL PARTIDO INDIO Y JOSE ROJAS GUEVARA

I

En las elecciones de 1960, la fórmula Paz-Lechín, tuvo el éxito que esperaban sus partidarios. Con esa victoria, los dirigentes campesinos de Ucureña, estaban particularmente de plácemes porque reafirmaba la vigencia de la autoridad del jefe tradicional de la parte troncal del partido; además, el sector de izquierda del MNR., tan vapuleado en los cuatro años del gobierno de Siles, recobró su importancia y peso en el partido; en tanto que la derrota del MNR.- Auténtico, partido político que se organizó con los movimientistas que se apartaron de la línea de la fórmula Paz-Lechín con motivo de las últimas elecciones, disipó los vientos de fronda que se estimularon con la esperanza del triunfo de los fraccionalistas de derecha del MNR. Finalmente, y esto era de importancia singular para ellos, impuso silencio a los cliceños y a todos lo indios que los seguían.

Era cierto que reapareció el ex-dirigente Sinforoso Rivas que volvió de la Argentina llamado por el jefe del partido, después de cerca de cuatro años de ausencia del país. Rivas, no bien llegó, tomó contacto con sus antiguas bases políticas y sindicales de Quillacollo, Vinto, Suticollo, Capinota, Arque, Independencia y otras provincias del departamento de Cochabamba, como si no hubiera pasado el tiempo. Su intención inmediata era la de recomponer la realidad

Librodot

política y sindical de 1953, cuando era él figura que arrastraba algunos sectores del pueblo campesino. Ahora la situación era otra. Rivas, con lo que pudo hacer en esos días, demostró que no entendía ya de la realidad que lo rodeaba; tampoco conocía a nadie de la gente nueva de los sindicatos. Por eso, los resultados de la actividad de esos días de ese dirigente, estaban lejos de la significación que tuvieron los de su anterior gestión, en tanto que los dirigentes que permanecieron sin solución de continuidad y desmayos a lado de las bases, afrontando con valentía la campaña iniciada en abril de 1952, como los ucureños, demostraban tener real dominio del campo y que su dirección, gozaba del respaldo de las mayorías, incluyendo la de las provincias que Rivas deseaba rescatar y dirigir. Poco antes de las elecciones de mayo de 1964, ese dirigente, haciendo mutis definitivo por el foro, desapareció del escenario político nacional. No era sin duda, un contendor de cuidado para el liderazgo campesino de José Rojas Guevara.

Mientras tanto, a comienzos del tercer año de gobierno, la fórmula Paz-Lechín, se trizó con la aparición de las ambiciones electorales del jefe del partido que planteó para mayo de 1964 su reelección, ignorando la prohibición de la Constitución Política del Estado y las aspiraciones del jefe del sector de izquierda del partido que deseaba ascender a la presidencia de la república desde la vicepresidencia que ejercía.

Con el fracaso estrepitoso del congreso campesino de Santa Cruz, que propició el vicepresidente con el sólo fin de hacer proclamar su candidatura, se dividió la confederación nacional de campesinos, en un sector partidario del jefe, capitaneado por José Rojas Guevara, frente a otro de Lechín, con Olmos, Encinas, Salas a la cabeza. La posición de los líderes campesinos en esa lucha de intereses de los pre-candidatos a la presidencia de la república, adquirió las características de una rivalidad de carácter personal que terminó expresándose en conductas formalmente delictivas de unos contra los otros.

II

Era aproximadamente las cuatro de la tarde, cuando el dirigente campesino López, desde un jeep dijo:--Doctor, el compañero Rojas, quiere verlo. Le informó que cuando el compañero Rojas me dio la misión de llevarlo, me previno también que si no lograba hacerlo, sería mejor que yo también no vuelva más a Punata. Festejando la última parte de las palabras del dirigente como una ocurrencia, me embarqué de inmediato en el jeep para la visita obligada que ordenó el compañero Rojas.

Rojas, en Punata, tenía una casa nueva sin frente a la calle, edificada en el interior de un manzano. El predio en que estaba ese edificio, tenía hacia la calle, en el sobrante de una construcción antigua, una tienda con muros totalmente desconchados, piso de tierra, una puerta vieja y sólida de salida a la calle y otra, de madera liviana y ordinaria, de acceso al interior y el

Librodot

edificio secreto. En esa tienda transformada en sala de recepción en ruinas, recibía Rojas a prefectos de departamento, ministros de estado, jefes políticos, embajadores y tutti quanti, obligándolos a sentarse en sillas desvencijadas de madera basta y sin tapiz. En esas ocasiones, el dirigente, se acomodaba como para una batalla verbal, en una silla emplazada detrás de una mesa-pupitre vieja, desde donde oía atento las palabras de sus visitantes. También yo, fui recibido en ese escenario singular de la política nacional campesina de ese dirigente.

Cuando entré a la sala, Rojas leía o miraba una revista de historietas en colores, sentado en la silla del pupitre. Dejando la revista sobre la mesa, se puso de pie y a tiempo de saludarme, me indicó con la mano la silla en que debía sentarme. Luego, dijo:--Doctor, conoce ya que entre las novedades de nuestra política, hemos recibido hace poco del gobierno la orden de majar las costillas de los lechinistas y los izquierdistas del partido, ofreciendo al mismo tiempo, como contrapartida, nuestra respetuosa amistad a los señores falangistas. ¡Dígame usted! ¿Qué creen ellos que somos nosotros?, ¡Matones! ¡marionetas! ¡esbirros! Hoy, nos ordenan flagelar a los falangistas; mañana, a los guevaristas; pasado, a los lechinistas, como si nosotros fuéramos una máquina de torturas o una fábrica de golpes, funcionando al gusto y capricho veleidoso de los jefes y dirigentes políticos nacionales; peor, al margen de eso, a quién le importa los problemas específicos de los campesinos? o quién averigua el modo de pensar del indio? Nos ordenan los políticos, como lo hacían antes los propietarios, cuando éramos sus colonos y sus pongos. Ahora, debemos reprimir a los lechinistas, evitando su ingreso al campo con la amenaza de la violencia. ¿Todo eso no es una bellaquería?

Por otra parte, sabe usted que los campesinos hacemos de escalera por donde suben los políticos a los ministerios, embajadas, diputaciones, senaturías y otros cargos políticos o administrativos bien estipendiados o espectaculares. A ese fin, todos dicen que cuentan con el respaldo de diez, veinte o cincuenta mil campesinos dispuestos a marchar contra el gobierno si es que no le conceden lo que desea. Los políticos se han repartido a los campesinos para sus usos y chantajes como a rebaño de ovejas o llamas. ¿Eso, puede ser? El abuso de los políticos con los campesinos, ha superado todo límite. Nosotros, los indios, estamos realmente cansados con ese descaro.

--Doctor, mi invitación para que usted viniera a Punata, tiene un fin específico: Quiero que me ayude a fundar y organizar un partido político de los indios. Un partido indio. Un partido nuevo en el que no sea posible que se hagan las cosas a que acabo de referirme. Esto es, quiero que se supere de una vez el pongueaje político a que hemos sido reducidos hasta ahora, porque nuestra libertad tiene que ser real y completa. Un partido de indios, dirigido por indios y en bien de todos los indios.

--Sí, José, te entiendo--le dije--Es totalmente cierto lo que acabas de decirme, pero, la fundación y organización de un partido indio, creo que no está dentro de lo posible.

Librodot

--Por todo lo que ha pasado en el campo en los últimos años con las masas campesinas, a José Rojas Guevara no le tienen ya confianza, como la tuvieron al principio de la revolución. José Rojas Guevara, para el indio de hoy, es tan odioso como los políticos que lo mangonean. José Rojas Guevara, para los campesinos, es un político más de los políticos que sólo buscan y quieren su bienestar personal.

--A esta altura de la realidad del país y el partido, la creación y organización de un partido indio, sería en todo igual a la organización del autenticismo guevarista que hace poco, con optimismo desmedido pensó llevárselo al MNR. entero y que no pudo, quedándose finalmente con una fracción que no tiene peso ni importancia. En el caso tuyo, el partido indio, terminaría por ser otro grupo de disidentes capitaneados por un dirigente campesino alzado, llamado José Rojas Guevara, al calor de sus intereses personales subalternos y mezquinos o de sus rencores o resentimientos. Además, sea por propia cuenta, sea digitado por terceros, aparecerán de inmediato, otros dirigentes campesinos para negarle a José Rojas Guevara derecho y condiciones para fundar y jefaturizar un partido nuevo, refiriéndose con malicia a su pasado y su condición de traidor y desleal en el presente. El proyecto, tú proyecto, es impracticable. Mira bien lo que pasa con las organizaciones políticas y sindicales campesinas. Todas han llegado a un nivel muy avanzado de descomposición y desprestigio, tanto en sus propias filas como fuera de ellas, precisamente porque se ha hecho con ellas muchas cosas que no debían haberse hecho. Es fácil autoproclamarse jefe de un partido; pero, crear un partido serio, responsable y viable, instrumento de realización de las ideas, sentimientos, aspiraciones y esperanzas del pueblo, no es cosa que se pueda hacer todos los días y menos cuando hay ofuscación y resentimiento, como creo que hay en este momento.

MUERTE DE JORGE SOLIS

Ese crimen, fue planificado y consumado con frialdad y cinismo, bajo la mirada cómplice de la máxima autoridad del país y la actitud aparentemente negligente de los organismos de seguridad política y de la policía. El asesinato de Jorge Solís Román, horrorizando sobre todo al campesinado, demostró que la muerte de un indio sigue siendo aquí asunto de poca importancia y menos escandaloso que la eliminación de un señor "decente", como se califican así mismos los criollos y mestizos. En el caso de Solís, dígase la verdad, en los círculos no indios, no sólo que no se lamentó esa muerte, sino que parece que fue motivo, aunque a la chita callando, de alegría y hasta creo que reservadamente se la festejó como el suceso que eliminó a un sujeto peligroso para la sociedad y el mismo campesinado sindicalizado.

Librodot

Al respecto, creo necesario decir algo sobre los antecedentes de esa clase de crímenes. Los conquistadores y colonizadores españoles, mataban indios con la misma insensibilidad conque lo hacen con las bestias salvajes los cazadores, sea a tiros, con perros amaestrados o con cuchilladas, trampas, cañonazos, tormento o garrote, sin que por eso a nadie se le podía sindicar de delincuente. Eran sin duda, actos legales y legítimos, morales y correctos por los que nadie podía sufrir tormentos de conciencia o sentirse culpable o digno de sufrir una pena correlativa. Lo llevan a alguien a la cárcel por matar como cazador a un elefante, un orangután o una simple paloma o una vicuña? Naturalmente que no. En ese tiempo, matar indios, no era delito. Después, tampoco. En realidad, nada cambió. Cuando se acabó la colonia y llegó la república, al indio se le seguía cazando, incluso en los tiempos del liberalismo de hace sólo unas decenas de años, no obstante que esas muertes se perpetraban con los indios para usurparles sus tierras y echarlos a los caminos a morirse de hambre. La falta de respeto a la persona y la vida del indio, no ha cambiado mucho con el transcurso del tiempo y la remoción de regímenes sociales y políticos que se ha sucedido desde la colonia a la república en el gobierno del estado en más de cinco centurias, a pesar de las buenas intenciones de algunos reyes, sacerdotes, las leyes de indias y de la república que llenan inútilmente miles de fojas de papel. Ni aquellas actitudes humanitarias y bondadosas de esas personas, ni las disposiciones y decisiones legales, pudieron salvar la vida de un solo indio. En el caso de Solís, en 1969, sucedió lo mismo. Se lo cazó a tiros de metralla, como en los mejores tiempos de la conquista, la colonia y la república.

Ese crimen se preparó y consumó, según me imagino, de la siguiente manera: -Se escogió para la consumación del hecho, un día neutro, un domingo, se señaló la hora, entre las cinco y las siete de la tarde. Para el teatro del crimen, se escogió la zona de Valle Hermoso, a la altura de los kilómetros tres y cuatro de la carretera de Cochabamba a Santa Cruz de entonces. Personas a cargo del hecho, cuatro individuos y entre ellos, dos campesinos. Víctima:- Jorge Solís Román de cuarenta y cinco años de edad, casado, ex-agricultor, ex-ministro de asuntos campesinos, ex-dirigente de la federación departamental de campesinos de Cochabamba.

Solís, ese domingo, en Ucureña, recibió una llamada telefónica supuestamente de la prefectura del departamento. La llamada era para citarlo a una reunión de suma importancia e impostergable que debía efectuarse a las cinco de la tarde, a pesar del día, en el despacho administrativo indicado. Se le encareció puntualidad y seguridad en su asistencia. El indio, se comprometió, sin reparar en que en la citación hubiera alguna circunstancia sospechosa o le faltara alguna formalidad. El dirigente, a su vez, llamó a uno de sus compañeros de base para que lo acompañara en ese viaje a la ciudad de Cochabamba, en la tarde de ese domingo.

El jeep se desplazaba a regular velocidad de Ucureña a Cliza, de Cliza a Tolata, de Tolata a la Angostura y de la Angostura a la ciudad, por el camino pavimentado. Ese trayecto que corrientemente se lo hacía en no más de una hora, Solís tardó más de dos en llegar a su destino.

Librodot

Paró el vehículo delante del edificio de la prefectura, poco antes de las cinco. Espero treinta minutos. El portalón del edificio público, estaba cerrado y no había en ese lugar persona alguna del servicio. Tampoco estaban las personas que debían tomar parte en la reunión. Extrañado, el dirigente llamó por teléfono al domicilio del prefecto, el mismo que le dijo, sorprendido, que no sabía nada de ninguna reunión convocada por su despacho para ese día y que le parecía a él insólito que un dirigente ducho y experimentado como era él, consintiera ingenuamente en venir desde Ucureña con ese motivo hasta la ciudad en un día en que nadie trabaja --Debe ser una broma o una tomadura de pelo, Solís, le dijo la autoridad, riendo. Poco después, se despidió el prefecto festejando de nuevo la inocencia del dirigente. Solís quedo azorado.

Cuando ya se retiraba de la plaza, divisó cerca a un miembro de la federación campesina, al que llamó e hizo conocer el motivo de su presencia en la prefectura. El interlocutor, dijo que podía tratarse de un error en la hora, ya que reunión en la federación hubo en la mañana de ese día, pero no con carácter de urgencia. Solís, se dirigió a la federación, donde comprobó que efectivamente había una reunión informal que se suspendió en cuanto él se hizo presente. Lo saludaron efusivamente y le informaron que la federación tenía problemas de urgente solución, pero que de verdad no le citaron a él para ninguna reunión. No obstante esa información, los dirigentes de la organización departamental continuaron formulando preguntas sobre diversos temas por más de media hora que, Solís, escuchó con perplejidad, sin entender nada en concreto. Primero, citación de la prefectura, luego información del mismo prefecto negando que hubiera habido una convocatoria de su despacho en ese sentido; ahora, que los dirigentes de la federación tuvieron reunión en la mañana de ese día y que, por la tarde, se hicieron presentes algunos dirigentes para estudiar informalmente asuntos de esa organización...Finalmente, sobreponiéndose a sus dudas y perplejidad, resolvió volver a Ucureña, dejando para el día siguiente el trámite de aclarar los hechos misteriosos de sus andanzas de esa tarde, para lo cual se dirigió a una estación de gasolina, donde cargó carburante al jeep y emprendió viaje al sur por el mismo camino que usó para venir, siempre con la presencia silenciosa del campesino que le acompañaba en sus andanzas de ese extraño domingo. Cuando salieron de la ciudad, era poco menos de las seis.

Empezaba a bajar la noche. La atmósfera del crepúsculo adquiría paulatinamente mayor pesadez. Los eucaliptos que se extienden en los bordes de la vía y remontan como manchas verdinegras los collados del valle, parecían orar en silencio el angelus. El sol, bajo ya de la línea del horizonte, iluminaba los arreboles acumulados en las cumbres redondeadas de los cerros del poniente.

A la altura del kilómetro tres, divisaron sobre el camino, la figura de un campesino que les hacía señas con su sombrero, pidiéndoles que se detuvieran para recogerlo. Cerca de él, había un atado no muy voluminoso, tal como acostumbran llevar consigo los campesinos.

Cuando el jeep disminuyó la velocidad y estaba a punto de parar, surgió de la espesura de malezas que bordea el lado oriental del camino, un hombre de camisa blanca, panza amplia y redonda, hombros estrechos, cara redonda y facciones regulares, con las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos. Llevaba una metralla. Disparó de costado una ráfaga sobre el jeep que impactó en el parabrisa. Solís herido, trató desesperadamente de volver a arrancar con velocidad. No pudo. El jeep, bailando sobre el pavimento, se precipitó al lado oeste, fuera del camino, en momentos en que Solís, saltando del jeep quiso correr a los sotos ralos de eucaliptos, buscando protección. No alcanzó a llegar a tal resguardo. Los asesinos se adelantaron y lo remataron sobre el camino. Cayó de bruces. La sangre roja, roja oscura, manaba de alguna parte, corría espesa y viva sobre el pavimento negro del camino, se encharcaba y coagulaba. La tarde, silente y serena, sin un hálito, seguía tranquila, aunque adquiría gravidez y abrumaba con el tiempo que transcurría.

Al occidente, los celajes que se arremolinaban en las cumbres de la montaña, eran ahora parte indisoluble de la cordillera. Arriba, los últimos rayos solares, horadaban las nubes y se proyectaban de filo, como puñales incrustados en el cielo plomizo. Por el camino que habitualmente transitaban con intermitencia, de uno y otro lado, decenas de vehículos de toda capacidad, forma, color, alto y marca, no pasaba esta vez ninguno...aunque sí, pasaba y repasaba un alma de esta vida a la otra, en tanto que su cuerpo acribillado de balas reposaba sobre el camino. Los hombres, cuatro en total, armados de metrallas, permanecían de pie delante del cadáver. Constataron la consumación de la muerte, mirando con burla la mueca desesperada del rostro cetrino de la víctima que se diluía poco a poco con la muerte que era cada vez más definitiva. El cadáver, nadaba en su propia sangre. El indio era enorme. Su volumen cubría gran parte del ancho del camino. De la espesura vegetal aledaña, salió un jeep. Los hombres treparon en él y partieron raudo rumbo a la ciudad. Cuando desapareció el vehículo en el recodo de la primera curva del camino, surgió lleno de miedo al acólito de Solís de entre las ruedas del jeep volcado que permanecía fuera del camino. Recogió su sombrero. Se aproximó al cadáver. Comprobó que era un arnero de balas. La sangre desparramada sobre el camino parecía un mapa enorme de formas y bordes caprichosos. Solís, echado de bruces, era como el cadáver trizado de un enorme perro atropellado por cuyas narices y boca fluía un hilo de sangre que resumaba de los órganos internos triturados. El hombre, oteó los horizontes. Había en el lugar una soledad y un silencio de plomo como para que en él se perpetrara sin testigos otros crímenes. Ahora el hombre huía al valle alto, por sendas distantes del camino. "Cuando cierre la noche", se repetía, "y cuando esté lejos del terreno del crimen, tomaré cualquier vehículo que me traslade con prisa a mis pagos", se prometía jurando asimismo, no abrir la boca para referirse a la muerte de Solís por lo menos durante los primeros seis meses. Sabía que los ejecutores del dirigente eran poderosos; "de otro modo", se decía, "cómo explicarse que lo hicieran a plena luz del día y sin temor a que los

descubrieran con sólo que pasaran por ese lugar un vehículo". Además, los asesinos no eran personas desconocidas. La panza de mapamundi, los ojillos perdiéndose en el rostro redondo y aniñado...vaya si eran los mismos del que mató a Facundo Olmos de Sacaba. Los hombres se especializan en todo. Incluso en matar dirigentes campesinos. Esos son los hechos.

Bueno, parece que hubo mejora en el sistema en esta su segunda aplicación práctica, aunque los hechos sean enteramente diferentes en ambos casos como las razones de su consumación. La muerte de Olmos, se originó en los conflictos electorales del partido de gobierno, entre un sector de izquierda, obrerista y campesino, contra otro, de derecha y conservador. Solís, no fue de izquierda. En otro tiempo, con inteligencia y oportunismo, estaba siempre colocado cerca de los presidentes y jefes de turno en el gobierno. No demostró nunca ni le importó actuar con lealtad a ninguna clase de ideas, que por lo demás no las conocía. Prefirió hacerlo a favor de políticos de carne y hueso y sobre todo de intereses y ambiciones materiales definidos.

Al final de su carrera, cometió un error, cambió de conducta. Se enamoró de la memoria del general Barrientos. Esa actitud, le obligó a mantenerse leal a la memoria de ese general y las personas que decían defenderla, ofendiendo los intereses del que entonces era presidente de la república. Por otra parte, en esta única ocasión, quiso ser diferente, oponiéndose al gobierno de turno. Como era de esperar, eso no se admitió y menos de parte de un indio como era Solís. A la larga o la corta, podía constituirse en óbice, serio o no, para la seguridad del régimen que por lo demás estaba buscando prorrogarse en una elección general que se preparaba cuidadosamente. Llegó entonces el momento de deshacerse de ese indio peligroso y se lo hizo cuánto antes, en Valle Hermoso, esa tarde plácida de domingo.

Librodot

TRANSFIGURACIONES DE UN DIRIGENTE CAMPESINO

Partía a las 7.30 el bus nocturno a la ciudad de La Paz. Media hora antes con tal motivo, bullía la gente saliendo y entrando a la oficina de despachos del servicio de transporte interdepartamental. A cierto momento, ingresó deprisa a la sala de espera, el dirigente campesino Salvador Vásquez.

No bien que lo vi, quedé sorprendido del porte y empaque que ese dirigente había adquirido. Estaba gordo. No sólo se destacaba por lo ancho y sólido del cuerpo, sino que parecía haber incrementado su estatura. Llevaba traje de casimir inglés café con finas rayas blancas verticales y un sombrero bien formado y elegante. No usaba corbata, pero lucía la nívea blancura de la camisa que se destacaba mucho más debajo de su rostro moreno con manchas y granos oscuros. Sobre el hombro izquierdo tenía una frazada de lana bien doblada y en la mano una maleta de cuero liviana de viaje.

--Hola Salvador! Cuánto me alegra volverte a ver después de tantos años--le dije tratando de iniciar conversación. Extrañado, levantó la cabeza y me miró como si nunca antes me hubiera visto; o reconocido en ese instante; sin embargo, dijo:--¿Cómo le va doctor! Cierto que son muchos los años en que nos perdimos de vista. ¿Cómo está usted? --y me dio la mano y saludó, con cordialidad.

--¡Oh Salvador!, viéndote como estás, dudé al principio de que fueras tú. Creí más bien que se trataba de algún próspero negociante, muy parecido a ti en el cuerpo y la fisonomía. ¡Cómo has prosperado! Estas gordo por todos los costados e incluso parece que hubieras crecido. ¡El traje...! ¿Sigues en la política?

--Sí doctor ¡Qué le parece!

--Me parece muy bien. Ahora debes estar trabajando con el general...

--Sí doctor, trabajo con él; y no siga adelante, haciéndome preguntas. Sé que me va a decir, como lo han hecho ya sus amigos en otras ocasiones, señalando que no soy más el dirigente

Librodot

campesino de los años iniciales de la revolución, que me pervertí y hasta, vendido. Parece que no le agrada a nadie que un dirigente campesino mejore en sus condiciones de vida, y que lo haga del modo que él quiera...

--¡No! Salvador. No se trata de reprochar nada a nadie; pero, por ejemplo, en el caso mío, ¿cómo no voy a recordar y comentar, aunque sea con brevedad, ese día en la estación del servicio de trenes de Punata, en el cual tú, interventor sindical jovencísimo de la subcentral de Ucureña en la provincia de Arani, me esperabas con el destartalado camión volqueta de la alcaldía de esa provincia y que almorzamos deprisa en una fonda de ese mismo lugar para proseguir viaje cuánto antes porque en Arani nos esperaban los ex-colonos de la hacienda Vacas? ¿Cómo no rememorar a ese Salvador flaquito, de rostro famélico, enfundado en su zamarra arrugada de diablofuerte, sus pantalones de kaki barato, el sombrero viejo sin color y sin forma, tan característico de los dirigentes campesinos de entonces y los botines sueltos y sin cordones, sobre pie desnudo, casi blancos por el uso y la falta de un toque de cera que parecían pedir a gritos? ¿Ese Salvador que durante el viaje me habló de la redención impostergable del pueblo quechua y de la liberación del indio? Claro. Ese Salvador, no puedes negar, no existe más. Ha sido suplantado por éste que tengo delante, gordo, grasoso y sin ideales; vicioso y hasta deudor a la sociedad de algunos delitos, casi un matón del gobierno de turno y vigilante policial de sus compañeros por cuenta del régimen militar de que es parte?. Este Salvador, naturalmente, nada tiene que ver ni de lejos con el anterior.

--¡Sí doctor! Tiene razón. Este Salvador que está delante de usted, no es sin duda el indio ingenuo, crédulo y soñador que quería rehacer el mundo indio como Dios en siete días, porque como dice usted, fue suplantado por otro creado por los políticos e intelectuales en los que nos confiamos los indios y que sólo nos enseñaron sus vicios y lacras. ¿No fueron los políticos y los intelectuales los que nos pervirtieron y degeneraron sometiéndonos al servicio de sus ambiciones e intereses mezquinos, obligándonos a tomar parte de sus peleas, sus sectarismos, sus candidaturas y otras maravillas del mismo jaez, que practican ustedes con total impunidad bajo el nombre de política? Si eso es así, por ventura, tiene usted algún derecho para reprocharme nada de lo que hago?...¡Vaya! ¡vaya! doctor, ustedes si que son más vivos que las arañas y los alacranes...Se calló. Parecía rumiar sus pensamientos picantes. Luego dijo:--El bus debe partir. La verdad es que sus observaciones realmente no me preocupan, como no me preocupa lo que dicen de mí sus amigos y compañeros de partido.

--Era de esperar. Están ustedes resentidos y tienen razón. Los indios, hemos aprendido a actuar en política con libertad y sin pies de amigos de ninguna clase ni de nadie; en tanto que ustedes están poco menos que fuera de ella.

Librodot

--Después del 9 de abril, sufrimos el resentimiento ofendido de los hacendados, porque se acabó para ellos los beneficios del ponguaje feudal del indio. Después del 4 de noviembre, el resentimiento fue de los políticos, porque se acabó para ustedes el ponguaje político del indio.

--No puede negar, nuestra liberación, avanza.

--Hace ya bastantes años, la insurgencia humana del indio les dolía mucho a nuestros ex-patrones. Ahora, nuestra actividad política libre, les duele mucho más a los políticos. En ambos casos, las razones son las mismas.

--¡Adiós doctor! Usted y sus amigos de partido, no deberían amargarse tanto, por lo que hacemos o no hacemos los indios.

LOS BLANCOS

Permanecimos en los Estados Unidos de Norte América, sólo cuatro días. El presidente Lyndon B. Johonson, nuestro huésped, nos recibió en su rancho de Texas. La comitiva del Presidente Barrientos para esa visita, incluía entre otros personajes al ministro de asuntos campesinos, o sea, al indio quechua Jorge Solís Román.

Librodot

A diferencia del común de los indígenas de mi país, era un hombre de más de un metro ochenta de estatura. Eso me enorgullecía. Antes de la revolución de abril, era colono de la hacienda de la familia LZA, en la provincia Tte. Jordán del departamento de Cochabamba. Como todos los campesinos de la Loma (Ucureña), sufrí de las mismas privaciones y miserias que mis compañeros de raza. De mi niñez, no tengo recuerdos que contar con agrado, añoranza o tristeza, Viví, y sobre esto no hay duda, en peores condiciones que los perros de la finca. La revolución, se quiera o no admitirlo, cambió totalmente la suerte de los indios de mi país, constituyéndose en el hito decisivo del proceso de su liberación, consecuentemente de la mía, en lo individual, ya que por eso llegué a ser dirigente por cerca de diecisiete años. A la caída del MNR. del poder, el general Barrientos me hizo su ministro de asuntos campesinos. De ese modo, fui, después de José Rojas Guevara, el segundo indio elevado a ese alto cargo del gobierno de mi país. Es con esa representación y categoría que visite los Estados Unidos de Norte América, como huésped del presidente Lyndon B. Johnson.

En ese viaje, descubrí un hecho de suma importancia para mí y mis compañeros campesinos a que en esta ocasión quiero referirme con toda claridad y honradez, considerando el valor que tiene su contenido para orientar el pensamiento indio respecto del problema racial de mi país. Creo que aquí, no hay gente de raza blanca, excepto las pequeñas colonias extranjeras y algunos inmigrantes. Si haciendo referencia, con datos de la historia, nos ocupamos de los primeros españoles que llegaron a esta parte de la América del Sur y a los que vinieron de Europa después como colonizadores o aventureros, es preciso señalar que se subsumieron rápidamente como gotitas de un líquido sin color en el inmenso mar moreno de la indiada que les rodeaba y los ahogó. En mi país, todos somos indios, aunque se presenten diferencias físicas de persona a persona, más que por la raza, por las condiciones económicas y sociales de que cada uno goza. Me explicó: Racialmente, los blancos, blancos de verdad, son realmente rosados. Parece que no tuvieran piel y sus características físicas no son las que presentan nuestros llamados blancos. Pero, dónde la diferencia es total e indiscutible, no es en la sangre ni en la carne, es en el espíritu y el alma. El pensamiento y los sentimientos de nuestros blancos, son en realidad totalmente indios. Se me ha dicho que los blancos españoles que nos descubrieron, nos conquistaron y nos redujeron a su servicio por quinientos años (incluyo también el tiempo de la república porque para el indio en 1825, no hubo ninguna liberación). Todo eso es verdad histórica; pero, a mi modo de ver, sólo pasó en el campo de las realidades materiales o de lo que ahora se llama economía. En cambio, nosotros los indios, esto es, nuestros abuelos, sin muchos aspavientos, poco a poco, de forma intermitente y callada, les impusimos desde el primer momento a esos conquistadores y colonizadores nuestro espíritu y nuestra alma de indio, matando al mismo tiempo los suyos. Esa muerte no fue súbita ni catastrófica. Se produjo en el curso de un tiempo largo y a través del contacto de los hombres, las mujeres, los ambientes, la sociedad, el medio físico, el aire, el agua,

Librodot

los alimentos, porque el indio era y es todo eso. Creo yo que así que se aniquiló el espíritu del blanco, sus hijos criollos y mestizos, sólo pensaron, sintieron y actuaron con su alma india. La imitación formal de las costumbres europeas y sobre todo españolas, los viajes a Europa, dos o tres en toda la vida y sólo para los que disponían de medios para hacerlos y por lapsos breves, las modas importadas, los libros, eran recursos artificiales conque se pretendía sostener vivo lo que en los hechos estaba muerto, el espíritu y el alma de los blancos; y eso, tenía que ser así, porque este país no es España ni es otra parte de Europa. Sólo así resulta comprensible las explosiones de odio y desprecio del blanco al indio, porque sabía y veía, cómo crecía esa conquista interna, silenciosa y permanente de lo indio sobre lo blanco y que acabaría un día con la irremisible desaparición de lo extraño, lo artificial y postizo.

Sólo así se explica que la postración y casi destrucción del indio, no sea el resultado de una calamidad que atacó a toda la población del país, sino el de una política racista conciente que tenía por fin el aniquilamiento de las razas aborígenes tildadas de lastre y causa del atraso económico y social.

El blanco de estas tierras, demostró admiración y sumisión ciega al blanco real de Europa o de Norte América, conciente internamente de su inferioridad racial. El indiano despreciado en España, era el blanco esclavizador y prepotente de la América del Sur que para identificarse con los blancos de verdad que admiraba, creía necesario destruir al indio (sobre todo a la india de que procede). Sus propósitos genocidas, sus actitudes de desprecio de todo lo indio y el prurito de echarle la culpa del atraso, como si el indio alguna vez hubiera tomado parte decisiva en la suerte buena o mala, no digo de los demás o de una región o de la comunidad toda, sino de sí mismo. Antes del 9 de abril, como les consta a todos, el indio no fue nunca parte del círculo gobernante. Su papel en la sociedad, no pasó jamás más allá de los puestos de servidumbre.

Para mi fue una de las cosas más interesantes tomar conciencia y darme cuenta exacta de que mis ex-patrones, por ejemplo, no merecían por sí mismos ni el puesto de la servidumbre (como fui yo de ellos) de los blancos reales de Norte América, que tanto admiran. Ahora tengo presente en mi mente que sus casas no son iguales ni a los chiqueros de los blancos de Norte América; que sus costumbres, son indias, como las nuestras; sus amores, ni siquiera indios, impuestos por la violencia autoritaria del más fuerte, sin respeto alguno por la dignidad de la mujer y de sí mismos; sus gustos semejantes a los nuestros y en muchos casos, sin duda, inferiores a los nuestros. Con saber leer y escribir mal (pues, no leen buenos libros, ni escriben con regularidad y por hábito ni siquiera cartas) y usar vestimenta europea y comer y dormir con cierta holgura, creían hallarse a kilómetros de distancia de nosotros los indios. La verdad es que nosotros los indios, estamos presentes en la vida de nuestros blancos, aunque ellos no lo quieran.

Cuando nos reunimos con el presidente Johnson y sus invitados los señores que nos rodeaban, el presidente Barrientos no era uno más de esos señores. ¡No! Físicamente se

Librodot

identificaba conmigo que soy un indio ciento por ciento, y extraño, totalmente extraño, a esos señores americanos.

Yo sé que estas disquisiciones raciales, no tienen por sí mismas importancia. Lo grave está en que, verdaderas o falsas, sus conclusiones se traducen en actos sociales que afectan a la forma de vida que llevamos tanto indios como blancos. Los blancos que en su condición de propietarios de fincas vivieron a través de sus haciendas del trabajo gratuito de los indios, ahora lo hacen sus hijos como burócratas parasitarios y en mayor número que sus antecesores, desde los cargos de gerentes, banqueros, empleados públicos o privados, empresarios o lo que sea, pero siempre desde arriba, viviendo bien pagados y sin trabajar o haciendo que trabajan, junto a los subalternos de ahora, que son los pongos de ayer, hambreados y explotados, porque en ellos sigue presente el indio, como indio-agricultor, indio-obrero, indio-transportista, indio-comerciante, indio-policía, indio-carabinero o india-sirviente, india-madre, india-amante, india-minera... Arriba los blancos, blanqueados o simples mestizos que ganan su sustento y hasta excedentes que les permiten acceder a la mala vida...sólo mirando ¡cómo trabajan los indios! ¿Cuánto y cómo acabará esto?

ULTIMA PAGINA

1.- Aquí termina la versión libre de ciertos pasajes de la cara india de la revolución que tuvo lugar hace cuarenta años en uno de los pueblos más pobres del continente. Esa revolución

Librodot

murió con el golpe de estado de noviembre de 1964 y el ascenso al gobierno del régimen militar que hizo la revolución, a doce años, cuatro meses y veinticinco días de su instauración en abril de 1952. Como sucedió con los tres gobiernos de la revolución nacional, los campesinos y sus sindicatos, apoyaron incondicionalmente a los gobiernos de la revolución restauradora en ejecución del "pacto militar campesino" de 6 febrero de 1964 de ocho presidentes militares y tres, civiles, estos últimos con ejercicio del cargo por escasos meses cada uno, sin completar dos años los tres, entre 1964-1982 o el lapso de dieciocho años. Impuesto o voluntario, el apoyo indio a la revolución restauradora, tenía por fin el mantenimiento de la vigencia de sus conquistas del 9 de abril de 1952. No se puede negar, lo consiguieron. La revolución restauradora, mantuvo incólume los derechos del indio hasta 1982.

El indio, con la revolución nacional, dejó aparentemente de ser indio, convirtiéndose en campesino. Era libre y propietario, aunque de minifundios improductivos y sin valor económica, sólo símbolos desmedrados de la razón de su lucha de quinientos años. ¡No era eso lo que buscaron obsesivamente desde el mismo día de la conquista española de principios del siglo XVI!

2.- Se apagaron en el campo, los fuegos fatuos de la violencia política. Los sindicatos, las centrales, subcentrales y cuarteles de milicias campesinas del valle, recesaron primero y después desaparecieron para siempre. Los sindicatos campesinos del altiplano, el Chapare y los yungas de La Paz, herederos formales de los de los valles, desde 1970, delimitaron su actividad a la defensa de los intereses de los productores de la hoja de coca. La iniciativa sindical campesina, pasó de las manos de los quechua de los valles a las de los aimara del altiplano y es aquí donde se encuentran ahora las organizaciones laborales campesinas más importantes que delegan representantes ante las centrales nacionales de trabajadores. Estos nuevos sindicatos campesinos, no tienen nada en común con los sindicatos de la revolución nacional.

3.- Una mayoría de los dirigentes campesinos de la revolución nacional, han muerto. Los que sobreviven, viejos y olvidados, no hacen más actividad sindical y política. En la otra cara de la moneda, los terratenientes, ex-patrones, cansados de esperar el retorno del pasado, se fueron también de este mundo. La misma revolución, se esfumó de la realidad del país. Sus obras, se desmoronaron y desaparecieron como desaparecieron sus personajes representativos, excepto pocos que viven todavía. Esa revolución, más que una parte de la realidad nacional presente, es un capítulo de la historia, un cuento o un sueño que se desvanece con el tiempo que se va.

4.- El indio de hoy, campesino de la revolución nacional, es ahora otra vez el indio americano de las organizaciones continentales que defienden los derechos de los pueblos de América precolombina. Una pequeña parte de indios de este país goza de real bienestar, cual no tuvieron sus abuelos y progenitores. Otra parte, la mayor, se debate en la pobreza, la ignorancia y el atraso, en situación económica peor que antes de la revolución, luchando por su sobrevivencia como puede. Otra parte, que comprende a niños, jóvenes y adultos, no muchos, está en las

Librodot

escuelas, colegios, institutos de profesionalización y universidades, preparándose para vivir como lo hace la "gente decente", desde las profesiones liberales, cargos públicos, empleos particulares, actividades tecnificadas y las artes. Les guía, consciente o inconscientemente, el propósito de apartarse de sus nacionalidades dominadas para incorporarse al pueblo boliviano. Finalmente, hay otra parte, acosada por la miseria y el hambre, que deambula en las ciudades y los pueblos pidiendo limosna, disputándose en los depósitos de basura con los perros y los cerdos alimentos descompuestos desechados o acogiéndose a las "ollas de pobre" de instituciones religiosas o beneficencia. La figura de los individuos de este grupo es inconfundible: Hombres, mujeres y niños, transitando plazas, avenidas, calles, barrios, lechos de río, cenizales y basureros, vestidos de burda bayeta negra destiñéndose a rojo o verde, con sombreros de lana de oveja, sin forma y sucios, a pie desnudo o con abarcas de goma picada, la boca y los labios manchados de verde por la coca y un carrillo inflado por el bollo creciente del alcaloide, en el altiplano, los valles o el oriente; pequeños de estatura hasta la insignificancia, exhibiendo el desgaste total de su organismo, caminan como fantasmas sin horizontes ni esperanza, acogiéndose a la lucha por la vida por propia cuenta y riesgo.

5.- Lo cierto es que tratándose de los bolsones de indios quechua del país, se constata que se han achicado. El indio de esa raza del valle alto de Cochabamba, dejando de ser parte de su nacionalidad, está incorporándose al pueblo boliviano en un proceso acelerado de aculturación. Nadie puede negar, era ese el objetivo principal de la política de la república respecto de las razas americanas de esta parte del continente. En esa ruta, sin duda, es el mayor éxito de la revolución nacional, junto a la extensión y profundización de la pobreza y la miseria en que se carcomen, desgastan y aniquilan los hombres de los pueblos aborígenes que un día pusieron para bien o para mal, su voluntad realizar sus esperanzas en la revolución nacional.

Librodot